



Smaoineamh an bháis
BANISHIEE
Anam Celtic vol.IV



Angy Skay ♦ Belén Cuadros



Lxl
EDITORIAL
FicSeán

«Cuenta la leyenda que, hace muchos siglos, tres objetos conducirían a un humano hacia su destino. El destino del Rey. No se sabía con exactitud el motivo de aquello, imagino que una futura batalla. Ese Rey guiaría a nuestros dioses junto con la humanidad a un futuro, a una paz, pero, si caía en las manos equivocadas, la desgracia y el fin del mundo llegaría sin poder salvar a nadie».

Cathal O'Kennedy tiene muy claro que, después del favor del jefe de Maureen, deberá cumplir una condena impuesta por sus propios delitos. Sin embargo, un giro tan inesperado para él hará que su meta se centre únicamente en la persona que más ama: Taragh.

Por otro lado, la alianza de las dos guerreras de esta historia se afianzará, consiguiendo el apoyo mutuo en los momentos más duros, ya que Maureen deberá enfrentarse a un pasado que la hará sufrir lo increíble cuando descubra algo que jamás creyó posible.

Banshee, la última parte de la Saga Anam Celtic, es una novela llena de mafias, organizaciones secretas, magia, leyendas, cultura celta, erotismo y aventuras que no te dejarán indiferente.

¿De verdad existirá un Rey? ¡Descúbrelo!

Belén Cuadros - Angy Skay



Banshee

(Slí an Rí)

Anam Celtic

4



Título original: *Banshee*
Belén Cuadros - Angy Skay, 2019

Revisión: 1.0
Fecha

Recuerda siempre olvidar
las cosas que te entristecieron,
pero nunca te olvides de recordar
las cosas que te alegraron.

Recuerda siempre olvidar
a los amigos que resultaron falsos,
pero nunca olvides recordar
a aquellos que permanecieron contigo.

Agradecimientos

Belén Cuadros

Parece mentira y todavía no me lo creo. Después de cuatro años podemos daros la última entrega de las aventuras de estos personajes irlandeses que tanto nos han llenado.

Han sido meses de documentación y de poder introducir a la gente en la cultura irlandesa con la intención de que puedan situarse como nosotras y como los personajes en los parajes de la Isla Esmeralda. Esperamos haberlo conseguido.

Pero no hemos estado solas. Tanto aquí en España, como en Irlanda, nos han dado soporte y ayudando a continuar con nuestra historia. Gracias a todos, pero en especial a ti, Angy. Gracias por haberte unido a esta aventura que tanto me llenó desde el principio. Maureen nació en mi cabeza después de tantos viajes a Irlanda, y el que tú quisieras unirte con tu Taragh ha sido una de las mejores ideas que hemos podido tener. La magia se apoderó de nosotras y supimos plasmarlo en letras.

Podríamos hablar durante horas de nuestros viajes, de anécdotas en los prados, en los museos, las veces que nos perdimos de noche por más de una ciudad, los muros de los cementerios y, sobre todo, en los castillos que hemos visitado. Alguno más extravagante que otro, la verdad.

Para terminar, vuelvo a agradecer a mis amigos y familia que tanto me han animado a seguir con esta historia. Gracias, Carolina y Anaïs, vuestros consejos y aliento me han ayudado mucho durante estos últimos meses.

Y en especial a ti, que estás leyendo estas líneas. *Go raibh maith agat!* (¡Muchas gracias!).

Angy Skay

Dicen que todo trabajo obtiene su recompensa y, con esta saga, lo tengo. Han sido cuatro largos años en los que no hemos parado con esta maravillosa historia que tú, querido lector, tienes entre las manos. Solo espero que la disfrutes, que la saborees tanto como nosotras y que te dejes llevar por Irlanda y gran parte de su historia. Gracias a mi compañera en este viaje, Belén Cuadros. Por las largas noches, por nuestras anécdotas y por todas las sensaciones que nos quedaremos. Gracias por tener la misma idea, en el mismo momento.

Gracias a mi grupo, mis provocadoras, las que siempre me siguen con ansias, con expectativas de qué vendrá después. A los lectores nuevos que se adentran en todas nuestras historias sin importar que género sea y adónde seamos capaces de llevarlos.

A mi madre y a mi hermana, por ser uno de los apoyos más grandes que tengo, y a mi otra mitad, mis Uni, las que siempre tienen el don de levantarme y sacarme la mejor de las sonrisas en los peores días.

Y a ti, Cathal O'Kennedy, gracias por darme las alas que me faltaban. Esto simplemente es un... hasta pronto.

Prólogo

Cathal

Puse los ojos en blanco por enésima vez saliendo de la sala con mis habituales gestos que no cambiarían ante nadie. Me dirigí con paso firme hasta la primera barra que encontré a mi paso, buscando a la mujer que no conseguía localizar, en el momento en el que creí escuchar el sonido de una bala al salir de su arma. Arrugué el entrecejo y me pareció extraño que nadie más se percatase de ello. Sí, estaba solo en aquella sala, con la única compañía de uno de los camareros, ya que el resto de los invitados se encontraban en la pista de baile, pero eso no quitó que lo mirase interrogante y este se hiciera el loco. Alcé una ceja al ver su gesto y decidí salir en dirección adonde había escuchado el sonido.

Al atravesar el pasillo fui desanudando la corbata de mi cuello mientras que con la mano libre apartaba la chaqueta del esmoquin. En la entrada, en el suelo, pude apreciar el cuerpo de una mujer. Estaba arrodillada, y su vestido verde llamó sobremanera mi atención. Di dos zancadas con urgencia y lo que me encontré me dejó fuera de lugar.

Mis ojos se abrieron en su máxima expansión cuando comprobé que Taragh estaba junto a Maureen y vi a un hombre, supuse que conocido para la pelirroja, tirado en el suelo con su pecho cubierto de sangre. Me fijé más en la cara del tipo en cuestión y mi confusión fue más grande de lo que podía llegar a imaginarme. ¿Qué hacía él allí?

Era Aidan.

No me dio tiempo ni a preguntar.

Taragh me lanzó una mirada indicándome que fuese tras Ryan, que en ese momento corría bosque adentro, gesto que no obvié, ya que salí a toda prisa

detrás del hombre que a grandes pasos desaparecía en aquel oscuro lugar. Conseguí alcanzar a Ryan con rapidez.

De repente, una carretera asfaltada se abrió ante nuestros ojos haciendo que viéramos que dos caminos se separaban por carreteras distintas. Miré a Ryan y a toda prisa le hice un breve movimiento con la cabeza. Se suponía que estábamos buscando a alguien y a esas horas de la noche no creí que hubiese mucha gente corriendo en la oscuridad.

—¡A la izquierda! ¡Yo voy a la derecha! —voceé mientras corría en la dirección que había dicho.

No se veía apenas nada. De hecho, no había una sola farola que alumbrase aquel camino sobre el que pisaba, por lo que tuve que conformarme con la escasa luz de la luna que por suerte brillaba más de la cuenta esa noche. Seguí en línea recta tratando de ver a mi alrededor, pero me fue imposible y el hecho de tener que volver con las manos vacías me desquició.

Cuando di dos pasos más recibí un fuerte golpe en la espalda, acto que me hizo girarme para encontrarme con aquel miserable que había pasado tanto tiempo metido en la organización de Byrne con fines nada claros. Di un paso feroz, el mismo que él retrocedió cuando mi semblante se oscureció, en el momento en el que las luces de un coche se encendieron a unos cuantos metros de distancia.

El tipo contempló al hombre que arrancaba el vehículo sin darle mayor importancia a que estuviera acorralado y, cuando vi su cara junto a una sonrisa malévola, pude apreciar de quién se trataba.

Andrew O’Leany.

Negué con la cabeza a sabiendas de que él también había tenido que ver algo con todo lo que había sucedido y me centré en el hombre que, temblando, contemplaba su única vía de escape mientras se dirigía a la salida subido en su coche como un cobarde.

—Me parece que te has quedado solo —añadí de manera arrogante.

—¡Vete a la mierda!

Reí con sarcasmo dado su tono. Estaba histérico.

—Bien, traidor —recalqué—. Tenemos dos opciones: o te vienes conmigo por las buenas —moví mi cabeza en un gesto chulesco—, o te llevo a rastras. Tú decides.

—¡No pienso ir a ningún sitio! —me chilló.

Soltó un grito de guerra antes de lanzarse contra mí, pero aquel desgraciado no tenía nada que hacer. Su rostro se estampó en mi pecho, ya que le sacaba dos cabezas, en un intento por embestirme, cosa que tampoco consiguió. Agarré aquella parte de su cuerpo como si fuese una simple canica y empujé con poco esfuerzo hacia atrás para separarla. Movié sus brazos con ímpetu intentando golpearme de alguna forma, algo que a duras penas me hizo daño.

Ryan llegó en ese momento sacando su arma para encañonar al tipo. Negué con la cabeza ya que no hacía falta. Elevé mi puño en dirección a su mejilla ocasionando que este cayese de espaldas al suelo y soltara un gran alarido. Exhalé un fuerte suspiro debido al cansancio que me producían las personas que ni siquiera sabían defenderse.

—¿No os enseñan a pelear en la Organización? —ironicé.

—Se ve que no... —renegó Ryan.

—¡Qué te jodan!

Volví a reír, mirándolo con desprecio, mientras seguía tirado en el suelo tocándose el pómulo. Chasqué la lengua, momento en el que se sacaba la pistola de la parte trasera de su pantalón, así que levanté mi pie del suelo y le propiné semejante patada en la boca que vi varios dientes salir disparados seguidos de su sangre. Ryan, por su parte, se acercó raudo a su mano y le arrancó el arma de un simple tirón.

Estaba acabado.

—No, hombre enclenque, esta vez te has equivocado.

Pocos minutos después lo llevábamos atado y desarmado hacia el castillo, y al llegar a los aparcamientos cogí mi teléfono y con una sonrisa en los labios llamé a la persona que me había hecho el encargo.

Sonreí ante ese pensamiento, pero sobre todo al saber que ahora la que daba órdenes a diestro y siniestro era ella.

No tardó en descolgar.

—Dime, amor, ¿dónde te dejo el paquete?

Acababa de sentenciar su propia muerte, porque si de algo estaba seguro, era de que Taragh le sacaría la piel a tiras.

Capítulo 1

Taragh

Tres meses después...

—¡Te dije que esperaras en el coche! —bufó.

—¡Y yo te dije que lo haría si tardabas menos de cinco minutos!

—¡No tenías que haber venido desde el primer momento! —me gritó, desencajado.

—¡Si no estuvieras siempre dándome órdenes, me habría quedado! ¡Siempre parezco la inútil de los dos! —me desesperé.

Achicó tanto sus ojos que creí que los perdería de mi campo de visión.

—Cabezota, que eres una puta cabezota —renegó.

Miré mi reloj con el entrecejo arrugado, a la misma vez que hacía un gesto de desagrado con mi boca para finalizar la conversación, mientras era arrastrada por Cathal hacia una de las paredes más cercanas que nos cubrían de las balas y las explosiones que estallaban de un lado a otro. Elevé mis brazos para cubrirme el rostro cuando una bomba justo enfrente de nosotros explotaba con un tremendo estruendo en toda la base militar. Cathal soltó más de un improperio por su boca cuando se dio cuenta de que lo que acababa de saltar por los aires era nuestra vía de escape. Me arrastró unos pasos más hacia el lateral bufando como un toro.

—¿Qué? Seguro que ahora estás agradecido de que haya salido del coche —añadí con chulería, señalando el fuego.

Me aniquiló con la mirada, apretando sus labios en una fina línea infranqueable, pero continuó su paso firme hasta que llegamos a la entrada de

otra de las instalaciones de una de las bases de Reino Unido. Habíamos recibido un soplo por parte de Marco, el amigo narcotraficante de Cathal, que estaba ayudándonos a dar con el paradero de la lanza, ya que ni siquiera la Organización había sido capaz de encontrarla. Mi marido estaba de los nervios puesto que cada día la cosa se alargaba más y con ello nuestra ansiada libertad. Se suponía que yo debía quedarme en el coche desactivando a diestro y siniestro las alarmas y las cámaras del recinto, guiando a los militares hacia otro sitio. Objetivo que había conseguido los primeros quince minutos, pero, por casualidad, uno de los sargentos de la base se había dejado algo en la misma sala en la que Cathal buscaba con desespero el dichoso cuaderno y dio la voz de alarma sacando a todo el ejército a la calle.

Otra explosión, más cercana que las anteriores, me hizo asomar la cabeza por el costado de Cathal, y este me estampó contra la puerta en un intento de que dejara de cometer locuras, según él. Lo miré con mala cara, por lo que volvió a fulminarme de un solo vistazo. Apretó los dientes cuando se vio sin salidas y elevó sus ojos de un lado a otro buscando la alternativa para marcharnos de allí.

—Lo más importante, ¿lo tienes? —le pregunté con acelero.

—¡Sí! —voceó para que lo escuchase.

Había tenido que entrar en la base militar porque el soplo nos indicó que un archivo, en concreto otro cuaderno de bitácoras, estaba dentro de la misma y ahí había una pista vital para saber dónde se encontraba verdaderamente la lanza. Abrió la chaqueta de su bolsillo para que lo viese y asentí con una sonrisa demente en mis labios. No se le escapaba nada, y cuando decía nada, era nada de verdad.

Byrne no podía hacer de su capa un sallo y, por lo tanto, ¿a quién mandó? Al experto que se jugaba la vida en estas cosas y al que no le importaba sumar otro tanto a la larga lista de sus delitos. Los ojos de Cathal se quedaron fijos en un punto de la pista cuando un hombre cargado con una ametralladora se dirigía hacia nosotros, apuntándonos. Cathal levantó su pistola y sin ni siquiera pensarlo disparó al tipo en cuestión de segundos, haciendo que cayese fulminado.

—¡Vamos!

Tiró de mí, pero sobraba decir que no podía seguir su paso ni mucho

menos, aunque lo intenté. Sostuve mi abultado vientre corriendo en la misma dirección que él cuando varias bombas estallaron a nuestro alrededor y mis brazos me cubrieron, uno mi cabeza y otro mi barriga. Llegamos a un avión que parecía estar vacío y él subió antes que yo para comprobar que no había nadie dentro.

—Rápido, sube.

—¿Y los demás? —Chascó la lengua en un gesto de fastidio—. ¿Qué pasa? —le pregunté, temerosa.

—Hemos tenido cuatro bajas —anunció.

—¿Y Ryan? —me preocupé, temiendo que fuese una de esas bajas.

Escuché las voces de alguien a lo lejos, momento en el que Cathal se colocaba en el asiento del piloto y comenzaba a tocar todos los botones del sistema. Achiqué mis ojos y me di cuenta de que era Ryan quien corría por medio de la pista en nuestra dirección, perseguido por unos siete hombres. Cogí el arma que Cathal había dejado sobre un asiento y me acerqué a la rampa.

—¿Adónde vas?! —me gritó desencajado.

—A ayudar a tu amigo. Arranca —le ordené.

Hiné la rodilla en el suelo, cerca de la salida, y apunté con maestría en dirección a los hombres que lo perseguían. Ryan se giraba, tratando de esquivar las balas que pasaban rozando su cuerpo la mayoría de las veces hasta que una le alcanzó el hombro y vi que sus pies se cruzaban debido a la pérdida del equilibrio. Los hombres que iban tras él fueron cayendo uno a uno cuando el avión empezó a moverse.

—¡¡Espera!! —le grité a Cathal.

—¡No tenemos tiempo! Un tanque viene hacia nosotros —me contestó a voces por el ruido que apenas nos dejaba escucharnos.

—¡¡¡Ryan!!! ¡Corre!

Vi el agotamiento en sus ojos cuando el avión comenzó a girar en dirección opuesta, momento en el que resopló y pensé que se daría por vencido. Uno de los hombres lo cogió de improviso y cayó al suelo donde comenzaron una brutal pelea, y pude apreciar que se había quedado sin balas.

—¡Cathal, no lo conseguirá!

Giré mi rostro para mirarlo, aunque él estaba concentrado en su tarea por

hacer que el avión despegara, hasta que escuché cómo decía con chulería:

—Oh, sí, sí que lo hará. Confío en tu puntería, mi reina vengadora.

Bufé, pero sonreí ante ese apelativo volviendo mi cuerpo a la posición que tenía. Elevé el arma hasta colocarla con la precisión necesaria. Se movían demasiado y, si la bala atravesaba a Ryan, la culpable de que muriese entonces sería yo. Volví a concentrarme cuando el tipo quedó sobre él, gesto hecho a conciencia por Ryan, ya que se estaba dejando pegar a posta, y disparé.

El tipo cayó al suelo con un balazo atravesando su sien. Sonreí, escuchando de fondo la risa malvada de Cathal, por lo que supuse que sabía que había acertado. Ryan se levantó como un rayo del suelo y a gran velocidad llegó justo a nosotros lanzándose de cabeza a la rampa. Cogí su mano, a lo que este renegó por la fuerza que estaba haciendo para ayudarlo, sin embargo, no le di importancia y seguí intentándolo hasta que estuvo en el interior.

—¡Cierra! —chillé.

—A sus órdenes, mi capitana.

Negué con la cabeza al oír su tono cantarín y me senté al lado de un Ryan que respiraba con una agitación anormal. Se llevó la mano al hombro, lo que hizo que mirase hacia ese punto viendo que sangraba mucho. Busqué en los pocos compartimentos que tenía el avión hasta que di con un pequeño botiquín.

—Déjame que vea eso.

Hizo un gesto de dolor con sus ojos, cerrándolos, mientras que sus dientes se apretaban cuando coloqué mi mano sobre él. De fondo oí a Cathal hablar con alguien y me imaginé que sería con Byrne para informarle de lo que llevábamos y, algo más importante: que habíamos robado un avión del ejército de Reino Unido.

—Voy a intentar sacarte la bala y cuando lleguemos lo curaremos mejor.

—Lo miré interrogante.

Asintió sin decir una sola palabra, apoyando la cabeza en el asiento. Cogí las únicas pinzas que había, las saqué del plástico y me fui directa a la herida sin darle tiempo a pensar. Un alarido salió de su garganta, instante en el que el avión despegaba. Conseguí que la pinza apresara la bala y la saqué todo lo rápido que pude, lanzándosela sobre los pantalones. Eché un poco de desinfectante en la herida y la tapé con las pocas gasas que había en el botiquín, haciendo que esta quedara taponada y por lo menos la sangre dejase

de brotar.

—Aguanta —le pedí.

Asintió y me dio las gracias sin poder pronunciar una palabra.

—Taragh, haznos invisibles. Byrne ya está avisado. Nos espera en Dublín.

Abrí la pequeña bolsa que llevaba colgada en mi espalda, me senté al lado de Ryan y cogí todo lo necesario para desviar los posibles inconvenientes que nos podíamos encontrar por el camino. Si de alguien había estado aprendiendo todo este tiempo era del gran O’Kennedy. Minutos después desviaba todos los ojos hacia otro punto y nosotros dejábamos de existir.

—Listo.

Vi que su cabeza asentía y me acerqué a él con sigilo hasta que me senté a su lado. Me miró de reojo, pero no despegó los ojos del cristal. Admiré las vistas desde mi posición, ya que jamás había estado en el sitio de un piloto, y me sorprendí al ver el inmenso cielo.

—¿Desde cuándo sabes pilotar? —le pregunté ensimismada.

—Estuve diez años en el ejército del aire, en América.

Abrí mis ojos con sorpresa, girándome de repente hacia él.

—¿Diez años? —Asintió—. ¿Y por qué lo dejaste?

Movió sus hombros en señal de no saberlo con exactitud. Desde luego aquel hombre no dejaría de sorprenderme. Aquel hombre que era mío. Sabía que mis pensamientos eran posesivos, pero no me importaba, ya nada lo hacía excepto la familia que estaba formando y el futuro que nos deparaba juntos.

—Supongo que el dinero fue más goloso.

—Y que tú fueras el que daba órdenes, más todavía —ironicé.

—Eso no se consigue a la primera de cambio. —Rio.

—Lo sé por experiencia...

Volvió a sonreír, esta vez girando su rostro hacia el mío. Una de sus grandes manos llegó hasta mi pierna donde la apoyó dando un leve apretón que me dijo más que mil palabras. Rocé sus dedos con mimo sin quitarle los ojos de encima. Me fijé en su perfil: tan apuesto, tan intimidante, tan delirante... Carraspeé sin poder evitarlo.

—¿Estás bien? —me preguntó pocos segundos después.

—Sí.

—No tenías que haber venido. Podría haberte pasado cualquier cosa.

Lo sabía, pero también tenía claro que en cualquier momento podría necesitar mi ayuda y las circunstancias me dieron la razón, ya que, si no hubiese ido, quizá Ryan no estaría vivo y quizá él no habría vuelto a casa.

—Y a ti también.

Resopló. En cambio, yo me acerqué a su espalda y lo abracé dejando mis brazos sobre su pecho. Deposité un suave beso en su mejilla y dije en un susurro tentador:

—Tú siempre estarás para salvarme, dios del inframundo.

Un rato después llegábamos al punto acordado con Byrne, mientras que a Ryan lo trasladaban a la sala médica de las instalaciones. Entramos en el despacho y nos invitó a sentarnos con un gesto intranquilo en su rostro.

—¿Cómo de complicado ha sido? —nos preguntó.

—Lo suficiente como para que casi nos maten.

Cathal dio un golpe seco en la mesa, dejando caer el cuaderno.

—¿Lo has leído? —Alzo una ceja.

Mi marido sonrió de esa manera tan particular que tenía para vacilar a todo el mundo.

—Si no hubiese tenido tiempo para hacerlo, te puedo asegurar que lo habría leído antes de entregártelo.

—Ya me imaginaba. —Byrne se colocó en la silla, apoyando sus codos sobre la mesa, mientras ojeaba con rapidez el cuaderno hasta que asintió—. Bien, ahora tenemos otro problema.

—Ilumínanos.

Miré a los dos hombres que se contemplaban fijamente hasta que el jefe de la Organización habló:

—Tenemos a Maureen sin aparecer por aquí desde hace tres meses.

—¿Y no tienes a nadie que pueda darnos las indicaciones?

Negó con la cabeza soltando un fuerte suspiro, pasándose la mano por la cara en un gesto desesperado. No dije nada, pero omití el comentario de que yo sí sabía dónde estaba la pelirroja, al igual que sabía el gran rencor que había comenzado a tenerle a la Organización al completo.

—Me temo que si nadie es capaz de hablar con ella vamos a tardar mucho

más tiempo del que ambos deseamos para poder recuperar la lanza.

—¿Has hablado con Hayes? A fin de cuentas, él era su compañero.

—Lo hemos intentado todo, O’Kennedy. Todo.

—¿Y su abuela?

—No quiere escucharla. Por lo menos en lo que a nosotros respecta.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Cathal.

—No lo sé. Meses, quizá años. No tengo ni idea. Necesitamos alguien a la altura y sobre todo que sea de confianza. Visto lo visto no podemos arriesgarnos a darle esto a cualquiera.

Cathal me lanzó una mirada fugaz, dándome a entender que ya sabía lo que tenía que hacer. Tenía constancia de las veces que había ido a verla, al igual que era uno de los partícipes en el punto final a su anterior vida, si es que podía llamarse así.

—Bien. Buscaremos la solución.

Y sin más, se levantó de la silla haciéndome un gesto con su mano para que lo imitase.

Capítulo 2

Un puñal...

Eso era lo que mis ojos veían, pero no había sonidos, no había nada. Solo escuchaba mi respiración acelerada...

La vista se me nublaba, ¿qué me estaba pasando? Y después...

Solo había sangre...

—¡¡¡Qué lo hagas!!!—chillé, dejándome los pulmones.

El sonido de unas máquinas a mi alrededor me despertó. Abrí los ojos con dificultad y los froté con brío intentando que mi cuerpo reaccionara y quisiera despertarse del todo. Llevaba unos meses que el sueño era mi mayor enemigo y no conseguía quitármelo de encima. ¿Había tenido una pesadilla? Era la quinta vez por lo menos que soñaba lo mismo en menos de dos semanas y no conseguía encontrarle significado. Quizá era el miedo a perder de nuevo al bebé. No lo sabía.

Estábamos en Moher, ya que meses atrás, poco después de la fiesta en Cong, Cathal vendió la mansión de Malahide y nos trasladamos al hogar que siempre deseé tener. Las primeras semanas fueron las más duras, puesto que tuvimos que apañarnos en la pequeña vivienda que tenía allí, pero, finalmente, me di cuenta de que habían sido las semanas más divertidas y felices que había tenido en mi vida. Las semanas en las que de verdad éramos una familia unida que dormía en una cama de matrimonio con dos niños entre nosotros que apenas nos dejaban ni rozarnos. Una casa llena de gente dado lo diminuta que

era, que entraba y salía para poder ayudar en todo lo necesario respecto a la construcción que estábamos levantando entre la casa de Kathleen y la mía, las cuales tendrían unión sin duda a la enorme vivienda. Lo primero que hicimos fue crear el recinto para Kirt, esa vez mucho más grande que el anterior, que ya era decir. Los primeros pensamientos que tuvimos fueron dejarlo en su hábitat, sin embargo, después nos arrepentimos y llegamos a la conclusión de que ya era indispensable en nuestro futuro.

Contemplé mi habitación, a nuestro gusto. Las paredes estaban cubiertas de un papel dorado con formas rojizas, según él, el color que más me gustaba. La cama era más que grande y tenía todo lo necesario junto a un cuarto de baño privado para nosotros solos. Los dormitorios de los niños se encontraban en la segunda planta, al fondo del pasillo, pero muy cerca del nuestro. Había mandado construir la habitación del bebé justo a su lado y, en la planta de abajo, prácticamente lo habíamos repartido todo como en la anterior. Los obreros estaban terminando la piscina cubierta y una vez listo ya lo tendríamos todo hecho. Era cierto que, cuanto más dinero tenías, más rápido iban las cosas.

Bajé los pies al suelo y me encaminé hacia el armario para ponerme el primer vestido que tuve a mano. Descendí las escaleras encontrándome con Sinéad en medio del pasillo, la cual llevaba unas bandejas sobre sus manos. Habíamos incluido una lista de personal en la casa para que la ayudasen en las tareas y de esa manera ella no tendría que cargar con todo como lo hacía antes, simplemente debía dar órdenes y llevarlo al día.

—Buenos días —la saludé.

Se giró con una amplia sonrisa en sus labios, como de costumbre.

—Buenos días, señora. ¿Cómo se encuentra hoy?

Lanzó una breve mirada a mi vientre y asentí indicándole que estaba bien. Desde el momento en el que se enteró no había parado de preocuparse por cómo estaba, imaginé que por lo que creíamos que había sucedido con William. En realidad, para toda la casa fue un *shock* cuando lo encontramos.

—¿Sabes dónde está Cathal?

—En los acantilados, con los niños. —Volvió a sonreír.

—Gracias.

Dudó durante unos instantes y antes de que llegara a la salida la escuché:

—Me alegro de que sean felices. Se lo merecen.

La miré desde mi posición, a lo que esta con un breve movimiento de cabeza desapareció por la puerta de la cocina. Suspiré al saber que todos los sentimientos que estaba experimentando esos últimos meses eran tan raros que algunas veces me sorprendía llorando o enfadada al no comprenderlos. Cathal lo sufría a su manera y yo lo sabía, solo que él era una roca y pocas veces dejaba ver lo que en realidad sentía, pero tarde o temprano terminábamos hablando y, en cierto modo, también era una liberación para él, alguien que, como yo, nunca había tenido la oportunidad de vivir de aquella forma.

Eché por encima de mis hombros una chaqueta, ya que la corriente en los acantilados era casi constante, y salí en busca de los hombres de mi casa. A lo lejos los vi sentados a los tres. Cathal estaba en medio de los dos pequeños y mientras me acercaba escuché su conversación con interés.

—¿Mi dormitorio es azul? —le preguntó Nial.

—Si lo quieres de ese color, me parece bien.

—¿Y el mío puede ser amarillo? —Esa vez fue William.

No lo veía, pero sabía que había arrugado el entrecejo como su padre. Giró su rostro lo suficiente para poder ver al pequeño que esperaba ansioso una respuesta.

—¿Amarillo? —cuestionó dando a entender que no estaba convencido.

—Papi, el amarillo es bonito.

—Me gusta más el dorado.

—Vale —se conformó, haciendo un leve movimiento con sus hombros.

Se hizo el silencio mientras los tres miraban el horizonte viendo cómo las olas impactaban con brusquedad sobre las rocas del acantilado. Llegué a su altura y toqué el pelo de Cathal, momento en el que William desviaba sus ojos hacia mí y yo le guiñaba uno.

—Tío Cathal...

La duda en el tono de voz de Nial, que parecía no haberse dado cuenta de mi presencia, me hizo mirarlo, igual que el resto.

—Dime, Nial.

—¿Yo puedo llamarte papi?

Esa vez el silencio fue más que sepulcral y los ojos de Cathal se desviaron ligeramente hacia mí. Tragué saliva a expensas de su contestación, hasta que lo

escuché, sin meterme en su conversación.

—¿Te dan miedo las armas?

Puse los ojos en el cielo, pero tuve que sonreír. Él y sus cosas.

—No —le contestó con su vocecilla.

—¿Vas a aprender a disparar?

—Para defender a mami —añadió William.

—A mami no hace falta que la defiendan nadie, ya te lo digo yo —le aseguró con una sonrisa burlona.

—También —le respondió Nial, con los ojos brillantes.

—Pues entonces... —Dejó la respuesta en el aire, mientras el niño lo miraba con auténtica devoción, tanta, que sentí un pellizco extraño en el pecho —. Creo que sí. Sí que me puedes llamar... —Arrugó el entrecejo, seguro que sacando sus propias conjeturas—, papi. Me puedes llamar papi —repitió, quise entender que para creérselo él más que el niño.

—¿Y a ti, tía Taragh? —Esa vez me miró.

Sonreí con una mueca de tristeza inevitable al recordar a Kathleen, la cual no estaba dispuesta a que olvidara jamás, de hecho, habíamos colocado una fotografía al lado de su mesita, para que la viera cada noche antes de irse a dormir.

—Me podrás llamar como quieras, aunque siempre tendrás que recordar que mamá estará contigo allá donde vayas.

Asintió con una sonrisa, y le revolvió el pelo en un gesto cariñoso.

Cathal se levantó con gesto fiero del suelo, extendiendo ambas manos en dirección a los pequeños que le imitaban el gesto. Me miró haciendo una mueca con sus labios, pero supe que era de felicidad y nada ni nadie podría borrarla en aquel momento. Cuando estuvieron en pie soltó a los niños que comenzaron a correr seguidos de Goídel, mientras este movía su rabo con un entusiasmo que llevaba viendo semanas. Cathal colocó sus manos alrededor de mi cintura y me contempló con unos ojos que indicaban más de una promesa.

—¿De qué te ríes? —me preguntó, elevando una ceja.

Paseó sus labios por encima de los míos.

—Estás hecho un padrazo. Cualquiera diría del temible O’Kennedy —teatralicé con voz grave.

Escuché las risas de los niños que correteaban a nuestro alrededor.

—Mami ha dicho —e imitando mi voz, dijeron los dos al unísono—: ¡Del temible O’Kennedy!

Reí, y Cathal me siguió.

Éramos felices.

Éramos.

—Ahora veréis lo que hace el temible O’Kennedy —murmuró con gracia.

Y sin más, me besó.

Oí comentarios como «puag», «se están besando», «qué asco» y cosas similares que me hicieron sonreír pegada a los labios de mi marido. Este gruñó cuando el beso comenzó a intensificarse y lo detuve a tiempo, antes de que cometiera cualquier barbaridad de las suyas. Arrugó el entrecejo al instante.

—¿Qué?

—Cathal...

Me pegó con brusquedad a su cuerpo, más bien lo que pudo, ya que mi abultado vientre lo acaparaba todo. Este puso los ojos en blanco al darse cuenta de ese pequeño detalle, agarró mi mano y me giró completamente hasta que quedé de cara a nuestra casa. Noté que su mano se colaba por el bajo de mi vestido, ascendiendo hasta que llegó al punto clave que me hizo gemir por lo bajo.

—No sé, ni quiero pararme a pensarlo, desde hace cuánto que no te tengo.

—Tres... días —gemí, agachando la cabeza con disimulo.

Los niños llegaron casi a la entrada de la mansión y pude ver que se perdían en el interior de los grandes jardines que la rodeaban. Cerré los ojos con fuerza cuando sus expertos dedos traspasaron mi ropa interior, momento en el que noté que uno de ellos ascendía y descendía sin parar por mi abertura. Una de sus piernas tocó mi tobillo derecho haciendo que este se abriera lo suficiente como para que el acceso no le fuera negado. Hundió dos de sus dedos y mi cuerpo tembló de tal forma que creí que las piernas no soportarían el placer que segundos después llegaría. Mientras tanto otro se entretenía en rozar con parsimonia mi botón haciendo que los latigazos hacia esa zona fueran cada vez más intensos.

—Cathal... —le rogué.

Respiró con fuerza en mi oído mientras su lengua descendía por mi cuello hasta llegar a mi nuca, donde repartió pequeños pero bruscos besos. Eché la cabeza hacia atrás buscando su boca, que no encontré. Me giré desde su posición con lujuria y sacó los dedos de mi sexo para llevárselos a la boca.

Gruñí, poniendo gesto de enfado, viendo cómo pasaba por mi lado contemplándome con una sonrisa triunfal en sus labios. Me dieron ganas de quitarme el zapato y lanzárselo a la cabeza. Arrugué mi entrecejo mientras él se dirigía con gesto vacilón, de espaldas, hacia la casa. Sin tiempo que pensar, viendo cómo se metía en el interior sin mirar atrás, me encaminé tras él hasta que llegué a la entrada. Pero mi gozo cayó en un pozo cuando no lo vi.

Ofuscada, tras pasé la entrada y me dirigí hacia el cuarto de baño para, como mínimo, darme una ducha de agua helada que me quitara el tremendo calentón. Entre eso y las hormonas no sabía cómo había sido capaz, pero me las pagaría.

Escuché las voces de los niños, seguidas de las de Sinéad, que estaban en la cocina, seguramente preparando algún pastel, ya que en sus tardes se dedicaba, según ella, a hacerles valerse por sí mismos en lo que a la cocina se refería.

Abrí la puerta del dormitorio con enfado, pero no me dio tiempo a cerrarla porque una mano lo hizo con un solo portazo. Me giré hecha un basilisco cuando lo vi con gesto chulo apoyado en la pared, con una de sus piernas levemente alzadas, apoyada sobre esta, y los brazos que acababa de cruzar en su pecho.

—¿Me buscabas?

Lo contemplé con recelo y no me dio tiempo a nada más cuando se abalanzó sobre mí. Sus manos volaron por mi cuerpo de una forma que creí que era imposible y en cuestión de segundos me encontré desnuda, a la par que él. Su boca se estampó con la mía haciendo que nuestros dientes chocaran de pura desesperación y mi cuerpo se giró involuntariamente para colocar las manos sobre la barra de madera que había a los pies de la cama.

—El señor tiene prisa, por lo que veo —recalqué la palabra «señor» con ironía.

—El señor va a hacer que grites lo que no has gritado en tres días —me aseguró con rudeza.

Se incrustó en mí de una sola estocada y mis nudillos se volvieron blanquecinos al tratar de controlar los terribles espasmos que mi cuerpo daba cada vez que entraba y salía de mi interior. El embarazo no era un impedimento para él y eso lo había demostrado con creces. Poco a poco comencé a notar mis sentidos desvanecerse a cada embestida que daba, hasta que mi cuerpo se tensó tanto que creí que desfallecería allí mismo.

—Todavía no...

Mordió mi hombro y grité echando mi cabeza hacia atrás, ocasión que él aprovechó para buscar mi boca. Nuestras lenguas se encontraron como buenamente pudieron dada la posición que teníamos, mientras nuestros sexos chocaban con un frenesí desmedido. Me dejé caer en picado, sin escuchar sus constantes gruñidos que me indicaban que todavía no era el momento, pero no pude retenerlo durante más tiempo y mis paredes apresaron su miembro con tanta brusquedad que sentí cómo se tensaba.

Salió de mi interior dejándome confusa y apreté mis manos con más fuerza a la madera cuando su lengua comenzó a descender desde mi nuca hasta mi trasero, donde se recreó más de la cuenta repartiendo ligeros pero rudos besos y mordiscos. Su mano ascendió por mi pierna hasta colocarse en la entrada de mi sexo y, sin más, empezó a mover sus dedos arriba y abajo por mi abertura. Noté su respiración pegada a mi cuello y sostuvo mi mano conduciéndome hasta el borde de la cama, donde me tumbó con un leve movimiento. Una de sus manos se colocó al lado de mi cabeza y sus ojos buscaron los míos con ansias cuando la otra castigaba mi sexo dándole a entender que un arrollador orgasmo llegaría en poco tiempo.

—Ahora, dime, ¿me has echado de menos? —Alzó una ceja, sugerente.

Lo miré con los labios entreabiertos, gimiendo.

—Mucho.

Sonrió de esa forma tan devastadora y bajó delineando cada resquicio con su lengua, hasta que llegó a mi sexo, donde se entretuvo todo lo que quiso. Alzó una de mis piernas sobre sus hombros y, seguidamente, sentí su aliento tan cerca del botón de mi perdición que tuve que agarrar la colcha para no desmayarme. Su experta lengua creó círculos alrededor y sus dedos abandonaron mi interior para intentar volverme un poco más loca de lo que ya lo estaba. Sus lametones eran desquiciantes, sus mordiscos a ambos lados de

mis muslos más, y su lengua solo consiguió llevarme al borde de la histeria.

—Cathal... —Jadeé—. Déjate de tonterías —exigí con rudeza.

Una malvada risa salió de su garganta cuando se empleaba a fondo en regalarme el segundo orgasmo que llegó pocos minutos después de que su lengua y sus dedos se afanaran en ello. Rodeé mis piernas en su cintura, de manera que su imponente altura quedó sobre mí, y agarré sus manos cuando se introdujo con un breve movimiento. Lo miré con deseo, con adoración y con todos los sentimientos que surgían cada vez que me contemplaba de aquella manera.

—Y ahora, vamos a por el tercero, señora O’Kennedy.

Capítulo 3

Cathal

Cerré el ordenador cabreado hasta la médula al no conseguir dar con el paradero de Andrew. Llevaba buscándolo meses, pero el viejo cabrón había sabido esconderse bien. Miré el cuerpo de la mujer que tenía a mi lado y contemplé su esbelta figura y aquella redondez que abultaba sobre su vientre. Tan hermosa, tan bella, tan ella.

Suspiré, tratando de apaciguar las ganas de despertarla y simplemente fundirla con mi cuerpo sin cansancio. Me había dado cuenta de que la amaba tanto que el pecho me dolía cada vez que ese pensamiento cruzaba por mi cabeza. Coloqué una de mis manos sobre el contorno de su figura y escuché un leve ronroneo por su parte.

—Mmmm... ¿Qué haces despierto? Todavía no ha amanecido.

Se revolvió hasta quedar frente a mí. Apoyó su rostro en mi pecho y alzó la cabeza para mirarme mientras que con la mano que tenía libre encendía la luz de la lamparita.

—Me he desvelado.

—Mentiroso.

Sonreí.

—¿Por qué? —Me hice el ofendido.

—Porque sé cuándo te preocupa algo. Cuéntamelo.

Más que pedírmelo me lo exigió y tuve que volver a suspirar, esa vez con fuerza.

—Necesito cerrar episodios de nuestra vida y no lo consigo.

—Todo tiene su tiempo. Si es por mi abuelo... —me miró con firmeza—, lo encontraremos.

—De eso no tengo la menor duda —afirmé tajante.

Posó su mano sobre mi mejilla haciendo con su pulgar pequeños círculos y le besé la punta de ese dedo en un acto cariñoso, cuando me tensé, gesto que la detuvo. Mostró confusión, por lo que agudicé mis sentidos y lo escuché.

Alguien lloraba.

Alguien lloraba en la ventana de nuestra habitación.

—¿Qué pasa?

Elevó su rostro para contemplarme.

—¿Lo has oído? —Me envaré en la cama.

—¿El qué? —Alzó una ceja sin entenderme.

Mostré una confusión que no sentía, puesto que sabía perfectamente lo que era, ya que llevaba escuchándolo semanas en el mismo punto y a la misma hora de la madrugada. No quería asustarla ni mucho menos que pensara que había perdido el juicio, así que me callé y evité el tema a toda costa.

—Me asomaré. Quizá hayan tenido una pesadilla los niños —dije levantándome.

—A lo mejor han sido ellos, no te preocupes —susurró, sosteniendo mi brazo con delicadeza.

—O que nos hemos dejado la ventana abierta.

Abrí el gran ventanal, mirándola, intentando que mi gesto no me delatara. Y al hacerlo mis sospechas se hicieron más que evidentes. Contemplé los jardines aun sabiendo lo que había, si es que se podía llamar así, pegado a la pared de la mansión. No la miré. Simplemente vi el reflejo de su vestido blanco. Cerré la hoja con un sonoro golpe y busqué los ojos de Taragh que me contemplaban expectantes de algo que no supe descifrar.

—No es nada. No te preocupes. Seguramente será el viento —añadió.

Bordeé la cama, tumbándome a su lado, y la apreté contra mi cuerpo.

—Venga, vamos a dormir que es muy pronto.

Besé su pelo mientras envolvía sus manos en mi cintura y poco a poco noté su profunda respiración. El único que no pudo dormir las horas que quedaban era yo, y a lo que no paraba de darme vueltas era a cuál sería la próxima desgracia que entraría en mi vida.

Solo rezaba para que no fuese ella.

Cuando los rayos del sol alcanzaron la altura suficiente en el cielo, dejé a Taragh hecha un ovillo en la cama. Tapé su cuerpo con delicadeza y me cambié para salir en dirección a las oficinas de Byrne. Me quedaba un largo camino, pero teníamos que tratar unos asuntos a primera hora de la mañana, ya que había recibido un mensaje de él la noche anterior.

Al llegar aparqué mi coche de cualquier manera, dejándolo sobre la acera de la entrada, y pasé al interior en busca del susodicho. La chica que había en la recepción, que por lo que se veía ya tenía órdenes de dejarme pasar, me extendió una tarjeta para que pudiera avanzar por los pasillos y sonreí interiormente.

Cuando entré, Byrne se encontraba sentado en su habitual sillón ojeando unos documentos que tenía en sus manos. Levantó la cabeza.

—Veo que no te hace mucha gracia que coja a tus hombres para entrar — bromeé al recordar mi primera visita cuando apresé a Harry para que me abriera las puertas.

—No —dijo y volvió a agachar la cabeza para continuar con lo que estaba haciendo—, por eso mismo te he dejado acceso. Creo que puedo empezar a confiar un poco en ti.

—Pero solo un poco —chuleé.

—Me imagino. Siéntate. —Hice lo que me pidió y este posicionó sus manos sobre el escritorio, escrutándome con la mirada—. Bien, tengo dos cosas a tratar contigo. Mejor dicho, tres.

—Tú dirás —comenté como si nada, alzando mi barbilla.

—Sin duda alguna y tras el documento que encontramos en el castillo de Ashford...

—El dichoso acertijo.

—Exacto, el acertijo que no nos condujo a nada al principio, pero que ahora sí puede hacerlo.

Después de la fatídica noche en la fiesta, al día siguiente volvimos y nos encargamos de buscar lo que se suponía que tenía que haber descubierto Maureen, y nos encontramos con un simple papel. Intentamos resolverlo en el momento, pero al no conseguirlo, Byrne se lo llevó para tratar de dar con la clave del rompecabezas.

—¿Y bien? —pregunté con impaciencia.

—La lanza está al suroeste de Irlanda. Todo nos conduce allí.

—¿Y a qué estamos esperando?

—Si Maureen volviese todo sería más fácil, no tendríamos que peinar la zona al completo para buscarla a ciegas.

—¿Y por qué no se lo dices a la abuela? Era ella la que ocupaba su puesto antes, ¿no? —Arqueé una ceja queriendo decirle que había dado con la solución.

—El cuaderno que me trajiste de Reino Unido ni siquiera la abuela Maureen puede descifrarlo. ¡Joder! —se exasperó.

—Pues... usa todo lo que tengas y más para convencer a tu pelirroja de que vuelva, termine este asunto y después que ella decida qué quiere hacer.

Movió la cabeza levemente, me imaginé que pensando en qué podría hacer. Taragh me había contado algunas cosas puesto que ella sí tenía contacto directo, pero no pensaba darle esa información por petición de mi mujer.

—Kellan está en Irlanda.

Elevé mis ojos con fiereza hasta que los posé sobre él.

—Dónde.

—Me imagino que de vacaciones. —Arqueó una de sus cejas de manera irónica—. ¿No tienes nada que contarme, O’Kennedy?

—Me imagino que no —imité su tono de voz. Sabía que se refería a Andrew. Ese cabrón estaba aliado con él, de eso no me cabía la menor duda—. Si encuentras la ubicación, házmelo saber. Por mi parte buscaré todo lo que pueda y más para encontrar a ese cabrón.

Me levanté de la silla para marcharme, pero me detuvo.

—No tan rápido.

Escuché una carpeta caer sobre la mesa de madera. Me giré para mirarla y en ella lo único que pude apreciar fue el nombre de Taragh. Arrugué el entrecejo sin saber qué era lo que guardaba y volví a quedarme frente a él, de pie.

—¿Qué cojones es eso?

—El linaje de tu mujer.

—¿Y se puede saber por qué lo tienes? —pregunté con tono hosco.

—Siéntate. —Me hizo un gesto con la cabeza y obedecí—. ¿Sabes algo de la historia de Andrew O’Leany? ¿De su pasado? —Negué—. Bien, pues

empezaremos por el principio.

Tras un largo tiempo en el que me explicó paso a paso lo vivido entre la abuela de Maureen y el abuelo de Taragh, conseguí llegar a la conclusión de muchos aspectos en los que ni siquiera había reparado, como en la rivalidad que ambas tenían, por algo que en realidad no existía ni nunca había sido de ese modo.

—Lechlamm era el padre de Taragh, y su madre, Shelagh... —Me miró a los ojos durante unos minutos, pero no supe descifrar su gesto.

—¿Qué pasó con su madre? Tengo entendido que ambos murieron en un accidente de coche.

Me temí lo peor al ver su silencio. Mojó sus labios y suspiró con fuerza cuando dijo:

—Shelagh perteneció a la Organización, Cathal. —Escucharlo llamarme por mi nombre se me hizo raro, pero no le di tantísima importancia como a lo que acababa de decirme. ¿La madre de Taragh estuvo allí?—. A ella se le apareció la diosa Fand —continuó.

—¡Oh, vamos, Byrne! No me vengas con tonterías —espeté con una sonrisa sarcástica.

Frunció su ceño en un gesto de enfado más que evidente, lo que a mí me importó una reverenda mierda.

—No juegues con esas cosas. —Me señaló con el dedo—. Sabes que todos los que estamos aquí tenemos algo especial, al igual que sé que tú...

Se quedó callado y ese gesto me extrañó, pero obvié el tema y lo corté:

—Déjalo ya, Byrne, no me interesa. Solo quiero que me digas qué tiene que ver todo esto con mi mujer y por qué has sacado su linaje a relucir.

Se reajustó la corbata sobre su cuello, lanzándome una mirada fulminante que le devolví.

—Sé que tendrá dudas sobre su familia, es lo más normal, y yo puedo resolvérselas.

—¿Cómo? —fue lo único que pronuncié, queriendo acabar con la maldita conversación de una vez por todas.

—Su... —pareció dudar—. Había otra persona en la Organización. Era de su máxima confianza y ella lo sabe todo. Tengo que decir que... —me miró titubeante—, que eran como hermanas.

Asentí sin saber por qué demonios tenía aquel gesto. Estaba raro de cojones y yo no tenía tiempo para pensar en aquellas tonterías.

—Está bien. Avísame cuando la susodicha llegue y traeré a Taragh para que hable con ella.

—O’Kennedy... —Me giré cuando ya llegaba a la salida, esperando la continuación de su frase y me dejó más confuso todavía con lo que dijo—: Esto no es un favor, lo hago porque quiero, y en cierto modo a petición de la otra persona que falta en la sala. Intenta tener mano izquierda.

No lo entendí, pero salí de allí a la misma velocidad que entré.

El paradero de Kellan me estaba esperando.

Capítulo 4

Maureen

El dolor ahogaba.

Apretaba de tal manera que era como una losa que me oprimía el pecho y me dolía solo con el simple hecho de respirar. El sufrimiento era insoportable y eso no había ser que lo aguantara. A medida que pasaban los días la ausencia se hacía cada vez más dura. Era como si al principio no me hiciera a la idea de que... ya no estaba.

Las noches eran mortales. Me obligaba a dormir con mi mano posada en su lado de la cama y vestía únicamente su camiseta de dormir. No quería olvidar su olor. Me horrorizaba solo con la idea de perder su aroma. Cada vez que recordaba que no volvería a tocar su piel era motivo suficiente para arrancar un llanto que me desgarraba el alma. Cuando cerraba los ojos sentía los suyos mirándome de aquel modo que solo él sabía. Su sonrisa desprendía una magia que hacía temblar mi cuerpo entero. Soñaba recordando sus dulces besos y me tocaba el cuerpo rememorando sus caricias.

Él había sido el único amor de mi vida.

La única persona que me hacía sentir completa cuando estaba a mi lado.

Mi amigo, mi amor, mi amante, mi confidente, mi todo.

Y en cierto modo, le había fallado.

En casa me daban por perdida. Me enfadé con el mundo entero y no quería ver a nadie. Me miraba al espejo y ni yo misma reconocía lo que veía. Mi piel pálida había pasado a ser más blanquecina de lo normal y aquello causó que las marcas de mis ojeras se acentuaran. Había perdido mucho peso, demasiado, ya que mi apetito desapareció por completo.

Si no me metieron en un psiquiátrico fue gracias a mi abuela. Ella era la

única que me entendía. Aunque verdaderamente no sabía el porqué. Supongo que comprendió que era injusto que por culpa de una misión perdiera al gran amor de mi vida, una misión que, para colmo, era otra pista hacia el paradero de la lanza.

«Una misión». Maldito el momento en el que acepté incorporarme a la dichosa Organización. Di orden para que no me dijeran nada de nadie de aquel círculo. No cogía el teléfono a ningún miembro de aquella secta ni nada que tuviera relación con ellos. Había pedido mi baja temporalmente y así pensaba llevarla a cabo hasta que se cansasen de mi ausencia y prescindieran de mí.

A excepción de Taragh.

Fue la única persona que me ayudó a sobrellevar mi duelo. Mi cómplice en aquel momento tan duro y a la única que le permití entrar en mi casa. Me constaba que no había sido bien recibida por nadie de mi entorno, al principio. Pero poco me importó. Me tapaba los oídos cada vez que John me reprochaba que ella no era buena persona y que había hecho mucho daño en el pasado. Mi abuela también se volvió muy recelosa los primeros días, desconfiaba de ella y de su generosidad al venir a visitarme y querer hacerme compañía. Pero hubo algo que al segundo día le hizo cambiar de opinión. Me dijo que lo vio en su mirada. Si aquello me lo hubieran dicho meses atrás me habría reído de tal manera que no me lo creería.

Las archienemigas pasaban a ser cómplices. Aquella misión a Noruega nos unió más de lo que jamás imaginamos.

La diosa Áine vino a visitarme unas cuantas veces, pero también estaba enfadada con ella. Si de verdad me protegía, ¿por qué me arrancó lo que más quería en el mundo? Por las noches se arremolinaba en mis pies como acostumbraba, pero pataleaba como una histérica para que desapareciera de mi lado. No hacía más que chillarle:

—*Téigh!* (¡Vete!). *Faigh amach as anseo!* (¡Fuera de aquí!). *Níl mé ag iarraidh tuilleadh eolais a fháil faoi tú!* (¡No quiero saber más de ti!). *D'fhág tú uaim féin!* (¡Me has dejado sola!).

Pero no me dejaba. Mi dormitorio siempre estaba helado impidiendo que estuviera sin su compañía. Aunque poco me importaba.

Mi tía Matilde vino desde España para pasar unos días conmigo y poco pudo hacer. Se negaba a dejarme sola y le aconsejé que se fuera. No quería

estar con nadie, pese a que se lo pidiera abrazándola con toda la fuerza posible. Era un sentimiento contradictorio y no quería que se quedara conmigo y viera cómo me consumía. Así que le pedí a mi abuela que se la llevara con ella.

Un día decidí bajar al salón. Era uno de los tantos que me dedicaba a deambular como una muerta en vida por la casa. Entré en la cocina y miré a mi alrededor con extrañeza. Hacía semanas que no pisaba aquella estancia. Pasé mi mano por el frutero y cogí una manzana, la examiné detenidamente y la volví a dejar en su sitio. No me apetecía comer nada pero, al mirar el frigorífico, intenté probar suerte. Abrí y, después de varios minutos observando el contenido, volví a cerrar. Me apoyé en el mármol de la encimera y miré al vacío hasta que me fijé en una fotografía de Briana en el corcho de la pared. Mis labios dibujaron una leve sonrisa al ver que era una instantánea de la niña comiendo un helado de chocolate y se había manchado toda la boca con el dulce. Helado. Probaría suerte con eso. Me giré y abrí el congelador de la nevera y mi sorpresa fue que sí que había una tarrina. Eso era cosa de John. Siempre mostró devoción por el chocolate y la vainilla. Pero una punzada atravesó mi corazón al apartar la tarrina y ver que al fondo de la nevera había un recipiente con el primer trozo del pastel nupcial de nuestra boda. No pude cogerlo y mi impulso fue cerrar la puerta del congelador de golpe.

La tradición decía que el primer trozo debía guardarse para celebrar el primer aniversario de boda. ¿Qué aniversario?, si apenas habíamos durado unos meses como casados. Y luego estaba el resto del pastel que se encontraba en casa de mi abuela. Debía recordarle que se olvidara de él. Total, tampoco podríamos comérnoslo en el bautizo de nuestro primer hijo.

Aquello fue lo que terminó de matarme el hambre.

Entré en el salón y me senté en el sofá dispuesta a intentar ver la televisión. Aunque mi mente estaba en otro lugar, quería hacer el esfuerzo de distraerme. Pero no pude. Me pareció escuchar un ruido en el estudio de Aidan y me puse en guardia apagando el televisor.

—¡Si eres tú, ya puedes olvidarte de mí! —grité suponiendo que era la diosa—. ¡Ya te dije que no quiero saber nada de nadie!

Pero volví a escuchar que algo se caía al suelo y me levanté exasperada.

Me dirigí a la puerta y frené en seco a la hora de poner la mano en el pomo de la puerta levemente entreabierta.

Todavía no estaba preparada para entrar allí. Aquel era su lugar de trabajo, su rincón, donde él pasaba tantas horas y donde tantas veces habíamos disfrutado con su *hobby*. Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que al abrir aquella puerta lo pudiera ver en su cuarto oscuro revelando algunas fotos como le gustaba. Pero entonces oí un ladrido. Charlie. Abrí y el perro vino a mí corriendo, moviendo su diminuto rabo.

—¿Se puede saber qué hacías ahí dentro? —Lo cogí y al acercarse a mí comenzó a lamerme la cara—. Sí, yo también me alegro de verte.

Eché un fugaz vistazo al estudio en la distancia y cerré, suspirando con pesar. Charlie gimió al querer acercarse más a mí y roncó efusivamente por su alegría.

—Tú también lo echas de menos, ¿verdad? Eran demasiadas las horas que los dos pasabais juntos ahí dentro. Nuestro compañero se fue y, muy a nuestro pesar, ya no volverá.

Cargué al perro hasta el sofá y me senté alzando los pies y doblando las rodillas. Lo acaricié y mi mirada se perdió pensando en los días que hacía que no nos veíamos. Caí en la cuenta de que hacía demasiados que no veía a nadie, aparte de mi familia. La última vez que estuvimos reunidos fue en el entierro de Aidan.

Todo fue más sencillo de lo que se esperaba. No estaba dispuesta a hacerle ningún tipo de funeral especial. A él no le habría gustado. En mi cabeza no hacía más que repiquetearme nuestra última conversación cuando me dijo que la pantomima de nuestra boda la había hecho por mí. Tenía derecho en su propio entierro a hacer las cosas a su manera. Me puse en contacto con la funeraria de Cork y pedí dos músicos. Recordé que en una de nuestras conversaciones acordamos volvernos a casar, pero al ritmo de Metallica y Guns and Roses.

Aquel día no derramé ni una lágrima. Es curioso, ¿verdad? Horas antes había finiquitado el tema de la muerte de mi marido, del mejor modo que se me había ocurrido, y la sed de venganza todavía me corroía por las venas. La rabia podía conmigo pese a que mis manos estaban manchadas de sangre.

Saoirse lloraba desconsolada en brazos de Connor la muerte de su

hermano menor. Ella sí que se quedaba sola. Primero su madre, después su padre y, por último, su hermano. La verdad era que la muerte de Mick no sobresaltó demasiado a Aidan el día que nos enteramos, poco antes de la boda. Él sabía que un día u otro su padre caería y era consciente de que nunca había jugado limpio.

Y me perdí en los recuerdos de uno de los días más fatídicos de mi vida.

Junto a mí estaba toda mi familia.

Mi padre a mi derecha, mi abuelo a mi izquierda, abuela, madrastra, hermanos, resto de familia y amigos. Todos a mi lado y ella enfrente, asintiendo con un simple bajón de cabeza y mirándome con una cara de satisfacción que me hacía saber que habíamos hecho lo correcto.

El momento de bajar el ataúd de Aidan fue cuando una sola lágrima se deslizó por mi mejilla. La rabia me corroía y me maldecía al pensar que aquella muerte no había sido justa. Los acordes de los dos violoncelos de la canción «Nothing else matters», de Metallica, sonaron a medida que las cuerdas soportaban la caja de madera. Sentí cómo mi padre apretaba mi brazo y yo apenas me inmuté. Mi pelea con el mundo estaba comenzando.

Una vez acabaron de rellenar el agujero de tierra, la gente empezó a darme el pésame uno a uno. Familia, amigos de la escuela, clientes del pub, compañeros del NMCI y luego estaba él: Byrne.

En cuanto se acercó, me tendió la mano y lo miré desafiante.

—Lo siento mucho —me dijo con tono apenado.

—¿Seguro? —le reproché.

—¿Qué cosas dices? Por supuesto que sí. —Pareció ofendido por mi pregunta.

Mi silencio y mi mirada penetrante lo incomodaron. Sabía que algo dentro de mí no estaba como él creía. Se le veía afectado, pero no por la muerte de Aidan, sino porque sabía que él era el causante, en parte, de aquella tragedia. Si yo no hubiera ido esa noche al castillo por una misión, con pista falsa incluida, Aidan estaría conmigo y ninguno de los allí presentes se encontraría llorando la pérdida de mi marido.

Byrne fue a abrir la boca para decir algo y lo frené:

—No, no quiero saber nada —siseé, sentenciando el final de aquella conversación.

—Maureen. —Mi abuela intentó mediar la incómoda situación.

—Olvidadme —mascullé dándome la vuelta y abandonando el cementerio bajo los expectantes ojos de todos. Como si me hubiera leído la mente, ella me esperaba en la puerta.

—¿Has venido sola? —le pregunté.

—Sí. Cathal tuvo que irse a Malahide. ¿Qué quieres?

—Irme lejos.

—Acompáñame —me ordenó.

—¡Maureen! ¡Ni se te ocurra! —oí a mi abuela llamarme al ver que me iba con la nieta de su peor enemigo.

—Vamos.

Ignoré aquel grito y la seguí.

Taragh no comentó nada en todo el recorrido, ni siquiera sobre mi abuela, la cual la había fulminado de un simple vistazo antes de marcharnos. Su silencio no me era incómodo. Por alguna razón supe que ella era la única persona que comprendía mi dolor.

En poco más de dos horas nos plantamos en la costa oeste del país, en el condado de Clare. Se acercó a una pequeña cabaña y allí paró el coche.

—Ya hemos llegado —dijo al poner el freno de mano.

—¿Vives tan cerca de los acantilados? —me sorprendí.

—Sí. Venga, sal de ahí.

Obedecí y observé el paisaje. Hacía un día de viento gélido, pero poco me importó. Taragh comenzó a caminar en dirección a los acantilados y la seguí. Me había demostrado que podía fiarme de ella y que si me había llevado a aquel lugar sería por algo. Paró en seco al llegar al borde de una de las impresionantes rocas y me miró.

—Hace unos meses mataron a mi mejor amiga en su casa, en aquella dirección. —Hizo un movimiento con la cabeza indicando el lugar al lado de la cabaña en la que paramos el coche—. Yo estaba aquí cuando le dispararon. Así que sé muy bien cómo te sientes. No es lo mismo que sea una amiga que tu

marido, pero te puedo asegurar que lloré más la muerte de Kathleen que la de mis propios padres. Y la rabia pudo conmigo. —Me miró durante un segundo, y yo esperé con paciencia a que continuara—: No somos amigas, Maureen —añadió con seriedad—, pero tampoco enemigas. Así que voy a aconsejarte que hagas ahora mismo lo que te venga en gana. Nadie te observa. Olvídate de que estoy aquí. Si quieres gritar, hazlo. Déjate la garganta y expulsa toda la rabia y el dolor acumulado.

Miré cómo me relataba aquella historia y me confirmó lo que pensaba de ella. Taragh hacía tiempo que había dejado de ser mi rival y había pasado a ser mi aliada. Debía fiarme, me lo estaba demostrando con creces, sin pretenderlo, simplemente con sus gestos. Desvié mis ojos y los fijé en el horizonte. Mi cuerpo comenzó a temblar y un dolor en el pecho me oprimió en demasía. Quería salir, lo que fuera que tenía dentro debía ser expulsado de alguna manera. Así que le hice caso.

—¡Aaaaaaaah! —grité con todas mis fuerzas.

—Así es. Bien hecho —me animó—. ¡Saca lo que sea! —bramó.

—¡Aaaaaaaah! —Volví a vaciar mis pulmones con aquel quejido, de tal manera que caí al suelo de rodillas debido al esfuerzo.

Y entonces fue cuando exploté.

Un llanto inmenso comenzó a brotar. Lloré como una desesperada y me di cuenta de que no tenía fin.

—Muy bien, pelirroja. —Se agachó a mi lado y me abrazó para consolarme—. Lo estás haciendo muy bien —recalcó. Me agarré a ella como a un clavo ardiendo y sollocé todo lo que pude—. Tranquila, todo estará bien, cuando sepas afrontarlo. Hicimos lo que debíamos. Seguro que él lo comprenderá esté donde esté. Lo hemos vengado del mejor modo posible y puedo asegurarte que la muerte de ese bastardo ha merecido la pena. Aidan estará muy orgulloso de ti.

—Estoy cansada. —Lloré—. Estoy cansada de toda esta mierda.

—Todos estamos cansados. —Acarició mi cabello—. Pero esto terminará, ya lo verás. Tienes que ser fuerte. Estas desgracias nos hacen más inmunes de lo que pensamos y algunas veces, solo algunas, nos hacen crear un muro infranqueable.

Un rato después la noche caía sobre Moher, el frío comenzaba a ser

insoponible y mis dientes empezaron a castañear con brío. Taragh me levantó y me condujo a una casa pequeñita, aunque muy acogedora.

—¿Quién vive aquí? —le pregunté al entrar y admirar la estancia.

—Yo —me contestó encendiendo las luces y acercándose a la chimenea—. Bueno, me refiero a que la casa es mía y yo vengo de vez en cuando. Anda, date una ducha de agua caliente y ponte cómoda. Te sacaré algo de ropa de cuando no tenía esta enorme barriga —dijo tocándose el abultado vientre—. Le mandaré un mensaje a Byrne diciéndole que estás aquí conmigo.

—¡No! —salté—. No quiero que Byrne sepa dónde estoy. Mejor se lo mandaremos a mi hermano John.

—No creo que a tu hermano le agrade saber que estás conmigo. Te recuerdo que no terminamos bien.

—Tienes razón. Se lo mandaré a mi abuela, ella sabrá qué hacer.

—Tampoco es que ella me tenga estima... —opinó con una sonrisa.

—Lo sé, pero me vio irme contigo. Así que no hace falta mentirle. Si le digo que estoy bien, no insistirá.

—Si tú lo dices... —Alzó las manos sin estar convencida y entró en el dormitorio buscando toallas y ropa cómoda.

Capítulo 5

Sin poder evitarlo me coloqué bocarriba en el sofá de la cabaña de Taragh y posé uno de mis brazos sobre mi frente, recordando a la perfección otro de los aspectos que me atormentaban al no saber si había actuado bien o mal, aunque mi fuero interno decía que se lo merecía.

—Aquí lo tienes.

Fueron sus únicas palabras. Vislumbré el aspecto deprimente que Jack tenía y miré a Taragh con miedo al ver lo que le habían hecho. Me di cuenta de que le faltaba la oreja izquierda y de esta salía una cantidad de sangre que comenzaba a resecarse, mientras que aprecié los constantes moretones que su rostro lucía, al igual que sus ropas que estaban rasgadas por lo que parecía un cuchillo. Taragh me contempló con una sonrisa demente en sus labios y Cathal permanecía sin pestañear tras este. Ryan, por su parte, esperaba fuera de la nave abandonada a la que me habían mandado venir, al sur de Cong.

—No te reprimas, pelirroja. Este hijo de puta ha matado a tu marido y a Kathleen —siseó—. Por lo tanto, si no lo matas tú, lo haré yo y de la peor manera.

Fijó sus ojos en él con rabia, con temeridad, y pude ver que Jack comenzaba a tener espasmos debido al miedo que sentía. Su cuerpo se convulsionó involuntariamente cuando Taragh acercó la hoja de un enorme cuchillo a su pecho y comenzó a crear unas líneas en él haciéndolo sangrar.

Tuve que achicar los ojos al presenciar aquella macabra escena, pero sobre todo no entendí cómo podía tener aquel aguante sin desmayarse. Supuse que esa era una de las ventajas de ser los malos de la historia.

Jack gritó con verdadero dolor y mis ojos se desplazaron al intimidante hombre que no descruzaba sus brazos, aunque tampoco apartaba la mirada de ella. Es más, creí ver un atisbo de felicidad en ellos, de amor a la persona que tenía ante él, tan demente como lo era Cathal O’Kennedy.

—Entonces, dices que Andrew te ordenó el asesinato de Kathleen porque sabía dónde estaba el broche o porque sabía quién lo tenía —murmuró, sin dejar de cortarle, esa vez uno de sus pezones.

El grito de dolor resonó en toda la nave y creí que lo podrían haber escuchado hasta en la capital. Jack bajó la cabeza, agotado, y susurró casi sin voz:

—No lo sé... Yo solo cumplía las órdenes de quien me pagaba.

—También trabajabas para la Organización y has matado a su marido.

—Me señaló con el cuchillo.

—¡Mátame ya! —voceó.

Él sabía que no saldría de allí, de hecho, lo tenía más que claro. Sus ojos se fijaron en mi presencia por un instante, el suficiente que tuve para pensar con claridad, ya que las ganas de ser yo la portadora de aquel cuchillo se hicieron conmigo.

Pero no.

Yo no era así.

No podía traspasar esa línea.

La mano de Taragh se desvió hacia el otro lateral de la camisa, la cual terminó de rasgar en un gesto limpio que solo le arañó parte del pecho. Otro alarido salió de su garganta mientras con la otra mano abofeteaba su rostro al ver que la cabeza se le iba hacia atrás. Alzó sus ojos hasta posicionarlos sobre su marido y de un solo movimiento de cabeza este asintió y le echó un cubo de agua por encima.

—Ha sido muy fácil que este cabrón no escapase. Me imagino que te dejaban para los trabajos sucios únicamente, ¿verdad? —Sonrió delante de su cara—. Ahora, cuéntame, Jack, ¿qué más sabe Andrew? Dime, suelta por esa boquita —dramatizó con sarcasmo.

—No... No sé nada...

—Respuesta incorrecta —afirmó con seriedad.

Volvió a su posición y lo siguiente que escuché fue cómo se partían todos sus huesos de la rodilla derecha cuando le propinó un martillazo que crujieron todos a la vez. La garganta se le rasgó y tuve que cerrar los ojos cuando vi su pierna flaquear.

—Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Qué más sabe Andrew?

Se hizo un pequeño silencio, hasta que este dijo únicamente:

—Todo...

Asintió, conforme con su respuesta, me imaginé que ella ya sabía más cosas de las que me parecían. Los ojos de Jack volvieron a posicionarse en mi dirección y suspiré con pesar por lo que le estaban haciendo, pero un pensamiento contradictorio pasó por mi cabeza.

Se lo merecía.

—Parece que tienes interés en que sea ella quien esté delante de ti. Maureen, ven —me ordenó.

Titubeante, sintiendo que la ira me corroía las venas, encaminé mis pasos hasta que llegué a su posición y lo miré altiva. Apreté mis dientes antes de preguntar:

—¿Por qué? —Sonrió, gesto que me desquició y lo abofeteé sin poder evitarlo. Taragh sonrió con orgullo, pero al momento me arrepentí y guardé mis impulsos más primitivos—. ¡¡Contéstame!! —le chillé.

—Porque ya sabía demasiado.

—¡Sabía demasiado por tu culpa, maldito hijo de puta!

Lo golpeé en el pecho con tanta fuerza que la silla cayó al suelo haciendo un gran estruendo. Mis manos temblaban, mi cuerpo también era incapaz de controlar lo que sentía por mucho que luchaba contra ello.

—No lo reprimas. No tienes por qué hacerlo.

La voz de Taragh me hizo que la mirase con los ojos inyectados en sangre. Notaba las lágrimas agolparse en ellos y no me permití soltar ni una sola ya que, aunque no fuese por Jack, las emociones estaban pudiendo conmigo.

Había matado a Aidan.

Sin motivo.

Y eso era lo que más rabia me daba.

Apreté mis puños a ambos lados de mis costados cuando una corriente de aire comenzó a subir por mis pies. Me negué a escuchar lo que en ese momento Áine quería decirme y centré toda mi atención en Jack.

—Llévame donde haya agua —murmuré perdida—, y consígueme un barco con mástil.

Vi el gesto de confusión en Taragh y también pude apreciar cómo le lanzaba una mirada a Cathal que asentía sabiendo a qué sitio llevarnos. Me di media vuelta y esperé en la entrada de la nave hasta que ella salió. Me contempló de reojo, colocando ambas manos delante de su vestido rojo pasión. Habíamos salido de la fiesta sin más y, seguramente, la gente se preguntaría dónde nos encontrábamos mientras Aidan iba de camino al tanatorio. Byrne se había encargado de ello y acompañó al cuerpo. Aparté esos pensamientos de mi mente en el momento en el que Cathal salía de la nave arrastrando a Jack por el suelo como si no fuese más que un simple trapo.

Unas horas más tarde llegábamos a una playa donde nosotros éramos los únicos que había. Cathal me había conseguido lo que le pedí: un barco con mástil. Sin decirle nada más, intuyó que necesitaríamos cuerdas. Sabía que ellos también iban a disfrutar de aquel espectáculo. Lástima que sus ojos no pudieran apreciar lo que yo tenía en mente que pasara.

Todavía estaba oscuro y nadie podía vernos. Sin mediar palabra observé con la única claridad de la luna cómo Ryan y Cathal subían a Jack al palo mayor del barco y lo amarraban.

—¿Qué hacéis?! ¿Estáis locos?! —bramaba él—. ¡Maureen! ¡Diles que paren! ¡Lo siento!

—Míralo —ironizó Taragh—. Encima dice que lo siente. Como si eso le sirviera de algo.

—No pensarás que voy a perdonarlo, ¿verdad? —Giré levemente mi cara y la fijé en la suya.

—¿Qué te hace creer que piense semejante cosa? —se extrañó, ofendida.

—No sé. —Volví a mirar cómo los dos hombres seguían con su labor—. Como soy la tonta pelirroja, quizá pensarás que me voy a echar para atrás.

—Te equivocas. Sé que tramas algo y, la verdad, no eres tan sanguinaria

como yo —rio—, pero intuyo lo que va a pasar y me gusta.

—¿Qué intuyes, en realidad? —Estaba convencida de que ella no tenía ni la más mínima idea de lo que iba a suceder.

—Que lo vas a dejar morir a su suerte y que los cuervos se encargarán de él. Tendrá una muerte lenta y dolorosa. —Soltó una sonora carcajada.

—Más o menos —susurré con el semblante más frío que un témpano.

—¡Esto ya está! —nos gritó Cathal.

—Ya puedes soltar los amarres —le dije.

—¡Maureen! ¡No! ¡Por favor! —aullaba Jack.

—No todas las manos son amigas... —repetí casi en un murmullo lo que Áine me advirtió aquel día en la sede de la Organización y lo mismo que me dijeron las diosas el día antes de mi boda.

Ella ya nos estaba diciendo lo que sucedería. Siempre lo supo.

En cuanto Cathal y Ryan se acercaron a nosotras, Taragh abrazó con mimo a su marido por la cintura y él la correspondió pasándole el brazo por su espalda. Ryan se quedó un paso atrás, pero en primera fila también. Nadie quería perderse aquel espectáculo.

Estaba enfadada con el mundo. Incluso con quien iba a invocar. Pero la necesitaba, al menos para aquel asunto personal. Era la única que podía ayudarme a llevar a cabo mi venganza. ¿No había sido entrenada para actuar por el bien? ¿No era una privilegiada por tener el don de invocar y comunicarme con los seres de la mitología celta? Siempre estaba a su merced y debía obedecer en todo lo que me comunicaran e indicaran. Pues bien, aquello se haría a mi manera. Era mi guerra y necesitaba aliados.

A medida que el barco se iba alejando se le perdió el rastro, pero yo me mantuve en mi lugar.

—Apenas se ve nada —se lamentó Taragh—. Tendremos que imaginarnos su muerte esta noche mientras dormimos. —Bostezó—. ¿Nos vamos? Esto de estar embarazada me mata con el sueño.

—Id vosotros —les pedí—. Yo me quedaré unos minutos más aquí.

—Como quieras. Pero te aviso que será inútil. No se ve una mierda.

Oí cómo los tres se alejaban y me quedé en la orilla. Era el momento.

Alcé mi mirada a la oscuridad de la noche y la llamé:

—Is gá dom an bhfabhar (*Necesito un favor*) —le pedí en cuanto comencé a sentir su presencia notando el aire frío por mis pies.

—Ah bhfuil tú cinnte? (*¿Estás segura?*).

—Tá. (*Sí*).

—Cé dhéanann tú ag iarraidh? (*¿A quién quieres?*).

—Ba mhaith liom Fuath, Afang, Each Uisge agus na merrows (*Quiero a Fuath, a Afang, a Each Uisge y a las merrows*) —concluí más decidida que nunca por mi petición.

—Tá sé an-chontúirteach, Oonagh. (*Es muy peligroso, Oonagh*).

—Éilíonn mé iad go léir. (*Los quiero a todos*). —Fui rotunda.

—Ach... (*Pero...*) —trató de explicarse.

—Dúirt mé, éilím iad go léir! (*¡He dicho que los quiero a todos!*) —exigí con furia.

No insistió más. Supuse que tuvo claro que no podría hacer nada. Aunque, pensándolo bien, si no hubiera querido, podría haberse negado. Pero algo me decía que la diosa estaba de mi parte en aquel momento. Había que repartir justicia y ese era el modo que mejor dominaba. Pese a que era la primera vez, sabía que no podría fallar.

Una bola de fuego cayó del cielo llegando a zambullirse en el mar. El barco se cubrió con un halo y pude intuir que todo iba a pasar en cuestión de minutos. Y no me equivoqué. Segundos después aprecié una especie de dragón marino asomando su cabeza mientras serpenteaba por encima de las aguas. Era Afang. El monstruo marino comenzó a acercarse al barco y el alarido de Jack me hizo cerciorarme de que lo había visto.

Como si de una pantalla de cine se tratara, todo lo que sucedía en aquel barco se veía reflejado en el cielo y en un enorme zoom que me permitía contemplarlo con claridad.

Pequeños seres iban saltando por las aguas dejando ver sus enormes colas y volviéndose zambullirse por completo como si fueran delfines. Eran tres. Supuse que serían las mismas que conocí la noche anterior a mi boda. Las merrows estaban llegando también al encuentro.

Pese a que les había pedido a mis acompañantes que volvieran al coche, noté una presencia a mi derecha. Giré levemente la vista hacia él y pude

verlo mirando al horizonte. Su planta era inconfundible, sus brazos cruzados a la altura del pecho, sus ojos achicados como si quisiera divisar algo en la distancia y su parsimonia me hicieron dudar. ¿Qué esperaba ver? Era imposible que atisbara nada.

Pero otra bola de fuego volvió a caer al mar y pequeñas luces se alzaron volando alrededor del barco. Eran las Fuath, las hadas malignas del mar, inconfundibles por sus colas puntiagudas, su pelo enmarañado y su larga melena a la espalda.

Los aullidos de Jack se oían en un filo sobre la lejanía. Estaba aterrado y aquello me reconfortaba. En su puta vida volvería a hacerle daño a nadie más.

Esperé la cuarta llegada más expectante que las anteriores, sabía que el Each Uisge sería la peor pesadilla para Jack. El caballo marino asesino sería su perdición. Estaba convencida de que aquella bestia se encargaría de eliminarlo y al día siguiente su hígado llegaría flotando a la orilla de la playa.

Y llegó.

La última bola de fuego que había pedido apareció y del interior del agua resurgió el equino marino con sus brillantes ojos rojos que desprendían el fuego de la ira. Su cabalgar por las aguas dio paso a que comenzara a formarse un bravo oleaje. El caballo no dejaba de trotar, el dragón no hacía más que asomar la cabeza y volver a zambullirse, las merrows danzaban por las aguas y los Fuaths revoloteaban alrededor del barco mientras este se tambaleaba de un lado a otro, hasta que se tumbó completamente.

No aparté la mirada de la escena. Era como si quisiera cerciorarme de que Jack no volvería a resurgir. Pero no hizo falta esperar más, en apenas unos minutos el mar se calmó y el barco volvió a ponerse en pie con la única diferencia de que ya no había rastro de Jack. Entre todos habían acabado con él.

Volví a girarme en dirección a Cathal que seguía allí, inmóvil. Me miró y esperó con una actitud altiva.

—Ya podemos irnos —fueron las únicas palabras que le dije, a lo que tampoco recibí contestación.

Capítulo 6

La cabezonería era uno de mis principales rasgos. Llevaba semanas encerrada en mi casa y no quería ver a nadie. La única vez que había salido fue durante los tres días que pasé en la cabaña de Taragh en Moher.

Mi padre, pese a que nunca había sido demasiado expresivo, no cesaba en su empeño por venir a visitarme casi cada día junto con su esposa y mis hermanos menores. Creía que al ver a Jake y a Molly me ablandaría un poco y así me decidiría a salir a la calle. Cuán equivocado estaba. Mi enfado con el mundo era real y no pensaba bajarme del burro así como así.

Reconozco que no me gustaba que Briana me viera de esa forma, pero mi máscara de «tranquila, no pasa nada» salía a relucir siempre que ella estaba conmigo. Era pequeña, aunque se daba cuenta de todo. Y llegué a sospechar que, pese al conjuro que mi abuela le hizo para frenarla con la telepatía, la niña tenía algún otro poder que no quería que los demás supiéramos.

Una buena mañana me levanté y, al mirar por la ventana, me di cuenta de que todo seguía su curso. El mundo no había parado por el hecho de que Aidan hubiese muerto. Era yo la que había parado mi mundo. Miré a mi alrededor y mis ojos se fijaron en su lado de la cama. Estaba deshecho, pero porque había cogido la costumbre de dormir en él para no desprenderme de su esencia.

Bajé a la cocina para tomarme un café y volví a asustarme al ver mis pintas en el espejo del recibidor. La verdad era que todos tenían razón; me había descuidado demasiado y mi cara parecía más demacrada, si cabía, con aquella apariencia.

Cogí mi café recién hecho y al querer sentarme oí a Charlie ladrar en el

salón. Me fastidié al creer que quizá sería alguna visita. No tenía ganas de ver a nadie. Aunque no pensaba abrir a quien fuera que viniera a verme, solo con el hecho de pensar que llamarían a la puerta ya me molestaba. Salí a ver con quién se las traía el perro y me alivié al comprobar que estaba jugando con un juguete. Me reí al verlo correr sin rumbo fijo y me sorprendió que se dirigiera a la puerta del estudio de Aidan y se sentara mirándome.

—Es inútil, cielo, él no te abrirá. Ya no está. —Me acerqué a él para consolarlo—. Se fue para no volver.

Abrí la puerta y entré para echar una ojeada a sus cosas. Pasé por la mesa donde tenía su instrumental y acaricié sus focos, sus telas, sus decorados... Me senté en una de las sillas y miré alrededor.

Su mundo.

Aquello era lo que verdaderamente lo hacía feliz. Fijé mi mirada en la pared y vi una fotografía del día de nuestra boda. Madre mía, parecía que hubiese sido ayer, aunque no hacía ni un año de aquello, pero lo tenía muy presente. Me levanté y me acerqué a la fotografía para tocarla. Ilusa de mí. Toqué el cuerpo de Aidan como si creyera que haciéndolo volvería a tenerlo junto a mí, escuchando su voz susurrándome. Reí al recordar cómo le gustaba la música de Maroon Five y cómo imitaba al cantante Adam Levine mientras trabajaba en su estudio. Creía que nadie lo oía, pero jamás supo que se le escuchaba desde la cocina y que tanto mi hermano como Cindy o yo lo hacíamos.

Charlie paseó por el estudio buscando algo y se desesperó al no encontrarlo. Me acerqué a cogerlo y cuando lo levanté vi otra fotografía de Aidan y mía a los pies del faro de Blacksod. Una idea me rondó por mi mente.

—¿Y si nos vamos unos días a casa de la abuela en el condado de Mayo? —le pregunté al perro.

Dicho y hecho.

Aquella misma mañana me acerqué a la casa de mi abuela y le pedí las llaves. Se empeñó en acompañarme, pero me negué en rotundo. Necesitaba unos días para mí y la playa de Blacksod sería un buen lugar para descansar mentalmente. En un principio se negó, sin embargo, me hizo saber que pasada una semana vendría a visitarme. No había nada qué hacer, sabía que cumpliría su palabra.

Como imaginaba, los días en Blacksod eran la energía que necesitaba. Mis largos paseos por la playa con Charlie eran terapéuticos, y mis breves visitas a casa de mi tío Morgan eran las justas para tener la suficiente compañía como para asegurar a mi familia que no estaba sola.

Y entonces llegó mi abuela, pero para mi sorpresa y fastidio no vino sola.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeté con rabia y a la defensiva.

—Tranquila, Maureen, creo que yo aquí no tengo nada que ver con tu enfado. —El aludido trató de excusarse.

—Todo lo que tenga relación con la Organización tiene que ver con mi enfado. Por culpa de la dichosa mafia que envuelve este asunto se ha desmoronado mi vida. —Mi enfado iba en aumento.

—Lo sé y lo siento. —No se esforzó en acercarse a mí.

—Prepararé té. Sentaos los dos —saltó mi abuela para apaciguar el ambiente.

—Y bien, Hayes, ¿a qué has venido?

Quise interrogarlo, haciéndole saber que tenía una enorme coraza que no permitiría que traspasara.

—He venido a traer a tu abuela —se excusó de nuevo.

—Mi abuela ha venido demasiadas veces y muchas de ellas ha sido en avión o incluso conduciendo ella misma. No me sirve esa respuesta, búscate otra.

—Siento decepcionarte. —Su expresión de justificación era real—. Ella ha sido la que me ha pedido que la trajera.

—Parece mentira que no la conozcas. Sabes que cuando pide alguna cosa siempre va con segundas. ¿Qué te propones, abuela? —Alcé la voz para que me oyera.

—Tenemos que hablar. —Se sentó junto a nosotros después de dejar la tetera en el fuego—. Cathal y Taragh han traído un cuaderno a la...

—Para, para, para. —La frené aspeando los brazos—. No quiero saber nada de lo que suceda en la Organización.

—Te necesitamos —me pidió mi abuela posando su mano sobre la mía.

—Pues mira qué bien. Aunque lamento decirte que no voy a volver. —Me cerré en banda.

—Maureen, no puedes decir semejante tontería. Comprendo que estés

dolida, pero la Organización no tiene nada que ver.

—Te recuerdo que por culpa de las misiones debía mentir a Aidan y eso no me gustaba en absoluto. Y para postres se presentó en medio de una misión y acabaron matándolo.

—Pero el culpable ya pagó por ello. —Intentó quitarle hierro al asunto.

—Esta vez sí, pero ¿quién te dice que quizá el día de mañana no haya otro traidor y perdamos a otro ser querido?

—Eso nunca lo sabremos.

—Exacto. Y como nunca lo sabremos, yo no me acerco y así nadie muere.

—Nunca estaremos a salvo de todos estos peligros. Pero debemos luchar por mantener lo que es nuestro. La diosa Áine...

—Áine lleva días tranquila y más le vale que esté así. Sabe que estoy dolida con ella y no se lo voy a perdonar —comenté como si nada, mientras me observaba las uñas.

Hayes nos contemplaba a las dos con una seriedad que me daba a entender que estaba del lado de las dos.

—Hayes, échame una mano —le pidió.

—Maureen. —Se sentó bien en la silla, se aclaró la garganta y me miró fijamente—. Te necesitamos de verdad.

No sabía por qué, pero aquel chico comenzaba a darme pena. Solo con pensar que había ido a Blacksod obligado por mi abuela ya se merecía toda mi compasión.

—¿Para qué?

Respiré hondo e intenté escuchar.

—Como tu abuela trataba de decirte, Cathal ha entregado un cuaderno a Byrne, pero nadie es capaz de descifrarlo.

—¿Y? ¿Se supone que yo sí sabré? ¿Por qué no lo hace ella que era quien estaba en mi lugar antes de entrar yo? —traté de justificarme señalando a mi abuela.

—Yo no tengo tu nivel —se sinceró al levantarse de la silla—. Has demostrado tener más capacidad para descifrar documentos que yo.

—No digas tonterías. Fuiste tú quien me enseñó a hacerlo.

—Lo sé, pero tienes un don para ello. Llegas hasta un punto que yo jamás podré. Además de poder conectarte directamente con la diosa, también puedes

averiguar los jeroglíficos más complicados. Sabes que somos muy pocos los elegidos y tenemos una misión.

—¿Y qué me dices de Briana? ¿Qué le sucederá el día que sea llamada para la Organización? ¿Quieres que ella pase lo mismo que nosotros? —Hayes nos miró confundido intentando recordar quién era la Briana de la que estábamos hablando—. Sí, Hayes. —Me tiré hacia atrás en mi silla, reposando mi espalda—. ¿No sabías que la hija de mi hermano ya se ha comunicado con la diosa Áine y tiene telepatía?

—No —respondió con sorpresa.

—Y no debe salir de aquí —advirtió mi abuela dejando las tazas de té y el azúcar encima de la mesa—. El tema de Briana, cuanta menos gente lo sepa, mejor. Es más, yo no le diría nada a Byrne.

—Acabará enterándose de un modo u otro.

—Pero no será por nosotros, ¿entendido? —nos advirtió alzando el dedo.

—¿Y bien? —Hayes se dirigió a mí.

Removí mi cuchara en mi taza repetidamente mientras lo miraba a los ojos. Sabía que me necesitaban de verdad. Aunque me extrañaba que Taragh no me hubiera dicho nada al respecto. Ella era de las pocas personas con las que conversaba, pero aquel tema jamás lo tocó, es más, evitaba explicarme lo que sucedía en la Organización. Quizá ese fuera el motivo principal de que la dejara visitarme.

—Maureen, ¿vas a ayudarnos? —insistió con delicadeza.

—No —contesté, levantándome de la silla, cogiendo mi taza y subiendo a mi dormitorio.

—No hay nada que hacer.

Oí cómo mi abuela se lamentaba.

Aquella noche Hayes se quedó a dormir con nosotras. Partiría a la mañana siguiente en dirección a Cork. Sería él el encargado de darle la mala noticia a Byrne: no volvería a la Organización.

No me fue fácil conciliar el sueño. ¿Sentimiento de culpa? Quizá, pero sabía que era un bien para todos. Debía ser egoísta y yo necesitaba un descanso mental. La ira que sentía por aquella gente era inmensa y me nublaba ver la realidad: había que recuperar la historia de Irlanda.

Era una mañana gris, como la mayoría de los días en Blacksod. Mi abuela había decidido pasar un rato en casa de su hermano Morgan y su hermana Muriel que había venido de visita. Hacía apenas unos minutos que había llegado de la playa de pasear con Charlie y ansiaba una taza de té como el aire que respiraba. Puse la tetera en el fuego y al abrir el frigorífico para sacar la leche lo oí ladrar más de la cuenta.

Charlie no era muy escandaloso ni le afectaban los cambios de ambiente cuando viajaba, así que supuse que alguien venía. Me acerqué a la ventana y al correr la cortina vi que un coche paró en la puerta de la valla. Achiqué los ojos para averiguar si podía reconocer al conductor, aunque no fue hasta pasados unos segundos que quien conducía abrió la puerta y salió del coche.

—Perfecto —susurré con ironía, fastidiada a la vez—. Justamente la persona que quería ver.

Me aparté de la ventana y di dos pasos atrás. No quería hablar con él. Había llamado docenas de veces y en ninguna le había cogido el teléfono. Comenzó a darle fuertes golpes a la aldaba de la puerta.

—Maureen, vamos, abre. Sé que estás en casa. Tienes el coche aparcado fuera.

Charlie no cesaba con sus ladridos y su diminuto rabo no paraba de moverse contento al reconocer la voz. Miré al perro y supe que me delataría. Respiré hondo y decidí abrir de un golpe seco.

—No estoy sorda —fue lo primero que le dije.

—Lo sé, pero has aguantado demasiado bien los golpes. Parece mentira que no sepas que te he visto mover la cortina de la ventana.

—¿Qué quieres?

Quería despacharlo cuanto antes.

—¿Puedo pasar?

Lo pensé durante un rato, pero luego reaccioné al saber que había sido un largo viaje hasta allí.

—Adelante.

Me aparté y lo dejé entrar.

—¿Cómo estás? —comenzó, muy cortés por su parte.

—¿Has venido a preguntarme cómo estoy? —Mi pregunta fue irónica y una leve risa se me escapó—. Estoy viva, que ya es mucho. La lástima es que no

pueda decir lo mismo de mi marido —le solté entre dientes con toda la mala intención que pude.

—Maureen. —Se sentó en el reposabrazos del sofá y lo noté fatigado—. Lo siento, de verdad.

—¿Lo sientes? —le pregunté incrédula—. ¿Y me puedes explicar qué es lo que sientes?, ¿que la misión se fuera a la mierda?, ¿qué llegase la policía y muchos de los allí presentes en la fiesta se fueran por patas?, ¿o quizá, que mi marido muriera? Porque de las tres, a mí la única que me importaba era la última.

—Aquello no tenía por qué pasar.

—¡Claro que no tenía por qué pasar! —me enfurecí—. ¡Lo di todo! ¿Me entiendes? Pasé muchas horas trabajando para la Organización, hice trabajos extras para no tener que estar más tiempo fuera de mi casa. —Me acerqué a él y me puse a escasos centímetros de su cara para sisearle, mientras oí que el pitido de la tetera sonaba—. Debía mentir a mi marido para irme de viaje y buscar piezas que muchas veces venían de pistas falsas.

—Siempre fuiste de gran utilidad —se sinceró.

—¿De veras? Y claro, os habéis aprovechado de mi maldición para exprimirme al máximo.

—No sé de qué maldición me hablas. —Parecía confuso.

Me acerqué al fogón y apagué el fuego del agua hirviendo. Me giré y me aproximé para continuar con la conversación.

—Vamos, Byrne. Lo que vosotros tomáis como un don, yo lo veo como una maldición. No hablo de mis conocimientos de historia e idioma, hablo de mis conexiones con Áine. ¿Me puedes decir de qué me ha servido? ¡Ni la diosa pudo frenar la muerte de Aidan! —chillé de un modo que él jamás había visto en mí.

Estaba dolida, demasiado. Hacía casi tres meses que debía haber soltado toda la ira que tenía hacia Byrne y aquel momento había llegado. Era consciente de que él era mi superior, pero en aquel momento no lo tomé como tal. Porque ya no lo era.

Era la primera vez que veía al jefe serio, aunque a la vez comprensivo. Sabía que yo tenía razón y también era conecedor de que iba a escupirle todo el rencor que guardaba dentro. Aquello no era fácil de perdonar.

—La diosa nos guio en más de una ocasión y también nos advirtió —trató de tranquilizarme.

—¿Advirtió?! —me exalté y me moví de un lado para otro—. Pues nos podría haber dicho directamente que el traidor era Jack. A mí no me vale que solo nos dijera que no todas las manos eran amigas. ¡Joder! ¿Tanto costaba decir que estaba en el pasillo? O si hablaba de manos, podría haber dicho que era tu mano derecha.

—¿Es verdad que atarlo a un mástil fue idea tuya?

—¿A qué viene eso?

Aquellos cambios de tema eran normales en Byrne, pero siempre lo hacía cuando algo lo preocupaba de verdad.

—Cuando Cathal y Taragh vinieron a verme me lo contaron. Jamás pensé que tendrías esas ideas —hablaba mirándome perplejo.

—Hay cosas de mí que ni te imaginas. He crecido, Byrne. Ya no soy la tonta que comenzó en la Organización. Ahora ya sé de qué va todo esto y no soy una simple novata. Mi abuela me enseñó, pero a lo largo de los meses me he ido formando.

—¿Qué le hiciste, Maureen?

—¿Qué te hace pensar que yo le hice algo?

—Te equivocas al pensar que te infravaloro. Al contrario, sé que tu conocimiento me supera, soy consciente de ello y por eso te necesito. ¿Pediste ayuda?

—Lo único que debe interesarte es que Jack descansa en el fondo del mar. No voy a contarte nada más.

Me negaba a darle los detalles de esa noche. Yo fui la única que vio con claridad lo que le hicieron a Jack y quiénes fueron los causantes.

—¿Entonces no vas a volver con nosotros?

«Típico en él, ir al grano», pensé.

—Has hecho el viaje en balde. En cuanto regrese a Cork pediré el traslado al otro muelle y si puedo estaré en control de comunicaciones. Incluso se me había pasado por la cabeza marcharme una época a España y trabajar allí también en el tema de la mar. No descarto ninguna de las dos opciones.

—Está bien. —Se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta—. Si necesitas alguna cosa...

—Byrne —lo llamé en el momento de poner la mano en el picaporte y esperé a que me mirara a la cara—, ¿qué relación tienes con Cathal?

—No sé a qué te refieres.

—Oh, sí, por supuesto que lo sabes. —Sonreí al saber que me había dado cuenta de que escondía algo—. Las confianzas que tienes con ese mafioso no son normales en alguien que posee un alto cargo en el gobierno. Aquí hay algo que no quieres contar.

Me miró fijamente a los ojos y pensó detenidamente que me iba a decir, sin embargo, al final lo hizo.

—Si vuelves a la Organización, te lo contaré todo.

Capítulo 7

Al cerrarse la puerta de la calle me acerqué a la ventana y corrí la cortina para cerciorarme de que se iba. Tenía demasiado rencor acumulado para que encima lo invitara a pasar allí la noche. Me importaba un bledo lo que hiciera al abandonar el pueblo, era un hombre de recursos y seguro que sabría buscarse la vida.

Terminé de prepararme el té y, tras ponerle la leche y las dos cucharadas de azúcar, me dirigí al sofá y rememoré nuestra conversación. Había hecho lo correcto. Mi conciencia estaba tranquila. Todo el odio que tenía dentro lo había expulsado con el único responsable. Fue Byrne quien hizo que ingresara en la Organización. Mi abuela lo tenía planeado desde hacía años y por eso me amaestró, pero era mi decisión dar el «sí» a unirme a ellos. Aunque la banda de Horgan's Quay lo había pifiado todo y tuve que elegir entre salvar a mi chico o dejar que lo apalearan hasta morir. Él sería una víctima más como sus padres y acabaría criando malvas junto a ellos.

Mi abuela llegó a casa antes de lo esperado y me encontró en el mismo lugar, en el sofá.

—Creía que vendrías más tarde. —La miré de reojo, sorprendiéndome su llegada—. Ya está, no me digas más, habéis jugado a las cartas y te has enfadado con tía Muriel.

—Pues te equivocas, con quien he estado ha sido con Byrne. —Dejó su bolso encima de la mesa y se quitó la chaqueta para colgarla en el perchero que había junto a la puerta—. ¿Se puede saber qué coño hay que hacer para que entres en razón? —me reprochó.

—¿A qué te refieres? —Simulé estar ofendida—. ¿Tú también me vas a dar la chapa? Mira, lo siento, sé que ha recorrido cientos de kilómetros para venir hasta aquí, pero ya le dije que el viaje fue en balde. No voy a volver.

—Tú sabes lo valiosos que son esos tesoros para el país, es más, eres consciente de que existen multitud de leyendas hablando de ellos. ¿Crees que vale la pena que caigan en manos de cualquier traficante de arte? O peor aún, ¿no te aterroriza pensar que estén en algún cuarto olvidado donde nadie los valore?

—Abuela, no empieces. —Me fastidiaba cuando comenzaba a sermonearme.

—¡Haz el favor de callarte! —se enfadó—. Hace siglos que el pueblo celta ha vivido en guerras y ha pasado penurias. Los vikingos y los ingleses intentaron acabar con ellos, ¡pero el pueblo resistió! Nadie más que tú sabe qué reacción tienen los dioses con estos tesoros. La diosa Áine te guía para conseguirlos. Se merecen estar a merced del gobierno para encontrarse a salvo.

—¿Y quién te dice a ti que el documento que tenga que descifrar no es otra pista falsa?

—¡Habrás que intentarlo! —Se puso brava—. Hace años yo estaba en tu mismo lugar, tenía que descifrar montones de documentos y tardábamos meses en dar con la clave exacta. Pero tú tienes el don de coger el atajo. Tus percepciones son infinitamente mejores que las mías.

—¿Y qué gano yo con eso?

Con aquella pregunta daba a entender que no pensaba hacerlo así como así, sin recompensa alguna.

—Tú eres celta. Es más, eres cien por cien celta. Tu sangre española también es pura. Estos tesoros forman parte de la historia y es la base de nuestras raíces. A través de los siglos todo el mundo ha perdido familiares en guerras. Esta es nuestra guerra particular y tú perdiste a tu marido, como yo perdí a otros seres queridos.

Mi silencio la incomodó, pero no me importó. Estaba escuchándola y por una parte tenía razón, pero por otra no quería renunciar a mi libertad por conseguir aquellos trozos de historia de mis ancestros. Aun así, seguía sin tener ninguna recompensa si lo hacía.

Se acercó a la cocina y a medio camino se giró.

—Otra cosa quiero decirte. Llevo casi cincuenta años en la Organización y jamás había visto a Byrne bajarse los pantalones como lo ha hecho contigo. No te digo más. Espero que lo reflexiones.

El trayecto de casa al NMCI creo recordar que lo hice renegando y maldiciéndome una y otra vez, preguntándome el por qué había aceptado reunirme con Byrne. El tostón que me dio mi abuela y la conversación que había tenido el día anterior con Taragh me hicieron darme un respiro en mi enclaustramiento. Volvería a la misión y después continuaría con mis planes de cambiar mi puesto de trabajo. Era más, quizá primero pasaría unos días con mi tía Matilde en España.

En cuanto dejé el coche en el aparcamiento de la escuela, noté algo de movimiento en la entrada del edificio principal. Demasiados soldados caminando de un lado a otro y muchos de ellos hablaban en corro. Cogí mi maletín y me dirigí con paso decidido a las escaleras del bloque. Al llegar a ellos, me saludaron cuadrándose, dándose cuenta de quién era. Al pasar la puerta, en la recepción, había dos soldados hablando, aspeando las manos, y de reojo vi pasar a López.

—López. —Me acerqué a él para preguntarle—: ¿Se puede saber qué pasa?

—¿A qué te refieres? —Miró alrededor intentando disimular, sin éxito.

—Hay mucho movimiento. Es como si la gente estuviera nerviosa.

Comencé a hablarle en español conocedora de que nadie nos entendería y podríamos charlar con tranquilidad. El soldado miró de un lado al otro y al ver que no había nadie que nos observara me cogió del brazo y me llevó a un rincón.

—Por lo visto hay movida entre MacKenna y Byrne. Los dos llevan discutiendo mucho rato y el suceso ha corrido como la pólvora.

—No me lo puedo creer —me asombré por la noticia—. ¿Han tenido problemas durante el tiempo que yo no he estado?

—No tengo ni la menor idea. Yo he estado embarcado durante un mes y llegué la semana pasada. Pero por lo que cuentan, hace días que la tensión se

corta con un cuchillo y hoy han explotado.

—Pero ¿tanto rato llevan así que toda la escuela se ha enterado?

—Por lo visto, me han dicho que la cosa comenzó hace media hora y ha habido gritos en el pasillo hasta que Byrne le ha ordenado entrar en la sala de reuniones, en la zona más alejada de la base. Allí nadie puede escucharlos.

—¡López! —un superior lo llamó y el soldado se cuadró—. Venga a mi despacho.

—¡Señor, sí, señor! —contestó—. Nos vemos en otro momento. Si sabes alguna cosa, infórmame. Has venido a reunirte con Byrne, ¿no?

—En principio, sí —dudé si acercarme al despacho o no.

Contemplé durante unos segundos el largo pasillo que tenía que recorrer y pensé que si no lo hacía en aquel momento sería capaz de darme media vuelta y no volver. Respiré hondo, alcé la barbilla y comencé a caminar. A medida que me acercaba al despacho que me había indicado López, la curiosidad me picó. Conocía del desagrado de la presencia de MacKenna para Byrne, sin embargo, algo muy gordo debía haber sucedido para que terminaran discutiendo. En cuanto llegué a la puerta en cuestión, vi que Duff venía por uno de los pasillos laterales a la carrera.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Tengo órdenes de que nadie se acerque por aquí.

—¿Yo tampoco?

—Como te deje escapar a ti, Byrne me corta el cuello. Llevamos mucho tiempo esperándote. —Sabía que se alegraba de verme.

—¡Fuiste tú, rata de cloaca!

Aquella voz que procedía del interior de la sala era la de Byrne.

—¡No tenía otra opción! —Esa era la de MacKenna.

De golpe oímos cómo una silla se caía y se hizo un silencio.

—Ese silencio no me gusta, Duff. —Tenía la oreja pegada a la puerta y no se oía nada—. Voy a entrar.

—¡No! —me susurró, alarmado—. ¿Estás loca? Es algo privado entre ellos dos. Ya te he dicho que Byrne me ha prohibido que entre nadie.

Bajé la manecilla de la puerta y abrí sin darle tiempo a réplica.

—Tarde —le dije mirándolo de manera que supiera que me había salido con la mía y le guiñé un ojo.

—Maldito hijo de puta... —siseó Byrne al suelo. Su respiración era jadeante. Me acerqué y vi a MacKenna en él, limpiándose algo en el labio. Estaba sangrando. Caramba con Byrne, ahora resultaba que también perdía los papeles—. Me voy a encargar de que te desciendan de tu cargo y, como me empeñe, te aseguro que también puedo hacer que te expulsen de la marina. Dalo por hecho, maldito bastardo.

El capitán general no dijo nada entendible. Se podría intuir que murmuraba alguna cosa maldiciendo a toda la familia de Byrne, pero a este poco le importó.

—Esto no quedará así. —Al fin pudimos entenderlo.

—Ya te dije que no. —La reacción de Byrne era chulesca, pero él mismo sabía que tenía las de ganar—. En cuanto salgas por esa puerta voy a hablar con el primer ministro y él se encargará de ti.

—No serás capaz.

Intentó levantarse con dificultad y cuando estuvo en pie se colocó bien el uniforme.

—Oh, sí. Por supuesto que sí. ¿Quieres verlo? —Sacó del bolsillo de su chaqueta su teléfono móvil, se retiró unos pasos y marcó un número. El capitán general abrió los ojos en demasía—. Sí, hola, Rosie soy Byrne, ¿está el primer ministro disponible? Sí, espero.

MacKenna bufaba con desespero y al ver la intención de abalanzarse sobre él, salté y grité:

—¡Duff!

El profesor entró corriendo y me imitó saltando también sobre el superior, consiguiendo reducirlo entre los dos. La fuerza del capitán general era increíble y no nos fue fácil, pero Duff logró como pudo darle la vuelta, aun sabiendo que no estaba bien lo que le hacía a un soldado de alto rango. Sin embargo, él conocía el puesto que tenía Byrne y supo que antes era él que no MacKenna. En cuanto Byrne terminó de hablar por teléfono, colgó y se acercó a nosotros.

—Avisaré a Fergus y que él se encargue de sacarlo —nos explicó y se dirigió al acorralado—. Te hago saber que el primer ministro está muy enfadado contigo —su tono era con retintín y algo chulesco—, así que olvídate de la vida que llevabas. Será él quien se encargue de ti.

—Eres un maldito hijo de puta... —siseó el aludido.

—Casualmente los dos pensamos igual. Tú lo piensas de mí y yo de ti. Estamos empatados. —Su reacción fue tan altiva que volví a ver al Byrne que conocí hacía años.

En cuanto los soldados se llevaron a MacKenna, casi a la fuerza, Duff y yo nos quedamos en la misma sala.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿De qué se le acusa? Y no me digas que ha hecho algo muy gordo, que eso ya me lo imagino.

—Alguien de mi máxima confianza —miró a Duff— ha conseguido pruebas en las que vinculaban al capitán general pasando información a Kellan O'Flannagain.

—Me cago en mi vida... —Me tapé la boca por el asombro. Aquello no me lo esperaba. Sabía que era un lameculos, pero eso era caer muy bajo—. ¿Y has hablado de verdad con el primer ministro o ha sido un farol?

—Querida, puedo asegurarte que en cuanto le he dicho al primer ministro lo que ha sucedido, se ha alegrado tanto, que no quisiera estar en la piel de ese mamón en cuanto llegue a Dublín y le pongan las manos encima. —De repente se hizo un silencio incómodo en la sala. Los tres nos miramos, Byrne hizo una señal a Duff y este salió de allí—. ¿Y bien? Veo que has venido.

Suspiró satisfecho alzando la pierna y sentándose encima de la mesa, dejando la otra apoyada en el suelo.

—Mira, no es momento de poner medallas a nadie. No creas que ha sido cosa tuya ni cosa de mi abuela. He venido para terminar esta misión y luego ya veré lo que hago.

—No me agrada, pero lo respeto —se resignó.

—¿Tienes el cuaderno?

Miré a mi alrededor por si estaba allí.

—Sí, pero está en mi despacho.

Bajó la pierna de la mesa e hizo el intento de dirigirse a la salida.

—Antes hicimos un trato.

Lo frené apoyando mi mano en su pecho.

—¿A qué te refieres?

Giró levemente la cabeza y achicó los ojos sin comprender mi petición.

—Me dijiste que, si venía, me explicarías tu relación de repente tan... —

alcé mis manos y simulé unas comillas con los dos dedos— amigable entre tú y Cathal.

Byrne puso las manos en jarras apartando la chaqueta por los dos lados y me miró fijamente. Sopló y luego se pasó una de ellas por la frente extendiéndola hasta la calva. No es que me llevara mal con Cathal, él me había ayudado con el tema de Jack, pero sí quería saber el motivo de su relación con mi supuesto jefe, ya que no la entendía y prefería que me lo contase él, que me daría muchos más detalles.

—Creo que es justo, ¿no crees? —le dije.

Volvió a acercarse a la mesa y repitió la posición en la que estaba minutos antes.

—Cathal está más vinculado a la Organización de lo que crees.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso nos ayuda a rescatar los tesoros que él mismo había robado tiempo atrás? —ironicé.

—Es más complicado de lo que parece.

—¿No me vengas con gilipollices! —me exasperé—. ¿Puedes explicarme por qué haces esto?

—Para devolverle a una madre el poder ver a su hijo —soltó mirándome fijamente a los ojos.

Noté que mi pecho se oprimía.

—¿Una madre? ¿Su hijo? ¿De quién coño estamos hablando?

—De Cara, mi hermana.

—Esa debe de ser la madre. Punto uno resuelto. ¿Quién es el punto dos? El hijo, me refiero.

No entendía nada de lo que me estaba diciendo.

—Cathal O’Kennedy.

—¿Qué me estás contando? —Volví a dar un paso atrás y puse una mano en mi pecho debido a la sorpresa. Era imposible que lo que acababa de oír fuera cierto—. ¿Me estás diciendo que uno de los mafiosos más importantes del país es tu sobrino?

—Irónico, ¿verdad? —Mostró una media sonrisa de resignación.

—¿Y él qué opina? —le pregunté. Taragh no me había dicho nada, así que eso solo quería decir que...

—Él todavía no lo sabe. Pero su madre, Cara, sí es consciente de que él

colabora con nosotros.

Estaba en lo cierto. Ni si quiera lo sabían...

—Cara... —Intenté hacer memoria—. ¿De qué me suena ese nombre?

—De un miembro de la Organización que está con las Onna Bugeishas, en Japón.

—¿Cómo? ¿Japón?

No logré comprender qué tenían que ver las mujeres samuráis con los celtas.

—En Nara, Japón, está el palacio de la Emperatriz Jingu donde reposa su cuerpo. Allí se atesoran todavía los objetos más preciados de la noble. Entre ellos hay un candelabro de la época celta que fue regalado por un irlandés. La misión de mi hermana es custodiar dicho candelabro. Este debe permanecer allí durante trescientos años y luego debe volver a Irlanda, cuando ella regrese, otra persona, preparada, lo custodiará hasta el final.

—¿Y por eso ella está allí?

—Sí. Su hijo, Cathal, creció con la idea de que su madre lo abandonó cuando era muy pequeño. Así que creo que piensa que está muerta.

—Por eso lo mirabas de aquel modo en las misiones... —murmuré todavía sin poder creérmelo—. Ahora comprendo tu complicidad.

Tenía montones de preguntas en mi cabeza, pero me quedé en blanco. Me dediqué a mirarlo fijamente y me devolvió la mirada.

—Vamos a mi despacho, tenemos mucho trabajo.

—Espera. —Lo frené cogiéndolo del brazo—. ¿Quién te dijo que fue idea mía lo de atar a Jack en el barco?

—Fue el propio Cathal. Y no escatimó en halagos al hablar de tu sangre fría al permanecer en la playa y aguantar como una campeona.

«Sabía que Taragh no había revelado nada», pensé al recordar que Byrne me había dicho que fueron los dos quienes se lo contaron.

—Claro... —Caí en la cuenta de un detalle que se me había pasado por alto y en ese momento cobraba sentido—. Ahora lo entiendo. Cathal estuvo a mi lado en la orilla de la playa. ¿Él también es de los nuestros?

—No conozco el árbol de su padre, pero lo más probable sea que sí. No estoy seguro.

—Pues si es de los nuestros, vio todo lo que sucedió.

—¿Qué sucedió, Maureen? —la pregunta sonó a súplica.

—Solo puedo decirte que Each Uisge se encargó de él —le dejé caer mientras me dirigía hacia la puerta, sin dar más detalles.

El nombre del caballo marino hizo palidecer al hombre y llegué a verlo abrir la boca con gran asombro. Desde luego, no se lo esperaba.

Y, en ese momento, supe otra cosa: Cathal sabía y veía mucho más de lo que podría haberme imaginado.

Capítulo 8

Taragh

Trasteé la cerradura de la entrada con la clavija hasta que conseguí abrirla. Menuda seguridad tenía para estar casi todo el día sola en su casa. Atravesé el umbral y me la encontré sentada en el sillón con una caja de pañuelos a su lado, sosteniendo uno en su mano derecha, con la televisión encendida, pero sin llegar a ver lo que tenía puesto. Me paré en el marco del salón, contemplándola.

Estaba hecha un auténtico desastre.

—¿Puedes dignarte alguna vez a llamar al timbre como cualquier persona normal? —me preguntó sin mirarme.

Chasqué la lengua con un gesto desconforme por sus palabras y descrucé mis pies para encaminarme a su lado. Me senté en el sofá, mirándola de arriba abajo. Ella pareció no percatarse de aquel movimiento de mis ojos.

—Yo no soy una persona normal. Parece mentira que no lo sepas. — Sonrió con amargura, aunque sus labios permanecieron durante poco tiempo en esa posición, ya que se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Piensas salir algún día de este antro? —le pregunté, girando mi dedo en el aire.

—Este antro es mi casa.

—Es tu cárcel —sentencié.

No contestó, pero pude apreciar una lágrima descender hasta llegar a su mejilla, donde se perdió. El silencio se hizo entre nosotras y esperé paciente a que tuviera ganas de desahogarse o soltar cualquier barbaridad que dejara salir todo ese pesar que llevaba consigo.

—Me ha dicho mi abuela que mañana debo ir a hablar con Byrne, otra vez —me dijo de repente.

—¿Y vas a ir? —Alcé una ceja.

Ya estaba al tanto de la «pelea» por así decirlo que habían tenido hacía pocos días en Blacksod y la visita que había tenido hacía unos días en la Organización.

—Si no lo hago no conseguiremos dar con el paradero de la lanza.

Mi parte egoísta me pidió a gritos que la convenciese, que se dejase de penas, que con el tiempo pasarían y que necesitaba que ese episodio de su vida acabase para poder continuar, pero mi parte delicada, la que estaba saliendo a relucir últimamente, me pidió que le gritara a los cuatro vientos que no se dejara llevar por los demás, sino que hiciese lo que realmente quisiera sin seguir las órdenes de alguien que solo buscaba sus intereses.

—Esa decisión tendrás que tomarla tú —concluí.

Asintió sin darme una respuesta en firme y pensé en la reunión que Byrne había tenido con Cathal hacía unos días sobre ese tema y el dichoso cuaderno que robamos de la base de Reino Unido. Seguramente, estarían como locos sin saber de qué manera coger aquel escrito.

—¿Sabes? Estoy teniendo unos sueños muy extraños —le dije.

—Puede ser el miedo. ¿De qué se tratan? —Le conté las semanas que había tenido mientras ella arrugaba el entrecejo sin entenderlos, al igual que yo—. Taragh —me llamó. La miré a la espera de que continuase y esta pareció dudar—. ¿Fuiste tú quién robó el cuaderno de bitácoras de Byrne? —No sabía a santo de qué venía esa pregunta después de tanto tiempo, pero no mentí. Asentí con lentitud, dándole a entender que, efectivamente, había sido yo—. Entiendo. Me imagino que buscando información sobre el broche y sobre... mí. —Volví a imitar mi gesto anterior, achicando mis ojos y sin saber muy bien adónde quería llegar. Esperé con gesto firme y expectante hasta que continuó —: ¿Y no me dices nada de lo que había escrito? ¿De todas las cosas que leíste?

Suspiré con pesar sabiendo que si seguíamos con la relación que teníamos algún día esa conversación llegaría. Tomé una gran bocanada de aire y me dispuse a cuestionar algunas cosas que quizá ella pudiera resolverme.

—Leí mucho, Maureen. Pero si la parte que te interesa es la de los dioses y todas esas chorradas, prefiero abstenerme en el tema.

—No son chorradas. —Noté un leve enfado en su tono.

—Bien. —Alcé ambas manos en son de paz—. Lo que tú digas, pero para mí lo son.

Unos días atrás había hablado sobre el broche, dejando claro quién había tenido la culpa de todo lo acontecido y, sobre todo, de los motivos por los cuales se convirtió en mi rival. Cosa que consiguió que, no solamente yo odiase a mi abuelo, sino que ella también, pues le había buscado problemas sin ni siquiera pedirlos.

—Entenderás el motivo por el cual somos tan importante para la Organización. Solo nosotras tenemos contacto directo con ellas.

El silencio volvió a cruzarse por el salón, dando paso a unos minutos de reflexión que no quise romper hasta que inclinando mi cuerpo hacia delante coloqué las manos cruzadas y las miré.

—Pelirroja, entiende que para mí todo esto es inexplicable. No te imagino hablando con diosas que, supuestamente, existieron alguna vez, o por lo menos eso cuentan las leyendas. Es difícil de creer, pero tampoco voy a tratarte de loca, prefiero ignorar el tema.

—¿Sabías que tu madre perteneció a la misma Organización?

Asentí con pesar.

Cathal me había contado con sumo detalle cada palabra de Byrne en la reunión y cómo este le entregó una carpeta con mi linaje, para después verificarle algo que ninguno de los dos sabía. Algo que no comprendí, ya que, vista la vida que Maureen tenía, era tan fácil como llevar una doble vida, cosa que ella no hizo o por lo menos yo no vi. Tenía tantas dudas que esperaba que en la reunión que se daría lugar a la mañana siguiente me las aclarase con la supuesta persona que faltaba en ella, la misma que sabía todos los detalles escabrosos que nunca nadie llegó a comprender.

—¿Quién te lo ha contado? —le pregunté.

—Mi abuela.

—Me da a mí que a tu abuela no se le escapa una.

—No. Por lo que se ve, no lo hace. —Pareció pensativa hasta que, finalmente, tras ver mi mutismo y las ganas de terminar con aquella conversación, dijo—: ¿Y sabías que a tu madre se le apareció la diosa Fand?

Mis ojos se clavaron en el televisor que emitía un programa que ni siquiera pude apreciar. «La diosa Fand». Después de lo vivido en el bosque

aquella vez me rompí los sesos investigando todos y cada uno de los dioses celtas o cosas extrañas que había y di con ella. Claro que lo hice. Me negué a seguir indagando en algo en lo que no creía, aunque a lo que sí temía.

—No. No lo sabía.

«Se te ha olvidado contarme un detalle, O’Kennedy», pensé, pero luego recapacité al darme cuenta de que quizá no lo supiese, o sí, y no me había dicho nada porque conocía qué pensamientos tenía respecto a todos esos temas. Mi tono salió tan cortante que noté los ojos de Maureen clavarse hasta en el último resquicio de mi cuerpo, hasta que me vi obligada a volver la vista hacia ella, que me contemplaba con el entrecejo fruncido.

—¿Hay algo que quieras contarme?

Resoplé ante su pregunta, echando mi cuerpo hacia atrás en el respaldo del sofá. Negué con la cabeza mientras que una risa nerviosa pero irónica salía de mis labios. Me pasé una mano por la cara y, tras esperar unos segundos bajo su escrutinio, contesté:

—Si te cuento esto, que no sé por qué lo hago, no quiero que salga de aquí. Nadie lo sabe y espero que siga siendo así, porque como ya sabes no creo en estas cosas ni quiero tener relación con ellas en el caso de que existan.

Asintió y comencé a narrarle lo vivido en el bosque, lo que vi en la ventana de mi casa y pequeñas tonterías, como yo las llamaba. Cuando terminé mi relato, que no fue interrumpido en ningún momento, la miré alzando mi muñeca para que viera que no llevaba puesta la pulsera o el lazo rojo, como de costumbre.

—Quizá por eso te ayudó. Porque fue la diosa de tu madre.

—¡Maureen! ¿Te estás escuchando?

—¿Y tú? ¿Has oído tú lo que me has dicho? —me preguntó con arrogancia.

Me levanté de un bote del sofá y comencé a caminar de un lado a otro para intentar calmar mis pensamientos.

No.

Esas cosas no podían existir y seguro que todo lo que estábamos hablando no eran más que paranoias que uno se crea en su mente cuando no tiene a qué aferrarse, pero..., ¿y ella? No, no, no, no y más no. Definitivamente no pensaba darle más vueltas a ese asunto.

—Mira, yo no voy a meterme en lo que a ti... —La miré arrugando el

entrecejo—. En lo que a ti te pase —concluí—. Pero no quiero pensar en estas cosas. Demasiado tengo encima ya como para preocuparme por algo en lo que ni siquiera quiero creer y que, supuestamente, encima esté acechándome.

—Las diosas no son malas, ellas...

—¡Maureen! —bufé con rostro serio.

—Ya, ya, ya, no quieres saber nada, blablablá —se burló, soltando una carcajada alegre.

—Como sigas así te voy a meter una bala por el cu...

La puerta principal se abrió en el momento en el que yo seguía regañándola por su manera de burlarse de mí, mientras esta reía a mandíbula batiente y dejando mi amenaza a medias, dando paso a un cambiado y maduro John que se quedó petrificado al verme en el salón de su casa. Ya nos habíamos encontrado unas cuantas veces, aunque eso no quitaba que me mirase con mala cara cada vez que sucedía. Hizo una mueca de desagrado sin moverse del sitio, contemplando a Maureen, que cortó su risa de un plumazo para posar sus inquisidores ojos sobre mí. Me encaminé hacia el sofá, recogiendo mi bolso.

—Ya nos veremos en otro momento. Tu mono de feria se marcha —me despedí con sarcasmo.

Sonrió levemente, pudiendo ver en sus ojos una pizca de alegría, la misma que no salía a relucir desde hacía días. Con paso firme me encaminé hasta la salida, pasando por el lado de John, el mismo que no me quitaba los ojos de encima hasta que, al llegar al marco de la puerta, sostuvo mi brazo y me miró.

Mis ojos se fueron directos a ese agarre con la clara intención de partírle la mano si no me soltaba y la amenaza muda llegó impactante cuando sus ojos se encontraron con los míos. Nos retamos durante un breve instante hasta que escuché de sus labios en un susurro:

—Gracias.

Sabía que se refería a Maureen y a el motivo, fuera cual fuese, por el que la había hecho sonreír. No despegué mis ojos fieros de aquel hombre. Me solté de su agarre con un movimiento lento y conduje mis pasos hacia la salida sin decirle ni una sola palabra. No era plato de buen gusto para nadie de los Hagarty, exceptuando a Maureen, y no pensaba ganármelo, no le debía nada a ninguno de ellos.

Unas horas después aparcaba el coche en la entrada de mi casa en Moher. Busqué a Cathal en el interior, pero no lo encontré. Los niños estaban en el jardín corriendo de un lado a otro tras el cachorro mientras que Sinéad se encargaba de que no les faltase nada de comer, a la misma vez que hacía una manta de lana en su butaca. Le lancé una sonrisa cómplice que ella me devolvió y deposité un suave beso en la cabecita de los alocados niños que correteaban sin parar.

—¿Sabe dónde está Cathal?

—En su despacho, me imagino —me contestó sin dejar su cometido.

Asentí dándole unas gracias que ella no vio y me fui directa a verlo. Al llegar, no estaba. El despacho era más o menos parecido al que tenía antes, solo que un poco más espacioso. Al final de la estancia comprobé que la puerta secreta que tenía tras el armario estaba semiabierta, por lo que pulsé el botón escondido en la estantería y abrí.

Y allí estaba.

De espaldas, con su aspecto intimidante, las manos metidas en los bolsillos y su cabeza altiva mirando hacia la estantería vacía que tenía delante de él. La estantería donde guardaba sus tesoros anteriormente y que, por aquel entonces, se encontraba desértica. Me acerqué a él por detrás y abracé su cuerpo como pude dadas las circunstancias de mi estado.

—¿Rememorando viejos recuerdos?

—Tal vez —me respondió como si nada.

Se hizo el silencio durante unos instantes entre ambos.

—¿Lo echas de menos? —le pregunté con voz neutra.

—¿El qué?, ¿que me persigan?, ¿qué me disparen?, ¿que tenga que trazar mil y un planes?... —enumeró.

—No sé, quizá todo en general. El peligro más bien.

Giró su rostro levemente hacia donde estaba y sonrió, extendiendo uno de sus brazos hasta que consiguió pegarme a su costado.

—El peligro lo tengo constantemente a mi lado. —Le di un pequeño golpe en el pecho con una sonrisa en mis labios, momento en el que suspiró—. No echo de menos robar tesoros, simplemente estoy pensando en las posibilidades de futuro.

—¿Y te gustan?

—No tengo claro si podremos adaptarnos algún día o no, pero lo intentaré.

—Bueno, siempre podemos volver a la carga. —Sonreí.

Imitó mi gesto, dándome un tierno beso sobre el cabello.

—Me parece una buena idea. Ven, quiero enseñarte algo.

Tiró de mi mano hasta que llegamos a una vitrina de cristal donde la hermosa pieza que había en su interior relució ante mis ojos de tal manera que no pude creerme que fuese verdad.

—Lo has guardado... —musité.

Me miró con una expresión que no supe descifrar. Mi pecho se oprimió al ser consciente de lo que había hecho y paseé mis dedos por encima de la pieza cuando Cathal abrió el cristal para que la tocara.

En la vitrina, con sumo cuidado, estaba el broche de Tara.

Capítulo 9

Cathal

A primera hora de la mañana terminamos la revisión rutinaria sobre el control del embarazo de Taragh, a quien le había dicho el doctor que posiblemente necesitara la intervención de una cesárea para poder traer al bebé al mundo, cosa que no le hizo gracia, pero no le quedó otra opción que asimilarlo. Unas horas después traspasábamos las puertas del pasillo que daban al despacho, desde donde se oía un gran revuelo, me imaginé que dada la discusión de una mujer y él. Sonreí inconscientemente al pensar que quizá ese acto se debiera a algún amorío del jefe de la Organización, porque las voces no eran normales.

Hayes llegó a la puerta antes que nosotros, pero su mano se detuvo en el aire cuando estuvo a punto de tocar para entrar. Arrugó el entrecejo y se apartó al escuchar un fuerte chillido que salió del interior, sus ojos se giraron en mi dirección y sin pretenderlo recordé el día que Jack murió a manos de aquellos seres. Lo más gracioso de todo era que Maureen pensaba que solo la esperaba, sin embargo, lo que no sabía es que yo también había visto todo lo que aconteció en el momento en el que el barco se perdía en el inmenso mar. No quería pensar en ello, pero las cosas que me estaban ocurriendo últimamente no dejaban que me olvidase de tales asuntos.

—Veo que el ambiente está un poco tenso esta mañana.

Con esas simples palabras, Hayes me contempló desde su posición con una sonrisa en los labios. No me detuve a esperar un «pase» de la boca de su jefe y directamente abrí. Los ojos de Byrne se posaron sobre mi figura con enfado mientras que los de la otra mujer lo hacían con admiración. Alcé una ceja, sugerente, sabiendo el escrutinio al que estaba siendo sometido por aquella persona.

—Siento interrumpir, bueno —pensé—, en realidad, no. Tengo prisa, así que terminemos cuanto antes.

Me acomodé en la silla, indicándole a Taragh que hiciera lo mismo. No tardó y sus labios dibujaron una sonrisa deslumbrante al ver que el hombre que tenía delante casi echa las muelas cuando dijo:

—Estoy en una reunión privada, si no te importa...

—Sí, sí que me importa. Tengo más cosas que hacer. ¿Esta es la persona que teníamos que esperar?

La señalé, mirándola de reojo. No me quitaba los ojos de encima y ese gesto comenzaba a cabrearme. Byrne asintió y se pasó una mano por el pelo, después, tomó asiento soltando un resoplido.

—Vamos por partes, O’Kennedy.

Los ojos azules de la mujer, un poco más oscuros que los míos, brillaron. Su aspecto era más que elegante, se notaba que estaba acostumbrada a la buena vida y me aventuré a pensar que tendría unos pocos años más que Byrne, sin embargo, se conservaba bastante bien. Volví mi atención al hombre que me esperaba con impaciencia.

—Tú dirás.

Recosté mi espalda en el asiento esperando con poca paciencia su contestación. Tenía entre manos la busca y captura de Kellan, y eso ya se estaba retrasando más de lo debido. Ryan había conseguido localizarlo al sur de Irlanda y esa misma mañana tiraría de todos los contactos habidos y por haber para capturarlo.

—Esta noche, de madrugada, iremos al oeste del país.

—¿Tenemos ubicación? —me sorprendí.

—Sí. —Fue escueto.

—¿Maureen ha venido? —le preguntó mi mujer con cierto asombro.

—Así es. Su abuela ha debido convencerla y ha estado aquí detallando toda la información que necesitábamos. Sin duda, esta debe ser la última pista y, por ende, la lanza tendría que estar allí.

Miré de reojo a la mujer que sin inmutarse permanecía quieta, observando cada uno de los movimientos que su jefe hacía. Me sorprendió que no la echara del despacho para tratar algo tan privado como aquello, pero no pregunté, ya que seguí notando sus ojos clavados en mí en todo momento. Me

cabreó el simple hecho de tener que aplazar la búsqueda de Kellan, aunque si cerrábamos una cosa podía centrarme con total claridad en otra.

—Bien, pues iremos.

—Tienes que saber otra cosa.

Alcé mis ojos hacia él de manera seria e intimidante. Le hice un gesto leve con mi cabeza y este habló con fastidio.

—¿Recuerdas al capitán Mckenna? —Asentí quedo—. Era un traidor. La justicia ya se está encargando de despojarlo de todos sus cargos, pero ha sido, en parte, el mayor culpable de que diéramos con pistas falsas. Ya no sabemos si han estado moviendo la lanza para volvernos locos o simplemente ha sido tal y como correspondía. Lo que sí he descubierto es que estaba pasando información que no debía sobre la Organización.

Chasqué la lengua con pesadez, sabiendo que nombre tenía aquella persona.

—Kellan O’Flannagain —espeté con mal humor.

El que asintió esa vez fue él y pegué un resoplido que delataba las ganas que tenía de asesinar a ese puto cabrón. Lo que no entendía era cómo podían aliarse de tal manera que al final todos terminaban juntándose con la escoria que eran. A fin de cuentas, la única persona que en realidad tenía la culpa de todo era Andrew O’Leany. Todavía no era capaz de darme cuenta de lo que aquel viejo hacía y deshacía como quería.

Si Jack le pasaba la información de la Organización, al morir se había quedado con un punto flojo. Así que me imaginé que, si tenía a Mckenna trabajando para Kellan, como él era su perro faldero, de un modo u otro tenía las espaldas cubiertas para enterarse de todo. Pero el juego estaba llegando a su fin y se quedaba sin fichas para continuar, pues lo único que se interponía entre él y yo era Kellan, y le quedaban los días contados. O eso pensaba.

—Exacto, por lo tanto, tenemos que resolver todo esto cuanto antes.

—Cuando volvamos con la lanza debajo del brazo me encargaré de ello. Espero que la condena se me reduzca a la mitad. —Me contempló con gesto serio, sin embargo, no supe descifrar la expresión de la mujer—. A fin de cuentas, te estoy quitando un estorbo del medio.

—Cathal...

Reí a sabiendas de su contestación. No obstante, no lo dejé terminar

porque me daba igual lo que dijese.

—Al lío, Byrne, al lío.

Giré mi rostro hasta colocarlo sobre la mujer y bajó la cabeza avergonzada. La había pillado mirándome con detenimiento. Escuché un breve gruñido de Taragh, que fue la primera en hablar y a la que yo no interrumpí:

—¿Usted es la mujer que tan bien se llevaba con mi madre?

—Así es —murmuró al escuchar su tono de voz tajante.

—Bien. Pues soy toda oídos.

Taragh se cruzó de brazos, optando una posición muy parecida a la mía mientras esperaba a que la mujer comenzara su relato.

—Tu madre, como bien sabes, trabajaba para esta Organización. Se dedicaba a lo mismo que nosotros, pero eso es algo que nunca pudo decir. Tenemos unas normas y... —titubeó, mirándome.

—Si le molesta mi presencia puedo abandonar la sala —ironicé.

Cerró los ojos un instante y apreció la mirada inquisidora de Byrne sobre ella. Alcé una ceja cuando la escuché decir:

—No es eso, Cathal. —¿Por qué me acababa de llamar por mi nombre? Dejé la pregunta en el aire, cuando prosiguió, mirando a Taragh—: Aquí todos estábamos al tanto de la reliquia que ha poseído tu familia durante generaciones, pero no conseguíamos dar con su paradero por más que lo intentábamos, hasta que un día recibimos la información suficiente para encontrarlo. El antecesor no había dejado nota alguna para facilitarnos una pista de la ubicación y el trabajo fue más complicado.

—¿Cómo iba mi madre a llevar una vida paralela si se dejaba la piel trabajando en lo primero que encontraba?

Taragh soltó aquel comentario con sarcasmo, dando a entender que no se creía ni una sola palabra. La mujer lanzó una carpeta llena de documentos, me imaginé que sobre su madre.

—Lo hacía, y ahí tienes toda la información que necesitas saber sobre quién fue Shelagh. Como sabes, mi relación con ella era muy cercana, por lo que nunca pasó por alto el contarme la tensión que siempre había con Andrew. Cuando él se enteró de su participación en la Organización enloqueció más de lo que estaba. Supongo que también estarás al tanto de su obsesión con pertenecer a esta casa. —Asintió sin abrir la carpeta y sin quitarle los ojos de

encima—. El broche era algo que él quería para ofrecerle a cambio de entrar en la Organización.

»Intentó manipular a su hijo, Lechlann, para que obligase a su mujer a darle el paradero de la reliquia, pero con lo que Andrew no contaba era con que tu padre la quería por encima de todo el poder que pudiese albergar aquel objeto y, cuando tú llegaste al mundo, Andrew vio la única salida en ti, en pensar que desde bien joven podría manipularte a su antojo.

—Mi abuelo apenas tuvo contacto conmigo mientras mis padres vivían —aseguró Taragh.

—¡Porque ellos no se lo permitieron, Taragh! Antepusieron sus vidas para protegerte. Dime, ¿has encontrado el broche?

El silencio reinó en la sala durante un breve instante, en el momento en el que mi mujer contestó con determinación:

—No.

Empecé a encajar la última frase de la carta que su padre le dejó y mis sospechas se convirtieron en realidad. La estaban avisando sobre Andrew, tal y como creí desde el principio. La mirada que ella le lanzó a Byrne me hizo saber que dudaban de su sinceridad.

—Pues espero que lo hagas pronto o caerá en manos de quien no debe.

—No si antes lo impedimos —sentenció ella.

—Eso espero.

Mi mujer se mantuvo expectante mientras aquella mujer le contaba el pasado de sus padres y cosas relacionadas que ya sabíamos. A fin de cuentas, todo continuaba siendo una treta por parte de Andrew para conseguir de cualquier forma lo que se proponía, y le daba exactamente igual por encima de quién tuviera que pasar.

—Ellos te querían, Taragh.

—No lo dudo —aseguró con ironía.

La mujer negó con una triste sonrisa y dijo:

—Todos alguna vez en la vida tenemos que sacrificar algo para llevar a cabo nuestro cometido.

—Ese cometido no justifica hacerle el vacío a tu hija.

—Pero, a veces, es necesario.

Sus ojos se cruzaron con los míos y arrugué el entrecejo. Viendo que no

teníamos nada más que añadir, sujeté el brazo de Taragh y me levanté con ella para marcharnos.

—Dime dónde tenemos que estar y a qué hora. —Miré a Byrne.

Me dio las indicaciones necesarias y eché la silla hacia atrás para abandonar aquella sala, pero una pequeña y delicada mano me sostuvo con fuerza el antebrazo. Contemplé el agarre, después pasé mis inquisidores ojos hacia la persona que lo sujetaba con fuerza. Parecía suplicante y no entendí el motivo.

—Cara...

La voz de Byrne resonó en la sala con cierto tono de advertencia y la tensión comenzó a formarse en el ambiente de tal forma que un cuchillo podía cortarla si quisiese. Esperé, soltándome de su mano con un breve movimiento y antes de poder hablar, escuché:

—Tiene que saberlo.

Su tono triste me puso alerta, momento en el que Byrne se levantaba de su silla con un gesto veloz encaminando sus pasos al lado de la mujer.

—Déjate de tonterías, no estamos para eso ahora, ya sabes que...

No lo dejó continuar.

—¿Cuidó Lorcan bien de ti? —Achiqué mis ojos, tragando el nudo que se había formado en mi garganta al escuchar el nombre de mi padre. Solté a Taragh del brazo, sintiendo su figura muy cerca de la mía, y fulminé a la persona que con ojos brillantes me inspeccionaba—... Eres igual que él... — Sonrió con tristeza.

—¡Ya basta! —La voz de Byrne volvió a tensar el ambiente—. O’Kennedy, ¡sal de mi despacho!

Empujó mi cuerpo lo suficiente, sin embargo, no consiguió moverme ni un ápice. No entendía a qué venía ese comportamiento por parte de él, pero mucho menos por parte de ella.

—¿Quién es usted? —me atreví a preguntar con tono hosco.

—Soy Cara Byrne.

—¡Cara, he dicho que basta! —gritó Byrne.

Miré con confusión a ambos que empezaban a chillarse recriminándose algo que no llegaba a entender. Le lancé una mirada a Taragh, que se encontraba igual que yo, hasta que oí algo que me dejó petrificado sin poder

mover los pies del suelo.

—Antiguamente, Cara O’Kennedy.

Capítulo 10

Taragh

No sentí ni su mano aferrarse a la mía. Con semblante serio y temerario, más que el de costumbre, se giró, abrió la puerta del despacho, momento en el que la discusión de Byrne y Cara terminaba y en el que lo contemplaban mientras mi marido salía como si todo lo que acababa de suceder nunca hubiese ocurrido. Lo vi alejarse por el pasillo. Con incredulidad, contemplé a la mujer que con las lágrimas resbalando por sus mejillas miraba en dirección por donde su... hijo desaparecía. ¿Su hijo? ¿Byrne era el tío de Cathal? ¿Qué demonios estaba pasando? Mi cabeza se convirtió en un hervidero y, con los ojos perdidos y sin saber a qué punto mirar, abandoné la sala siguiendo los pasos de un Cathal que, con seguridad, estaría a punto de llegar al coche.

Me equivoqué. Estaba esperándome con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero, observando el edificio que tenía enfrente, de espaldas a las oficinas de Byrne. Me coloqué a su lado entrelazando mis manos sobre mi vientre y esperé paciente a que decidiese qué hacer. Estaba con el ceño fruncido, los labios sellados y, posiblemente, los dientes apretados porque en su rostro se mostraba una visible señal de ello. No abrí la boca hasta que lo escuché soltar un fuerte suspiro, seguido de su mano, que sujetó la mía y tiró con suavidad de ella para dibujar pequeños círculos invisibles.

—Vamos a dar un paseo —fueron sus únicas palabras, a las que no contesté, y avancé con paso seguro a su lado.

Durante un buen rato recorrimos las calles de Dublín en un silencio demoledor, aunque necesario. Al llegar cerca de St Patrick's Park lo escuché preguntarme con tranquilidad:

—¿No vas a decirme nada?

Detuve mis pasos, cosa que imitó, mirándome de reojo hasta que me coloqué frente a él. Deslicé mis dedos por el cuello de su camisa, reajustándolo, aunque no le hiciera falta, y elevé mis ojos para toparme con los suyos.

—¿Quieres que te sea sincera? —Asintió levemente, gesto que imité—. Bien, pues, sinceramente, no sé los motivos por los cuáles tu madre te abandonó. Ni siquiera sé si me importan o no. Solo tengo claro que no actué bien, por lo tanto, lo único que puedo decirte es que entiendo tu postura y no voy a pedirte que le des una oportunidad de explicarse si no es lo que quieres y si no la necesitas.

—Desde luego muchas ganas no me dejas —renegó.

—No creo que tenga por qué hacerlo. Ella fue la que no lo hizo bien. —Suspiré antes de continuar, posicionando mis manos en su pecho—. Cathal, mis padres me apartaron de su vida por algo de lo que yo ni siquiera era consciente, pero ese hecho hizo que no los quisiera como tal. ¿En qué se diferencia Cara de eso?

—En nada.

—Exacto. Por eso mismo no creo que deba darte ánimos para hacer algo que no tienes intención de llevar a cabo.

Volvió a soltar un fuerte suspiro. Sujetó mi rostro con ambas manos y depositó un casto beso en mis labios, juntándose todo lo que pudo a su pecho, donde dejé mi cabeza recostada.

Me fijé en las personas que iban caminando de un lado a otro sin percatarse de nada ni de nadie, hasta que mis ojos se quedaron clavados en un coche que estaba aparcado a pocos metros al cruzar la avenida. Los achiqué dándome cuenta de una sonrisa escalofriante que me heló la sangre, momento en el que mi marido desvió los suyos hasta posicionarlos en el mismo ángulo.

Kellan.

No me dio tiempo a decir ni una sola palabra cuando Cathal estaba cruzando la avenida sin mirar ni siquiera en su dirección. Hice lo mismo que él, solo que con un poco más de prudencia, y cuando llegué a su altura ya lo tenía sujeto del cuello con la cabeza apoyada en el coche.

—No esperaba verte por aquí... —siseó Cathal entre dientes, apretando su carne contra el capó.

Miré a ambos lados de la calle, contemplando a la gente que los observaba como cotillas que eran, como cualquier persona haría si viese lo mismo. Toqué el brazo de Cathal en un intento porque no diese un espectáculo, pero eso fue una tarea difícil cuando Kellan abrió la boca.

—Pues sí, mira por donde, me apetecía salir a pasear —chuleó.

Cathal estrujó su cuello con más fuerza, dejándolo incapaz de menear un solo músculo, y me extrañó que no hubiese más hombres a nuestro alrededor o que estuviera tan tranquilo. Los ojos de Kellan se desviaron momentáneamente hacia mi vientre y alzó una ceja insinuante a continuación de una sonrisa temeraria.

—Qué pena que ese hijo que llevas dentro no sea mío. La oportunidad existió, en realidad.

Vi los dientes apretados de Cathal y no lo pensó ni por un segundo. Tiró de Kellan hacia atrás y le estampó su puño en la cara. Kellan terminó casi en el suelo a su lado, por lo que yo me afané en retener a mi marido antes de que cometiera una locura cuando su mano se fue directa a la parte trasera de su pantalón.

—No creo que estés en posición de hacerme nada, O’Kennedy.

—Cathal, hay mucha...

Dejé la frase en el aire al sentir que alguien me presionaba con la punta de lo que supuse que sería una pistola a mis espaldas. Me quedé rígida y, cuando Cathal se dio cuenta, casi pierde los estribos.

—Apártate de mi mujer —lo amenazó.

—Creo que no estás muy receptivo. Es más, estás dando muchos problemas últimamente, O’Kennedy. ¿Ahora te unes al bando bueno?

—Lo que yo hago no te importa una mierda. Dile a tu hombre que se aleje de ella si no quieres que te rompa la cabeza contra el suelo.

Kellan rio como un tirano.

—No estás en posición de exigir —canturreó.

Tragué saliva al ser consciente de que teníamos pocas escapatorias y aprecié una patrulla de la policía a lo lejos. Algo que en realidad no sabía si me serviría o por el contrario lo único que haría sería que me llevase un balazo que no deseaba.

Cathal apretó los puños, sin quitarle sus desafiantes ojos de encima,

sabiendo que estaba atado de pies y manos, mientras Kellan se ponía en pie con parsimonia y apartaba a mi marido para subirse en el coche en el que estaba apoyado minutos antes.

—Esto solo es una visita de cortesía, Cathal. No te lo tomes tan a pecho.

Me guiñó un ojo desde la distancia y se subió a la misma vez que el hombre que me apuntaba se iba en su dirección. Pocos segundos después, cuando el gran cuerpo de mi marido se colocó delante de mí, el vehículo desapareció. Sujetó mi mano para conducirme con urgencia hasta el otro extremo de la carretera y paró en seco comprobando que no había ninguna amenaza a nuestro alrededor. Se giró con premura sosteniendo mi rostro entre sus manos.

—¿Estás bien? —me preguntó atropelladamente. Asentí sin quitarle los ojos de encima. Parecía desesperado—. Taragh, contéstame —exigió con rudeza.

—Sí.

Cerró los ojos unos instantes, apretando mi cuerpo contra el suyo, hasta que nos dirigimos al coche entre dudas y preguntas que ninguno de los dos conseguíamos resolver. ¿Qué hacía Kellan allí? ¿Y a qué había venido aquello después de estar oculto tanto tiempo? Eso solo significaba una cosa.

Tenía algo entre manos, y algo de lo que estaba seguro.

Cuando la noche cayó, tal y como nos había indicado Byrne, nos encontrábamos de madrugada en Dunquín, la fortaleza de Caon, en la región de Gaeltacht, al oeste de condado de Kerry. Atracamos junto al acantilado donde estaban el resto de los ferris por el día y contemplé las tres millas de costa desde mi posición. Era, sencillamente, espectacular.

—¿No crees que deberías quedarte aquí?

Miré a Maureen, que aparecía justamente a mi lado, y resoplé.

—Solo vamos a buscar la lanza, no nos va a pasar nada —le aseguré.

—Eso no lo sabes.

—Bueno, en tal caso, puedes defenderme si ves que van a matarme —ironicé y ella sonrió, negando con la cabeza, dejándome por imposible—. Al final has accedido.

—Es mi trabajo. Cuando acabe ya tendré tiempo de pensar en mi futuro.

Sus ojos se perdieron en el mar y pasé una de mis manos por su espalda para animarla o por lo menos intentarlo. No sabía qué haría yo en una situación parecida y desde luego no estaba dispuesta a averiguarlo.

Cathal apareció con gesto sombrío a mi derecha y supuse que la situación habría sido más que incómoda, puesto que Cara estaba en el barco y había venido con nosotros para ayudarnos. Toqué su brazo cuando se posicionó a mi lado, acurrucándome junto a él.

—¿Vas a quedarte? —Negué con la cabeza y escuché un resoplido por su parte—. ¿Dónde está? —le pregunté, obviando su enfado.

—Se supone que cuando atravesemos el muelle debemos recorrer todo ese camino —me señaló el estrecho y pintoresco sendero que llegaba a lo alto de los acantilados—, y desde ahí, Maureen podrá ubicarnos en qué acantilado está.

—¿Acantilado?

Arrugué mi entrecejo, separándome de él.

—Está en medio de dos de ellos. Pegado al bosque de esa parte.

Con su mano volvió a señalar la zona y asentí. Abracé su cuerpo con mimo, como si fuese la última vez que lo haría, y regalé pequeños besos sobre su pecho, inclinándome para llegar a sus labios.

—Tranquilo. Todo saldrá bien.

Me miró a los ojos con una mezcla de emociones que no supe descifrar y me besó con pasión sin importarle quién hubiese a nuestro lado. Me separé de él al notar mi respiración acelerada, escuchando un breve gruñido contra mis labios.

—No creo que sea lo correcto —murmuré con una sonrisa.

—¿Desde cuándo hacemos lo correcto?

—Desde nunca. —Reí.

—Mmm... Te estoy imaginando con las manos en esa barandilla y...

Restregó su entrepierna contra mi cuerpo, haciéndome reír con sus ocurrencias. Mis ojos se fueron a la derecha cuando sentí la presencia de alguien y vi que Cara se encontraba semioculta en una de las entradas. Cathal dirigió la mirada hasta el mismo lugar y ella se metió en el interior sin esperar ni un solo segundo. El resoplido se escuchó en las tres millas que nos

rodeaban.

—¿No ha ido bien?

—No ha ido —sentenció—. No le debo nada a esa mujer, por lo tanto, tampoco he hablado con ella.

Estaba siendo duro, pero no sería yo la que le llevase la contraria. Minutos después, el equipo formado por Ryan, Hayes, Maureen, Cathal y yo nos dirigíamos en silencio hacia el sendero que nos llevaría a la cima.

La noche era perturbadora y había una luz tan escasa que apenas sabía cómo íbamos a poder diferenciar las rocas sin llegar a matarnos, pero todo eso se desvaneció en mi mente cuando Ryan repartió las linternas mientras que él sostenía un enorme foco en sus manos.

—Que nadie se separe. No sabemos con qué nos vamos a encontrar ni la dificultad de ello —dijo Cathal con tono duro—. Maureen.

La instó para que nos guiase y durante no supe cuánto tiempo estuvimos caminando, revisando todas las rocas habidas y por haber en el perímetro en el que nos encontrábamos. Sentí algo extraño, como unos ojos que nos observaban en general, pero no le di importancia y lo achaqué al cansancio y los leves calambres que empezaron a tomar las riendas de mi cuerpo horas antes de subir al barco. Me arrepentí en ese momento de haberles acompañado, pero decidí mantener la boca cerrada o Cathal me llevaría de vuelta, a rastras si era necesario, y eso lo único que haría sería retrasarles más.

—Se supone que estamos cerca. —Maureen hizo que un pequeño suspiro saliese de mis labios, algo que no pasó desapercibido para ella—. ¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Asentí sin ser capaz de contestarle, cuando otro pinchazo, esa vez más grande, me atravesó el vientre haciéndome temblar. El frío atizó mis mejillas con rabia cuando llegamos a la parte en la que nos indicaba que debíamos detenernos y Maureen avanzó hasta lo que parecía una especie de cueva entre dos de los acantilados.

—Tiene que ser aquí. Es lo más oculto y extraño que hemos encontrado después de tres horas.

Miré a la pelirroja que seguía revisando la pantalla digital, asintiendo con la cabeza hasta que Hayes alumbró el interior de la cueva. Una estrecha rampa

de tierra se abrió paso ante nosotros mientras avanzamos con Cathal a la cabeza sin hacer un solo comentario. Ryan alumbró la estancia, cosa que generó que viésemos que otra entrada se situaba justo en el lateral dando al bosque que había tras la llanura.

Mis ojos se abrieron por la sorpresa al darme cuenta de lo que tenía delante de mí. Sin protección, sin nadie que nos estuviese esperando, y algo me olió a quemado. La lanza de Lugh se alzaba presuntuosa, llena de hierbas y una enredadera que la cubría casi por completo, mientras esta se encontraba recta y temeraria incrustada en una gran roca que había en el centro de la cueva.

—¿Y ya está? —Cathal alzó una ceja.

Todos nos observamos los unos a los otros, excepto él, que no despegaba los ojos de la joya. Era impresionante, impactante, a decir verdad, puesto que lo poco que se podía apreciar parecía tan sumamente cuidado como si la hubiesen estado limpiando toda la vida, como si no llevase sujeta a esa roca miles de años sin que nadie la encontrase. Aprecié un leve destello en su punta cuando los rayos del sol se asomaron con timidez por la otra entrada de la cueva, momento en el que escuché un ruido a mi izquierda. Los ojos de Maureen se fijaron en los míos y el resto los movió hacia el foco del sonido.

—Tenemos que darnos prisa. No sabemos si es una trampa o hay algo más —añadió Maureen.

Se acercó a la roca, agarró la punta de la lanza y ni se movió. Vi cómo arrugaba su entrecejo en el instante en el que Hayes se acercaba a ella y lo intentaba también, no sin antes ganarse una mirada asesina por parte de Maureen cuando este le rozó la mano.

—Esto lleva tanto tiempo aquí que no hay cojones de sacarlo —renegó Hayes.

—Eso es imposible.

Ryan se acercó adonde estaba tratando de sacarla, instante en el que el ruido a las afueras de la cueva se intensificó.

Había alguien esperándonos.

Cathal me lanzó una mirada acusatoria por no haberle hecho caso, sacándose su pistola de la parte trasera del pantalón e instándome con un simple movimiento de ojos para que hiciese lo mismo. Le lanzó un fugaz

vistazo a Ryan para que se colocase a mi lado, cubriéndome, y tuve que renegar al ver ese gesto, aunque sabía que solo lo hacía por mi bien.

—¿Es que no habéis cenado ninguno o qué os pasa? —gruñó acercándose a dicho objeto.

Sentí un leve temblor en la cueva, acto que me puso alerta y, cuando Cathal se disponía a coger la lanza tuvo que apoyar su mano en la piedra ya que las rocas comenzaron a temblar con fuerza.

—No me jodas... —bufó.

—¡Cathal, vamos! ¡Inténtalo! ¡Esto se va a caer! —le gritó Maureen cuando el temblor se hizo más grande.

Apoyé mi mano sobre el hombro de Ryan, rezándole a todos los dioses que existiesen. Iba a ser demasiada mala suerte que otra cueva se nos cayese encima y que esa vez nos dejara a nosotros por botín dentro de ella. Las rocas comenzaron a desplazarse de sus paredes a una velocidad de vértigo, a la misma vez que algunos pequeños fragmentos del techo descendían dando sonoros golpes en la tierra.

Todo pasó una velocidad impresionante que no supe cómo asimilar. De repente, la mano de Cathal se colocó sobre la lanza y tiró de ella como si estuviese sacando el hilo de un jersey, mientras que una enorme luz iluminaba el interior de donde nos encontrábamos. ¿Qué cojones...?

Apenas podía diferenciar el rostro de Cathal, porque la luz era cegadora y algo inexplicable que no había visto en mi vida. Sin poder articular una sola palabra, como todos los demás que lo observábamos con los ojos como platos, descubrí que tres sombras gigantes se alzaban ante Cathal, que contemplaba estupefacto la escena.

Hasta que los sonidos de las balas nos interrumpieron.

Capítulo 11

No controlaba la respiración agitada que producía que ni siquiera la saliva llegase a mi boca. Agarré con más fuerza la parte inferior de mi vientre y seguí corriendo como si el mismísimo demonio me persiguiese que, en cierto modo, así era.

Ya no sabía qué creer, ya no sabía qué estaba viendo y qué no cuando salí despavorida de la cueva junto con el resto. Los pinchazos tan bruscos como fuertes se instalaban con un ímpetu que apenas me dejaban coger una bocanada de aire, mientras mis pies se ponían en funcionamiento a una velocidad que ni yo misma reconocía. No era consciente de si iba rápido o, al contrario, lo hacía de forma más lenta.

Cathal se había perdido en medio del bosque junto a Hayes al salir, porque nos habíamos distanciado sin pretenderlo al escuchar el sonido de las balas impactando directamente donde nos encontrábamos, y los únicos que quedábamos al final éramos Ryan y Maureen. Escuché las balas salir del arma de Ryan, pero no me detuve para contemplar a qué estaba disparando exactamente, si a nuestros supuestos atacantes —Kellan y compañía—, o a... ¿Es que el mundo se había vuelto loco o la que estaba perdiendo el juicio era yo? Otro calambrazo muchísimo más fuerte que el anterior me dobló la espalda y tuve que soltar un tremendo alarido que resonó en mitad de la nada.

«Aguanta...», me dije respirando como podía.

Seguí con paso decidido apartando las ramas que golpeaban mi rostro y parte de mi cuerpo. Di pequeños saltos para esquivar los troncos que se repartían como trampas por el suelo lleno de hojas y abrí mis manos en cruz

cuando un árbol me impidió cruzar parte del terreno. A lo lejos aprecié un pequeño claro, apenas con espacio, pero lo suficiente como para tomar una gran bocanada de aire sin que las ramas se enredaran en mi cabello.

Me paré, presa del pánico que comenzaba a sentir, sosteniendo con más fuerza mi vientre que parecía no querer darme una tregua. Apoyé mis manos sobre las rodillas respirando con dificultad cuando otro latigazo me atravesó momentáneamente. Chillé desgarrándome la garganta y los pies de Maureen derraparon ante mí. Se aproximó con urgencia a mi lado y caí de rodillas al suelo sin poder aguantarlo durante más tiempo.

—¡Taragh! —gritó, presa del pánico.

Sus manos se colocaron en mis hombros, pasando uno de mis brazos por los suyos para intentar levantarme, pero cuando casi lo conseguí, volví a caer irremediabilmente sobre la tierra clavando mis rodillas con más intensidad en el suelo.

—Vete... —susurré, agotada.

—¡No pienso irme sin ti! ¡¡Estás loca!!

Reí como una demente al pensar que quizá tenía razón.

—Creo que he perdido la poca cabeza que tenía —argumenté casi sin aire—. Esto... Esto no tiene explicación.

Mis ojos se posaron sobre los suyos y ella me contempló con una expresión que no supe adivinar. Tal vez fue una manera de decirme que todo lo que habíamos hablado una vez existía. Existía de verdad.

—No pue... —Otro grito me rasgó la garganta—. ¡Aaaaaah!

—¿Qué te pasa? ¡¡Ryan!! —gritó al vacío, pues Ryan no estaba a nuestro alrededor.

Lo busqué con mis ojos, pidiéndole a los dioses que estuviera bien. Negué con la cabeza energéticamente, controlando mi corazón que amenazaba con salirse por la boca. Noté que mi cabello comenzaba a pegarse a mi cara debido al sudor frío que me recorría parte de la piel y mis ojos cansados volvieron a la pelirroja que me observaba confusa y asustada.

—Maureen..., por favor, márchate. No puedo continuar —le aseguré con derrota.

Mi cuerpo se despegó del suyo con tanta facilidad que hasta yo misma me asombré. Caí al suelo pese a los intentos de ella porque no lo hiciera y mi

cabeza se golpeó con una de las piedras picudas que tenía tras de mí. Un dolor punzante se hizo eco en la zona, aunque no era nada comparado con lo que estaba experimentando en otra parte de mi cuerpo.

Se arrodilló para verificar la magnitud de la herida que acababa de hacerme y aprecié el desconsuelo en su mirada.

—¡¡Ryan!! —voceó con más fuerza.

Los matorrales se movieron con agilidad, muy cerca de nosotros, y mis ojos se abrieron al pensar que podían ser nuestros atacantes desconocidos o alguna de esas... criaturas que acabábamos de despertar.

—Maureen... —La cogí por el brazo. Me miró con horror—. ¿Qué hemos hecho?

¿Ni siquiera podía decirlo de esa manera? ¡Era imposible lo que mis ojos habían visto!

«Aguanta, por favor...», volví a pedirme a mí misma cuando sentí que el cuerpo me pesaba más de lo normal.

—No... No lo sé —titubeó—. Pero lo descubriremos cuando llegemos al Fomoré. Te lo prometo —añadió atropelladamente.

Asentí.

Llegar al Fomoré. Tarea difícil. Sabía que de aquel claro no saldría con vida.

«Las pesadillas», mi mente volvió a hacer de las suyas y mis piezas comenzaron a encajar. ¿Había estado teniendo premoniciones o algo similar?

—¿Te acuerdas de mis sueños? —le pregunté con un hilo de voz. Vi que se desesperaba de una manera incontrolable y terminó asintiendo—. Eran estos...

Tragué saliva, notando el enorme pinchazo, mientras mi vientre abultaba más que la última vez. Toqué mi barriga con cuidado, dándome cuenta de que estaba más dura de lo normal, acto que confirmó algo que ya supe desde primera hora.

Estaba de parto.

Cogí el puñal del cinturón de la pelirroja y esta me contempló como si hubiese perdido la cabeza del todo. La miré para tratar de tranquilizarla y corté parte de mi pantalón, dándome cuenta de que el líquido que había estado sintiendo hacía unos minutos no era otro que mi propia sangre derramándose.

—Maureen... —Negó con la cabeza energéticamente—. ¡¡Mírame, joder!!

—le chillé, apretando los dientes cuando otra contracción se apoderó de mí. Volvió su rostro asustado en mi dirección y pude ver las lágrimas que se agolpaban sobre sus ojos—. Tienes que ayudarme...

—No. No puedo. Yo no soy médico, Taragh. Vamos, levanta, buscaremos ayuda.

Negué con firmeza. Sostuve su mano con rabia y la traspasé con mis ojos.

—Tienes que sacarme al bebé. No nacerá de manera natural, y si no lo haces... —dudé—, morirá.

—Y si lo hago ¡morirás tú! —se desesperó—. ¡¡Ryan!!

Su rostro se giró en varias direcciones buscando deseosa a aquel hombre que pensaba que sería capaz de sacarme de allí para evitar lo irremediable. Bufé, tumbando mi cuerpo por completo sobre la tierra, y apreté mis dientes de nuevo cuando el dolor hizo que pareciera que me estaban partiendo todos los huesos. La cabeza comenzó a darme vueltas y no pude concentrarme en ningún punto fijo, ya que mis ojos se nublaban de tal manera que me era imposible. Sujeté del brazo a Maureen que caía de rodillas a mí lado, segundos antes, y tiré de ella hasta casi pegármela por completo a la cara.

—Coge ese cuchillo —la miré con determinación— y sácame al bebé. ¡Ahora!

—Pero..., pero..., tiene que haber otra...

—¡¡¡Que lo hagas!!! —bramé como una histérica.

De un solo tirón rasgué mi camiseta hasta que conseguí dejar al aire mi vientre, mientras que con la otra mano conseguí mover mi pantalón lo suficiente hasta bajarlo lo justo para que ella tirara de él y lo dejara a un lado. Se quitó la chaqueta con las manos temblorosas, colocándola bajo mi trasero y a continuación hice lo mismo que con la mía.

—Taragh... Sabes que si hago esto no...

No la dejé terminar. Agarré el puñal con fuerza y tiré de su mano para que lo cogiera. Con los dientes apretados, la contemplé desde mi posición y dije:

—Lo único que importa es él. Y ahora, rájame.

Me tumbé de nuevo, cerrando los ojos con fuerza para lo que vendría a continuación. Sentí su mirada titubeante sobre mi cuerpo cuando noté el filo de la hoja sobre la parte baja de mi vientre. Poco a poco, noté que la carne se desprendía de mí, abriéndose en canal para poder tener el espacio suficiente

como para sacar al bebé que crecía en mis entrañas.

Grité.

Grité tanto que por un momento pensé que la voz ya no me salía de la garganta. Noté que ni siquiera la saliva llegaba a generarse y el dolor comenzó a producirme unos espasmos que no era capaz de controlar. Segundos después, y cómo si me arrancaran un trozo de mí, algo se desprendió de mi cuerpo en el instante en el que un llanto llenaba el claro, seguido de unos gritos desgarradores que no sabía con certeza ni de dónde provenían. Mis ojos empañados en lágrimas se abrieron en busca de aquel sonido y los fijé con dificultad en las manos de Maureen que sostenía un diminuto ser lleno de sangre, tan perfecto y hermoso que el pecho me dolió. Sonreí cargada de felicidad, aun sabiendo que la vida se me escapaba de las manos.

—Es una niña... —musitó, llorando sin poder evitarlo.

Sonreí, mientras se apresuraba a envolverla con la chaqueta que anteriormente me había quitado, para colocarla sobre mi pecho. Agaché la cabeza lo suficiente como para poder ver a aquella niña tan preciosa, tan pequeña, y murmuré llena de un amor indescriptible:

—Sheeva...

«Paz», eso era lo que significaba aquel nombre y lo que en ese instante sentí. Toqué su manita con delicadeza y después deposité un casto beso en su cabeza, antes de entregársela a Maureen, cuando sentí que las fuerzas me fallaban.

Los matorrales volvieron a escucharse y temí por la vida de las dos, la mía ya estaba perdida y notaba cómo mi cuerpo flaqueaba al desangrarse. En una de las esquinas apareció Ryan con semblante horrorizado, quedándose paralizado unos pasos antes de llegar a nosotros, y por el otro, los pasos de Cathal resonaron como si un titán se aproximara.

—¿Qué has hecho?! ¿Qué demonios has hecho?! —le gritó a Maureen.

Cayó de rodillas a mi lado, con los ojos abiertos de par en par al ver la escabechina que se había producido allí. Maureen arropó a Sheeva con sus brazos en un intento de protegerla, y Hayes llegó a su lado para ayudarla a separarse de mi cuerpo, aún con el cordón umbilical unido a la placenta. Vi que la pelirroja giraba su rostro hacia el bosque cuando unos gritos desgarradores volvieron a escucharse, lo cual me indicaba que estaban

demasiado cerca.

—Marchaos —les pedí sin aliento.

Cathal negó con la cabeza, en estado de *shock*, deshaciéndose de su chaqueta para colocarla sobre mi cuerpo, en el momento en el que este empezó a temblar sin control.

—Te vas a poner bien, te vas a poner bien... —repetía como un demente sin despegar su mirada de la mía.

Una lágrima escapó de mis ojos, la misma que él atrapó con rapidez con su dedo pulgar. Sonreí con admiración hacia el hombre que tenía delante y murmuré:

—Tienes que... cuidar de ellos...

—No, no, no, ¡déjate de estupideces! —me chilló. Sus ojos brillaron hasta tal punto que creí que estaba reteniendo unas lágrimas que, por segunda vez, vería—. ¿Por qué lo has hecho...? —murmuró sin fuerza.

Su cabeza se apoyó sobre mi pecho y sentí que sollozaba sobre él. Apreté con fuerza su mano cuando de los mismos árboles una luz comenzaba a formarse tan grande como intensa.

Y la vi.

A Fand.

A la misma diosa que había estado conmigo el día del bosque, la que, supuestamente, se le había aparecido a mi madre. Pude apreciar los ojos llenos de lágrimas de Maureen al mirar hacia el mismo lugar. La mano de la diosa se extendió en mi dirección indicándome que tenía que acompañarla, en el instante en el que mis ojos volvieron a cerrarse presos del dolor y el agotamiento.

El frío me caló los huesos y ni siquiera la chaqueta de Cathal o su simple peso consiguió que menguara lo suficiente como para entrar en calor.

Me moría.

Me moría y nadie podía hacer nada.

—¡¡Haz algo, maldita sea!! —gritó Cathal mirando a Maureen.

Le lancé una mirada compresiva a la chica que, temblorosa, contemplaba cómo el tirano de mi marido perdía los papeles. Toqué su mejilla con cariño, haciendo que girara su rostro lleno de lágrimas hacia mí. Era la segunda vez que lo veía llorar. La segunda, y la última.

—No dejes que nadie te cambie. No dejes jamás de ser... —Mis palabras se perdieron cuando el aire no consiguió entrar—. No dejes de ser mi dios del inframundo, nunca.

—Taragh...

Cerró los ojos con fuerza, apresando mi mano en un intento en vano por calmarse él mismo.

—Cuida de ella... —dije, lanzando un breve vistazo a la pequeña—. Te amo, Cathal. Siempre lo hice —murmuré.

—No, no, no... —suplicó zarandeándome, pero mi cuerpo no reaccionaba lo suficiente—. ¡Maldita sea! ¡No se te ocurra dejarme! ¿Me oyes? —gritó desencajado. Amenazante—. Si me dejas... —Su voz se apagó, para después volverse como el rugido de un león—. Si me dejas, te buscaré hasta en el mismísimo infierno...

Con esas palabras, mis sentidos se apagaron y dejé de escuchar sus constantes voces, los insultos que lanzaba al aire, sus manos mientras me zarandeaban con brío para que reaccionara y los terribles espasmos que recorrían cada resquicio de su alma intentando hacerme volver a una vida que acababa de marcharse.

Vi cómo mi cuerpo se mantenía inerte en el suelo mientras mi alma se posicionaba de pie junto a Fand. Ella me miró con semblante triste y mis ojos se desviaron al resto de presentes que, disimuladamente, se limpiaban las gotas que caían de sus ojos, excepto Maureen, que lloraba sin controlar sus lágrimas. Cathal se derrumbó sobre mi cuerpo después de golpear con saña el suelo tantas veces como le fue posible e incluso pude apreciar la sangre en sus nudillos al hacerlo.

—*Caithfimid dul*. (Tenemos que irnos).

La miré con pesar, con miedo a saber que jamás volvería a verlos y sabiendo que mi felicidad había durado tan poco que apenas había podido saborearla. Me despedía de aquel mundo despiadado, pero en mi fuero interno albergaba la esperanza de que él sabría afrontarlo.

Me acerqué junto a él y coloqué mi mano sobre su hombro, momento en el que se tensó y no supe si fue porque sabía que estaba allí o no. Bajé mis labios hasta su mejilla, donde deposité un pequeño beso y, por última vez, susurré:

—Te amo.

Capítulo 12

Maureen

Jamás pensé que viviría con Taragh uno de los momentos más intensos de mi vida.

La maldije.

Le reproché miles de veces en mi pensamiento que estuviéramos las dos solas en aquel bosque y no tuviéramos ayuda, porque por más que llamé a Ryan no dio señales de vida.

Taragh me suplicó que le rajara el vientre y yo no me vi con fuerzas. Tenía miedo. Miento, tenía pánico de lo que ocurriría. No quería matar a nadie. Yo no era así. Quería que todo saliera bien. Taragh había demostrado estar a mi lado y no podía defraudarla, y no tuve más remedio que obedecer, abrirla y disponerme a sacar al bebé. Mentiría si dijera que los primeros auxilios se me daban bien, así que ayudar a traer un bebé al mundo no era cosa para tomarse a broma. Debía concentrarme y poner todos los sentidos habidos y por haber. No había tiempo para hacer tonterías y lo único que se me ocurrió fue pedir ayuda a las personas que sabía que no me fallarían. Aproveché un momento en el que Taragh gritó con fuerza y supe que no me había oído.

—*Caithfimid dul.* (Os necesito).

No tardé ni dos segundos en sentir su presencia. Justo aquel era el momento en el que estaba abriendo sus carnes y atisé la cabeza morena del bebé.

—*Ciúin, tá muid leat.* (Tranquila, nosotras estamos contigo). —Sentí la presencia de Áine a mi izquierda.

—*Beidh an leanbh sábháilte.* (El bebé estará a salvo). —Era Fand, que se posó junto a Taragh, alzando la mano encima de su vientre.

De repente, una luz cegadora rodeó el vientre y supe que era cosa de ellas. Lo estaban protegiendo.

—¡Aguanta, Taragh! —le pedí—. Ya le veo la cabeza. —Meforcé a sonreírle para que no tuviera miedo.

Pero sabía que no me oía.

La vi cerrar los ojos con fuerza y supuse que era por el dolor que estaba experimentando.

—*Cuir do lámha ar a ceann* (Pon tus manos sobre su cabeza) —me indicó Áine guiando las mías.

—*Cuirfidh mé mo lámha ar do bolg chun cabhrú leat.* (Yo pondré las mías sobre su vientre para ayudarte).

Vi cómo Fand las posaba en el lugar que me indicaba y presionaba. Como si de un caracol se tratara, el bebé comenzó a salir del cascarón que era el vientre de su madre. Posé una mano en su cabeza y a medida que se iba deslizando moví la otra en su diminuto cuerpo. ¡Ya estaba!

—Es una niña... —susurré presa de la conmoción.

Lloré de emoción al ver que tenía todo es su sitio. Estaba cubierta de grasa y lo único que hacía era llorar.

—Sheeva... —fueron las únicas palabras de Taragh.

Aquel era el nombre que había elegido para el bebé. El ideal para calmarnos a todos, aunque imaginé que también sería algo que ella misma estaría sintiendo en ese instante. Era bonito. El significado, paz, era lo que necesitábamos.

Los gritos por parte de Cathal cuando llegó no fueron pocos. Sin embargo, Taragh procuró tranquilizarlo, sin éxito. Aquello era lo que ella me había pedido y yo simplemente cumplí órdenes.

Hayes se acercó a mí y me apartó para que Cathal estuviera con su mujer y los dos vimos cómo hablaba con ella mientras trataba de reanimarla. Él se negaba a aceptar que la perdería en ese claro, en mitad del bosque.

La diosa Fand estaba frente a Taragh y miré a Hayes.

—No está sola... —le susurré—. ¿Tú también la ves?

—Sí —afirmó—. Lástima que ella no pueda. Es como si su madre la protegiera en cierto modo.

Por un segundo vi los ojos de Taragh dirigirse hacia el mismo punto y dudé

en realidad que no la estuviera viendo. Estando con mis pensamientos, noté que la niña se movió y captó toda mi atención.

—Hayes, ayúdame a cortarle el cordón umbilical.

—¿Cómo? —Se miró de arriba abajo, por inercia, y no supo qué hacer—. Espera. —Se agachó y se desabrochó el cordón del zapato—. Con esto valdrá.

Como pudo lo alisó con el jersey interior para limpiarlo y quitarle el máximo de polvo posible. Abrió la chaqueta y enrolló el cordón en el del bebé, llegando a hacer una maniobra para anudarlo.

—Mantenlo así, cuando llegemos al barco lo cortaremos.

La niña volvió a moverse. La miré y su cara se iluminó. Ví que sus ojos se abrían a más no poder y aprecié la belleza personificada. Me pareció contemplar pequeñas luces volando a nuestro alrededor. Eran hadas.

—Hayes —lo llamé atemorizada—. Hayes, ayúdame.

—¿Qué sucede? —se preocupó, poniéndose frente a mí, agarrando mis brazos.

—No me sueltes. Voy a invocar a Áine.

—¿Por qué? ¿No estás bien?

—No quiero caer en la tentación. El bebé es demasiado hermoso.

—No te preocupes, estoy a tu lado —me dijo, sujetándome con fuerza.

Aquella reacción no dejaba de ser lo más natural en el mundo de las hadas. Pese a que yo no era una, no quitaba que tenía una vinculación estrecha con ellas y en ocasiones podía tener sus mismos síntomas. Bajo ningún concepto iba a permitir que aquella niña fuera un *changeling*. No mientras estuviera bajo mi cuidado.

—Áine —la llamé—. *Tá eagla orm*. (Tengo miedo).

—*Ní eagla, ní tharlóidh* (No temas, nada os sucederá) —me susurró.

—*Tá sí an-álainn* (Es muy hermosa) —traté de justificarme, muy nerviosa.

—*Sea, tá sí. Ach tá sé ina shliocht an Fand bandia agus ní tharlóidh aon rud dó*. (Sí, lo es. Pero es descendiente de la diosa Fand y nada le sucederá).

—*Beannaigh léi* (Bendícela) —le pedí.

—*Ní gá* (No es necesario) —Intentó tranquilizarme.

—*Beannaigh léi!* (¡Bendícela!) —le ordené.

—*Ceart go léir*. (Está bien).

Un halo envolvió a la pequeña llegando a crear un remolino encima de su

frente y haciendo que esta cerrara los ojos de golpe. Miré a Hayes y este asintió con la cabeza. No hizo falta comentarle lo que había sucedido. Él había sido testigo de mi conversación.

—¡¡Haz algo, maldita sea!! —escuché que Cathal volvía a gritarme. Pero no podía hacer nada. Taragh intentaba hacerle ver que no podía salvarla. Y, por primera vez, vi al gran O’Kennedy, como Taragh le llamaba, abatido—. . . Si me dejas te buscaré hasta en el mismísimo infierno. . .

De repente escuché un grito estremecedor. Sospechaba quién podría ser, sin embargo, me negué a mí misma a creerlo. Busqué de dónde podía proceder y entonces la vi. Estaba tras un árbol. Su largo vestido blanco, su tez pálida y su extensa cabellera del mismo color la delataron.

La Banshee anunciaba la muerte.

Giré la mirada a Cathal y ya fue tarde.

Taragh ya se había ido.

Miré a Fand y su cara de tristeza lo decía todo. ¿Cómo era aquello posible? ¿No se suponía que ellas nos protegían? ¿Por qué había dejado que se marchara? Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y me negué a aceptarlo. Byrne pagaría por aquello, en cuanto toda aquella historia terminara me encargaría de él. Que Taragh se hubiese puesto de parto no era culpa de nadie, pero volvíamos a lo mismo de siempre: misiones arriesgadas en las que alguien moría.

Como Taragh.

Como Aidan.

¿Y todo por qué? Por sus malditos intereses.

—Tenemos que irnos. . . —musitó Ryan, cerca de su jefe.

Cathal se levantó en *shock*, con ayuda de Ryan, que tiraba de él casi a la fuerza y sin apartar los ojos de su mujer, y me acerqué a él. No había conocido a su hija.

—Cathal. . . —Fui a mostrarle al bebé.

Su respuesta me dio una terrible bofetada que me dolió. Se giró, aniquilándome, y con su semblante serio posó sus manos bajo el cuerpo sin vida de Taragh y la levantó, sin ni siquiera atreverse a contemplar la maravilla que había traído al mundo la mujer que más amaba.

—Cathal, no podrás cargar con ella. Tenemos que darnos prisa. Pueden

dar con nosotros. Esos... Esos... seres aún gritan entre los árboles. No podemos retrasarnos más. Y hemos tenido suerte de que Kellan y sus hombres hayan salido espantados. —Ryan trató de hacerlo entrar en razón y colocó una mano en su hombro antes de que este se levantara del suelo.

Pero no se dignó a mirar a nadie y comenzó a caminar con el cuerpo de Taragh en brazos. Su paso era firme y el nuestro lo más parecido a una comitiva que iba tras él. No podía creerlo, Taragh nos había abandonado.

El camino hasta el Fomoré se hizo eterno pese a que había unos escasos metros hasta llegar a la costa, sin embargo, el dolor que a todos nos afligía nos hizo perder la noción del tiempo. Tampoco estábamos tan lejos. Si hubiese aguantado un poco más, quizá... quizá estaría viva.

—¿Qué ha ocurrido?! —Cara se preocupó al ver a su hijo subir con el cuerpo a cuestas y salió detrás de él a toda prisa intentando que le prestara atención.

Como si no la hubiera visto ni escuchado, pasó delante de ella y se encaminó al interior del barco.

—Maureen, ¿qué ha pasado? —Byrne se dirigió a mí con rapidez y mis lágrimas me delataron.

Tanto Cara como Byrne nos contemplaban en estado de *shock*, con los ojos abiertos de par en par, sin dar crédito a lo que acababan de ver. El cuerpo de la niña estaba cubierto por una cazadora y no se percataron que estaba allí. Seguí a Cathal y accedí también al barco. Hayes se quedó en cubierta hablando con él y oí cómo enviaba a Cara para que me ayudara.

—Maureen, ¿qué ha pasado? —Se acercó y me desplomé sentándome en una de las sillas de la gran sala, sin soltar a la pequeña.

—Se ha ido... —murmuré.

—¿Quién se ha ido?

Con la rapidez con la que Cathal entró, ni siquiera pudieron ver de quién era el cuerpo.

—Ella... Taragh...

—¿Era ella? —soltó una exclamación de sorpresa, tapándose la boca con ambas manos.

Asentí con la cabeza, no pude siquiera darle un simple «sí». La mujer no sabía si irse con él o quedarse conmigo. Hasta que vi su intención de

levantarse y la sujeté con fuerza de la mano.

—Espera. —Destapé la chaqueta y el rostro de la niña hizo que su cara de asombro la paralizara—. Es su bebé.

Al destaparla se despertó y comenzó a llorar con fuerza.

—¡Dios santo! —Se puso las manos en la cara.

—No sé qué hacer. Está sucia, estará hambrienta... —traté de explicarme atropelladamente.

¿Cómo cuidaba yo a un bebé si no sabía ni el rumbo que tenía mi vida en aquel momento? ¿Y cómo la dejaba sola hasta que su padre reaccionara? «No —me dije—, Taragh habría querido que la cuidases». Y eso haría, aun con todas las dudas que me asaltaban. Por lo menos hasta que consiguiera hacer reaccionar a su padre. Si es que podía.

—No te preocupes por ella. —La cogió y la meció—. Primero le daremos un buen baño y luego la comida.

—Pero no tenemos nada para bebés aquí dentro —me lamenté.

—Déjalo, yo me encargo de solucionarlo. Acompáñame y preparemos un baño en la cocina.

Mientras Cara sujetaba a la niña, yo obedecía a todo lo que me indicaba. Preparamos una bañera en un barreño e hicimos lo mismo con un biberón para recién nacido. Como era normal, no disponíamos de comida para bebés dentro del barco, así que tuvimos que hacer una mezcla de leche de vaca, agua hirviendo, azúcar y aceite vegetal. El recipiente lo maquinamos cogiendo una botella de vidrio, un guante de la enfermería hizo de tetina y lo atamos al cuello de la botella. Teníamos que buscarnos la vida de cualquier forma hasta que llegásemos a la ciudad.

De repente me vino a la cabeza algo que no había pensado y recordé las palabras que mi abuela le recitó a Briana en el hospital el día que nació:

—*Fáilte, mo banphrionsa. Ná ní bheidh siad scanraithe, cé go bhfuil tú le linn is féidir aon rud a tharlaíonn a thabhairt duit. Ní bheidh tú ag siúl ina n-aonar. Beidh Áine tú a chosaint.* (Bienvenida, mi princesa. No tengas miedo, nada te puede pasar estando con nosotros. Nunca caminarás sola. Áine te protegerá).

Miré a Cara y ella asintió sonriente. Sabía que aquella oración había sido una bienvenida a este mundo. Pese a que no era cien por cien celta, el estar en

brazos de su abuela y que estábamos en medio de una misión, era como si ella también mereciera estar entre nosotros. Ella, en cierto modo, tenía un alto porcentaje que pertenecía a la Organización, ya que casi rozaba el cien.

—Se llama Sheeva —le dije al ver cómo Cara trataba de hacer que comiera acercándole el biberón.

—Sheeva... —repitió y la miró a la cara—. Bonito nombre.

—Sí. —Acaricié su cabecita—. Me lo dijo Taragh, y lo que ella no sabía era que yo no estaba sola atendiéndola. Áine y Fand me ayudaron. Ellas...

No pude terminar de hablar, pues mis ojos se anegaron de lágrimas y tuve que retirarme a llorar. En aquel momento llegaron Hayes y Byrne.

—¿Y mi hijo? —les preguntó Cara—. ¿Dónde está?

—En la cámara frigorífica con el cuerpo de Taragh —informó Hayes—. Y no creo que vaya a despegarse de allí. No reacciona, está... —dudó, tratando de buscar las palabras— muy mal. Ni siquiera ha pronunciado una palabra. He hablado con Ryan. Esperemos que eso sirva para que reaccione.

Nos miró a todos, a lo que asentimos a la vez, esperando que Ryan fuese capaz de abrirle los ojos o por lo menos conseguir que lo asimilara lo suficiente como para coger a su hija.

—¿Cómo está el bebé? —nos preguntó Byrne acercándose a nosotras y se percató de mi cara de odio hacia él.

—El bebé estaría mamando del pecho de su madre si no hubiéramos venido hasta aquí —le dije entre dientes.

—Maureen, ella quiso ir con vosotros a la misión —trató de justificarse.

—¿Y ella estaría viva si tú se lo hubieses prohibido!

—¿Acaso crees que me habría obedecido? Tienes que admitir que no soy el culpable de esto. No. No dejaré que cargues ese peso sobre mis hombros. Sabes de sobra que no tengo ni voz ni voto con ellos —se defendió, refiriéndose al matrimonio.

—¡Joder, Byrne! —Me levanté de golpe y me encaré a él—. ¡¡Cuántos muertos más debe haber para que olvides toda esta mierda?! —Me dirigí a la puerta y me marché sin esperar una respuesta por su parte.

Nadie me siguió y lo agradecí, necesitaba estar sola. Necesitaba respirar aire y salí a la cubierta. El barco se había puesto en marcha y la brisa del mar era la única que me tranquilizaba. Me concentré mirando el agua y rememoré

lo sucedido en el bosque. Ahí me di cuenta de lo mucho que necesitaba a Taragh.

Qué curiosa era la vida. Quién me iba a decir que la persona a la que tanto temía y tanto odiaba se iba a convertir en alguien que me marcaría tanto y para bien. Ni en mis peores pesadillas habría imaginado asistir a su parto y menos de aquella forma, en el bosque. Cuánto me habría gustado explicarle todo lo que me envolvía. Supuse que su vida no era un jardín de rosas, pero ella tenía una máscara y sacaba pecho durante las adversidades.

De repente oí un golpe seco. Me desperté de mis pensamientos, girándome, y supuse el lugar del que procedía. Sería Cathal. Me acerqué a la puerta y me asomé. Efectivamente, allí estaba sentado dentro de la cámara frigorífica con la puerta abierta. Atisé que apenas llevaba la ropa de la misión y me percaté que en el perchero de la puerta había un anorak. Lo cogí y me adentré en la cámara.

—Cathal... —Me acerqué a él con cautela—. Toma, aquí dentro hace mucho frío.

—No lo necesito —contestó secamente, sin apartar la mirada del cuerpo inerte de Taragh, que reposaba a su lado.

—No seas tonto. —Se lo coloqué por encima—. Ella se ha ido, no quieras correr la misma suerte. Tienes personas que te necesitan.

—Eso sería lo más lógico... —siseó sin mirarme.

—Tienes gente a quien le importas. Tienes a tus hijos esperándote y tienes... a Sheeva. —Al pronunciar aquel nombre me contempló achicando los ojos, ya no sabía si por lo extraño del nombre o porque Taragh no le habría dicho que quería llamarla así—. Taragh le puso ese nombre al verla —le aclaré, carraspeando.

—¿Llegó a verla? —me preguntó, volviendo los ojos hacia el cuerpo inerte.

—Por supuesto —le sonreí—, antes de que llegais vosotros se la mostré. Ella te necesita. Necesita a alguien que la cuide. Necesita a su padre, Cathal. Por favor, no le niegues eso —casi le supliqué.

Tras unos instantes de un tenso silencio, contestó algo que no esperaba:

—Quédate tú con ella.

—No digas tonterías, ¡es tu hija! —solté con más brío del que pretendía.

¿Qué decía aquel loco? ¿De verdad iba a apartarla de su vida de aquella manera tan cruel?

Zanjó aquella conversación girando la cabeza y posando su mirada en la del cuerpo de Taragh. Si Ryan no conseguía nada, estábamos perdidos.

Capítulo 13

Cathal

—Tenemos que irnos...

La voz de Ryan no consiguió que reaccionara al estado de *shock* en aquel momento, puesto que mis ojos no conseguían separarse de la persona que más había amado y que por aquel momento se encontraba sin vida entre mis brazos.

Rememoraba la escena a cada minuto del día, a cada segundo. Como si estuviera sumergido en un bucle que no me dejaba salir, que no permitía que continuase y me diese cuenta de la aplastante realidad que tenía ante mí.

Ya no volvería a verla.

Ya no volvería a estar a mi lado.

Sentado en el filo de la cama, separé mis manos y las pasé por mi rostro con desesperación. ¿Qué haría el resto de mi vida sin ella? Suspiré, dejando que las pequeñas gotas cristalinas que caían de mis ojos empaparan mi pantalón. Sí. Había llorado tanto que jamás me había visto de tal manera.

Hacía unas horas que habíamos atracado en el puerto de Dublín, al igual que habíamos llevado el cuerpo de Taragh a su último destino y tuve que dirigirme hacia la mansión para coger algo de ropa.

Para ella.

«Su última ropa».

Apreté mis dientes con rabia, sintiendo que me quemaban los ojos, que la garganta me ardía cuando el nudo que me ahogaba no desistía. Pasé mi mano por el lado donde ella dormía y lo contemplé como un jodido demente. Eso era. «Un jodido demente que se volvería más loco sin ella», pensé con amargura. Escuché el sonido de la puerta del dormitorio abrirse y supe que era Sinéad quien se paraba en el quicio, observándome.

Las imágenes al llegar a casa fueron más que espeluznantes. Las manos de Sinéad se fueron a su boca para taparla cuando me vio aparecer y Ryan a mi lado con Sheeva en sus brazos, después de la tremenda discusión que tuvimos en el Fomoré, la misma que terminó porque acabásemos a puñetazos en mitad de la cubierta. Y sí, tenía toda la razón, no podía despreciar a mi hija de la forma en la que lo había hecho y tampoco la culpaba por la muerte de Taragh, pero... ¿qué demonios haría sin ella?

—¿Y la señora? —fue la única pregunta de Sinéad. Lo dijo con un hilo de voz al darse cuenta de que no venía con nosotros.

No pude contestar.

Ni siquiera fui capaz de elevar mis ojos para encontrarme con los suyos, aunque sí escuché el gran sollozo que salió de su garganta cuando Ryan le informó de algo. De algo que yo no podía asimilar.

Volví a la realidad al oírla dirigirse a mí.

—Señor, he mandado a Ryan para que compre algunas cosas. La señora... —dudó y pude apreciar cómo su voz se quebraba. No fui capaz de mirarla— lo tenía todo bien ordenado en su habitación, pero no tenemos con qué alimentar a la pequeña. No contábamos con ella tan pronto.

Mientras estuvimos en el Fomoré, Maureen fue la que se encargó de todas aquellas cosas en las que yo ni había reparado. O, mejor dicho, en las que no pude reparar mientras lo único que supe hacer fue contemplar su cuerpo sin vida.

Asentí con lentitud, sin levantar la vista del suelo, momento en el que la puerta volvía a cerrarse tras las últimas palabras de Sinéad:

—Ryan lo está esperando.

Me quedé solo, sin saber de qué manera le explicaría a Nial y a William la desaparición de su madre, al día siguiente cuando se produjera el entierro. De momento no sabían nada, había ordenado a Ryan que se encargara de distraerlos lo máximo posible y la inminente visita por parte de Marco y Valentina estaba a punto de llevarse a cabo después de enterarse de lo ocurrido.

Me levanté impulsado por mis propios pies y con desgana llegué hasta el armario donde guardaba su ropa. Al abrirlo su perfume impactó de lleno en mis fosas nasales y deslicé mis dedos por todas las prendas hasta que pegué

mi nariz a uno de sus vestidos, impregnándome de su olor.

«Un olor que jamás volverás a tener...», mi mente volvió a jugarme una mala pasada, como sucedería durante el resto de mis días.

Escuché que la puerta volvía a sonar. Esa vez los golpes eran más firmes, más contundentes. Ryan no esperó a que le diese paso para entrar. Se quedó quieto con las manos cruzadas bajo su vientre, contemplándome.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó con tono hosco.

—Sí.

Fui escueto y me limité a separarme del armario, volviéndome al gran espejo de pie que teníamos cerca. Me reajusté la corbata negra, al igual que el resto de mi traje y camisa, y me observé por última vez. Mi reflejo lo decía todo de mí. De mi estado. De mi ánimo.

De lo que acababan de arrebatarme.

—¿Hasta cuándo piensas seguir ignorando a tu hija, Cathal?

Alcé mis ojos para fijarlos en Ryan.

—No estoy ignorando nada.

Suspiró, dando un paso hacia delante, cerrando la puerta de un sonoro golpe que demostró la rabia que sentía, y acto seguido me señaló con el dedo.

—Sí que lo estás haciendo, ¡por Dios! ¡Ni siquiera la has cogido! ¡Ni siquiera la has mirado!

—Comprenderás que mi situación ahora mismo es un poco delicada — intenté excusarme con arrogancia.

Mal hecho. Porque solo desaté una furia que consiguió hacerme daño.

—¿Tú situación? —Arrugó el entrecejo con enfado—. ¿Te piensas que eres el único que llora su pérdida?

—Era mi mujer. Estoy seguro de que más que nadie.

—¿Y tus hijos? ¿También los dejarás de lado de la misma forma? —Ignoró mi contestación y se centró en lo verdaderamente importante.

—Sinéad se hará cargo el tiempo que sea necesario. No tengo de qué preocuparme.

Traté de ser pasible, de no demostrar el dolor y la rabia que sentía. De no buscar culpables de los que luego me arrepintiese, pero todo eso no era más que una farsa, ya que sabía perfectamente que no podría superarlo si me mantenía en la misma postura durante mucho tiempo. Porque una pérdida tan

grande solo sería capaz de sobrellevarla con la familia. Con mi familia.

—¡¡¿Te estás escuchando?!! ¡¡Tú eres su padre!! ¿A qué coño viene que te comportes de esa manera?

—Déjalo ya, Ryan —mi tono comenzó a cambiar.

—¡¡Es tu hija!!

—Ryan... —Resoplé, pero él continuó:

—¿Qué diría Taragh si te viese? —El pulso se me aceleró—. ¿Qué diría si supiera que no has querido ni mirar a tu hija a la cara? —La sangre empezó a hervirme...— Entonces ha muerto para nada —siseó con rabia.

Y lo siguiente que sucedió fue tan rápido como inusual. Porque me contuve.

Me giré hecho un basilisco, casi pude apreciar las venas de mi cuello marcándose y la garganta quemándose a punto de gritarle a viva voz que cerrara la puta boca, que jamás volviese a nombrarla y mucho menos a decir qué pensaría y qué no sobre mí, sin embargo, mi puño se detuvo en el aire y me obligué a bajarlo bajo los atentos ojos de un William que abría la puerta de mi habitación sin ni siquiera tocar, como de costumbre.

—William... —suavicé mi tono de voz. Ryan se giró para mirarlo.

—Sí, lo sé, papi. Hay que llamar antes de entrar. Lo recordaré la próxima vez.

Asentí dándole a entender que estaba bien, que no pasaba nada. No podía enfadarme con él. No ahora.

—Papi. —Nial apareció tras él—. El tío Marco está en el salón con la tía Valentina. —Y sonrió. Como un niño que era, como un inocente que no tenía ni idea del sufrimiento que albergaba su padre.

Cuando menos me los esperé, pasó lo que tanto temía.

—Papi... —me tensé al escuchar la voz de William, de nuevo—, ¿dónde está mami?

Tragué saliva con dificultad sintiendo cómo el nudo de mi garganta se hacía tan grande que era incapaz de tragar, ni siquiera de respirar. ¿Cómo demonios iba a explicárselo? Me quedé como una estatua sin poder moverme. Sin separar mis labios. Ryan se dio cuenta de mi estado de *shock* y con rapidez sacó a los niños de allí.

—Vamos a ver qué nos cuentan los tíos. Seguro que tendrán muchas ganas

de veros.

Salió de la habitación mientras yo me quedaba como un imbécil sin saber qué hacer. Me senté en el filo de la cama y me llevé las manos a la cabeza en un intento en vano por pensar con claridad. Al salir me encontré con Sinéad en el pasillo, quien cargaba a Sheeva entre sus brazos.

No me atreví a mirarla.

No podía.

«Se lo debes. Te lo debes», murmuró mi mente. Miré el bulto envuelto en una espesa manta y Sinéad al ver mis ojos me la extendió.

—Ha venido una mujer a verlo, señor. No sé quién es, pero le diré que aguarde unos minutos.

Sentí mis manos temblar y lo que me sorprendió fue que no dudaron a la hora de coger a la pequeña que dormía plácidamente en sus brazos. Mi ama de llaves abrió la puerta de mi dormitorio invitándome a entrar y con paso firme y seguro accedí sin titubear. De pie, paralizado por las sensaciones que estaba experimentando, agaché mi cabeza y la destapé un poco para contemplarla como debía de haber hecho en un primer momento.

—Perdóname...

Las palabras brotaron solas de mi boca, a la misma vez que una lágrima se deslizaba por mi mejilla y me machaqué mentalmente, puesto que el mal gesto con mi hija no me lo perdonaría en la vida. Paseé mi mano con delicadeza por sus sonrojadas mejillas, le agarré uno de sus diminutos dedos y me lo llevé a los labios donde lo besé con dulzura. Era tan hermosa que estaba seguro de que las diosas tendrían envidia de ella. Sus largas pestañas, su pelo negro, su cuerpecito relleno y tan grande.

Una preciosidad.

Una preciosidad que era nuestra. De los dos.

—Te pareces tanto a mamá... —la voz se me quebró—. Sheeva... Ojalá pueda cuidarte la mitad de bien que lo haría ella. ¿Sabes? Estaba muy ilusionada con tu llegada. Te esperaba tanto... Te quería tanto sin siquiera verte... —Suspiré—. ¿Qué haremos sin ella? —En ese instante sus ojos se abrieron. No tenían el color definido, pero estaba tan seguro de que serían iguales a los de su madre. Un amor que había sentido en solo en dos ocasiones me golpeó en el corazón con tanta fuerza que dolió. Me había vuelto a

enamorar y supe que nunca permitiría que le pasase nada—. Te juro que te protegeré y te querré, aunque con ello se lleve mi vida, mi niña.

Sabía que admirarla a ella sería sufrir una muerte lenta y dolorosa, pues no había ni un resquicio que no me recordara a Taragh.

No estaba preparado.

No quería llegar y volver a ver que no se movía, pero el momento había llegado y era hora de enfrentarse a una realidad aplastante.

Ella se había llevado la mitad de mi alma, allá donde estuviese.

Capítulo 14

Maureen

En cuanto llegamos a Dublín, Byrne dijo que se encargaría del entierro junto a Cathal y Cara. Este se negó en rotundo a que su madre estuviera con él y entonces ella optó por estar conmigo. La verdad es que lo agradecí. No sabía nada de bebés y yo también necesitaba ayuda para poder comprarle las cosas que necesitaba, por lo menos para que pudiera llevársela a Moher con ropa. En aquel momento maldije el tiempo en que nació Briana y no pude atenderla como era debido por el ajetreo que siempre tenía con mis estudios y mi trabajo en el NMCI. Cindy se encargaba sola de la niña y no me dejaba participar en su cuidado con tal de no molestarme.

Cara y yo nos dirigimos al piso franco que la Organización nos tenía asignado en la capital. Mientras ella se encargaba del bebé, yo me acerqué a la primera farmacia que encontré y pasé por Penneys para comprarle ropa de recién nacido. No sabía si Taragh tendría algo o no, pero el caso era que la niña necesitaba vestirse y estar en condiciones hasta que su padre fuese a por ella.

—Espero que esto valga —dije mientras sacaba todo lo que me habían dado en la tienda—. La verdad es que sale caro tener un recién nacido. Entre leche, biberones, cremas, jabones y demás... es un pastizal. Por no hablar de la ropa.

—Nadie dijo que fuera barato. —Cara rio al ver mi reacción.

—No entiendo cómo puede ser que Cathal no quiera tener a su hija con él.

Me arrepentí de ese comentario al ver la cara de ella, pues tuvo que abandonar a su hijo muy pequeño para marcharse a custodiar «tesoros». Sí, lo pensaba con retintín porque cada paso que daba, más me cercioraba de que lo

que hacíamos nos alejaba de nuestras familias, de las personas que queríamos. Y eso no era justo.

—Dale tiempo —carraspeó para evitar la incomodidad—. Ahora mismo está demasiado tocado con la muerte de su mujer. En cuanto organicen el entierro seguro que viene a por ella. Esta niña es el último recuerdo que tiene de ella y no creo que permita tenerla lejos.

—¿Y sus otros hijos? —me interesé.

—Peter me dijo que viven con Sinéad, la ama de llaves, en Moher. Seguro que estarán bien cuidados. No te preocupes por ellos.

Finalmente arreglamos a la pequeña y, tal y como Cara había dicho, poco después, Cathal apareció. Pero no fue él quien la cogió en sus brazos, sino Ryan.

El cuerpo de Taragh lo llevaron al tanatorio general. Cathal había ido a Moher lo más rápido posible y lo justo para adecentarse antes de pasar las últimas horas con su esposa.

Cara decidió quedarse en el piso y yo acompañé a Cathal cuando llegó. Me enfundé un simple pantalón y suéter negro. Cogí mi chaqueta y, al querer abandonar el dormitorio escuché cómo algo caía al suelo. Me giré y allí lo vi: el anillo. Me acerqué a recogerlo y me di cuenta de que brillaba intermitentemente. Lo alcé y lo observé extrañada. Recordé que aquello mismo lo hizo con anterioridad, pero no supe cuándo ocurrió. Lo volví a colocar encima de la cómoda y cayó delante de mis narices. Repetí la acción, me lo coloqué y me fui.

El edificio era un lugar frío y muy silencioso. No vi trabajador alguno siquiera en la recepción. Por las pantallas pude contemplar que no había nadie en todo el recinto. Quizá habría pagado para que estuviese sola, obligando a los familiares de los otros difuntos a trasladarlos a otros tanatorios de la ciudad. Quién sabía, con Cathal O’Kennedy todo era posible.

Ryan había ido a descansar en el coche y Cathal estaba solo. Me acerqué a él sin decir nada. Estaba destrozado, abatido, pero apenas tenía un rastro de tristeza en su cara. Su rostro era frío, gélido como un témpano y serio. La procesión la llevaba por dentro y la rabia no lo dejaba llorar, por lo menos

que yo lo hubiese visto.

Al entrar, su cuerpo se quedó petrificado antes de llegar a la enorme caja que, rodeada de inmensas flores, se veía incluso hermosa. Como ella. Los ojos de Cathal estaban fijos en la madera y pude apreciar cómo apretaba la mandíbula en un mero intento de no venirse abajo en cuestión de segundos. Con pasos inseguros, como nunca había visto, se aproximó al cuerpo de Taragh y sin más demora posicionó una de sus manos sobre las frías de ella.

Miré el ataúd y al acercarme a él la vi. La condenada era preciosa hasta muerta. Cathal me había traído el vestido para el funeral. Tras preguntarme qué traía me dijo que imaginara lo que a ella le gustaría. Fácil: algo oscuro y elegante. Tenía que deslumbrar incluso en su entierro. Trajo un vestido negro hasta las rodillas, con medias mangas y el pecho tapado con cuello mao y un bonito broche en el lado izquierdo. Pese al color apagado, dejaba ver su piel morena. Le habían recogido el cabello y su cara se veía despejada y maquillada como una estrella de cine. Aquella era Taragh en estado puro.

Recordé la primera vez que nos vimos y un escalofrío me recorrió la espalda. No fue nuestra mejor época, aunque después de tantos años nos dimos cuenta de que estábamos destinadas a unir nuestras fuerzas. Ella era el empuje que yo necesitaba y yo era su serenidad, como decía. Un buen tándem.

Me giré y contemplé a Cathal con las manos en la cabeza, agachado frente al ataúd.

—¿Quieres que te traiga un café? —me ofrecí.

—Déjalo. Iré yo. —Se levantó—. Necesito que me dé el aire. ¿Vas a quedarte aquí?

—Sí, claro. Descuida, si viene alguien le diré que vuelves enseguida.

Asintió, pero no contestó, y salió de allí sin mirar atrás. Mantuve los ojos durante unos segundos por dónde se había ido y observé la estancia. Aquel silencio era tan incómodo... Divagando en mis pensamientos, mi mano derecha comenzó a vibrar. Bajé los ojos a mi anillo y descubrí que se iluminaba. Lo sacudí como si nada y se apagó. Tenía que encontrar el maldito poder que se suponía que albergaba el objeto.

Volví a acercarme a Taragh y al verme a solas con ella exploté. Me incliné en la caja y comencé a llorar encima de su cuerpo. Me sentía sola y culpable por su pérdida. Yo había sido la persona en la que había confiado y la conduje

a la muerte. Irremediable, sí, pero... estábamos tan cerca del Fomoré que si hubiese insistido un poco..., si lo hubiese intentado...

—Ojalá estuvieras viva...

Y lo deseé. Lo deseé con tanta fuerza que incluso me asustó. Porque esa petición no solo salía de mi cabeza, también lo hacía de mi corazón.

De repente, mi mano volvió a vibrar. Repetí la acción de sacudirla solo que en esa ocasión el movimiento no cesaba. Alcé la vista y la sala se iluminó de un inmenso halo. Áine, Fand, Brigid con su llama en las manos, Epona con su caballo, Lugh, Dagda y demás deidades hicieron presencia alrededor nuestro. Supuse que habían venido a despedirse de ella. La idea de saber que la diosa Fand había permanecido al lado de su madre me hizo intuir tal teoría. Sonreí al recordar que ella no creía ni quería creer en esas cosas. «Si pudieras ver lo mismo que yo...», me dije.

Volví a apoyarme en su pecho, pero mi sorpresa fue que noté que el cuerpo de Taragh se movía. «No, no puede ser», pensé. La mente me estaba jugando una mala pasada, eso era todo. Sin embargo, elevé mis ojos para contemplar su rostro y al mirarla sus ojos se abrieron de golpe, iluminándose de un color tan rojo como la sangre. Tan rojo como... Miré mi mano... ¡Del mismo color que mi anillo! Busqué a Áine, con el pecho oprimido, y ella me sonrió.

—*Tá sé in am a osclaíonn.* (Es hora de despertar) —fue lo único que me dijo.

Retrocedí por la impresión, sin poder creérmelo, tapándome la boca y posando la otra en mi pecho.

No era posible.

Taragh había resucitado.

No, no, no.

Aquello no podía ser.

Estaba soñando...

—Taragh...

Capítulo 15

Taragh

Un breve pinchazo atravesó mi cuerpo como si un rayo acabara de impactar sobre él de tal forma que noté todos y cada uno de mis sentidos reactivándose tras un breve letargo al que había sido sometido.

Noté las puntas de mis dedos hormigueando, dando pequeños calambres que no supe reconocer hasta que estos se movieron poco a poco desde el pulgar hasta el meñique. Un calor sofocante me hizo entreabrir mis labios y una diminuta corriente de aire llegó hasta mis pulmones haciéndome incluso daño.

De repente, una cara que no conocía se instaló en mi mente. Tenía el cabello largo, negro, tan oscuro como la misma noche. Sus ojos eran del mismo color, incluso asustaban y, en el borde de ellos, grandes manchas de sangre se extendían casi hasta el nacimiento de su cabello. Sus uñas eran extremadamente puntiagudas, negras también.

Vestía con una armadura de color oro, mientras que en su izquierda tenía un cuervo negro con aspecto despiadado, igual que el de ella. A su derecha, un hacha de guerra se sostenía con fuerza entre su delicada mano, a la misma vez que me contemplaba con admiración, o eso quise suponer.

—Es hora de volver, reina vengadora —murmuró con voz ultratumba.

La observé sin pestañear. ¿Dónde estaba? ¿Aquello era el infierno?

—¿Quién eres? —le pregunté con seguridad. Sentimiento que no sentía en absoluto.

Sonrió de manera demente y volvió a llamarme de aquella forma que hacía que un vacío se instalase en mi pecho y doliese.

—Reina vengadora... Tengo planes para ti y, quizá, otros dioses también

los tengan.

—¿Dioses? —Me reí. Eso no era posible—. ¿Dónde estoy? ¿Quién eres?
—repetí.

Sus ojos se volvieron completamente negros, creí que incluso más oscuros que en un principio, hasta que, sin más explicación, contestó:

—Soy Morrigan.

La diosa portadora de la vida y la muerte.

—¿Qué quieres de mí? —me atreví a preguntar.

—Ha llegado el momento de salir de tu letargo, reina.

Y sin más, todo se volvió oscuridad. Como lo era ella.

Como siempre lo fui yo.

Abrí los ojos con confusión y pude apreciar que estaba dentro de lo que parecía un ataúd, vestida de negro, y sobre mi vientre reposaba una cabellera pelirroja que no identifiqué. Me moví lo suficiente como para que esa persona se apartase de mí, de la misma forma en la que ves a un fantasma, y dio dos pasos hacia atrás sin poder creerse lo que estaban admirando sus ojos, o eso imaginé.

—Taragh... —la voz apenas le salió de la garganta.

«¿Taragh...?», repitió mi mente, y no dejé de observarla.

Achiqué mis ojos, sentándome en el ataúd, y miré mi vestido hasta la rodilla, con medias mangas y cuello prácticamente cerrado. Mis labios se abrieron con desconcierto y noté el aire que se colaba por todos los rincones de mi cuerpo de manera más profunda, como si una bocanada de energía revolviere mi fuero interno. No sabía por qué, pero los ojos me abrasaban. Me dolían como si tuvieran fuego en su interior. Moví mi pierna sin conseguir pronunciar una palabra, mientras que mis manos se afanaban en tocar la madera oscura de la caja para poder salir. Sentía que mis ojos se resecaban al mirar con tanto ahínco las cosas que tenía alrededor.

No reconocía nada. Ni a nadie.

La chica retrocedió otro paso, asustada, hasta que se dejó caer en la silla negra que tenía detrás con una mano en el pecho y otra en su boca. Bajé del pequeño altar en el que se suponía que estaba y contemplé la sala dándome cuenta de que estaba con ella. Pasé por su lado, mirándola desorientada, sintiendo que los ojos me dolían cada vez más. Finalmente esta hizo un gesto

para levantarse, cosa que no le dio tiempo ya que cuando moví mis pies lo único que hice fue correr hacia lo que supuse que sería una salida.

—¡¡Taragh!!

Escuché su grito desgarrador mientras traspasaba la puerta de cristal y vi unas escaleras que conducían a la parte baja del sitio en el que me encontraba. Al llegar a la que creí que era la salida, empujé con fuerza otro de los cristales y corrí en línea recta sin saber muy bien adónde dirigirme.

Me apoyé sobre una pared cuando un pinchazo atravesó mi mente y cerré los ojos apreciando una especie de visión. Un hombre, alto, bien formado y de gesto fiero me arrastraba por las escaleras de lo que parecía una gran casa hasta la salida, mientras decía cosas que no conseguía entender.

Después, algo parecido volvió a sucederme, como si de pequeños tramos de mi vida fueran, momento en el que vi al mismo hombre con gesto temerario atándome a un árbol en medio de un bosque y, así, imágenes sucesivas hasta que en una de ellas pude sentir incluso el dolor de su mano cuando se estrelló contra mi mejilla.

Caí de rodillas en el suelo, en mitad de la calle, presionándome la cabeza como si fuese a estallarme de un momento a otro. Las imágenes se sucedían sin darme una tregua, sin dejarme descansar, ni siquiera respirar.

Vi sangre, armas, pánico y lágrimas que yo misma desbordaba sentada en algún prado que no conseguía recordar, hasta que mis ojos se fijaron en una pequeña lápida que tenía ante mí, pero la misma en la que tampoco pude ver nada ya que la vista se me nubló.

Abrí los ojos de golpe cuando el flas pasó y como si del destino se tratase vi al mismo hombre entrar con dos vasos de plástico en la mano en el interior del lugar del que acababa de salir, por lo que escondí mi cuerpo hasta casi fundirlo con la pared con tal de que no me viese. Miré las letras de la fachada dándome cuenta de que era un tanatorio. Observé mis ropas con cara de asombro. ¿Es que estaba muerta? ¿Qué demonios había pasado? ¿Y quiénes eran aquellas personas?

Conduje mis pasos cuando la puerta se cerró hacia otra dirección en la cual pude ver una carretera en medio de la nada. ¿Adónde iba? ¿Si no sabía ni dónde me encontraba! De repente, un hombre, algo mayor, con el pelo completamente blanco y aspecto confundido, me miró desde la distancia. Sus

profundos ojos me traspasaron con gesto de desconcierto y dio dos pasos hasta quedarse a escasos metros de mí.

—¿Taragh? —me preguntó con extrañeza.

Ya era la segunda persona que me llamaba así.

Avancé con rapidez hacia él, mirando a ambos lados para comprobar que aquel demonio que acababa de ver no me perseguía. ¿Habría sido él mi asesino? ¿Y qué hacía viva entonces? Un sinfín de preguntas se arremolinaban en mi cabeza mientras pequeños espasmos me recorrían el cuerpo entero por la confusión que estaba sintiendo. Recordé en ese instante a Morrigan. ¿Había sido un sueño? ¡Maldita sea! ¿Qué me estaba pasando?

—¿Me conoce? —Me señalé. El hombre arrugó su entrecejo, quise percibir que ni siquiera sabía a qué me refería. Alzó una ceja seguramente sin poder creerse lo que estaba viendo y antes de que hablase de nuevo me apresuré para adelantarle—: Escuche, no tengo tiempo —le dije acelerada—. ¿Puede sacarme de aquí? Necesito ayuda y...

¿Y qué le daba a cambio si tenía lo puesto?

«¿Por qué has salido de un ataúd?», mi mente no cesaba en hacer preguntas a las que no podía darle respuestas y mi cabeza era un puto hervidero.

—¿No me recuerdas? —me preguntó con más asombro todavía.

Negué con la cabeza. La puerta de cristal se abrió de nuevo y se encontraba a muy poca distancia de donde estábamos, pero la suficiente como para que si salíamos con rapidez no nos viese. Agarré las ásperas manos de aquel hombre y le supliqué, viendo que el mismo tipo con cara desencajada salía mirando hacia todos lados seguido de más personas que no conocía. ¡Menuda absurdez! ¡No me conocía ni yo!

—Por favor, sáqueme de aquí. Ese hombre me persigue.

Intenté sonar convincente y creí que lo había conseguido ya que el amable hombre me condujo hacia su vehículo y abrió con urgencia la puerta trasera para que entrase. Lo hice sin titubear, momento en el que el coche se puso en marcha y salimos de allí a toda velocidad.

Apoyé mi cabeza en el asiento, sin saber siquiera qué debía o no pedirle a aquel hombre, ya que no tenía ni idea de adónde ir. Suspiré agotada comenzando a notar una sed que no era normal y vi que tenía una botella de agua a mi lado.

—¿Puedo? —le pregunté con precaución.

—Sí..., claro.

Su tono salió más confuso todavía. Bebí lo suficiente hasta casi vaciar la botella y mis ojos se fueron a la ventanilla del coche, donde me perdí durante unos instantes viendo los grandes campos verdes que pasábamos. Crucé los ojos con él por el espejo retrovisor, momento en el que este me dijo:

—¿No recuerdas nada?

—No. Se lo he dicho antes. —Mi tono salió más rudo de lo que pretendía y me arrepentí al momento—. Disculpe. No era mi intención hablarle así, pero... —Moví mi cabeza tratando de alejar el desorden que tenía—. No recuerdo nada, ni siquiera qué hacía allí dentro.

Miré mi ropa por enésima vez. ¿De verdad estaba muerta? Entonces, ¿qué hacía respirando? Nada tenía sentido, no encontraba una explicación que me aclarara la situación que estaba pasando.

—Entonces, ¿por qué dices que ese hombre te perseguía?

—No lo sé... —musité, al saber que si le decía que había visto aquello como una especie de visión me trataría por loca y me soltaría en la primera cuneta que viese.

—Taragh, tranquila. Conmigo estás a salvo. —Lo miré con un halo de esperanza en mis ojos. Él podría explicármelo todo pues. Asentí, aguardando una explicación que me dejó mucho más relajada cuando pronunció—: Soy tu abuelo. Andrew O’Leany.

Capítulo 16

Maureen

Ni habiendo nacido cuatro vidas habría podido asimilar lo que sucedió. Reconozco que me quedé de piedra y no pude moverme en cuanto vi salir a Taragh por la puerta. Todo era tan surrealista... Aquello me pareció más increíble que el hecho de que yo pudiera tener algún tipo de conexión con la diosa Áine, si cabía. Con la mano en el pecho, debido a la impresión y el gran susto que albergaba, logré moverme y salí tras ella en cuanto reaccioné.

Pero fue en vano.

Choqué con Cathal que venía por el pasillo con los dos cafés en las manos e ignoré lo que me dijo. Corrí a toda prisa por el tanatorio hasta llegar a la salida, me caí de bruces tropezando con una piedra imaginaria al abrir la puerta y al encontrarme en la calle busqué a mi derecha y a mi izquierda. Pero no había rastro alguno de ella.

—¡Maldita sea! —maldije dando una palmada al suelo asfaltado de la calle—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡¡Taragh!! —grité en varias ocasiones, hasta quedarme sin voz.

Palpé el bolsillo trasero de mi pantalón y saqué mi teléfono móvil. Mantuve mi mente fría y llamé a la persona a quien muy a mi pesar supuse que podría ayudarme.

—Maureen —dijo su voz firme.

—Taragh se ha despertado.

—¿Qué majaderías estás diciendo? Eso es imposible.

En aquel instante vi salir a Cathal y creí que no había mejor momento en el que hubiera podido aparecer. Lo miré y él hizo lo mismo de forma desencajada. Estaba desquiciado, así que eso solo podía decir una cosa:

Había descubierto el pastel. O, mejor dicho, el pastel no estaba.

—Byrne. Nos vemos en la base en media hora. Cathal y yo vamos para allá —le anuncié sin quitarle los ojos de encima.

—¡Maureen! —La voz de Byrne vociferando al otro lado del teléfono me hizo pensar otra vez fríamente.

Así que le colgué. Ya le daría explicaciones en cuanto le viera la cara.

—¿Qué ocurre? —Cathal me preguntó al verme sacudirme el pantalón, por la porquería del suelo—. ¿Dónde está Taragh? Acabo de entrar en la sala y ¡no está! —continuó de manera atropellada, perdiendo los estribos.

No era momento de dramatizar, ni de excusarme por algo que yo no había causado, o sí. Así que decidí comportarme como ellos hubieran hecho. Traté de tranquilizar mi ansiedad y le contesté:

—Tu queridísima mujer acaba de levantarse del ataúd y se ha marchado. No sé adónde —me apresuré a decir, pues los ojos del hombre que tenía delante estaban a punto de salirse de las órbitas—. Ahora mismo vamos al puerto. He quedado allí con Byrne para hablar del tema, tenemos que saber qué ha pasado —ordené tajante.

—¡¡Eso es imposible!! —gruñó, frunciendo el entrecejo.

—¿Tú crees? Vamos, Cathal. Sabes tan bien como yo que todo lo que tenga que ver con la Organización tiene poco de imposible.

Comenzó a dar vueltas de un lado a otro como un león enjaulado, apretándose el puente de la nariz, gesto que me recordó a Byrne. Sus ojos se posaron en la carretera, en la acera y en todos los lugares posibles, a lo que negué con la cabeza cuando me miró, dándole a entender que no estaba. Avancé con paso decidido hacia mi vehículo. Tenía que darme prisa o no la encontraríamos.

—Pero ¿tú la has visto salir?

—Como te estoy viendo ahora mismo a ti. —Asentí, cerrando la puerta de mi coche, y bajé la ventanilla, arrancando el vehículo—. Nos vemos allí. No tardes.

Ni yo misma pude explicarme cómo había tenido la serenidad de contarle lo sucedido. Apenas podía creérmelo. Era la primera vez que había visto a un muerto levantarse de su ataúd. Y mientras conducía recordé y me enfadé con el mundo. No me lo estaban poniendo nada fácil. Quería salir de aquella mierda

y siempre había alguna piedra en el camino que me lo impedía.

En cuanto llegué al puerto, el coche de Cathal ya estaba aparcado. Entré a la carrera en la nave y al correr por los pasillos encontré a Harry y a Chloé acompañando a su padre en el despacho donde ya estaban Hayes, Duff y Cara.

—¿Y Cathal? —les pregunté.

Pero no dio tiempo a que me contestaran. La puerta se abrió de golpe y el susodicho entró junto a su perro fiel, Ryan.

—A ver, explícate. ¿Qué ha sucedido? —Byrne trató de entrar en calma.

—Todavía no doy crédito, y si no fuera porque Cathal tampoco la ha visto allí dentro juraría que lo he soñado. En cuanto él se marchó a buscar un café, me quedé en la sala sola con ella. Entonces... —Me miré las manos para intentar recordar y caí en la cuenta—. ¡Claro, joder! ¡El anillo!

—¡¿Qué tiene que ver el anillo con lo que estamos hablando?! —Cathal comenzaba a perder la paciencia—. ¡¿Quieres decirme dónde coño está mi mujer?!

—No tengo ni idea —me fastidió reconocer—. Cuando salí no había rastro de ella. Y en el aparcamiento solo estaba tu coche, el del portero del tanatorio y el mío.

Cathal le lanzó una mirada asesina a Ryan y este bajó la vista avergonzado o quizá maldiciendo por no haberse dado cuenta de ese «pequeño» detalle. ¿Hasta ese punto llegaría a culpar al pobre hombre? ¡Pero si él no estaba allí!

—¿Cómo puede haber desaparecido? ¡¡No mientas!! —se enfureció.

—Espera, Cathal. Deja que se explique. —Harry trató de calmarlo.

—Cuando lloré encima de su cuerpo el anillo vibró en mi mano y brilló intermitentemente. Entonces vi aparecer a parte de algunos seres por la estancia. Áine y Fand estaban allí junto algunas hadas. Oí cómo Áine me dijo: «Es hora de despertar». Después, Taragh se movió y se levantó.

Es que no me lo creía ni yo. No era creíble para nadie, a decir verdad.

—Estás de broma, ¿no? —Cathal no daba crédito y achicó sus ojos en mi dirección de manera acusatoria.

Estaba harta de que dudara de mí. Así que me saqué el anillo y se lo lancé. Lo cogió al vuelo y lo contempló con detenimiento.

—¿Te quema? —le pregunté con sorna.

—Reconozco que está bastante caliente, pero ¿qué tiene este anillo que ver

con Taragh? —se exasperó.

—Cathal, te creía más listo. —Me di cuenta de que estaba por encima de él y aquello me envalentonó—. Ese anillo acaba de resucitar a tu mujer. Lo conseguí en una misión en el Hy Brasil, tiempo atrás. La diosa Áine me lo confió y hasta hoy no hemos sabido cuál era su poder.

—Me estás diciendo que... —Sus nervios iban en aumento, lo sabía por la risa sarcástica y nerviosa que salió de su garganta.

—Cathal... —Byrne le llamó la atención. Fue una advertencia a modo de que él sabía perfectamente todo lo que el mundo de la Organización conllevaba.

—¡Estoy harto de toda esta mierda! ¿Me vais a hacer creer que ha sido resucitada por un simple anillo? —Cathal se puso como una furia. Su impotencia al no controlar la situación lo hizo perder los estribos—. ¿Y tú quién te has creído que eres? ¡¿La salvadora?! —se dirigió a mí—. Como le hayas hecho algo...

—Cathal, por favor, tranquilízate... —le pidió Cara, que hasta el momento se había mantenido al margen.

—¡Tú, cállate!! —le voceó el aludido.

Comenzó a señalarme con el dedo, dando dos pasos en mi dirección, cosa que no permití.

—Cathal, baja tus humos que no tengo culpa de nada. —Respiré hondo y conté hasta tres antes de abrir la boca—. Para mí no ha sido fácil lo que he visto. Por mucho que aprecie a tu mujer, no entraba en mis planes devolverla a la vida. Y si hubiera sabido antes el poder del anillo, ¿no crees que podría haber salvado a mi marido antes de enterrarlo?! —escupí impotente.

—Quizá no. Quizá lo que querías era venganza por todo lo que ocurrió en el pasado, y solo has estado ganándote su confianza hasta poder eliminarla del todo.

—Cathal, no pienso consentir que la culpabilices de algo que no ha hecho —sentenció esa vez Hayes.

Miré a mi compañero con mala cara, dándole a entender que no necesitaba que fuese mi salvador.

—Pero ¿te estás oyendo?! —Me acerqué a Cathal, intimidante—. ¿Has perdido la cabeza?!

—De momento, no. —Me fulminó—. Pero me conozco muy bien a las mosquitas muertas como tú. —Me señaló de manera despectiva.

—¡¡Te piensas que todos somos igual de miserables que tú!! —le grité, dejándome la garganta.

Un revuelo se ocasionó en el despacho después de mi comentario. Todos hablaban, todos se metían, todos intentaban poner paz, pero lo cierto era que Cathal y yo estábamos tan enfrascados en nuestra discusión que no hicimos caso a nada de lo que decían ni a las voces que se daban los unos a los otros para escucharse más que su oponente.

—No consiento que nadie me levante la voz y menos lo va a hacer una niña de tu categoría —espetó con arrogancia, sin quitarme los ojos de encima.

—Haré y diré lo que me dé la gana. —Lo miré desafiante—. No te tengo miedo, O’Kennedy.

Se aproximó a mí y colocó su cara a escasos milímetros de la mía. No dijo nada, simplemente respiró hondo y esperó con paciencia un movimiento de nerviosismo por mi parte. En cuanto fue a subir la mano, sentí un frío helado de golpe en mis piernas y algo cayó al suelo. Aquello le paró las ganas, me imaginé que de cogerme del cuello, y los demás miraron el objeto en cuestión.

—Cathal... —La voz de Byrne resurgió en la sala como un trueno, al ver sus intenciones de sacarme información por las malas.

Era un libro antiguo, de los tantos que Byrne tenía en su estantería. Chloé se acercó a recogerlo, pero este se movió impidiendo que ella pudiera tocarlo siquiera. Byrne me miró y comprendí lo que iba a pedirme, así que no esperé. Me acerqué y lo coloqué encima de la mesa. En el momento de ponerlo sobre el mueble se abrió pasando las páginas de un lado a otro sin detenerse.

—Pero ¿qué coño...?

Todos miramos a la persona que había abierto la boca. Cathal le lanzó una mirada amenazadora a Ryan y este la cerró. El libro no cesaba en su movimiento y de repente un halo envolvió el cuaderno llegando a dejarlo totalmente abierto. Las hojas estaban en blanco, aunque era como si alguien por arte de magia comenzara a escribir a medida que nos íbamos acercando a observarlo mejor. Al ver lo que estaba escribiendo nos percatamos de que era irlandés antiguo. Byrne levantó la cabeza de las páginas, pidiéndome ayuda.

—Aquí dice que el anillo de Sligo, Fáinne Shligigh, tiene el poder de hacer devolver a la vida a la persona cuya misión no ha llegado a su fin. El portador del anillo será el elegido de beneficiar al ser querido fallecido. —En aquel momento miré a Cathal de reojo al ver que intentaba verificar lo que estaba leyendo—. ¿Quieres continuar tú? —le pregunté con sorna al sentirme examinada.

—¡Dejaos de tonterías! ¡Parecéis dos críos! —nos regañó Byrne—. ¿Qué más dice? Continúa —me exigió.

—El resucitado volverá a ser la persona que fue en el pasado, aunque en algunos casos tenga una importante pérdida de memoria... Parte de su pasado quedará borrado y... quizá —volví a mirar a Cathal, muy a mi pesar—, con el tiempo pueda llegar a recuperarla.

Cathal se quedó mudo y no apartó la vista del libro, intentando descifrar si decía algo más que pudiera convencerlo. No fue difícil darme cuenta de que él también entendía lo que estaba escrito. Sus ojos se mantuvieron fijos en un punto, sin saber cómo reaccionar, y por un momento sentí pena por él, pese a mi gran enfado.

—Lo siento... —le susurré, tocándole el brazo.

—Aquí no se me ha perdido nada —siseó, respirando hondo. No estaba dispuesto a perder aquella batalla—. Lo primero es averiguar dónde está. De lo demás ya me encargaré yo.

Su tono se fue apagando y me di cuenta de que le había afectado de verdad. Byrne iba a decir algo cuando el sonido de su teléfono lo hizo callar de golpe. Aquella melodía era de su contacto personal en la Organización. Tanto sus hijos como yo sabíamos que en cuanto la persona llamaba era algo verdaderamente importante. Después de unos cuantos monosílabos y cuatro datos más, dio por finalizada la llamada y me miró fijamente.

—¿Es Taragh? —Mi tono fue de esperanza.

—No, pero te necesito.

—¡Un momento! Primero arreglemos este tema —se impuso Cathal—. Quiero a mi mujer conmigo lo antes posible y quiero tenerla sana y salva. ¡Y la quiero ya! —exigió, dando un manotazo encima de la mesa.

—Harry, habla con él y organizad una búsqueda exhaustiva con todo el personal que haga falta. Pide ayuda a quien tú veas —le ordenó su padre

después de lanzarle una mirada gélida a Cathal—. Maureen, ven conmigo — me pidió, abriendo la puerta e invitándome a salir de la estancia. Me condujo hasta la sala de juntas y encendió un ordenador—. ¿Recuerdas las piedras azules? —me preguntó a medida que iba introduciendo las contraseñas.

—¡Cómo olvidarlas! —exclamé—. Te recuerdo que fastidiaron mi luna de miel. Trabajé muy duro en aquellos documentos y al final no se supo nada de ellas, ni siquiera para qué las necesitamos —le recliné.

—Hasta ahora. Tenemos las pistas de dónde están. Y solo tú puedes ir a por ellas.

—Byrne...

Aquello me parecía un bucle. No salía de una que ya estaba en otra.

—Escúchame y lo entenderás. La pista nos lleva a Asturias, y nadie mejor que tú para la misión. Parece que el destino se ha puesto de tu parte. Tú llevaste alguna documentación y ahora resulta que es en tu tierra. Aprovecha y ve a visitar a tu familia. Es más, como acompañante esta vez no te voy a poner a Hayes.

El escuchar aquella última frase hizo que mi cuerpo respirara aliviado. Me llevaba bien con él, pero últimamente me hacía recordar a Aidan y a nuestra noche en Nueva York. Se había convertido en un gran amigo, sin embargo, necesitaba mi espacio.

—¿Y a quién vas a endiñarme? —dudé.

No quería a nadie con quien no hubiera trabajado antes. Y menos alguien que no hubiera seguido la misión desde el principio.

—No temas, es buen momento para que tu abuela y tú os deis un capricho y trabajéis juntas.

Lo contemplé dudosa, hasta que la pregunta salió sola de mi boca:

—Byrne, no te había preguntado antes por el tema, pero ¿qué se espera de esas piedras?

—No puedo contarte mucho, aunque podríamos decir que conducen al Camino del Rey, al *Slí an Rí*.

Capítulo 17

Maureen

No quise volver a entrar en el despacho de Byrne. La verdad era que por mucho que me «alegrara» de que Taragh hubiese resucitado, me apetecía salir de allí. Cathal me había sacado de quicio más de una vez y Harry había tomado las riendas de la investigación para lograr averiguar su paradero. Yo sobraba en la sala.

Incluso les serví de intermediaria con Áine para descifrar el libro y no había indicios de que volviera a aparecer. Era más, mi temperatura corporal volvía a ser la normal. Así que decidí abandonar la nave.

Recogí cuatro cosas del piso y no demoré más mi partida hacia Cork. Me esperaba un buen trayecto y no quería llegar tarde a casa. No fue hasta que llevaba una media hora conduciendo, que mi cabeza comenzó a martillearme con una frase que había dicho aquella misma mañana en el despacho de Byrne. Había sido en el arrebato de hacer entrar en razón a Cathal cuando le escupí: «Y si hubiera sabido antes el poder del anillo, ¿no crees que podría haber salvado a mi marido antes de enterrarlo?». Una mezcla de rabia y melancolía se apoderó de mí en aquel momento y provocó que mis ojos se humedecieran.

—Aidan... —susurré—, si hubiera sabido antes el poder del maldito anillo, estarías conmigo, a mi lado.

Como era habitual, Áine apareció cuando menos lo esperaba, envuelta en su ambiente helado. Seguía enfadada con ella y en ese instante con más motivo. No quité mi mirada fija en la carretera y no quería hablar con ella. No era el momento.

—*Téigh ar siúl* (Vete). *Amach as mo radharc*. (Fuera de mi vista).

—Oonagh... —intentó que la escuchase.

—*D'fhág tú dom* (Me abandonaste) —escupí con rabia y apreté con fuerza el volante—. *Sracadh tú an méid is mó a theastaigh uaim agus níor lig tú dom é a fháil ar ais.* (Me arrancaste lo que más quería y no me dejaste recuperarlo).

—*Ba é seo am ar bith...* —se excusó.

—¿No era el momento? —le pregunté incrédula—. ¿Por qué? ¿Me puedes explicar por qué Taragh es más importante que Aidan? ¡Ah, sí! —Caí en la cuenta—. No me acordaba. Ella es hija de una discípula de Fand. Claro... ¿Y a mí qué? ¿No se te ocurrió preguntarme si me apetecía resucitar a Aidan? Lo que me has hecho ha sido una faena. Esto no lo olvidaré y no te lo perdonaré. A partir de ahora hablaré contigo única y exclusivamente cuando la misión de la Organización lo requiera. Y ten por seguro que en cuanto toda esta mierda termine tú y yo dejaremos de comunicarnos. Pienso renunciar a todo lo que tenga que ver con esta bazofia.

Quise cortar aquella conversación subiendo el volumen de la radio. No tenía sentido reprocharle nada más. Ella conocía de sobra mis sentimientos.

Llegué a casa de mi abuela en Cork entrada la tarde. Byrne la había llamado y le había puesto al tanto de nuestra expedición.

—¿Cómo estás? —me preguntó al abrirme la puerta.

—Te puedo asegurar que he tenido mejores momentos. Los últimos días han estado cargados de adrenalina.

—Sí, ya imagino. En cuanto me contaste la llegada de Cara y el parto de Taragh me puse en tu lugar. Bueno, al menos la misión en Asturias nos irá bien a las dos. Desconectaremos un poco de este estrés.

Algo me hizo pensar que mi abuela no conocía toda la historia.

—Abuela, ¿has hablado con Byrne?

—Sí, claro. Este mediodía me ha llamado para decirme que las dos debemos marcharnos mañana a primera hora. El Fomoré ha salido esta tarde de Dublín y mañana estará en el NMCI esperándonos.

—¿Y no te ha dicho nada más?

—¿Qué más debía contarme? —No mentía, su expresión me decía que no tenía constancia de lo sucedido aquella mañana en el tanatorio.

—¿Recuerdas el anillo del *Ádh mór*?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues digamos que ya conocemos su poder. Prepara la tetera que lo que voy a contarte necesito hacerlo con tranquilidad.

En cuanto le puse al día referente a todo lo sucedido esa mañana, no dejó de abrir la boca y los ojos cada vez que le daba algún detalle, sin poder creérselo.

—No puede ser... ¿Dices que esa joya tiene el nombre de Anillo de Sligo?

—Por lo visto, sí. Áine nos mostró un libro, lo abrió y en una página en blanco comenzó a escribir los supuestos poderes del anillo.

—¿Y se puede saber por qué estás tan enfadada? —quiso saber, mirándome fijamente a los ojos—. Ya la encontrarán, no te preocupes por ella. Sabes de sobra que Taragh es una superviviente. Además, estoy convencida de que utilizará todas sus artimañas para tirar hacia delante.

—No es el paradero de Taragh lo que me preocupa. —La miré a los ojos y los míos comenzaron a humedecerse en demasía. El silencio se hizo eterno—. ¿Por qué ella...? —logré decir apenas sin voz.

—No te entiendo.

—Me refiero a que, ¿por qué Taragh? Si yo era la poseedora del anillo ¿por qué no me dio la oportunidad de resucitar a Aidan, del mismo modo que lo hice con ella?

Mantuvo el silencio durante unos instantes, hasta que habló:

—No tengo respuesta para eso, Maureen.

—¿Te digo la respuesta que me ha dado la mismísima Áine en el coche? Me dijo que no era el momento. ¡¿El momento para qué?! —estallé con rabia, elevando las manos.

—Querida... —trató de calmarme, posando su mano encima de la mía.

—¡He sido una alumna ejemplar! —Me levanté de la silla de golpe, tirándola al suelo por el impulso y comencé a dar vueltas por la cocina aspeando los brazos—. ¡He hecho lo que se me ha pedido siem-pre! —remarqué esta última palabra separando las sílabas para darle más énfasis—. ¡No he protestado en cuanto se me ha enviado a una misión! ¡He entregado los documentos requeridos a tiempo!

—Maureen...

Mi abuela trató de calmarme, sin descanso.

—¿Por qué?! ¿Por qué?! —Estallé en un llanto desgarrador, abrazándome a ella—. No es justo. Lo amaba tanto... Y lo que más me duele es que se muriera después de haber discutido conmigo.

—Lo sé, querida. Chss... —Intentaba callarme, acariciándome el pelo—. Comprendo tu dolor y yo tampoco lo encuentro justo. Pero debe haber algún motivo.

—¿Quieres que te diga el motivo? —Me separé y la miré a los ojos—. Su madre era de la Organización y estaba protegida por Fand. Aidan no tenía a nadie que lo hiciera. Ese es el puto motivo.

El día amaneció gris, como era habitual en Irlanda, pero aquel tiempo me hizo prever una sensación extraña en mi cuerpo. Las nubes eran espesas, el cielo estaba demasiado encapotado y apenas soplaban el aire.

En el NMCI nos esperaba el Fomoré y la tripulación era la habitual en todas las misiones en las que nos habíamos aventurado. Tardamos unas horas en llegar a la costa cantábrica de Asturias, pero no estábamos cerca de Cudillero. Las coordenadas nos obligaban a anclar más al oeste, en la frontera con Galicia.

—Debemos de ir al pueblo de Castropol. Por lo que tengo entendido, un coche nos espera en el puerto. Así que vararemos el barco allí —hablaba con mi abuela a medida que sacaba cosas de su bolsa de viaje en el camarote—. No sé si llamar a mi tía y hacerle una visita breve.

—¿Has hablado con Byrne?

—Byrne me dio permiso para tomar aires españoles, así que en ese sentido no pienso desobedecer. ¿Qué es eso? —Me llamó la atención un pequeño saco atado con un cordel rojo.

—No es nada.

Le sorprendió que preguntara por él y lo apartó de mi vista.

—¿Ya estás con tus majaderías? —Aquello pareció ofenderla y me lanzó una mirada asesina que me hizo abrir los ojos exageradamente—. Está bien. —Alcé las manos a modo de excusa—. Lo retiro. Haz lo que te dé la gana. Voy al puente de mando a ver cómo vamos.

Llegamos a Castropol según lo previsto. Cogí una pequeña mochila con

cuatro enseres, el móvil de la Organización tenía todo lo necesario para guiarnos, aunque preferí llevar un bloc de notas, un mapa, una cantimplora y cuatro chuminadas más que seguro que nos irían bien.

—¿Lo tienes todo? —me preguntó mientras trataba de disimular metiéndose el dichoso saquito en el bolsillo de la chaqueta.

—Sí, creo que sí.

Alcé una ceja, dándole a entender que la había visto, gesto que ella ignoró. ¿Qué hacía con eso?

—Pues venga, vamos.

Al salir del camarote paré en seco y recordé algo. Había estado dudando durante todo el viaje, pero al final me decidí. Avisé que saldría enseguida y que había olvidado algo en la maleta.

Volví a entrar a la estancia, asegurándome antes de que nadie rondaba por el pasillo. Abrí el armario donde tenía mi neceser y saqué un objeto que Taragh me regaló una vez. Me dijo que nunca estaba de más y me enseñaría a no fiarme ni de mi sombra. Bajé la cremallera y saqué la pistola. La acaricié con delicadeza y recordé cada una de sus palabras. Agudicé el oído para cerciorarme de que no había nadie cerca del camarote y me la metí en la parte trasera del pantalón, asegurándomela con el cinturón. Seguidamente, bajé decidida del Fomoré y me reuní con mi abuela.

—Acabemos con esto lo antes posible —mascullé decidida.

Un tal Teo nos entregó el coche con el cual debíamos dirigirnos a la Cascada del Cioyo. Las indicaciones que me había dado la Organización situaban allí el rastro de las dichas Piedras Azules.

—Es curioso como estos parajes se parecen tanto a Irlanda —comentó mi abuela mientras miraba por la ventanilla del coche, a medida que nos dirigíamos al destino.

—Sí. Creo que eso me hizo más llevadera la estancia en Cork cuando fui a vivir con doce años.

—¿Conoces la zona?

—Creo que sí. Si no me equivoco, fui cuando era pequeña de excursión con la escuela. Pero no estoy segura. Hay imágenes de mi infancia que las tengo muy difuminadas. Y reconozco que me fastidia —me lamenté—. Es aquí. El mapa decía algo de unas escuelas viejas.

Aparcamos el coche en una zona donde intentamos que pasara desapercibido. No nos convenía que nadie supiera que estábamos allí. Con pequeñas mochilas en la espalda nos pusimos en marcha como dos turistas más que intentaban pasar entre la multitud. Era temprano y algún que otro excursionista pasó junto a nosotras.

—No me gusta que haya gente —maldije entre dientes.

—¿Te das cuenta de que te estás volviendo bastante antisocial?

—En otro momento me molestaría tu opinión, pero ahora mismo me da exactamente igual.

—No eres la misma —me reprochó.

—Lo sé. Pero tampoco me preocupa. Supongo que la vida te enseña. Las piedras que te encuentras en el camino deben servir para algo, ¿no crees?

—Yo también sufrí en la vida y jamás me comporté como tú lo estás haciendo.

Aquello me molestó y me hizo girarme con brusquedad. No entendía a qué venía la reprimenda.

—Vamos a ver, abuela. Te lo voy a decir de la manera más delicada y lo último que quisiera es herirte. Tú y yo no somos iguales.

—Pero...

—No quería decirte nada, pero creo que ahora es un buen momento. He hablado con Byrne y, después de esta misión, voy a pedir el traslado. Quizá vaya al puerto de Cork o incluso se me ha pasado la idea de volver a España.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura en mi vida. Todo el mundo hace su vida. Todo sigue, todos hacéis la vuestra. Claro que me gusta estar con papá y el resto de la familia. Adoro a mis tres hermanos, pero tengo derecho a rehacer mi vida y sé que Cork me impedirá continuar.

—Piénsalo bien. —Una bocanada de aire nos alarmó y nos hizo mirar al cielo—. Esto no me gusta —dijo mi abuela, observando su alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—Este aire ha sido una señal.

—¿Una señal de quién? —No veía nada extraordinario.

—¿No sientes nada?

—Si te refieres a la diosa, no. No tengo frío alguno —respondí.

—Está bien, continuemos, pero vayamos con cuidado.

Eso me alarmó. Estaba acostumbrada a que la diosa me avisara de algún peligro por medio de las corrientes de aire. Pero aquel no era el caso. Disimuladamente pasé mi mano por el interior de la chaqueta y me aseguré de tocar el arma que tenía escondida. El tacto del metal frío me calmó.

—¿Cuánto nos queda?

—Hay que seguir este camino. Todavía tenemos al menos un kilómetro más —contestó mi abuela.

Me percaté de que ella iba hablando en susurros. En realidad, no hablaba, simplemente movía los labios y era imposible escuchar lo que decía. Juraría que estaba rezando a medida que iba caminando. Ninguna corriente de aire volvió a hacer acto de presencia y tampoco nos cruzamos con ningún excursionista más, cosa que agradecí, pero lo que nos sorprendió fue un ruido que parecía la caída de un árbol en el interior del bosque.

—Abuela. —Puse mi mano en su pecho para detenerla y con la otra cogí el arma.

—¿Qué haces con un arma?

Se interesó, sin alarmarse.

—Será mejor que no nos andemos con chiquitas. Estamos en medio del bosque y no sabemos quién puede aparecer por aquí. Sigamos caminando, pero con cuidado.

El ruido del agua nos indicó que estábamos cerca de la cascada y eso dio por finalizada nuestra conversación y su cara de espanto, pues yo llevaba razón.

—Allí —me indicó—. En aquella dirección. ¿Lo ves?

Intenté forzar la vista, pero no atisbé nada.

—Abuela, ¿qué se supone que estás viendo tú?

—¿No ves la luz?

—No, no veo nada.

Anduvimos por un camino acordonado con unas piedras muy resbaladizas. Temía que la agilidad de mi abuela no fuera lo suficientemente buena como ella creía, pero su precaución era máxima a la hora de caminar por el abrupto camino.

—¿Sigues viendo la luz? —me interesé, sin conseguir verla.

—Sí, claro. Ahí abajo. ¿Acaso sigues sin ver nada?

—Ni veo ni siento.

Noté una punzada de culpabilidad en el corazón. La diosa Áine quizá se había enfadado también conmigo y estaba usando a mi abuela para que nos guiara. Pero, pensándolo bien, me lo tenía merecido.

Tenía mi pistola bien sujeta en la mano derecha e iba avanzando, poniendo mil ojos al camino. Lo único que veía era bosque y escuchaba el rumor del agua. No sentía la presencia de la diosa para nada y temía que no estuviéramos solas.

En cuanto llegamos al pie de la cascada sentimos un gran alivio. Aquel lugar también era conocido como «el Refugio de las Xanas». Y bien lo merecía. Xana era el nombre que recibían las hadas en aquella zona, entre Asturias y León.

—Por ahí —me indicó.

—¿Por ahí está la luz?

—Sí. Junto a la cascada.

Fue complicado bordear aquel pequeño charco que la formaba. Las rocas no eran fáciles de lidiar, aunque logramos llegar justo a la derecha de la cola del agua. Entonces lo vi. En un diminuto hueco que había escondido entre la maleza, observé un halo de luz que envolvía algo. No pude ver bien qué, sin embargo, estaba dispuesta a ir en esa dirección.

—No te muevas de aquí. Yo las recogeré —le dije.

—Ten cuidado, no te resbales.

—Lo intentaré.

Al acercarme comencé a sentir un frío familiar en los pies. Por fin hacía acto de presencia. Quise convencerme de que me estaba protegiendo para que pudiera coger las piedras sin ningún problema, así que me mantuve agarrada a las rocas mientras me acercaba al punto en cuestión.

Al llegar al lugar exacto la luz era cegadora al principio, sin embargo, a medida que mi vista se iba adaptando me di cuenta de que había tres bolas reposando en una especie de nido de paja. Cualquiera los habría confundido con huevos de algún pájaro de la zona. Aunque según me habituaba al reflejo, pude apreciar que parte de la luminosidad la estaban creando pequeñas hadas del bosque. Una de ellas vestida completamente de verde con una gasa fina

como la seda y una falda que simulaba la forma de las hojas de los árboles. Sus orejas eran puntiagudas, su nariz respingona, tenía el pelo recogido con unas trenzas mal hechas y diminutas flores adornaban los mechones. Se acercó a mí cogiendo antes una de las piedras y entregándomela me dijo:

—*Tóg iad, tá siad i mbaol anseo.* (Llévatelas, aquí corren peligro).

Cogí la piedra brillante con sumo cuidado. Tenía el tamaño de una pelota de golf y el azul de la piedra pasaba a color rojizo, amarillento y verdoso de forma intermitente. Dos hadas más me entregaron el resto de las piedras y me deleitaron con bailes y risas alrededor de mi cabeza.

—*Slí an Rí* (El Camino del Rey) —fue lo último que escuché.

Al encontrarme con las tres bolas en la mano miré a mi abuela y le sonreí. Había sido muy fácil, imaginé que hablar con Áine tendría que tener algún privilegio. Misión cumplida. Las metí en el bolsillo de la chaqueta y volví al lugar donde estaba ella. Mi sorpresa fue que ella alzaba el saquito que había traído de Cork y rezaba lo que fuera que estaba tramando.

—Abuela, vámonos. —Corté su ritual.

—Espera.

En ese mismo instante contemplé cómo también era envuelta en una especie de aura y que algunas de las hadas que habían estado conmigo en aquel agujero danzaban a su alrededor. No me impresioné por ello. Simplemente me apoyé en un árbol mirando hacia todas partes por si alguien venía y la veía haciendo aquel numerito. En cuanto vi que la luz menguaba, di por finalizado el ritual y entonces escuché un disparo.

—¡Abuela! ¡Agáchate! —le ordené.

Ella obedeció y se acercó a mí como pudo. Saqué mi arma y busqué de dónde provenía el disparo en cuestión.

¡Bum!

Otro se escuchó en el norte, pero no veía a nadie. La abracé e intenté avanzar con ella detrás de unos matorrales. Atisé el cuerpo de alguien que cruzaba de un árbol a otro. No me lo pensé dos veces y disparé, sin éxito.

—Vamos para allá —urgí, señalando un punto en concreto.

—¿No es mejor que nos quedemos aquí?

—No —insistí—. Corre tú primero, yo te cubro. Ya tengo al tipo localizado.

Por increíble que pareciera me obedeció sin rechistar. Y, como sospechaba, el sujeto volvió a disparar sin éxito. Era mi turno. Me cubrí bien y seguí a mi abuela por el mismo lugar y, al girarme de golpe, volví a disparar llegando a darle a mi contrincante en un hombro. Él cayó y dio un último disparo al aire. Las dos estábamos a salvo, pero oímos a alguien más que se acercaba.

Sentí que nos acorralaban. Si yo hubiera estado sola, con Hayes o incluso con Cathal y Taragh, me habría arriesgado, pero con mi abuela era diferente. Ella no tenía la agilidad necesaria para correr bosque a través.

—¡Áine! —chillé con fuerza.

Por una vez la diosa me hizo caso. Abracé a mi abuela con fuerza y las dos notamos cómo un remolino de aire nos envolvía y al cesar nos vimos cubiertas de hojas.

—*Ná bogadh* (No os mováis) —nos advirtió.

Escuchamos pasos cerca de nosotras, aunque del mismo modo que llegó, se alejó. Esperamos unos minutos más hasta que no se escuchó ni un alma.

—*Tá tú sábháilte* (Estáis a salvo) —nos tranquilizó.

—*Go raibh maith agat* (Gracias) —agradecemos ambas al unísono.

Y sin más, desapareció. Las dos nos miramos y volvimos a abrazarnos con fuerza. Estaba asustada, podía verlo en sus ojos, y yo solo me preguntaba una cosa... ¿Por qué había alguien buscando las piedras que se suponía que nadie sabía que existían?

—Ha faltado poco. Creo que no ha sido tan mala idea el que te trajeras esa arma del diablo.

—Sí, tuve una gran maestra que me enseñó a no salir sin ella en una misión.

—Venga, vámonos. Tenemos que dejar las piedras en el Fomoré.

—No, ya que estamos aquí y hay suficiente luz, quiero ir a Cudillero.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Llamaré a mi tía y le diré que prepare cena para las dos. —Le pasé un brazo por los hombros y sonreí—. Nos lo merecemos. —A medida que íbamos caminando me di cuenta de que mi abuela se rezagaba—. ¿Estás bien? —me preocupé.

—Hacía tiempo que no entraba en acción. Y, si te soy sincera, no me

esperaba que tuvieras las agallas de enfrentarte a ese tipo.

—¿Por qué? —Le resté importancia y seguí caminando.

—Tener que disparar sin ton ni son no es fácil. Un arma no se utiliza cada día y hay que tener mucha sangre fría para ello. A mí me costó un mundo.

—Digamos que tuve una buena profesora —contesté sin más.

—Yo no te enseñé a disparar.

—No estoy hablando de ti. —Me detuve y me giré para mirarla a la cara—. Estoy hablando de Taragh. Ella me enseñó a tener sangre fría y a defender lo que más quería. No ha sido tan mala conmigo como vosotros os imagináis.

—Espero que solo sea eso lo que te enseñó.

—Abuela —aquello me tocó la fibra—, no voy a negarte que no hemos sido íntimas amigas. Al principio de conocernos nos llevábamos como el perro y el gato. Pero por cosas de la vida tuvimos que unirnos en las misiones y hemos descubierto que es la gente de alrededor quien con sus tretas y mentiras nos habían enfrentado. Ella estuvo conmigo durante la muerte de Aidan y fue quien supo comprenderme. Y no quiero hablar más del tema. —Empecé a enfadarme de verdad. No soportaba hablar de Aidan. No podía después del descubrimiento del anillo—. Ahora solo deseo que se dé con su paradero y que todo vuelva a ser como antes. Así yo podré irme de la dichosa Organización. Así estaremos en paz. Por cierto, llama tú a Byrne y comunícale que ya tenemos las piedras. Yo llamaré a mi tía para decirle que estamos aquí.

La sorpresa de mi tía fue enorme en cuanto nos vio entrar por la puerta. Nada había cambiado. Todo estaba exactamente igual que como lo vi la última vez. A excepción de unas cajas que había encima de la mesita del rincón del sofá.

—¿Estás haciendo limpieza? —le pregunté, acercándome a las cajas.

—Sí, son unas fotos viejas que tenía guardadas y quiero ponerlas en orden en un álbum. Algunas son de tu abuelo, me las ha pedido la cofradía de pescadores.

—¿Te las han pedido?

—Sí, por lo visto van a hacer una exposición del pueblo con fotografías antiguas y los vecinos estamos dando algunas. También hay del horno de pan y del molino de la tía Sigrid. Todo lo tengo revuelto por aquí y es una buena excusa para entretenerme.

Me senté en el sofá y miré algunas de las instantáneas.

—Me acuerdo de este lugar. —Sonreí nostálgica—. Era en casa de la abuela de mi amiga Telva.

—Sí, su abuelo era el herrero del pueblo.

—Y de esta casa también me acuerdo. Pero nunca vi a nadie viviendo allí.

—Eran los Álvarez. Viges consiguió trabajo en los ferrocarriles de León y se marcharon del pueblo. Eran buena gente.

Fui pasando fotografías y una gran nostalgia se apoderó de mí. Casas, gentes, prados, corros en los portales de las casas, niños jugando en las calles... Hasta que vi una fotografía que me llamó la atención.

—Tía, ¿esta fotografía dónde se tomó?

—A ver que la mire bien. —Se acercó a mí y cogió la copia—. Parece que está en la cofradía, si no recuerdo mal. Este es Abilio, este es Cloyo y este Nayo. Sí, parece que es aquí en Cudillero.

—Abuela, mira esta fotografía. —Se la mostré.

—¿Qué ocurre? —Se aproximó y la observó detalladamente.

—Este escudo que está colgado en la pared es el mismo que vi en el camarote del Ádh mór. Sabía que lo había visto antes y no recordaba dónde.

—¿Y qué quieres decir?

—Que quizá el Ádh mór tuviera algo que ver con Asturias. Tía, ¿hay alguien de la cofradía que pueda ayudarme con un detalle de esta fotografía?

—Creo que Pachu tiene las llaves.

—¿Pachu, el hijo de Cloyo?

—Sí, el vecino de esta misma calle.

—Voy a verlo y a hablar con él.

Me levanté decidida a preguntar, dejándolas con la palabra en la boca, y salí en dirección a casa del vecino. Al principio se extrañó al verme y hasta que no me relacionó con mi familia no asomó una gran sonrisa en su cara.

—Pasa, por Dios, muchacha —me invitó con una gran alegría—. Cómo me alegro de verte. Hacía años que no sabíamos de ti. Bueno, mi mujer le pregunta a tu tía y al resto de tu familia.

—Sí, gracias. Intento mantener el máximo contacto con ella. —Aunque yo quería ir al grano—. Pachu, he venido por una fotografía y creo que tú podrías ayudarme.

—¿Una fotografía?

—Mi tía me ha dicho que estáis recopilando algunas instantáneas para la cofradía y para el archivo del pueblo. ¿Me podrías hablar del escudo que hay en esta instantánea?

—A ver. —Cogió sus gafas y la miró con detalle—. Sí, claro. Este escudo es de una carabela que libró una batalla en...

—¿El Ádh mór? —lo interrumpí.

—¿El Ádh mór? —repitió sin comprender mi ímpetu.

—¿La carabela se llamaba Ádh mór?

—Quizá sí. Era una carabela irlandesa que luchó en una batalla, allá en el siglo XVI. Creo que fue la batalla de Kinsale, si no recuerdo mal. —Hizo memoria.

—De cuando los irlandeses estaban en guerra con Inglaterra —aseguré.

—Así es. Como puedes ver, el pueblo irlandés ha estado durante siglos en guerra contra los ingleses.

—¿Y por qué está el escudo aquí en Cudillero?

—Hubo gente de este pueblo que se unió a la batalla. Quién sabe, quizá los antepasados de los que están en esta fotografía lucharon en ella.

—Eso quiere decir que puede que algún familiar de mi abuelo esté relacionado con ese escudo y la batalla. ¿Hay archivos que lo demuestren?

—Por supuesto que los hay. ¿Los quieres?

—Me harías un favor. Sabes que estoy en la marina en Irlanda y siempre hay casos como estos que me llaman la atención. —Puse como excusa.

—Pues vamos a la cofradía y te haré unas copias. No sabes la alegría que me ha dado verte por aquí.

Capítulo 18

Taragh

Llegamos a una mansión alejada del resto de la población. En realidad, podría decirse que estaba apartada del mundo entre grandes bosques y amplios jardines. Seguí mirando por la ventanilla del coche, cuando una especie de dolor me atravesó las sienes y tuve que colocar dos de mis dedos a ambos lados de estas. Las apreté con fuerza y una imagen pasó de manera fugaz.

Yo corría, un hombre me gritaba para que siguiera la carrera y un niño se encontraba en mis brazos. Estaba cruzando lo que parecía un gran río y sentí el dolor que me provocó como si me estuviese pasando en ese mismo instante.

—¿Te encuentras bien?

Elevé mi rostro hasta posicionar mis ojos en las perlas azules que me contemplaban desde el espejo retrovisor. Su rostro me era muy familiar, de hecho, él mismo me había dicho que era mi abuelo y si de verdad estaba muerta era lo más normal que ese hombre se encontrase allí. Sin embargo, algo en mi interior me decía que tuviese cuidado. Ignoré ese pensamiento, aun siendo consciente del gran escrudiño al que me estaba sometiendo. Al ver que no le contestaba, continuó:

—¿Recuerdas algo?

Negué con la cabeza y suspiré. Volví mis ojos al bosque, no sin antes percatarme de una mirada de... ¿alivio? Por su parte. No lo entendía y demasiadas cosas eran las que tenía que poner en orden en mi alocada mente.

Aparcó el coche en la entrada y vi que alguien más nos esperaba allí. Alcé mis ojos, viendo a un hombre apuesto, guapo a rabiar y con un brillo especial en su mirada. Mantenía sus manos entrelazadas en la parte delantera de su pantalón, sin quitar la vista de nuestro transporte. Mi abuelo se bajó del coche,

dirigiéndole una fugaz mirada, para después llegar a mi puerta, la que abrió sin titubear.

—Aquí la tienes —le informó.

El hombre en cuestión no me quitó los ojos de encima y se encargó de observar mi cuerpo de arriba abajo sin pudor. ¿Lo conocía? Esperé paciente, sin dudar, a que finalizara su revisión hasta que, cansada de esperar y con la paciencia agotada, algo que supuse que escasearía en mi vida anterior, le pregunté:

—¿Quién es este hombre y por qué me mira de esa forma?

Me di cuenta de que mi tono había salido más huraño de lo que pretendía. No sabía ni quiénes eran aquellas personas y mis actos podrían estar haciéndoles daño sin pretenderlo. Traté de tener un poco más de tacto a la hora de hacer preguntas mientras recuperaba o no la memoria y di dos pasos hacia el gigante que tenía ante mí. Este levantó su mano con una delicadeza pasmosa, junto con un brillo en los ojos de... amor.

Volví mi rostro al de mi abuelo y asintió dándome a entender que podía fiarme de él. El tipo hizo ademán de acercarse a mis labios, pero no lo correspondí. Separé mi rostro lo suficiente. No podía. Ni siquiera sabía quién era, aunque él parecía tenerlo muy claro. Todo eran dudas, todo eran demasiadas dudas y lagunas que aparecían sin permiso en mi mente. Atormentándome.

—Tienes que darle tiempo. Espero que pronto recuerde quiénes somos de verdad.

La voz de Andrew sonó con firmeza. El hombre ante mí asintió con cara de tristeza, para después volver a elevar sus ojos y lanzarme una mirada cargada de cariño y compasión.

—Lo sé. Sé que me recordará —aseguró como si nada.

Acarició mi mejilla con delirio, sin quitarme los ojos de encima, y no supe por qué, pero lo dejé.

—Me debes una. Para que luego veas que no soy tan malo como me pintan —dijo a modo de burla, sonriendo.

Hice lo mismo que ellos, aunque no entendía el comentario, y por primera vez mis labios se curvaron.

—Lo tendré en cuenta.

Seguí inspeccionándolo, pero ningún recuerdo acudió a mi mente.

—Lo mejor será que descanse. Que se acomode y después hablaremos con ella —Andrew me miró—, e intentaremos ayudarte en lo que podamos.

—Abuelo... —lo llamé cuando ya se dirigía al interior de la vivienda. Se detuvo de forma agresiva y pude apreciar sus hombros tensos al escuchar aquella palabra—. ¿Quién es? —Miré al otro hombre.

Adiviné una sonrisa de sus labios y al tipo que tenía delante pude verle su perfecta dentadura blanca.

—Es Kellan O’Flannagain, tu marido, Taragh.

¿Estaba casada? Miré mi mano y, efectivamente, contemplé que tenía un lustroso anillo colocado en mi dedo. Kellan sonrió, aunque me di cuenta de que en su mano no había ninguno. Este se fijó en ese detalle y agachó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento. Pensé que la única forma de olvidarte era...

—Borrando mi rastro —terminé por él.

Tragó saliva. Noté un enfado crecer con unas ganas aplastantes en mi interior. No entendí el motivo. Quizá tenía toda la razón y el derecho del mundo a hacerlo de aquella forma. Cada uno libraba sus batallas como quería, ¿qué más daba un simple anillo? Mi abuelo se acercó a mi lado, quise entender que para sacar a mi marido de su apuro, y sujetó mi brazo con fuerza llevándome hasta el interior de la casa.

—Ven, dejemos que te pongas cómoda y después hablaremos. Entiendo que todo esto es muy confuso, pero solo queremos ayudarte, créeme.

Asentí con la cabeza y lo seguí hasta que llegamos a lo que creí que era mi habitación. Nada. No tenía ni un simple recuerdo. Ni una sola visión. Ni siquiera me sentía como en casa.

—Andrew —lo llamé por su nombre al ver que llamarlo «abuelo» parecía molestarlo—. El hombre que te dije que salió del tanatorio, el que me seguía —asintió—, ¿quién es? ¿Debo temer por mi vida?

—¿Por qué dices eso? ¿De qué hombre hablas? —Arrugó el entrecejo.

Tragué saliva, tratando de no ponerme nerviosa a la hora de tener que contarle lo extraño de mis visiones.

—Verás... Cuando salí de allí, empezaron a venirme como flashes. Y en todos ellos aparecía aquel hombre. —Moví mis manos con desespero—. Todo

eran cosas malas. —Me reí como una demente, sentándome en la cama, para coger mi cabeza con ambas manos sin dejar de reírme—. Esto es de locos. Ni siquiera sabía cómo me llamaba hasta que lo hizo aquella chica.

—¿Qué chica? Me dijiste que no sabías qué te pasaba, que no sabías quién te perseguía. ¿De qué me estás hablando, Taragh?

Se apresuró a sentarse en la cama sin dejar de soltar preguntas de manera atropellada y eso me molestó, aunque entendí que lo único que intentaba era ayudarme. Volví a hacer gestos con mis manos. No sabía cómo explicarme. ¡Era surrealista!

—Cuando desperté había una chica en frente de mí. Pelirroja, muy guapa. Debía ser muy poco querida, porque solo estaba ella... —Volví a reír. Estaba perdiendo la cabeza.

—Maureen...

Elevé mis ojos para mirarlo. Los suyos estaban perdidos en un punto de la pared.

—Maureen... —repetí, contemplando el mismo punto—. No lo sé. Ahora mismo no lo sé.

—¿Qué más pasó, Taragh?

Sus palabras salieron tan despacio que incluso asustaron. Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que el sitio era raro. Muebles claros, todo muy moderno, muy... nuevo. Algo en mi interior me dijo que no me gustaba. Que esos no eran mis gustos. Aprecié el armario semiabierto descubriendo que tampoco había ropa.

—¿Dónde está mi ropa? —Ignoré su pregunta—. Me has dicho que esta era mi casa. ¿Kellan también vive aquí? —Alcé una ceja—. ¿Vivimos todos juntos?

—¿Qué paso, Taragh?

No fue una pregunta, fue una exigencia. Lo observé con recelo, él hizo lo mismo y tampoco lo entendí.

—Cuando salí de allí..., Maureen... —dudé, a lo que él asintió, verificando el nombre de aquella mujer— me llamó varias veces, pero yo corrí asustada. Al salir tuve una especie de... visión, o no sé cómo llamarlo. El caso es que vi a un hombre que entraba en el tanatorio. El mismo que me hacía cosas malas en esos recuerdos.

Tomó una gran bocanada de aire, la expulsó, y tras un silencio que se me hizo eterno comenzó a hablar:

—Ese hombre que viste se llama Cathal O’Kennedy, y es uno de los mafiosos más temidos del mundo. —Volvió su rostro hasta enfrentarlo con el mío—. No debes acercarte a él o te hará daño.

—¿Por qué? —lo interrumpí.

Mi abuelo sujetó mis manos con cariño, las apretó y mostró una sonrisa tan triste que me partió el alma.

—Es un gran enemigo de tu marido, Kellan. Esto es muy duro y difícil de asimilar, Taragh, pero estamos metidos en un mundo de mentiras en las que solo salen perjudicados los que no deben.

—No te entiendo...

—Déjame terminar. —Pareció enfadarse—. Cuando estés más calmada, después de cenar, si así lo deseas, le diré a Kellan que te lo explique todo, aunque he de decirte que no será fácil. Pues ese hombre le ha hecho mucho daño a tu marido, a mí, a ti —me señaló— y, lo más importante, a tu familia.

—¿Mi familia? —Alcé una ceja, sin entenderlo.

—O’Kennedy es un hombre sin piedad. Y si en algún momento se cruza contigo intentará por todos los medios que te vayas con él para usarte en nuestra contra. En contra de tu verdadera familia. Es capaz de todo, Taragh.

—¿Capaz de qué? ¿Por qué no debo fiarme de él? Sé que ha hecho cosas malas, lo he visto en mis visiones, sin embargo, no sé cuál es el motivo. ¿Quién es? ¿Qué hacía en mi velatorio?

Parecía ridículo, pero cuantas más cosas me decía, más dudas me entraban.

—Tranquila. —Volvió a mostrarse cariñoso tocando esa vez mi cabello—. Lo único que tienes que saber es que no debe de acercarse a ti, jamás —sentenció—. Él te arrebató lo que más querías y no consentiré que vuelva a hacerlo.

Se levantó de la cama sin darme ninguna explicación más, encaminándose hasta la puerta. Lo miré, sin evitar hacerle la última pregunta antes de que llegase esa reunión después de la cena en la que se suponía que me informarían de muchas cosas sobre mi vida anterior:

—¿Qué me quitó? —murmuré con miedo.

Detuvo sus pasos, pensativo, y supe que lo que me diría me dolería.

—Durante años te he visto llorar delante de una tumba y jamás he podido olvidarlo. Jamás he podido borrar esa imagen de mi cabeza. Ni Kellan tampoco. —De repente, vi aquella parte de la visión que no entendí cuando salí del tanatorio—. Mató a tu hijo, Taragh. Mató a William O’Flannagain.

Sin más se marchó y no pude hacer otra cosa que contemplar con los ojos abiertos, sin creérmelo, cómo lo hacía.

Después del *shock*, me levanté y conduje mis pasos hasta el baño que se encontraba en la misma habitación. Abrí el grifo de la ducha, dejando que el agua se calentara lo suficiente mientras me desnudaba con rapidez. Había un montoncito de ropa limpia sobre el lavabo. El único. ¿También habría tirado mi ropa? Moví mi cabeza en señal de no querer saberlo y metí mis pies dentro del plato de ducha. Mis ojos bajaron hasta la parte de mi barriga, donde contemplé unas marcas que no eran habituales para alguien que no había dado a luz. Sobre todo por la extensa cicatriz que pude apreciar.

Así que era verdad.

Tenía o había tenido un hijo. Y no lo recordaba.

Lloré.

Lloré en silencio por sentir aquella confusión. Me deslicé por la pared hasta que caí de rodillas en el frío plato y sujeté mis rodillas con fuerza tratando de sacar el valor que parecía quemarme las entrañas, pero al que no conseguía darle la libertad que necesitaba.

—Calm. Go gairid beidh a fhios agat an fhírinne... (Calma. Pronto sabrás la verdad...).

Escuché ese soplo de una voz que me era familiar.

Morrigan.

Miré a mi alrededor buscando la imagen de aquella hermosa diosa, pero no la encontré. Suspiré al recordar lo que vi cuando abrí los ojos en el ataúd y, no sabía cómo, pero pude mantener la cabeza en su sitio y no pensar que había vuelto de entre los muertos completamente loca.

Un buen rato después cuando me sentí con las fuerzas suficientes como para hacer que mi cabeza explotara, me aventuré y traspasé el pasillo que me conducía al salón, o eso supuse. Escuché sus voces en la lejanía, susurrantes, como si no quisieran que me enterase de su conversación.

—Hay que tener mucho cuidado con ella. Lo mejor para mantenerla a salvo será que os marchéis de aquí durante un tiempo. Quizá podríais ir a Londres, allí estará protegida por los tuyos. Si Cathal la encuentra... — murmuró mi abuelo, dejando la frase en el aire.

—No permitiré que le ocurra nada. Demasiado dolor tuvimos que aguantar cuando, primero, ese cabrón asesinó a sus padres y después a nuestro hijo. No lo permitiré —sentenció Kellan.

Me llevé una mano al pecho. ¿Había asesinado a mis padres? ¡Por Dios bendito, quién demonios era aquel monstruo!

—No lo hagas. Ahora lo único que importa es ella. Es su protección, así que como única familia que le queda solo te pido que si es necesario que arriesgues tu vida por ella lo hagas.

Andrew lo miró fijamente a los ojos, por lo que Kellan elevó una de sus manos y apretándola con firmeza sobre su hombro, le aseguró:

—Aunque muera en el intento. Lo juro.

Un sentimiento de tranquilidad me invadió. Me sentí afortunada de tener a personas que velarían por mi salud, aunque no comprendiese el motivo. De repente, mi cabeza comenzó a dar vueltas y me apoyé sobre la pared en la que estaba escondida, oyendo su conversación. Sujeté ambos lados de esta, cuando las imágenes se volvieron más agresivas, mostrándome un sinfín de sitios en los que aparecía aquella chica.

Maureen.

—Taragh, puedes reunirte con nosotros cuando quieras.

La confortable voz de mi marido me dio un respiro, aunque o me habían pillado espiándolos o ya sabían que me encontraba allí. Accedí a la sala y dejé que me explicaran lo que debían, sin embargo, con ello solo tuve una cosa clara.

Tenía que huir de Irlanda.

Capítulo 19

Cathal

—Estos son los puntos en los que vamos a buscar. Aquí y aquí.

Señalé el mapa con una fuerza desbordante.

Habían pasado dos interminables días sin saber nada de ella. Tenía a más de cien hombres buscando en toda Irlanda el paradero de Taragh, pero ni con eso bastaba. Parecía que se la había tragado la tierra y eso me asustaba. Me asustaba de una forma que nunca pensé que pudiera hacerlo.

—Esta parte ya la hemos hecho, O’Kennedy —la voz de Ryan me hizo olvidarme de mis pensamientos—. Es inútil que volvamos al mismo sitio.

Di un puñetazo en la mesa que ocasionó que los veinte hombres que había en mi despacho dieran un paso atrás. Me levanté de mi asiento, movido por la ira, fijando mis ojos en Ryan de forma intimidante.

—Me importa una mierda si habéis ido allí doscientas veces. Estoy diciendo que peinamos la zona de nuevo y la peinamos, sin rechistar.

Fui bastante claro, a lo que ninguno puso objeción. Salieron del despacho como una bandada de pájaros que huye de la lluvia, pero, como no, Ryan se mantuvo firme en su postura y no los siguió. Sujeté la botella de *whiskey* de la mesa y sin pensarlo dos veces le di un trago que me quemó la garganta.

—Deberías dejar el alcohol. Así no vas a conseguir nada.

Lo ignoré.

Miré el mapa por enésima vez en cinco minutos, buscando cualquier punto en el que no hubiese buscado. Cualquier pista que me indicara dónde podía encontrarse. Maureen nos habló de su desorientación y creyó que no recordaba nada, ya que al llamarla por su nombre se extrañó. El libro nos había mostrado aquella tontería del anillo, la cual todavía no podía llegar a creerme, aunque

era cierto que no había enterrado a mi mujer, que no estaba en aquel ataúd y que había salido despavorida del tanatorio. Por lo tanto, estaba viva.

—Cathal. Tienes que descansar. Llevas tres días sin dormir ni una sola hora. El agotamiento te hace débil, aunque no quieras darte cuenta.

—¿Has averiguado si Maureen ha regresado de Asturias?

Bufó ante mi pregunta.

—No.

—Llama a su jefe. Necesito hablar con ella. Quizá Taragh le contase alguna cosa, lo que sea. —Lo miré con firmeza mientras él lo hacía con desaprobación—. Llámalo. Ya.

Se dio media vuelta y salió del despacho, al mismo tiempo que Marco entraba. Cerró con cautela, sin quitarme los ojos de encima, y suspiró.

—Tengo noticias sobre Kellan. —Alcé mis ojos sin decir ni una sola palabra—. Un amigo. Se llama Tiziano Sabello y trabaja con Jack Williams^[1]. No sé si lo conocerás, pero Jack está aliado con uno de los mejores *hackers* que existen, Riley Fox.

—Narcotraficantes, asesinos... Te codeas con lo mejor. —Sonreí sarcástico—. Pero ahora mismo lo que necesito es encontrar a mi mujer, no a Kellan. Ya no es mi prioridad.

—Escúchame. —Pareció enfadarse—. Les he pedido un favor y sé dónde estará Kellan mañana. Tal vez no sea lo primero que quieras hacer, sin embargo, no tendrás otra oportunidad igual.

Me acerqué a él dispuesto a escuchar su descubrimiento cuando la puerta volvió a abrirse y dio paso a un sonriente William.

—Papi, papi, he ganado a Nial con el arco. —Estaba eufórico.

—¡William! Te he dicho que al despacho de papá no se entra sin llamar, que aquí hay cosas que...

Mi tono salió demasiado elevado y enfurecido, a lo que el pequeño retrocedió dos pasos hacia atrás, asustado. Sujeté la botella que tenía sobre la mesa, tratando de esconderla para que el niño no la viese.

—No son para un niño... —murmuró, terminando la frase por mí, agachando su cabeza—. Lo siento, papi.

Me puse de rodillas frente a él, sujeté sus hombros con delicadeza y lo apreté junto a mi cuerpo. Noté una lágrima resbalar por su mejilla y la limpié con mi pulgar, en un intento de que no se pusiese peor.

—Lo siento. No era mi intención hablarte así. Pero, por favor, llama antes de entrar. Siempre.

Asintió, correspondiéndome al abrazo.

—¿Estás enfadado porque mami no vuelve? ¿Cuándo llegará? —me preguntó de forma atropellada.

No supe qué contestar. Su madre viva, yo sin encontrarla, sin parar de mentirles sobre que estaba de viaje por trabajo y de que volvería en unos días... pero ¿en cuántos? Las excusas se me agotaban, las fuerzas también.

—Pronto, hijo. Pronto. Ahora ve y dile a Nial que si salgo y lo veo fallar con el arco... Mmmm...

Atisbé una tenue sonrisa de sus labios que correspondí de la misma forma. Eran mi vida, pero sin ella no era nada. Cuando se marchó me reincorporé y miré a Marco cara a cara. Le insté con mis ojos para que hablase y este no tardó ni medio segundo en hacerlo.

—Mañana tiene un vuelo programado para Londres. Sale a las ocho de la mañana en un avión privado. Este es el número de la pista, el nombre del piloto y el lugar donde lo recogerán a las seis de la mañana. —Me extendió un papel y miré la ubicación que me daba. Tecleé en el ordenador las coordenadas hasta que una pequeña luz me iluminó—. ¿Crees que Taragh puede estar con él?

Su pregunta me revolvió las entrañas y recé a lo que fuese porque no fuera así. La dirección era Circular Road, al lado de este nombre solo aparecían unas letras: QMM, que no entendí. Pensé, pensé con desesperación, con amargura y con los nervios al límite.

—QMM. Circular Road puede estar en muchas zonas de Irlanda. ¡¡Joder!!

Pegué un puñetazo a la mesa haciendo que el papel saliese disparado por los aires. Marco lo recogió, arrugando su entrecejo.

—Quiet Man Museum.

—¿Qué? —le pregunté, pasándome una mano por la cara.

—Quiet Man Museum —repitió—. Es posible, Cathal, ¡míralo!

Otro brillo llamado esperanza apareció. Pero... ¿qué le habría contado si estaba con él? No, no podía ser. Prefería mil veces que estuviese sola, vagando por Irlanda sin rumbo, a que se encontrase junto a ese cabrón al que mataría con mis propias manos.

—Está en Cong. Bien, organiza si quieres a varios de tus hombres, mañana a las seis salimos de caza —le dije como si nada.

Me aventuré a observar el mapa de la mesa, percatándome de que Cong había sido una de las zonas a las que no habíamos ido y cayendo en la cuenta de que Taragh recuperó a William allí. ¿Y si el viejo había dado con ella antes que yo? Cerré el ordenador y me levanté como un resorte. No me quedaba mucho tiempo para que anocheciera y precisamente no estábamos al lado, sin embargo, tenía que investigar.

—Sineád, quédese con los niños —le pedí mientras me ponía el chaquetón a toda prisa.

—¿La señora?

Detuve mis manos, mirándola.

—Ojalá. —Asentí como un demente—. Creo que tengo un palpito, Sineád. Creo que la he encontrado y espero que me equivoque de lugar, aunque con eso me vuelva más loco aún.

Colocó su mano en mi brazo, apretándolo con fuerza, con cariño. Me miró a los ojos suplicante, antes de decir:

—Tráigala de vuelta. La necesitamos.

Fui a poner un pie en la calle, no sin antes escuchar a dos personas detrás de mí.

—No pensarás que vamos a dejarte solo.

Marco pasó por delante de mí, seguido de Ryan, quien con el cejo fruncido me dio a entender el gran cabreo que tenía conmigo. Me subí en el coche y antes de que pudiera hacerle la pregunta, Ryan me lanzó un teléfono.

—Está llamando a la pelirroja.

Lo cogí, a la espera de que esta descolgara, algo que no tardó en hacer.

—Maureen. Soy O’Kennedy. —Escuché un resoplido—. Nunca hemos tenido buena relación, eso lo tengo claro, pero no te llamo para discutir. Creo que sé dónde está Taragh y si hay una mínima posibilidad de que me ayudes a

traerla de vuelta...

—Espero que no me lo exijas a tu manera...

—No te voy a exigir nada, te lo estoy pidiendo como favor y a cambio prometo no volver a poner en duda tus habilidades y, mucho menos, tus actos.

Ryan me miró de reojo, sin entender muy bien por qué hacía aquello. Si a Taragh le importó aquella chiquilla, a mí también lo haría si me ayudaba a recuperarla.

—¿Dónde nos vemos? —me preguntó, junto al segundo resoplido, aunque yo sabía que por mi mujer haría cualquier cosa. Lo había demostrado.

—Voy de camino a Cong. Nos vemos en la entrada del pueblo.

Se calló. Pensé que diría algo más, pero no lo hizo. Aquel sitio no era plato de buen gusto para ella y lo entendía. Muchos recuerdos serían los que acudirían a su mente al pasar la entrada del castillo de Ashford, aunque ya nada se podía hacer por Aidan. Sabía por parte de Taragh el dolor que había mantenido desde que murió, día tras día, e incluso ella misma se comparó con Maureen, diciendo que jamás sería capaz de soportarlo y, lo irónico de la vida, era que en ese momento era yo el que lo estaba padeciendo.

«Donde habría quedado el Gran O’Kennedy...», me dijo mi mente malvada, a lo que enseguida supe que ese hombre jamás se iría de mí. Porque yo era así. Porque me gustaba ser así. Y porque aplastaría al que se pusiese en mi camino. En mi meta.

Cuando llegamos el coche de Maureen ya estaba aparcado junto a la plaza principal del pueblo. La noche estaba cayendo con una lentitud aplastante y el frío se calaba en los huesos sin cesar. Bajé del vehículo, acercándome a ella.

—¿Qué tal por Asturias? —me interesé.

Puso mala cara.

—¿Ahora te preocupas por lo que haga la niñata pelirroja? —Alzó una de sus cejas.

Reí por lo bajo.

—Si vamos a ser amigos, tendré que hacerlo —comenté como si nada, aligerando el paso. Marco y Ryan nos seguían a una distancia prudencial.

—Pues para tu información, sí, ha sido muy provechoso. He encontrado las Piedras Azules.

Me detuve en seco, mirándola.

—Eso es una leyenda. Las Piedras Azules no existen —soné huraño.

—Oh, sí, O’Kennedy, como casi todo lo que pasa en Irlanda es cierto y existen. Tanto como que las tiene Byrne.

—¿Conoces la leyenda de esas supuestas piedras?

—Sí, bueno, Byrne no me ha contado mucho de lo que ha descubierto. Pero se supone que tienen unos poderes especiales, no sé exactamente para qué, solo que conducen al...

—Slí an Rí —concluí con una sonrisa.

—Al Camino del Rey. Sí.

—Cuenta la leyenda que, hace muchos siglos, tres objetos conducirían a un humano hacia su destino. El destino del Rey. No se sabía con exactitud el motivo de aquello, imagino que una futura batalla. Ese Rey guiaría a nuestros dioses junto con la humanidad a un futuro, a una paz, pero, si caía en las manos equivocadas, la desgracia y el fin del mundo llegaría sin poder salvar a nadie.

—Maureen pareció sorprenderse por mi sabiduría sobre aquellas cosas y me contempló—. Te creía más lista, Hagarty —usé el mismo tono que ella utilizó conmigo en el despacho de Byrne.

—Y, entonces, los objetos que me dices deben ser... la lanza, las Piedras Azules y...

—El lugar sagrado donde la tierra tiemble. —La miré—. Pero eso solo son leyendas, por lo tanto, ni existe el Rey ni existe el sitio en cuestión. Seguramente tu jefe las necesite para guardarlas en su rincón de tesoros irlandeses. Ya sabes la obsesión que tiene.

Soltó una carcajada sincera, cosa que agradecí, ya que estábamos traspasando el bosque, llegando a la casa de Andrew, y mi carácter se iba calentando por momentos. No quería pensar, ni siquiera quería imaginarme que estuviese con él, porque si eso era así, el rompecabezas empezaba a cuadrar de forma asustadiza.

—Tengo que decirte que en Irlanda sí hay un sitio en el que la tierra vibra cuando un Rey llega allí.

—Eso son chorradas, Maureen. Cuentos de niños que explican nuestro pasado. Un pasado que no podemos saber porque ni siquiera estábamos allí cuando todo eso sucedió.

—Entonces le encontrarás otra explicación a por qué yo veo dioses y a por

qué salen espíritus de una cueva en la que nos apoderamos de la lanza, ¿no? — me preguntó con ironía.

—Para eso no tengo explicación, así que no te rebatiré. Algo sería cierto, no digo que no, pero también sé que la mitad de las cosas que cuentan son solo leyendas.

No me contestó, sin embargo, sabía que en su fuero interno estaba dándole vueltas a la cabeza sobre el asunto. Ya había demostrado en varias ocasiones que no se rendía tan fácilmente y tenía claro que averiguaría para qué quería Byrne aquellas piezas.

—¿Por qué has venido aquí? Taragh me contó que en este lugar recuperasteis a William.

—En realidad, fue ella quien lo hizo. —Sonreí—. Me han pasado información sobre Kellan O’Flannagain. Si mis sospechas se confirman y Taragh se encontró con su abuelo, es posible que Kellan también esté con Andrew. Si no, no tendría sentido que vinieran a buscarlo mañana al museo.

Le expliqué la conversación con Marco y pareció darse cuenta de la gravedad de la situación, momento en el que traspasábamos los últimos árboles desde donde ya divisábamos las luces de la mansión encendidas. Había gente en el interior. Tragué saliva al ver que la puerta de entrada se abría y de ella salía Kellan... junto a Taragh.

Mi cuerpo tembló, mis puños se cerraron y mi mente dejó de funcionar. Apenas veía ni escuchaba nada de lo que me decían. Solo sentía el repiqueteo de mi corazón queriendo salirse de mi pecho y mis instintos asesinos floreciendo con mucha urgencia. En cierto momento, cuando mis pies no consiguieron reaccionar y se quedaron clavados al suelo, vi cómo Kellan la envolvía con sus brazos mientras ella sonreía. Le depositó un casto beso en la mejilla, a lo que ella se quedó rígida, para después volver a sonreírle.

—Cathal... Tranquilo. Déjame que sea yo quien entre primero...

Pero las palabras de Maureen se perdieron en el amplio bosque cuando ya estaba conduciendo mis pasos de manera acelerada hasta su encuentro. Mi pecho resonaba, lo hacía con fuerza, como un titán que sabe el camino que debe tomar, el mismo que no le teme a nada, ni siquiera a morir. Escuché los cargadores de bastantes armas a mi alrededor, apuntándome, y ni eso me detuvo.

Los ojos de ella se clavaron en los míos, con miedo, y se ocultó por inercia detrás del cuerpo de Kellan, acto que ocasionó que mis pies volvieran a clavarse en la húmeda tierra. Andrew bajó los escalones de la mansión con parsimonia, contemplando la escena, mientras que a mi lado se colocaban Ryan, Maureen y Marco.

—No es una buena idea... —me susurró Marco, sacando su pistola—. He contado veinte hombres rodeándonos.

—Nos coserán a balas, Cathal —anunció Ryan, armándose también.

No veía. No sentía. No escuchaba.

Di dos pasos más, suficientes como para que Maureen soltará una exclamación cuando dos de los hombres de aquellos miserables se pusieron uno a cada lado de mi cabeza. Ryan y Marco les apuntaron también.

—Sal ahora mismo de detrás de ese cabrón —escupí entre dientes.

Taragh me miró por encima del hombro de Kellan, pues la orden iba directamente hacia ella. Atisé cómo apretaba con más fuerza sus hombros en señal de buscar el auxilio que no debía.

—Ella no irá a ninguna parte con alguien como tú. Déjanos en paz. Márchate, O’Kennedy, y no daré la orden para que os maten.

Taragh miró a su abuelo, asustada por lo que acababa de decir. Apreté los dientes, cerré los puños y volví a dirigirme, esa vez, llamándola por su nombre.

—Taragh. Ven aquí. No hagas que te lo repita una sola vez más.

Mi tono era más que duro. No lo pretendía, pues así solo conseguiría asustarla, pero no conseguí comportarme de otra forma. El cuerpo entero me temblaba de rabia y no sabía si sería capaz de frenarlo antes de que cometiera una locura.

—No te conozco. Y no pienso marcharme contigo a ningún sitio —me contestó, altiva.

La pequeña mano de Maureen me tocó el brazo, aunque no fui capaz de mirarla.

—Cathal, no podemos hacer nada. Ya sabemos dónde está, vámonos —me suplicó.

Los ojos de Taragh se dirigieron a Maureen, momento en el que ambas creaban una conexión difícil de explicar. Algo que me dijo que mi mujer sí que

la recordaba, pude apreciar un «¿Qué haces con él?», de los labios de Taragh, por lo que Maureen arrugó el entrecejo sin comprenderla, seguramente, sin entender si es que la reconocía o no.

—Marchaos —les pedí.

Andrew sonrió con triunfo, mientras que Kellan lo hacía con disimulo. Le borraría aquella estúpida sonrisa a base de puñetazos. Saqué mi pistola y encañoné directamente al hombre que ocultaba a mi mujer de mí.

—Sal, ahora mismo —deletreé letra a letra— o lo mataré.

Los ojos de Taragh se abrieron de par en par y lo peor que me pudo pasar en aquel momento fue escuchar las palabras de ella:

—No pienso dejar que asesines a mi marido como has hecho con el resto de mi familia.

¿Había dicho marido?

¿Había dicho familia?

Di un paso atrás sin pretenderlo, completamente en *shock*. Las palabras no conseguían salir de mi boca, ni siquiera era capaz de darle una orden a mi cerebro para que moviese un puto pie. Maureen me sujetó del brazo mientras que Marco se colocaba a mi lado y Ryan me protegía poniéndose delante de mi cuerpo. No me di cuenta de lo que verdaderamente me estaba ocurriendo hasta que comencé a notar la falta de oxígeno, los brazos sin fuerzas y las piernas temblándome. Abrí los ojos en busca de una explicación a mi estado, en el momento en el que escuché:

—El gran O’Kennedy derrotado ante mí.

—¡Abuelo! ¡Déjalos que se marchen! Por favor, ella no tiene la culpa de nada. Le han comido la cabeza.

—Taragh, Maureen es mayorcita para saber qué tiene y qué no tiene que hacer —le contestó como un tirano.

—¡Has dicho que les dejarías vivir si se marchaban! ¡Pensaba que no éramos como ellos!

La risa malévola de Andrew, los pasos apresurados de Kellan para meterse en el interior de la casa con Taragh a rastras y los gritos de esta al ser consciente de que iban a matarnos fue lo último que escuché antes de que cerrara los ojos del todo y la voz de Maureen se colara en mi mente.

—¡Le está dando un infarto!

Capítulo 20

Me senté en el suelo de la calle, controlando mi propia respiración. Había un hombre a mi izquierda que no sabía quién era y tampoco me importaba. Me aparté de él quitándome los aparatos que tenía en el cuerpo, los mismos que estaba usando mientras él gritaba y me pedía que me estuviese quieto. Escupí lo que fuese que me había metido bajo la lengua y me levanté como un torrente para introducirme en el interior del bosque, otra vez.

—¡¡Nooooo!! —El grito de Maureen se hizo eco en toda la plaza.

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que no había ni un alma en la calle. Mejor. Ya había oscurecido del todo y entonces me percaté del hombre que asustado me contemplaba.

—¿Quién es este? —pregunté sin cortesía.

Vi que tenía una vía puesta en el brazo derecho, la misma que me arranqué como un bestia también. Maureen levantó las manos para frenarme, pero yo ya no veía más allá de lo que comenzaba a recordar.

Taragh al lado de Kellan.

Protegiéndose tras él.

Tocándolo a él.

No. No. No. Y un millón de veces no. No lo iba a consentir.

—Cathal, eh, eh. —Marco corrió hasta mí, cuando ya entraba en el acceso del parque que daba al bosque—. Escúchame, por favor. —Intentó pararme, pero mis pasos no se detenían—. Si a los tres días sin dormir que llevas le sumamos el casi infarto que te ha dado ahora mismo, creo que no es conveniente que hagas las cosas de esta forma...

Pero no lo escuchaba.

—O’Kennedy, si Maureen no llega a pedirle ayuda a ese médico, estarías muerto. Usa la cabeza y no pienses como siempre. Marco tiene razón —añadió Ryan.

Igualmente, seguí caminando como si las dos personas que tenía a mí lado no estuviesen hablando conmigo. A ellos se le sumó la pelirroja, intentando detenerme cuando ya llegaba a la línea que cruzaba el claro de la mansión.

—Si no llega a ser porque mis hombres estaban avisados y han llegado a tiempo, ¡no habríamos sobrevivido, Cathal! ¡Por el amor de Dios, para!

Marco tiró de mi brazo y tras eso me solté de malas formas, fulminándolo con la mirada.

—No pienso... —rechiné hasta los dientes— dejar que ese hijo de puta le ponga una mano encima, porque antes se la parto. Y tampoco voy a permitir que pase un día más fuera de mi lado —bufé, casi gritando.

No había pensado en la probabilidad de que hubiesen salido huyendo al ser descubiertos y eso me heló la sangre, sin embargo, tampoco me detendría, aunque tuviese que pedir favores en el infierno. Ryan pareció leerme el pensamiento.

—Siguen allí. Pero me consta que a las seis saldrán en dos coches distintos. Hemos conseguido colar un micro en la mansión.

Asentí, agradeciéndoselo con la mirada, a lo que Maureen estalló como si estuviera poseída.

—¿¿¿Qué??! ¿De verdad pensáis dejar que vaya? ¿Habéis perdido la cabeza? —Nos observó a todos esperando una respuesta que no llegó—. Vamos a la Organización, hablemos con Byrne, busquemos otra solución, pero no podéis arriesgaros a morir o no la recuperarás jamás.

Di un paso intimidante hacia ella, así que retrocedió sin entender por qué me comportaba de aquella forma. Solté todo el aire acumulado y, tajante y firme, hablé:

—Las cosas se hacen a mi manera. Ahora y siempre.

Sin más, me giré y encaminé mis pasos hasta la mansión, seguido de Marco y Ryan que ya estaban dando la orden a sus hombres para aparecer de nuevo. Ryan suspiró, colocándose a mi lado, y después se dirigió hacia la mujer que nos miraba con cara de espanto.

—Quédate en el coche. En la parte trasera tienes un maletín, ábrelo y busca lo que puedas necesitar para calmar a una fiera endemoniada en cuanto lleguemos.

Le lanzó las llaves del coche y esta las cogió al vuelo, sin quitarnos los ojos de encima. Cuando llegamos a uno de los laterales visualizamos la casa comprobando que todas las luces estaban apagadas.

—Hay cuatro hombres en la parte trasera y otros cuatro en la delantera, y dos bajo la ventana de lo que supongo será la habitación donde está Taragh. Lo que no sé es si estará sola o...

—Ni lo menciones. Dame la pistola con silenciador —le pedí.

—Cathal, si está con ella...

—Si está con ella le reventaré la cabeza allí mismo, aunque no pueda torturarlo. Dame la pistola, Ryan —repetí con más ímpetu.

La depositó en mi mano de mala gana y después asintió. En cuánto cogiese a Taragh, saldríamos disparados de allí. Después nos encargáramos con más calma de buscar a Kellan y a su abuelo. De eso no me cabía la menor duda. Marco se encaminó al otro extremo mientras yo avanzaba seguido de Ryan hasta la ventana.

Disparé con rapidez a los dos hombres escuchando un pequeño forcejeo por parte de Marco y sus guardaespaldas, imaginé que con los otros cuatro, mientras que algunos de sus hombres se deshacían de los de la entrada.

—Rápido, sube y no te detengas. No tenemos tiempo o vendrán los que faltan y entonces no creo que tengamos tanta suerte como antes.

Ryan colocó su mano para que me apoyase, por lo que me impulsé y llegué a la ventana de Taragh. La contemplé. Sola. Y eso me dio un respiro antes de que mi corazón se saliese por mi boca. Empujé un poco la ventana y por suerte se encontraba entornada. La abrí sin hacer apenas ruido, entrando en el dormitorio, sin embargo, antes de que pudiera dar un paso más, alguien se acercó por el pasillo deteniéndose en la entrada de donde me encontraba. Me pegué a la pared tapándome con la larga cortina y desde la mitad de esta pude divisar que la puerta se abría.

El corazón me martilleó demasiado. Pensé que si anteriormente no me había muerto de un infarto, si llegaba a ser Kellan, lo haría allí mismo. No sin antes matarlo. Tras esta apareció Andrew, y solté un suspiro alentador, aunque

yo no era una persona que se ocultara detrás de unas cortinas para no ser visto y salir a hurtadillas, no. Yo era Cathal O’Kennedy, el temible O’Kennedy, y tenía que empezar a recordarle a ciertas personas con quién jugaban y con quién no.

—¿Taragh? ¿Estás despierta? —le preguntó.

Ella se desperezó en la cama. Maldita fuera, ni había mirado la hora antes de venir, pero seguro que era más de media noche. ¿Tanto tiempo había estado inconsciente? Esperé con la poca paciencia que me quedaba, viendo que al levantarse dejaba asomar un sutil camisón que se me antojó demasiado escotado para dormir con alguien a quien no conocía. Claro que me estaba obsesionando, me estaba cabreando, y se me olvidaba que ella no recordaba nada.

Le había dicho que era su marido...

Lo mataría, lo mataría con mis propias manos hasta notar en mis dedos que sus venas reventaban.

—Estaba quedándome dormida. ¿Sucede algo?

—No, querida, simplemente era para decirte que en cinco horas te irás con Kellan a Londres. Se me ha olvidado decírtelo con todo el jaleo que hemos tenido antes.

—¿¡A Londres?! —se escandalizó.

—Sí. Es lo más seguro para ti y para tu marido. —Las tripas se me retorcieron tanto, que supe que había llegado a mi tope—. No te preocupes, estaréis bien.

—¿Y tú?

—Yo lo haré muy cerca, créeme. Con tu marido no tendrás que...

«No tendrás que nada», me dije hecho un basilisco. Salí de mi escondite, momento en el que Andrew abría sus ojos tanto que pensé que le explotarían, Taragh pegaba un bote de la cama intentando taparse de cualquier forma y, en ese instante, el viejo comenzaba a gritar:

—¡¡Kellan!! ¡¡Kellan!!

Sonreí como un demente, agarré a mi mujer del codo y la saqué a rastras de la cama. Conseguí ponerla de pie, dejándola de escudo delante de mi cuerpo. También tenía claro que si veía peligro para ella la retiraría de inmediato. Pero eso no iba a suceder, pues estaba claro que querían usarla en

mi contra.

—No va a necesitar una mierda, ¡porque nos vamos! —rugí.

—¡¡Suelta a mi nieta ahora mismo!! —me gritó Andrew.

Reí. Reí como un loco.

—Voy a soltar una mierda, viejo asqueroso. Pero no temas, pronto nos veremos las caras —siseé.

—¡Déjame!

Taragh sacó su genio y eso me gustó. Ella seguía allí dentro. En alguna parte, pero allí dentro. Me permití con una rapidez pasmosa oler su cabello. Cuánto la había echado de menos. Mientras me encaminaba a la ventana, apuntando con mi pistola a Andrew, no pude evitar estrecharla contra mi pecho y se dio cuenta. Claro que lo hizo. Me observó de reojo, frunciendo el ceño, y sus ojos se fueron a la puerta de la habitación cuando Kellan apareció.

—¡¡Taragh, no!! —chilló, haciéndose el héroe.

Pero cuando dio dos pasos para acceder al interior disparé como un poseso en su dirección, tratando de herirlo, y lo conseguí cuando vi que su pierna comenzaba a sangrar y se llevaba la mano a esa zona.

—¡¡Kellan!! ¡¡Kellan!!

Apreté con más rabia el cuello de Taragh y dije entre dientes en su oído:

—Como lo vuelvas a llamar de esa manera, juro por Dios que te disparo a ti.

Sabía que no era lo correcto. ¿Cómo iba a confiar en mí de esa forma? ¿Y cómo cojones iba a conseguir aplacar a la bestia inmunda que llevaba en mi alma? Abrí la ventana y al intentar sacarla mientras Ryan me esperaba abajo, Andrew entró en la habitación y mi arma lo apuntó sin piedad.

Y algo ocurrió.

Un aire gélido llegó a la habitación, seguido de una corriente nada normal. Mi pistola se desvió como por arte de magia hacia la derecha, momento en el que apretaba el gatillo y la bala salía disparada y, entonces, escuché una voz que no había en aquella habitación.

—*Ní tusa.* (Tú no).

Andrew salió disparado hacia el pasillo y nosotros lo hicimos por la ventana, como si alguien nos hubiese empujado a ello. En el suelo del jardín, me quedé mirando a Ryan que sujetaba con fuerza a la loca que se revolvía sin

parar en sus brazos, mientras yo intentaba recomponerme y, sobre todo, explicarme qué había ocurrido allí arriba.

Sin tiempo que perder me levanté cogiéndola de malas formas y la cargué en mi hombro. Sentí sus uñas arañarme la espalda con ansias, incluso creí que tendría heridas y sangre de lo agresiva que estaba siendo. Pero en vez de ponerme a gritar como un energúmeno, como un loco, como habría hecho, lo único que fui capaz fue de... sonreír.

Llegamos al coche, donde Maureen ya estaba esperándonos con el motor arrancado y las puertas abiertas.

—¿Taragh? —le preguntó.

—¿Por qué los ayudas? ¡Me están secuestrando!

La pelirroja sonrió al escucharla de nuevo, momento que aproveché para meterla en la parte trasera del coche, bloqueando el seguro y que de esa forma no pudiese salir.

—Haz lo que tengas que hacer. Ya sabes cómo es —le dije.

Maureen asintió, entendiendo que Taragh no iba a quedarse quieta mientras nos la llevábamos a vete a saber dónde y, efectivamente, fue lo que pasó. Salimos de Cong pese a los gritos, los insultos y las bestialidades que Taragh soltaba por su boca. No le hice caso a ninguna, hasta que lo mencionó.

—Kellan te arrancará los ojos —bufó.

Di un frenazo en seco, deteniendo el coche en mitad de la carretera. Me giré como un demonio a mirarla y esta pareció arrepentirse de su comentario.

—Si Kellan tiene cojones, que venga. —Levanté un dedo, amenazante—. Ese nombre queda prohibido delante de mí o te echaré de comer a Kirt.

Arrugó el entrecejo.

—¿Quién es Kirt? —preguntó.

Sonreí.

—Duérmela —le ordené a Maureen.

—¡Eh, eh! ¿Qué vas a hacerme? ¡No! —gritó, al ver que Maureen sacaba una jeringuilla y se la inyectaba en el cuello.

—Kirt es tu mascota, Taragh —contestó la pelirroja con cierta gracia, mientras terminaba de inyectárselo.

Poco a poco se durmió en los brazos de la amiga que todavía no sabía que tenía y lo único que deseé fue que cuando despertarse alguien me diese fuerzas

para poder sobrevivir.

Cuando llegamos, antes de que pudiera bajarla del coche, Maureen me detuvo.

—Cathal, sé que esto que voy a decirte no va a ser fácil para ti, pero es lo mejor. —Arrugué el entrecejo mientras continuaba—: Verás... Por lo que me ha preguntado, eso de por qué os ayudo —asentí—, creo que ella me recuerda, y lo mejor para que no piense que quieres hacerle daño es que yo se lo haga entender.

—No entiendo adónde quieres llegar. —Me puse a la defensiva.

Retorcí sus manos con nerviosismo y volvió a mirarme.

—Déjame que me la lleve. Solo un día. —Abrí los ojos en su máxima expansión. De ninguna manera—. Escúchame, por favor —me pidió, alzando la palma de su mano en mi dirección—. Mañana podrás venir a por ella, le contaré la verdad y le explicaré quién eres realmente. Te mandaré la ubicación, pero, por favor, confía en mí. No puedes entrar ahí y hacer como si nada hubiese pasado, ¿qué van a decir tus hijos? ¿Cómo va a reaccionar ella? No se acuerda de nada... —susurró esto último.

Lo medité durante unos instantes, dándome cuenta de que llevaba razón, aun así, no lo compartía, pero pocas opciones me quedaban si quería que volviese a confiar en mí. Si quería recuperarla de verdad.

—Mañana. Ni un solo día más. Hayas conseguido o no que acceda —le aseguré.

—Hecho.

Capítulo 21

Maureen

Desde el momento en el que le propuse a Cathal que debía ayudar a Taragh a recordar, tuve claro cuál iba a ser el lugar adecuado. No podía dejarla en su casa de Moher. Allí tendría la presencia de sus hijos y no queríamos que ellos se asustaran por el hecho de que su madre no los reconociera.

La llevé a Blacksod completamente dormida por la inyección que le habíamos puesto. La casa de mi abuela iba a ser el sitio idóneo para que las dos estuviéramos solas y donde podríamos pasar tiempo para recordar. La acosté en la cama de uno de los cuartos de arriba y me acomodé en el sillón que había junto a la ventana. Me quedé traspuesta, pero desperté al escuchar cómo se retorció entre las sábanas. Parecía que estaba despertándose.

—¿Dónde estoy? —preguntó al abrir los ojos y echar un vistazo al dormitorio.

—Tranquila —me incorporé en el sillón—, estás a salvo.

—Que esté a salvo no me aclara dónde estoy —espetó con cierto tono de enfado.

Esa era Taragh, o por lo menos la que yo recordaba.

—Estás en Blacksod, en el condado de Mayo. En casa de mi familia.

Taragh me examinó con detenimiento.

—Tú estabas en el tanatorio el día que me desperté. ¿Por qué los has ayudado? —soltó sin más, dos preguntas completamente distintas.

—Y que lo digas. —Reí—. Vaya susto que me diste. ¿Me recuerdas de algo más?

Me levanté y vertí agua de la jarra en el vaso que tenía en la mesita de noche, ignorando la segunda pregunta.

—Tengo algunos flases, pero no consigo ubicar a nadie. Te recuerdo, pero no lo tengo muy claro.

—Bueno, si te soy sincera, seguro que de mí tendrás recuerdos de todo tipo, tanto buenos, como malos. No voy a engañarte.

Le ofrecí el vaso que aceptó con gusto.

—¿Malos? Si son recuerdos malos, ¿qué hago aquí?, ¿me has secuestrado también?, ¿y dónde está mi marido?, ¿y mi abuelo?, ¿y el tirano de Cathal?

Suspiré. Su marido... Si Cathal escuchaba esas palabras de su boca... la volvía a enterrar.

—Calma. No me atropelles a preguntas. De eso es mejor que hablemos con tranquilidad más adelante. —Carraspeé—. Respecto a nuestra relación, digamos que no comenzamos con buen pie la primera vez que nos vimos. Hubo gente que malmetió y nos obligó a llevarnos como el perro y el gato. A la larga se ha demostrado que ni somos tan buenas ni tampoco tan malas. Y, bueno, estamos condenadas a entendernos. —Sonreí.

—Es curioso, aunque, si te digo la verdad, de toda la gente que he visto desde que me desperté en aquel ataúd, tú eres la única persona que me inspira confianza.

Terminó de incorporarse, estirando su cuerpo, sin quitarme los ojos de encima. Me dio la sensación de que hacía que su mente funcionara a mil por hora, pero no lo conseguía. Por lo menos tenía un punto a mi favor. Le inspiraba confianza, o eso había dicho.

—Supongo que porque tampoco tienes ningún motivo. Pregúntame lo que quieras y, si yo lo sé, te lo explicaré.

—¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Kellan?

—Para comenzar... —alcé las manos a modo de tranquilizarla y sonreí—, esa ha sido la primera mentira que te han contado. Kellan no es tu marido, y por lo que yo tengo entendido, él es el mayor enemigo de tu verdadero marido, Cathal.

Abrió los ojos como platos, negando con la cabeza sin descanso.

—¿Cathal?! ¿Ese monstruo que casi me mata? Los recuerdos que tengo de él es que me arrastraba por unas escaleras y me maltrataba ¡de mil maneras! ¡Eso es imposible! —Comenzó a ponerse nerviosa, podía verlo en sus ojos.

—Sí, supongo que sí. —Volví a reír—. Pero según tus propias palabras,

una vez me dijiste que era el hombre de tu vida y el padre de tus hijos.

—¿Mis... hijos...? —titubeó—. Pero... mi abuelo me contó que él me arrebató a la única familia que tenía. ¿Por qué dices eso? ¿Por qué hablas en plural? —Vi que unas lágrimas se asomaban en sus ojos, al igual que también aprecié la gran confusión que albergaba.

—Oh, no, querida. —Me acerqué a la cama y me senté a su lado, colocando mi mano encima de la suya—. Tus hijos están vivitos y coleando, y sí, hablo en plural. Tu hijo, William, es un hombretón guapísimo. Pero la historia de tu niño mayor es mejor que te la cuenten más adelante. Luego tienes a Nial, hijo de tu mejor amiga, Kathleen, quien murió y tú decidiste adoptar. Y luego está Sheeva...

—Sheeva... —Al escuchar aquel nombre se le iluminó la cara—. Recuerdo algo de un nacimiento, en un bosque. Y tú...

Arrugó el entrecejo, sin entenderme. Sin entenderlo.

—Sí, hija. —Alcé los hombros a modo de resignación—. Yo te asistí al parto. Y puedo asegurarte de que jamás en la vida te perdonaré el mal rato que me hiciste pasar. Me obligaste a clavarte un cuchillo para abrirte en canal y poder sacarte a la niña que tenía mucha prisa en ver el mundo.

—¿Y... dónde están?

—Con tu marido. En tu casa, en Moher —le respondí con toda la naturalidad que pude. No sabía cómo hacer aquello, cómo hacérselo más fácil, o si había alguna manera de que recuperase la memoria.

No sabía cuánta información debía darle, en realidad, no sabía cómo demonios se manejaba una situación como esa. No quería que se agobiase y no tenía claro si lo estaba consiguiendo.

—Moher... Los acantilados. Entonces... —arrugó el entrecejo, dejando la frase en el aire—, hay algo que no comprendo. ¿Por qué me engañaron? ¿Por qué iba mi abuelo, alguien de mi sangre, a engañarme? No tiene sentido. —Rio con nerviosismo.

—Esa ha sido otra de las tantas tretas que tu queridísimo abuelo urdió. Seguramente querría usarte para alguno de sus fines. Él siempre ha sido así.

—Ah, pero, entonces, ¿él es mi abuelo de verdad?

Me resultaba extraño ver a Taragh tan perdida, tanto que apenas me parecía real.

—Creo que esa ha sido la única verdad que te ha dicho desde que te despertaste. ¿Te marchaste con él al salir del tanatorio?

Con rapidez y sin dejar de dar pasos de un lado a otro, me contó cómo había terminado con aquel hombre al que creyó ante todo. Minutos después, detuvo su paso, tocándose las sienes, y me contempló.

—Pero ¿por qué desperté?

—Si te lo contara, jamás me creerías. Creo que eso es algo que debemos dejar para más adelante. Creíamos que estabas muerta. Y en realidad lo estabas, pero sucedió algo y... Bueno, aquí estás.

Fijó su mirada en la pared y trató de poner en orden toda la información que le estaba dando. No podía decirle lo que en realidad había ocurrido. Sería una barbaridad que también asimilase que el mundo no solo se componía de lo que conocíamos, sino que existía la magia, y en este caso, un anillo que traía de vuelta a los muertos. Aidan volvió a mi mente y no pude evitar levantarme para alejarme durante un rato. La dejaría sola, aunque fuese unos minutos. Yo también los necesitaba.

—Date una ducha. Tienes todo lo necesario en el baño y te prestaré ropa cómoda. Yo te esperaré abajo y prepararé algo de comer. No tengas prisa y, tranquila, poco a poco te ayudaré a recordarlo todo.

—Maureen...

—Tranquila. —Le sonreí—. Puedes confiar en mí. Soy de las pocas personas con las que estás a salvo. Además, ya has visto que he conseguido traerte conmigo y no estás con Cathal.

—No quiero ver a ese monstruo cerca de mí —sentenció.

No supe qué contestarle a eso, porque quedaba muy poco tiempo para que apareciese por la puerta y se la llevara por las buenas o por las malas.

—Quizá ahora no lo entiendas, pero él te ama. Siempre lo ha hecho y digamos que todos tus recuerdos malos podrían ser porque te han marcado de una forma u otra más que los demás.

Nos observamos fijamente, sin pestañear. Suspiró y, al fin, me preguntó con desconfianza:

—¿Por qué haces esto?

—No me gustan las injusticias y tú una vez fuiste mi pilar en uno de los momentos más duros de mi vida. Así que te ayudaré en lo que necesites, pero

no permitiré que un hombre como Andrew se apodere de algo que jamás fue suyo.

—¿De qué?

—De ti.

En cuanto bajé a la cocina a preparar la comida, mi teléfono sonó. Miré la pantalla y respiré hondo:

—Dime —contesté.

—¿Hay novedades? —preguntó con rudeza.

—Tranquilo, ha despertado y he hablado con ella. Está muy confundida, pero le he aclarado poco a poco todas las mentiras que le metieron en la cabeza.

—Pásamela. Quiero hablar con ella —me ordenó.

—Cathal, ahora no es posible. Está arriba duchándose y necesito hablar más con ella. No te preocupes, no le he hablado mal de ti —bromeé.

Si le hubiese dicho que no quería ni verlo..., habría llegado en menos tiempo de lo que acordamos. Preferí callar.

—No esperaba menos de ti.

—Cathal... —respiré hondo—, confía en mí. Yo también quiero que vuelva la Taragh de antes, pero comprende que necesita su tiempo.

—Está bien. Nos vemos mañana.

—Mejor pasado.

—No. Mañana —sentenció, con tono pausado pero determinante.

—Yo misma la llevaré a tu casa de Moher pasado mañana. Esta tarde y mañana haré para que esté preparada para verte a ti y a los niños. Adiós, Cathal.

Y colgué. Sabía que estaría echando fuego por la boca, pero Taragh no estaba preparada. Había despertado muy dócil y aquella no era la mujer que yo recordaba. Su carácter debía de resurgir como fuese.

—Parece que tú y yo tenemos la misma talla de ropa, pelirroja —dijo mientras bajaba la escalera y repasaba lo que le había dejado.

—Vamos bien. —Reí aliviada.

—¿Por qué te ríes? —se extrañó.

—Tú siempre me llamabas así, pelirroja. Me alegra que estés volviendo, Taragh.

—Sí, bueno, lo que sea. —Hizo un ademán de indiferencia—. ¿Qué hay de comer? Estoy famélica.

—No hay mucho, he cogido cuatro cosas del congelador y creo que es una buena ocasión para abrir una botella de vino, ¿no crees?

—Lo que tú veas —contestó sin prestar atención, se sentó en el sofá y cogió el mando del televisor.

Sí, definitivamente, Taragh O’Kennedy estaba volviendo a ser ella misma.

Después de comer, el sol decidió deleitarnos con su presencia. En aquella zona era raro que asomaran los rayos con tanta fuerza, así que le propuse dar un paseo por la playa.

—¿Sabes? —Cogió una piedra y jugó con ella mientras hablaba—. Me da mucha rabia no recordar. Me siento impotente teniendo que fiarme de lo que me dice la gente.

—Puedo asegurarte que yo no te he mentado.

—Eso es lo extraño. De ti me fío y no entiendo por qué. Me fie de mi abuelo cuando me dijo quién era y también creí que Kellan era mi marido, pero de él no tengo recuerdo alguno. En cambio, de Cathal, quien se supone que es mi verdadero marido, no tengo muy buenos recuerdos.

—Tengo que decirte que tú eres una mujer de mucho carácter. Y apostaría lo que fuera para asegurar que más de alguna torta también le diste. —Reí.

—¿En serio soy así?

—No puedes llegar a imaginártelo. Eres la persona con más carácter que jamás he conocido en mi vida.

—¿En qué te ayudé? —me preguntó mientras esquivaba una ola que se acercaba a la orilla—. Me dijiste que fui un pilar importante en tu vida.

—Estábamos en una fiesta, en un castillo no muy lejos de aquí. Tú estabas con Cathal y yo iba con otro amigo, por motivos de trabajo. La cosa se lío más de la cuenta y se presentó mi marido.

—¿Estás casada? —se asombró.

—Estaba —me apené—. Aquella misma noche discutí con Aidan. Y al salir del castillo, furioso, escuché un disparo. Salí como alma que lleva al diablo y lo vi tumbado. Tú estabas conmigo y tu marido me trajo al culpable.

Taragh paró en seco, cerró los ojos con fuerza y se tocó la sien, haciendo círculos con sus manos.

—Tengo un vago recuerdo de eso. Recuerdo un vestido verde y otro rojo. Sangre, tú llorando, una playa, un barco... —Me miró fijamente—. Lo recuerdo —se sorprendió.

—Vaya, no sé si alegrarme o apenarme porque te acuerdes de la noche más dolorosa de mi vida.

—¿Dices que yo te ayudé? —preguntó, achicando sus ojos.

Imaginé que recordar tantas cosas de una vida pasada no era sencillo y mucho menos todo lo que ella había sido. En su fuero interno debía de saber quién era de verdad.

—Durante días y semanas no quise ver a nadie. Menos a ti. Tú me llevaste a tu casa en Moher y luego eras la única persona a la que dejaba que me visitara en Cork. Te dejé compartir mi dolor. —Sonreí cómplice, pero a la vez apenada.

—O sea, que no soy tan mala persona, ¿no?

—Vamos a ver, Taragh. Tú de santa tienes poco, seamos sinceras. Eres la culpable de que lleve un arma en más de una ocasión. Es más, el arma que yo tengo fue un regalo tuyo.

Sus ojos se abrieron un momento, pero luego se entrecerraron y sonrieron. Me dio la sensación de que aquel detalle le gustó.

—Maureen —volvió a detenerse y me miró fijamente—, ¿de quién puedo fiarme?

—Yo no soy nadie para decirte lo que debes o no hacer, y menos de quien puedes fiarte y de quien no, pero yo no te miento. Cathal es tu marido y te ama con locura. Mañana te llevaré a tu casa y podrás reunirte con él y con tus hijos.

—Mis hijos... —Un destello de luz se pudo vislumbrar en sus ojos, algo que cambió enseguida—. No quiero irme con ese hombre. Y no pienso hacerlo.

Asentí sin convencimiento. No tenía ni idea de cómo íbamos a arreglar el tema de Cathal. No lo sabía, sin embargo, temía el momento en el que este entrase por la puerta de casa.

Lo temía de verdad, porque de una forma u otra se la llevaría y no habría dios que lo parase. Durante horas estuvimos teniendo conversaciones y me asombraron muchas cosas que, sin darse cuenta, me decía. Pequeños detalles que a su vez eran muy grandes. Los mismos que me daban la esperanza y la

certeza de que el libro no se equivocaba y pronto recordaría todo.

De camino a casa vimos el coche de mi abuela aparcado en la calle y todos mis sentidos se pusieron alerta.

—Se puede saber... —me fastidié. No quería que se metiera donde no la llamaban. El tema de Taragh era solo mío y no quería que nadie se entrometiera en ayudarme a que recuperara la memoria. Miré a Taragh, que me contemplaba sin entender a qué me refería—. Tranquila, es mi abuela. Esta es su casa. Lo que no entiendo es por qué ha venido precisamente ahora.

Entré en la casa y no se escuchaba ruido alguno. Subí las escaleras y allí tampoco había rastro de ella. Salí al jardín y di la vuelta a la caseta de herramientas de mi abuelo. Y allí estaba. Preparando cuatro hierbas, tres velas moradas, una cruz de Santa Brígida, unas flores de Bells...

—¡Abuela! —la regañé—. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí? ¿Y esto? ¿Qué estás tramando ahora? —le pregunté de carrerilla.

—Ah, hola —me saludó como si nada—. Estoy preparando un ritual para esta noche. No te preocupes por mí.

—¿Ritual? ¿Se puede saber qué tipo de ritual es? Te advierto que Taragh está ahí dentro y no quiero que vea nada de todo esto. No está preparada. ¿Me oyes?

Levanté un dedo de manera acusatoria, a lo que ella respondió dándome un manotazo para que lo apartara de su cara, seguido de una mirada fulminante.

—No te preocupes, que no lo verá. Por cierto, ¿qué hace aquí? ¿Cuándo la encontrasteis?

No estaba sorprendida porque Taragh estuviera allí, cosa que tampoco entendí, pues ella siempre estaba con el tema de la «rivalidad».

—Ayer. La rescatamos en Cong. Andrew la tenía secuestrada y le había contado una milonga acerca de su marido, que no era Cathal. No he querido preguntarle muchas cosas más, pero sé que no es lo único que le dijeron. Creo que la querían usar en contra de O'Kennedy. No sé con qué fin.

Miré hacia la puerta y la vi entretenida contemplando la mesa. No sabía que había sobre ella, pero sus ojos estaban en ese punto.

—Por qué será que no me sorprende de Andrew —opinó mientras ponía las hierbas en un pequeño caldero.

—A ti esto te parece muy normal, ¿no? ¿Cuántas veces has visto resucitar a

un muerto?

No sabía por qué estaba tan pancha. ¡Cualquiera diría que era una cosa natural!

—Querida, ahora mismo tengo otro asunto más importante en la cabeza y rezo a Brigid para que me salga bien. Esta noche hay luna llena y es ideal para hacerlo.

—Haz lo que quieras, pero evita que Taragh te vea haciendo lo que tengas que hacer.

Antes de que pudiese girarme, vi a Taragh tambalearse hacia atrás, después trató de sostenerse a la mesa, pero le fue imposible. Mis pies no consiguieron correr lo suficiente y llegué cuando ya se había dado un buen golpe en la cabeza.

Mi abuela, aun con todo el rencor que podía tenerle, se preocupó y llegó corriendo a mi lado, momento en el que esta abrió de nuevo los ojos llevándose las manos a la cabeza.

—¡¡Taragh!! ¿Estás bien? —le pregunté, tocándole la zona afectada.

—¡Qué susto! —exclamó mi abuela.

Vi que se giraba para seguir con lo suyo y no entendí el motivo de tanto secretismo con el ritual que, por cierto, no le había preguntado ni para qué era. Dejé mis pensamientos a un lado cuando escuché:

—¿Qué mierda me has hecho? No estarás intentando matarme, ¿no? —Mis ojos se clavaron en ella con asombro. Los suyos se entrecerraron mientras se levantaba con dificultad—. ¡Joder! Menuda hostia me he metido... —Paró su discurso de repente. Se giró, me miró de arriba abajo, volvió a tocarse la cabeza y continuó con más sorpresa aún—: Recuerdo muchas cosas de ti. De nosotras.

La presencia de mi abuela no perturbó para nada al huésped. Por alguna razón las dos se mostraron cordiales, imaginé que sería debido al golpe y a todo lo acontecido. Mi abuela desconfiaba de ella, como era habitual, aunque lo disimuló con extrema delicadeza.

Un rato después, tras una larga conversación en la que Taragh me explicó lo que había pasado y sobre todo, lo más importante, a quién había visto

cuando despertó, ambas nos encontrábamos pegando cabezadas frente a la chimenea. No podía olvidarme del tema de Morrigan, y era algo que tendría que preguntarle a Byrne cuando lo viese.

—Taragh, es mejor que nos vayamos a la cama. Es tarde.

Sin protestar, subimos a nuestros respectivos dormitorios y nos despedimos hasta el día siguiente. Desde la ventana del baño pude ver una luz que salía de detrás del cobertizo de las herramientas. Era mejor dejar a mi abuela hacer sus rituales y ya me lo explicaría al día siguiente.

Le mandé un breve mensaje a Cathal, contándole las últimas novedades y que seguíamos avanzando, viendo que tenía más de cuarenta llamadas perdidas de él y no sabía cuántos mensajes que ni leí. Seguro que el tercero ya no era tan amigable. Me metí en la cama y agradecí sentirme cobijada entre aquellas sábanas que tanto me recordaban dónde estaba.

Blacksod tenía un olor especial y aquel ambiente me hacía sentir en casa. Me dormí rememorando mis charlas con Taragh. La verdad era que se había comportado muy distinta a como ella era y me escuchó en todo lo que le explicaba y aquello me tranquilizó. ¿Cómo era posible que su propio abuelo la manejara a su antojo como una marioneta?, ¿tanto mal quería para ella?, ¿tendría que ver algo su madre en todo aquello? Ella no tenía culpa de nada, ¿y qué hacía en el tanatorio él? Esta última pregunta me la contesté yo misma, suponiendo que querría saber si era verdad que había muerto.

Los interrogantes se me agolpaban en la mente y no me dejaban dormir, cuando un frío gélido hizo que me apretujara más entre las mantas. Me toqué la nariz y la noté helada. Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo, pero era una sensación de frío, no por otra cosa. Abrí los ojos y la vi.

—Oonagh... —me llamó.

—*Cad a tharlaíonn?* (¿Qué sucede?). *Is Taragh maith?* (¿Está Taragh bien?) —me preocupé y me reincorporé en la cama.

—*Ciúin, tá sí sábháilte.* (Tranquila, ella está a salvo) —me aseguró.

—*Mar sin, is é mo sheanmháthair atá i mbaol?* (Entonces, ¿es mi abuela quien está en peligro?).

—*Tá sí sábháilte.* (Ella está a salvo).

—*Cad a tharlaíonn, Áine?* (¿Qué sucede, Áine?).

—*Come liom.* (Ven conmigo).

El enfado que había tenido con la diosa desapareció por el momento. Sabía que si me llamaba era por algo importante, lo mismo que también tenía claro que no aguantaría más tonterías innecesarias. Cogí el abrigo de la silla del dormitorio y al salir me fijé que la puerta de Taragh estaba cerrada, al igual que la de mi abuela. Bajé las escaleras con cautela para no despertarlas. La casa estaba tranquila y lo único que se veía era la vela que mi abuela siempre dejaba encendida junto a la ventana cuando estaba allí. Cerré la puerta de la calle y seguí la luz de la diosa que me guiaba en dirección contraria al faro.

—*Cá bhfuil muid ag dul?* (¿Dónde vamos?).

—*Grá.*

—¿Amor? ¿Qué narices tendrá que ver el amor con que vaya contigo por medio del prado? Áine, me estás asustando.

—*Saol.*

—¿Vida? No te entiendo —iba renegando a medida que la seguía.

Llegamos a una zona donde no me hizo gracia ninguna. Era el lugar donde Aidan y yo nos habíamos dado el «sí quiero». Mientras me iba acercando, pude vislumbrar un seguido de luces alrededor de las enormes piedras.

—Perfecto, lo que me faltaba. Reunión de hadas. Y precisamente en este lugar —protesté.

¿Por qué me hacía sufrir de aquella manera? ¿Es que no se daba cuenta de que ya tenía bastante con martirizarme yo misma?

—¿Qué se supone que debo de hacer ahí? —le pregunté—. No me apetece pisar esas piedras ahora mismo.

—*Come liom.* (Ven conmigo). —Me tendió la mano en la distancia—. *Grá* (amor), *saol* (vida).

—No te estoy comprendiendo, Áine. ¿Qué pasa? ¿Ha nacido algún animal? —pregunté absurdamente, tratando de encontrar alguna explicación.

Noté un leve empujón en el hombro para que me acercara al lugar en concreto. La luz comenzaba a ser más intensa. Un grupo de hadas me recibió haciendo un gran pasillo y otro danzaba en el interior del círculo de las piedras. La curiosidad pudo conmigo. Sabía que nada malo iba a sucederme. Además, ya no le tenía miedo a nada ni a nadie, así que respiré hondo y me acerqué con paso firme.

Debajo de una de las piedras vi algo o a... ¿alguien?

Allí había una persona en posición fetal totalmente desnuda.

Me asusté.

¿Qué demonios hacía aquel hombre?

Me acerqué con cautela y en cuanto le vi la cara... retrocedí un paso, poniéndome una mano en el pecho y otra en la boca, a la vez que susurraba:

—Aidan...

Capítulo 22

Me restregué los ojos, no podía ser.

Si aquello era un sueño, podría definirlo como una pesadilla. No era justo que estuviera soñando con algo tan fuerte para mis emociones. Tenía miedo de despertar y que se quedara en un agrio recuerdo.

No me atreví a tocarlo, pero me acerqué para mirarlo mejor.

Sí, era él.

Aquel pelo moreno, su piel que reconocería en un millón de hombres, sus pestañas tan largas y pobladas... Era mi Aidan. Acerqué mi mano con delicadeza, con temor a que fuera un espejismo. Un sueño que al tocarlo se evaporara. Observé a mi alrededor y busqué a la diosa.

—*Grá* (Amor) —me aclaró, sonriendo.

—Sí, parece que es mi amor.

Estaba atónita. Las lágrimas anegaban mis ojos. No podía creerme lo que estaba viendo. No podía.

—*Saol* (Vida).

—¿Estás segura de que está vivo?

Su sonrisa y su asentimiento me confirmaron que no estaba equivocada. Un grupo de hadas comenzaron a danzar encima de la cabeza de él. Mientras lo hacían, sus dulces risas daban un ambiente inofensivo.

—*Grá* (amor), *saol* (vida) —iban repitiendo a medida que recorrían el cuerpo entero de mi marido.

Seguía con temor a tocarlo, así que con un nudo en la garganta tan grande que apenas me dejaba respirar me acerqué y susurré en su oído:

—Aidan... Aidan, mi amor...

No despertaba y aquello me hizo estar a punto de tirar la toalla. Repetí más veces su nombre, pero no pestañeaba siquiera. ¿Seguro que no era un sueño? ¡No entendía nada y comenzaba a desesperarme!

—*Ní dhéanann sé múscail.* (No despierta).

Miré a la diosa, rogándole que me ayudara.

—*Cuir do lámh ar a cheann.* (Pon tu mano en su cabeza).

Obedecí y posé mi mano en su espeso cabello negro. Allí percibí el calor de su cuerpo y su riego sanguíneo correr como por arte de magia. Noté cómo unas gotas comenzaban a caer como cascadas de mis ojos, empapando mi ropa, algunas incluso llegando a la mano que posaba sobre él.

—Aidan..., por favor, despierta.

Recé para mis adentros y poco a poco vi que sus pestañas se movían intentando abrir los ojos. Los míos reaccionaron humedeciéndose mucho más, y una sonrisa asomó en mi cara sin poder evitarlo. En aquel momento las hadas se despidieron de mí, regalándome un reguero de risas y divertidos bailes.

Unos diminutos espasmos hicieron que moviera las piernas y se acurrucó más a causa del frío. No me lo pensé dos veces y me quité mi abrigo para cubrirlo, tratando de dejar el llanto para otro momento. El pobre estaba desnudo y era una noche gélida.

Al sentir el contacto de mi ropa abrió los ojos. Los mantuvo fijos en el frente y luego movió la cabeza lentamente hasta toparse con mi rostro. No podría ni en mil vidas describir lo que sentí. El labio me temblaba, por mucho que quisiese retenerlo, al igual que mis lágrimas, y la gran sensación de felicidad hizo que mi corazón estuviese a punto de explotar.

—Aidan... —Sonreí con los ojos anegados al ver que su mirada se cruzaba con la mía.

—Maureen... —fue su primera palabra.

—¡Aidan! —Me abalancé y lo abracé con fuerza—. ¡Cariño! ¡Estás vivo! ¡Has vuelto!

Comencé a coserlo a besos por toda la cara, palpándolo sin acabar de crérmelo, sin poder asimilar todavía que lo tenía ante mí, que había vuelto. Pero mi alegría duró muy poco al ver el desconcierto en su cara, seguido de un

breve enfado que no entendí.

—¡Suéltame!! ¡No me toques! —me espetó, irguiéndose de golpe.

—¿Aidan?

No comprendí su reacción y retrocedí sin ser consciente unos pasos.

—¿Dónde estoy?

Sus ojos se iban de un lado a otro, imaginé que tratando de averiguar en qué lugar se encontraba, qué había sucedido... Pero eso no quitó que la gran punzada que atravesó mi corazón siguiera doliendo con una fuerza desbordante.

—¿No reconoces el sitio? Estamos en Deirbhiles Twist. Fue aquí donde nos casamos —le susurré con miedo de espantarlo, a lo que él contestó con arrogancia y fuego en sus ojos:

—Claro, el lugar «mágico» —me remarcó aquella palabra con énfasis—. Uno de los escenarios donde me engañaste para hacer el paripé —escupió.

—¡Aidan!

En ese instante me di cuenta de que la última discusión que mantuvimos en el castillo de Ashford no había quedado en el olvido. Que había regresado de entre los muertos con todo su pasado. Que estaba confuso, pero sabía perfectamente lo que había ocurrido y que sus últimas palabras dulces no eran las que recordaba, sino las de antes del disparo. Las de nuestra discusión.

—¡Ni Aidan ni hostias! —Aspeó las manos para que no lo tocara—. Todo ha sido una gran mentira. Nuestra relación ha sido una farsa desde el principio. ¿Qué pensabas?, ¿que no me acordaría de nuestra última conversación?

Se llevó las manos a la cabeza, haciendo un gesto de dolor, por lo que volví a intentar acercarme a él, sin embargo, hizo lo mismo moviéndose hacia un lado para que no pudiera ni rozarlo.

—¡Aidan, por favor!

Estaba entre la estupefacción, la pena, la alegría y la rabia. Me estaba tratando injustamente. Se levantó de golpe, mirándose de arriba abajo.

—Perfecto, y para postres estoy completamente desnudo en un lugar perdido de la madre de Dios.

—¡Aidan! —chillé a pleno pulmón para que dejara de renegar por la situación. Pero no me escuchaba, hacía oídos sordos, no dejaba de mirar

alrededor y abrigarse con mi chaqueta mientras maldecía para sus adentros. Sin oírme. Sin mirarme. Sin un brillo en los ojos que me demostrase lo mucho que me había echado de menos, tanto o más que yo a él. Me aproximé y lo sujeté por los hombros—. ¡¿Quieres hacer el favor de escucharme de una maldita vez?! —Lo inmovilicé con rabia. Aquello le hizo efecto y me observó fijamente dispuesto a escuchar mi explicación—. Puesto que recuerdas nuestra última conversación o discusión, como prefieras llamarlo, al salir del castillo te pegaron un tiro. ¿Lo recuerdas?

Lo pilló por sorpresa. No me quitó los ojos de encima e inclinó levemente la cabeza a medida que entrecerraba los ojos para recordar lo que le estaba contando.

—Jack... —susurró.

—Sí, fue él quien te disparó. ¿Le viste la cara?

—Sí, estaba detrás de un matorral.

—Pues bien, ahora viene cuando te creerás la historia o no. Ese disparo te mató.

Era la explicación más inverosímil que jamás habría imaginado.

—¿Me... mató...? —repitió y poco a poco fue riéndose hasta terminar en una gran carcajada—. Me mató. —Siguió con su risa sonora.

—Sí, te mató. —Aspeé mis manos y las coloqué junto a mis caderas, resignada.

Era surrealista, lo sabía, pero si recordaba a lo que me dedicaba no le costaría entenderlo. O sí.

—Vamos, Maureen, ¿me estás diciendo que morí y he resucitado aquí en medio de la nada?

Movió sus manos señalando el entorno. Alcé una ceja sugerente, pues poca explicación tenía de más. ¡Si hasta él mismo estaba confundido! Lo achaqué a que sería su forma de buscar una explicación a lo inexplicable.

—Por mucho que te cueste creerlo, así es. No me preguntes cómo, pero es real. Te enterramos en el cementerio de Cork. Saoirse estaba allí con Connor, conmigo y con toda mi familia. Así que, por tu bien, piénsatelo dos veces si decides ir a visitar a tu hermana.

Tenía que tener mucho cuidado con que alguien viese a Aidan. ¿Cómo lo haría a partir de ese momento? ¿Tendríamos que estar escondidos siempre?

«Bueno, eso si consigues que deje que le expliques algo...», pensé, al ver su gesto ofendido y dolido. Y eso que había todavía algo que no sabía sobre mí. Sobre mí... y sobre Hayes.

—Eres una mentirosa —escupió entre dientes—. ¿Pretendes que me crea esa patraña?

—¿Y quién te crees que te ha traído aquí? —me defendí.

—No me digas más —comenzó con su burla—. La diosa con la que hablaste ha hecho el favor de resucitarme, ¿no es así? Muerto... Que estaba muerto. —Seguía sin creérselo.

—Créete lo que te dé la gana.

Comenzaba a darme por vencida y mi enfado también iba en aumento y, aunque sabía que no podía rendirme tan pronto, no me lo estaba poniendo nada fácil.

—No te creo en absoluto. Ese es el problema. Tú y tus fantasías absurdas. Las diosas, las hadas, los leprechauns... Todo eso forma parte de una fábula que tanto tu abuela como tú os habéis inventado.

—¡Basta ya! —me harté.

—¡Sí! ¡Basta ya! —me dio la razón—. ¡Olvídame! ¡Sigue tu vida, que yo haré lo propio con la mía! No quieres asumir que te has equivocado mintiéndome, ¡y encima te inventas que he estado muerto y he resucitado! ¡A saber qué tipo de droga me has dado!

Abrí los ojos en exceso y no me dio tiempo a réplica. Se giró y comenzó a dar vueltas. Quería escapar, pero no sabía por dónde ir. Lo seguí, a la misma vez que escuchaba un disparo en la linde del bosque. No le di importancia, pues quizá había sido algún cazador de la zona, y lo que tenía entre manos era mucho más importante.

—Aidan... ¡Aidan! —Traté de hacerlo entrar en razón, pero fue inútil. Como si le hubieran dado una inyección, comenzó a correr en dirección a la casa de mi abuela—. ¡Aidan! —chillé de la manera más desgarradora, cuando atisbé que se alejaba y no llegaría hasta él. Estaba desorientado, ¡joder! ¿Es que no se daba cuenta?

No sabía si reír, llorar o enfadarme. Corría camino abajo, totalmente desnudo y con el único abrigo de mi chaqueta. Por una parte, estaba feliz porque había vuelto a la vida, pero por otra era como si hubiera vuelto a

perderlo. El consuelo era que sabía que no estaba bajo tierra en aquel cementerio de Cork.

Corrí tras él y al pasar por la casa me sorprendió que la luz del salón estuviera encendida. Juraría que al marcharme con máximo sigilo no había dejado rastro alguno de que hubiera pasado por la estancia. Abrí, temiendo que a mi abuela le hubiese ocurrido algo, pero me la encontré en la cocina.

—¿Qué te sucede? ¿No puedes dormir? —le pregunté con la respiración entrecortada.

—Te puedo asegurar que después de lo que ha pasado esta noche, es difícil que concilie el sueño.

—Seguro que no ha sido tan inverosímil como lo que me ha sucedido a mí —dije, pensando en cómo iba a contarle lo que acababa de ocurrir. Necesitaba ayuda, y Aidan no andaría muy lejos—. A ver, ¿qué te ha ocurrido? Cuéntamelo tú primero, que como te cuente lo mío seguro que no te lo crees.

—Cathal se presentó como un energúmeno hace escasos minutos.

—¿Cómo?! —Abrí los ojos de golpe—. ¿O’Kennedy ha estado aquí? ¿Dónde está Taragh? —Me dirigí como alma que lleva el diablo hacia la escalera. Se me acumulaban los problemas.

—Se la ha llevado —dijo con tono tranquilo y alzó los hombros al ver la mirada que le lancé—. No he podido hacer nada. Conoces a ese hombre y nada ni nadie es capaz de pararlo en cuanto se empecina.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —me di cuenta de mi estúpida pregunta en cuanto acabé de formularla.

—Creo que es mejor así. Cathal se encargará de ella.

—¡Pero entonces creará que le he fallado! Le dije a Cathal que yo misma se la llevaría a su casa en Moher. ¡Joder! ¿Por qué ha tenido que venir el muy imbécil? ¡Lo tenía todo controlado!

—Da igual, ya no está aquí y dudo que puedas convencerlo de que te la traiga. Es mejor así, Maureen —repitió con calma.

—Pues yo... —Entonces caí en la cuenta, olvidándome por completo de Taragh, y centrándome en lo que de verdad me preocupaba. Aidan—. ¡Abuela! ¡Tú lo sabías!

—¿Saber el qué? —Sonrió mientras se llevaba su taza de té a los labios.

—Lo de Aidan. ¡He visto a Aidan! —Me emocioné de golpe, como si no

hubiese sido suficiente todo lo que había sentido hacía escasos minutos—. ¡Está vivo!

—¿Y dónde está ahora?

—Se ha enfadado conmigo. Por lo visto recuerda la última conversación que tuvimos en el castillo de Ashford, cuando Jack le contó todo acerca de la Organización. ¡Y no se cree que haya estado muerto!

—Maldito Jack...

—Traté de explicárselo, le dije que murió por el disparo que Jack le dio y que lo enterramos en Cork. No se lo ha creído... —Comencé a llorar—. No he podido convencerlo y necesito que me ayudes.

No hizo el amago de acercarse a mí.

—¿Y cómo es que lo has dejado escapar? —me reprochó.

—¡Lo seguí! ¡Dios sabe que lo hice! Corrió valle abajo, pero necesito que me ayudes a convencerlo...

—Vamos a ver —me miró fijamente a la cara—, ¿tú crees que todo lo que yo he hecho esta noche ha sido en vano? ¿Tú sabes todo lo que he tenido que organizar? ¡¿Y cómo se te ocurre dejar solo a alguien que acaba de resucitar?! —

—¡¡Para eso he venido!! ¡¿Qué hago?! —me desesperé—. Pues si me lo explicas sería un detalle y podríamos haberlo hecho antes —me defendí, enfadada.

—La diosa se me apareció el día antes de la misión a Asturias. Allí me dijo que llevara un puñado de hierbas que tuve que bendecir en la Cascada del Cioyo. Tuve que robar el anillo de la caja fuerte de Byrne sin que nadie se diera cuenta, y para postres tuve que sacrificar el don de Briana para cambiar un don por una vida.

Abrí los ojos con asombro, dando un ligero paso hacia atrás.

—¿Briana ya no tiene don?

—No. Y eso es algo de lo que me alegro. Incluso la diosa me aconsejó el cambio. Por lo visto Briana oyó una conversación mía con Byrne y no era segura para ella.

—Entonces, ¿todo el tinglado que tenías preparado anoche detrás de la cabaña era para resucitar a Aidan?

—¿Tú te crees que yo me he recorrido estos kilómetros sola para nada? —me reprendió.

—Abuela... —Me abalancé hacia ella y la abracé.

—No quería verte sufrir más —me aclaró acariciándome la espalda—. La muerte de Aidan fue dura para ti y ya no eras la misma. Quería que volviera mi niña —murmuró con tristeza.

—Te equivocas si crees que voy a volver a ser la de antes. Sigo pensando igual. La Organización me ha dado más palos que beneficios, así que no pienso cambiar mi actitud y voy a seguir con mi idea de abandonar.

—Dudo que puedas. Ahora tienes una cuenta pendiente con Áine. ¿La has perdonado?

—Ahora mismo estoy confundida. Solo quiero que Aidan vuelva y que todo sea como antes.

—Vamos a buscar a ese cabezota, antes de que su hermana, su cuñado, sus amigos, o alguno de los que estuvieron en el entierro lo vean. Todos saben que está muerto, y va a ser muy difícil de explicar si lo ven por ahí pululando.

—Estamos muy lejos de Dublín. No creo que pueda salir de aquí —dudé.

—Entonces, es hora de irse a por él.

Cerré los ojos lo más fuerte que pude y me concentré un instante, cuando mi abuela se encaminó a por su abrigo.

—*Buíochas a ghabháil leat.* (Gracias).

Supongo que se lo pensó, porque tardé en sentir el frío en mi cuerpo, pero llegó.

—Is breá liom tú (Te quiero) —reconoció sin esperármelo.

Esa declaración hizo que una lágrima rodara por mi mejilla. Demasiados sentimientos contrapuestos en aquel momento, aunque me reconfortó. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas sin control, porque necesitaba encontrarlo cuanto antes.

—No puedo dejarlo solo... No... —Los hipidos me impedían continuar.

—Maureen, tranquila. Vamos a encontrarlo.

—No... No...

—Escúchame —me pidió, cogiéndome los hombros para que la mirase—. Iré a por un té, así te tranquilizarás y podremos marcharnos.

—Pero tú me has dicho que pueden verlo y el qué dirá... —comencé a agobiarme.

—Lo encontraremos —aseguró.

Miré el reloj y comprobé que eran las cuatro y media de la madrugada cuando unos golpes resonaron en la puerta de la casa. Mi abuela también lo había oído y aguardaba mi reacción, sin quitarme los ojos de encima. Alcé la mano para tranquilizarla y que no abriera, ya lo haría yo, y, asombrosamente, se quedó en el rellano esperando.

En cuanto miré por la mirilla de la puerta me tranquilicé, respiré hondo y abrí, dándome cuenta de que al final había sido él quién me encontró a mí.

—Aidan...

Capítulo 23

Cathal

Le di un sorbo al café, tamborileando los dedos en la madera de la mesa mientras contemplaba mi teléfono. Nada. Ni un solo mensaje de Maureen, ni una llamada ni nada. Me frustré. Sabía que no podía hacer las cosas a mi manera, que así asustaría a Taragh más de lo que ya estaría. Justo en el instante en el que seguía divagando con pensamientos sobre mi mujer, Byrne entró en la cafetería con una gran bolsa. Miró a ambos lados del sitio, por lo que alcé una ceja sin entenderlo.

—O’Kennedy —me saludó.

—Byrne. ¿A qué se debe esta reunión urgente, fuera de tus instalaciones?

Soltó la bolsa a plomo, a su lado, lo que me indicó por el sonido que era algo que pesaba bastante. Parecía nervioso, como nunca lo había visto. Se pasó una mano por la cara con desespero y dijo:

—Están ocurriendo cosas extrañas.

—Todo lo que hay a tu alrededor es extraño... —me burlé, y me cortó con tono mordaz.

—¡Escúchame, Cathal! ¡Has visto más cosas de las que quieres reconocer! ¡Deja de hacer que parezcan insignificantes! —Alzó la voz, pero la volvió a bajar cuando se percató de que lo estaban mirando más personas de las necesarias y continuó—: Eres de esta familia, eres mi sobrino. No puedes obviar lo que corre por tus venas.

—¿Ahora vas a venir con el rollo tío-sobrino? —chuleé—. No te pega.

Sonreí al ver que lo sacaba de sus casillas con gran facilidad. Yo seguía manteniendo mi postura desinteresada e indiferente a lo que me quería explicar, mientras que él se encontraba tenso y rojo de la ira.

—Tu madre está destrozada —dijo sin venir a cuento.

Desde que supe el gran acontecimiento ni una sola vez crucé más de dos palabras con ella, mucho menos si no era necesario. Yo no la evitaba, sin embargo, ella sí, lo que daba a entender a las claras quién había tenido la culpa de que no quisiese ni verla.

—Esa mujer no es mi madre. ¿Para eso me has llamado?

—Tendrás que hablar con ella. ¡Es tu madre, por Dios!

Acerqué mi cuerpo lo suficiente para estar más cerca de Byrne, y susurré con tono tajante:

—Si has venido para darle la charla sobre mi supuesta familia, sobre vosotros —recalqué con desprecio—, llegas tarde. No soy ningún quinceañero al que podáis recuperar cuando os dé la gana y tampoco me interesa. ¿Algo más o me marcho? Tengo mejores asuntos que atender, entre ellos, mi mujer.

Me levanté con la clara intención de irme de allí, cuando lo escuché con tono mordaz:

—Sabes que tenemos una cuenta que saldar y que la justicia te está esperando.

Me giré con tranquilidad, con pasotismo.

—Y la saldaré cuando recupere lo que es mío. Eso ya lo hablamos, así que no me vaciles, Byrne, porque no miraré que puedas ser mi tío. No te debo nada ni nunca te lo deberé.

Tragó saliva visiblemente, para después recuperarse al instante.

—Siéntate y no hables hasta que termine —ordenó.

Con un gran suspiro le hice caso, colocándome en la misma posición que segundos antes.

—Tú dirás.

—¿Recuerdas cuándo Maureen fue a por las Piedras Azules a Asturias? —Asentí—. Bien, como suele ocurrir, hay personas que queremos recuperar lo que es nuestro, pero hay otras que por encima de todo no lo desean. —Me lanzó una mirada acusatoria—. Alguien estuvo allí, buscándolas, porque les dispararon a ella y a la abuela.

—¿Me estas señalando? ¿Quieres decir que fui yo? —rugí.

—¡He dicho que me escuches y que te calles!

Otra vez su tono se fue de medida, lo que me dio a entender que estaba

desquiciado.

—Byrne. Te escucharé, pero si vuelves a darme una voz más, te pegaré un tiro en medio de esta cafetería —sentenció.

Ignoró mi comentario y continuó:

—Debes conocer la leyenda del Camino del Rey, me imagino. —Volví a asentir—. Pues hay personas que creen que es cierta... como nosotros.

—Como tú, querrás decir. Eso es un cuento para niños, Byrne.

Me fulminó con los ojos y callé de nuevo.

—Esos hombres que te digo estaban allí para que las piedras no pudieran reunirse con el elemento que les faltaba. Con uno de los tres. Con la lanza.

—Me imagino que toda esta pantomima que me estás contando es para que vaya y te quite del medio a la basura que te sobre. Qué inteligente por tu parte, espero que negociemos los cargos por los que me vais a juzgar —le dije con sarcasmo.

Bufó, poniendo los ojos en el techo.

—Ayer, mientras trataba de buscar más cosas sobre las piedras, sobre el significado real del camino, me pasó algo extraordinario. —Le presté más atención—. Buscaba en los libros antiguos cuando, de repente, las piedras comenzaron a brillar con una inmensa luz que me dejaron ciego y...

Hizo un largo silencio que me creó más confusión de la que tenía. Se agachó lo suficiente y colocó la bolsa que había traído sobre la mesa.

—¿Y qué, Byrne? —Al abrir la cremallera, me di cuenta de que lo que llevaba en su interior era nada más y nada menos que la lanza. Abrí los ojos. ¿Cómo se le ocurría a aquel demonio llevar eso por la calle?—. ¡¡¡Te has vuelto loco!!! —afirmé más que pregunté, tratando de tapar la cremallera de nuevo.

Se acercó lo suficiente, quitando mi mano de la bolsa.

—Mira, Cathal, mira la lanza.

Bajé mis ojos hacia el objeto, arrugando mi entrecejo al ver algo que no me cuadró.

—Las piedras están... están... —Achiqué los ojos con confusión y lo miré.

—Las piedras flotaron en el aire, Cathal, y se dirigieron solas hacia la lanza para incrustarse en ella.

—Eso es imposible.

Y comencé a reír como un demente. Porque sí, había visto tantas cosas que ya me había replanteado en más de una ocasión que estaba loco, pero eso era demasiado.

—Cathal, míralo —me suplicó.

—¿Qué truco barato es este? ¿Lo has hecho tú? ¿Con qué fin? ¡Byrne! Dime qué quieres y dejémonos de magia y tonterías, que no tenemos cinco años.

—La lanza se movió de madrugada. Por la noche la encontré en el recibidor de la Organización, casi en la puerta de acceso a la calle. Tampoco conseguí darle sentido a aquello, pero sé que allí no está segura.

Delineé con mis dedos la empuñadura de la lanza, cosa que creo una descarga tan extraña que no supe descifrarla, pero me callé.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Descubriste algo más?

Asintió con pesadez.

—No sé el sitio. Es lo único que me falta por descubrir. «La tierra temblará...» —recitó como en aquella leyenda—. Lo mejor es que te la quedes y la guardes en alguna de las vitrinas que tienes con seguridad. Si la lanza se mueve de allí, lo sabremos inmediatamente. —Me fijé en los paños que envolvían la empuñadura. Arrugué el entrecejo y él se dio cuenta—. No he podido tocarla. Me quemaba. Era como... a Maureen con el anillo que resucitó a Taragh.

—¿Me vas a confiar algo por lo que tanto has luchado?

Tras un breve silencio, terminó diciendo:

—También confío en ti, O’Kennedy. —Alcé mis ojos para posarlos en los suyos arrugados, viejos, cansados de tantas vivencias con Irlanda y sus tesoros. Asentí de manera casi imperceptible cuando se levantó de la silla, cerró la cremallera y me observó—. Cuídala. Tengo fe en que la necesitemos dentro de poco. Si esa gente quería las piedras, no tardarán en buscar la lanza, porque eso quiere decir que las personas que intentaron herir a Maureen saben que la tenemos. Sé que te pido esto en una situación muy delicada y solo espero que no me falles. Recuerda, no la cojas con la mano o te abrasarás.

Me percaté de la gran venda que llevaba en la mano derecha cuando se levantó, encaminándose hacia la salida sin decir ni una sola palabra más.

—Byrne —lo llamé—. ¿Y qué más vas a hacer?

Levantó su mentón sin mirarme y contestó:

—Buscar al portador. Encontrar al Rey.

Observándola, me colgué la bolsa del hombro y busqué mi coche al salir para dirigirme a Moher. La espera de Taragh se estaba haciendo infinita, los niños no dejaban de preguntar por ella, la pequeña cada día me enamoraba más, sin embargo, siempre que la miraba apreciaba el rostro de su madre y la oscuridad me envolvía. La oscuridad por no tenerla a mi lado, la que te ahogaba, la que te asfixiaba lentamente sin tregua.

Un buen rato después, llegué a la entrada y vi a Valentina y Marco con los pequeños jugando. Ryan esperaba a una distancia prudencial, mientras que Sinéad mecía a Sheeva en sus brazos en un intento de poder dormirla. Me bajé del vehículo y todos me miraron. Negué con la cabeza, dándoles a entender que todavía no me había dicho nada de Taragh, y las muestras de pena y decepción se hicieron patentes al instante.

Solo me había pedido un día y poco más, y la paciencia se me estaba agotando. Besé a mis pequeños y me metí en el interior de la casa, seguido de Ryan, al que iba explicándole el tema de la lanza mientras llegábamos al sótano donde solía guardar las reliquias nuevas. Marco se unió también y obvié algunos detalles delante de él, para que no pensara que todos los irlandeses, o por lo menos nosotros, estábamos como un puto cencerro.

—Es muy bonita... ¡aaaaah! ¡Mierda, joder! —chilló Marco.

Me giré para ver qué había sucedido y vi que lo único que había hecho era sujetarla por la empuñadura. Se había abrasado la mano y no supe qué hacer para que no sospechara cosas extrañas.

—¿Qué ha pasado?

—¡¡Joder!! —gritaba, con la mano encendida de la quemadura—. ¡Me he abrasado la puta mano! Qué coño tiene, ¿fuego?

Puse los ojos en blanco, siendo consciente de que Ryan me miraba con complicidad, y me acerqué para empuñarla. No me quedaba otra opción o lo mandaríamos todo al traste y tendría que dar muchas explicaciones.

—No pasa nada, a saber si has tocado alguna estufa de calor de las que hay en la habitación.

Absurda excusa, pero no se me ocurrió nada en ese momento. Las estufas

estaban en las paredes...

—¡He metido la mano en la bolsa! ¡He tocado la empuñadora, O'Kennedy!

—Tonterías. —Le quité hierro al asunto, metiendo la mano en la bolsa.

Contuve la respiración, porque después tendría que buscar la excusa de por qué me había abrasado yo también, pero fue tarde, pues ya la estaba cogiendo cuando ese pensamiento llegó a mi cabeza.

Las vitrinas se movieron levemente, como si hubiese un diminuto terremoto, algo breve. Y recordé que eso mismo ocurrió en la cueva cuando fuimos a por ella. ¿Quizá era porque la había sacado de aquella piedra? ¿Podría ser el que debería de llevársela al supuesto portador? Y eso no era lo peor, Ryan me contemplaba sin saber cómo demonios explicárselo, hasta que me obligué a meterla dentro de la vitrina, pues a mí no me quemaba, no sentía dolor, pero sí que tenía unas sensaciones tan extrañas que no supe describirlas. Me apresuré a guardarla al comprobar que las piedras comenzaban a destellar, queriendo brillar más de lo debido.

—Marco, amigo, estás perdiendo la cabeza. Deja las drogas de una vez, porque no te están haciendo nada bueno.

—Yo no tomo drogas —refunfuñó, tocándose la mano.

—Anda, vámonos a beber algo —dijo Ryan.

Lo miré y este asintió. Salimos de allí, pero antes de hacer eso, contemplé de nuevo la vitrina. Era como si me llamase, como si quisiese decirme algo. Me lo quité de la cabeza en el instante que el móvil me vibraba en el bolsillo de mi pantalón y me daba cuenta de que era Maureen.

Diría que tardé menos de la mitad en llegar a Blacksod, a la casa de la matriarca de los Hagarty. Sabía que le había dicho a Maureen que dejaría que la trajese al día siguiente, sin embargo, mi paciencia se había terminado, y su mensaje escueto con el golpe de Taragh en la cabeza fue más que suficiente para agotarla del todo.

Llamé a la puerta como las personas normales, sin armar escándalo, sin pretenderlo y sin buscarlo. La mujer mayor me abrió, restregándose los ojos, pero me pareció más un paripé que otra cosa.

—¿Puedo pasar? —Traté de ser educado.

—No eres bienvenido aquí, O’Kennedy.

—Lo sé, pero también sé que tenéis algo que me pertenece.

—Tú no hablaste con mi nieta eso, por lo tanto, respeta los tratos que haces —dijo con arrogancia.

Sonreí sarcástico, sabiendo que Maureen nieta no se encontraba allí. Odiaba a aquella mujer de la misma forma que ella a mí. Di un paso hacia delante, intimidante, sabiendo muy bien que Maureen abuela no se andaba con chiquitas, y que tampoco se acobardaba con nadie. Pero, una vez más, volvíamos a lo mismo; a mí sí que no me importaban las consecuencias de mis actos.

—Tenemos dos formas de hacerlo. —Di un paso, metiéndome en la casa. Ella lo retrocedió—: Por las buenas o por las malas.

—¿Me estás amenazando? —Alzó una ceja, dando otro paso hacia atrás.

—Yo no amenazo, Hagarty, yo actúo. Y nunca hemos entrado en disputa, no quisiera hacerle daño, se lo aseguro. —Entrecerré mis ojos—. Dígame en qué habitación está mi mujer y todo esto habrá terminado en menos de lo esperado, es más, se quitará un problema de encima y su nieta podrá continuar con su vida como antes.

Sabía que esa vieja astuta era lo que más deseaba y de una forma u otra iba a llevarme a mi mujer. Me cercioró las ganas que tenía porque Taragh desapareciera de su casa cuando dijo:

—Segunda puerta a la izquierda. En la planta de arriba.

Sonreí con grosería y seguí mi paso sin ser intervenido por Maureen. Se apartó a un lado, sosteniendo la puerta con la mano, a la espera de que bajase.

Al subir, abrí con rapidez la puerta que me había dicho. Si esperaba más de lo necesario, lo más seguro era que llegase su nieta y tuviera que enfrentarme a la situación de otra forma menos agradable.

Y allí estaba.

Y de allí me la llevaría.

Se había terminado el tiempo.

Capítulo 24

Tenía el pelo ligeramente alborotado sobre la almohada. Sus manos se encontraban debajo de ella y las mantas apenas cubrían ese esbelto y sobrenatural cuerpo que poseía.

Y no supe qué hacer. ¿Cómo actuaba un hombre derrotado? Un hombre al que no recordaba. La persona que más había luchado por no reconocer su amor, por apartarla de él, en ese momento, estaba delante de ella dispuesto a raptarla por las malas, sin réplicas, sin tratos y sin nada.

Me acerqué con pasos firmes hasta su posición, destapé su cuerpo y ella abrió los ojos con el rostro inundado en una oscuridad que no supe descifrar. Pude ver un atisbo de sus hermosos ojos cambiados. No brillaban con ese azul que te dejaba sin respiración, sino que eran rojos como los del mismísimo dios del inframundo. ¿Era ella en realidad o había vuelto un ser indeseable dispuesto a hacerme sufrir en su lugar? No lo sabía, pero lo averiguaría tarde o temprano, aunque con ello se llevase mi vida.

—Tú...

Negó energéticamente con la cabeza, rejuntando sus piernas hasta conseguir pegar sus rodillas al pecho, arrastrando su cuerpo por la pequeña cama. Extendí mi mano sin apartar mis ojos hambrientos de ella, y lo único que obtuve por respuesta fue un manotazo que no inmutó mi mano, seguido de un rápido movimiento en el que se levantó de la cama para pegarse a la pared.

—Taragh... —Suspiré con poca paciencia—. Se acabó, nos vamos a casa.

—¡No! ¡Yo no me voy a ningún sitio! ¡Y menos contigo! —escupió.

Solté una risa histérica e irónica, dando una zancada en su dirección. Ella

se movió sin conseguir fundirse en la pared, porque mi cuerpo acaparaba el resto de la habitación y salida solo había una. Al llegar a su altura la miré desde mi posición y musité muy bajito:

—No tienes muchas alternativas, reina vengadora. No lo pongas más difícil o te aseguro que dejarás de ver al hombre en sus cabales para encontrarte con un loco que perdió su paciencia hace muchos años.

—Monstruo... —me dijo con asco.

No me dolió. Ya no. Desde que había vuelto, había perdido la cuenta de las veces que me había llamado así. Prácticamente cada vez que nos veíamos.

—¿Te parezco un monstruo?

Asintió ante mi tono. Sujeté su brazo con fuerza, ella intentó zafarse sin éxito, y tiré de su cuerpo aproximándome a la salida.

—¡¡Suéltame!! —gritó como una energúmena.

No le contesté. Agarré con más fuerza su brazo, sabiendo que ocasionaría un buen cardenal en la zona, y tiré de ella escaleras abajo. Se sujetaba a la barandilla cual serpiente, sin embargo, eso consiguió que mi genio creciera por segundos. Di un fuerte tirón a sus brazos, para colocarla en uno de mis hombros como si fuese un saco, y bajé las escaleras con decisión hasta que llegué a la planta baja donde la abuela Maureen me contemplaba con desaprobación.

—¡¡Maureen!! ¡¡Ayúdeme!!

Los ojos de la anciana la miraron con altivez, después lo hizo conmigo, negando con la cabeza en una clara muestra de desprecio, y mientras Taragh gritaba y gritaba, ella giró su envejecido rostro hacia el salón donde condujo sus pasos hasta cerrar la puerta, ignorándola por completo. No veía la cara de Taragh, pero sabía que la confusión se había dibujado en ella con asombro.

—Maureen... —musitó, apenas con fuerzas.

Abrí la puerta de la calle, dándome cuenta del inmenso frío que hacía en el exterior, y de que ella únicamente llevaba un camisón de pijama muy fino para la temperatura que había. Anduve unos pasos hasta casi llegar al coche donde la bajé y le ofrecí mi abrigo. Volvió a darme un manotazo cuando extendí mi mano.

—¡No quiero nada de ti! —soltó entre dientes.

—Ponte el abrigo. Nos vamos —sentenció.

Vi sus intenciones tan claras como que la tenía a ella delante. En una décima de segundo, observó el lateral izquierdo, en dirección al bosque, y salió disparada hacia el lugar sin darme tregua. Puse los ojos en el cielo y encaminé mis pasos tras ella que corría sin parar.

—Taragh, deja el puto juego ya. No me hagas perder más el tiempo.

Y corrió y corrió... Ignorándome.

Cuando ya cruzaba la linde que separaba el llano del bosque, saqué mi pistola y disparé en el aire generando que sus pies se detuviesen en el instante. Su cuerpo se quedó petrificado, momento que aproveché para seguirla y casi llegar hasta ella con pasos lentos pero firmes.

—Si no detienes tu carrera me obligarás a entrar en la casa de tu amiguita y darle un buen susto a su abuela. Imagínate el pastel que se encontraría la pelirroja cuando llegase y, claro, si tú no estás... Piensa a quién podría culpar de ese asesinato.

Mis palabras salieron tan aplastantes que pude ver la rabia recorrer su cuerpo, porque temblaba. Se dio la vuelta con lentitud, con la mirada fija en mis ojos. La luz de la luna era suficiente para alumbrar nuestros rostros, para saber cuál sería su siguiente movimiento. Un paso. Después dos. Y llegó justo a mi altura donde me propinó un bofetón que me giró la cara. Sonreí ante ese acto, pues no lo esperaba.

—Si que te han calado hondo. ¿Tan bien se han portado contigo en un día?

Volví mis ojos a ella. Su nariz aleteaba, sus pechos, tan apetitosos como siempre, subían y bajaban en un vaivén sensual y desquiciante. Se dio cuenta de ese detalle y otro bofetón llegó en la mejilla contraria. Mis labios se curvaron, mostrándole mis dientes y una carcajada resonó en mitad de la nada. Una carcajada quizá de un loco. De un demente que no tenía solución. De reojo me percaté de que pretendía repetir la operación. Cogí su mano al vuelo y la observé desafiante, inclinando mi rostro hacia delante. Apreté su muñeca, siendo consciente de que se retorció de dolor, pero no lo mostraba.

—Si vuelves a tocarme...

Me escupió.

Cerré los ojos sin terminar la frase, me limpié con una mano el resto de saliva que había caído en mi cara, escuchando el rechinar de sus dientes y, cuando menos se lo esperaba, la besé. Comenzó a darme golpes contundentes

en el pecho, tratando de separarme de ella mientras yo intentaba por todos los medios abrirme paso hasta su lengua. Sus dientes se ensartaron en mi labio inferior con rabia, con ahínco, y no té un líquido bajar por mi barbilla hasta caer en mi pecho. Una de mis manos se fue a su cadera, la misma que presioné para juntarla a mi cuerpo, mientras que la otra agarraba con una fuerza desmedida su cabello, seguramente lastimándola. Un bulto inevitable creció entre mis piernas y ella lo notó.

¡Joder, cómo la echaba de menos! Y qué daño hacía sentirse así, rechazado por la persona que más querías en la vida. Las dudas me asaltaron de nuevo. ¿Y si no me recordaba jamás? ¿Y si no conseguía que me quisiese de nuevo? «No, no, no», pensé, eso no podía ocurrir o terminaría con mi vida.

«Tú eres la única capaz de destruirme...».

Me separé de ella al ver que sus manos seguían golpeándome solo que con menos fuerza, y la miré a los ojos con una intensidad desbordante. Agaché mi rostro un poco más, volviendo a rozar sus labios, los mismos que ella no movió, sino que se quedó prendada de aquella mirada llena de tantas cosas...

—Nunca más —sentencié en tono rudo—. No vuel-vas a pe-gar-me —deletreé una a una cada palabra con más fuerza si podía—. Nunca —repetí.

A continuación, apreté su cabello con fuerza y tiré de ella, que se quedó detrás de mí, en dirección al coche.

—¡¡Me haces daño!! ¡Suéltame, bestia!

No la escuché, no quería seguir haciéndolo. Conseguí alcanzar la puerta trasera del vehículo y abrí, lanzándola de malas formas al interior. La cerré de un golpe en seco y murmuré antes de subirme:

—O recuerdas, o recuerdas.

Intentó abrirla sin darle tregua a la manivela, pero no lo consiguió. Tenía la seguridad puesta en las puertas traseras por los niños, y lo verifiqué antes de llegar a Blaksod. Sabía que trataría de huir de mí de cualquier forma. Me subí en el coche, arranqué y continué:

—Bien. Te voy a dar de plazo hasta que lleguemos a nuestra casa y me cuentes de tu boca el motivo por el que me tienes tanto odio. Después me vas a decir todo lo que pasó en el tanatorio, por qué te marchaste con el hijo de la gran puta de Andrew y, sin hacer mucha pausa vamos a llegar a eso de que Kellan era tu marido. Tienes poco tiempo, así que ve pensando con claridad,

porque, por la cuenta que te trae —la miré por el espejo retrovisor. Ella hacía lo mismo—, espero que no te dejes ningún detalle si no quieres conocerme de verdad.

Dicho y hecho. Un rato después llegamos a Moher. Los acantilados estaban furiosos, no sabía si más o igual que yo, pero las olas del mar chocaban con una rabia desmedida contra las rocas. Abrí la puerta trasera del coche, respirando y rezando porque ninguno de los niños se levantara y vieses a su madre medio perdida, sin saber ni quiénes eran. Los ojos de Taragh me aniquilaron, para dirigir la vista hasta los acantilados. Pude apreciar que los achicó en un gesto de desconcierto.

—¿Recuerdas algo? —le pregunté.

Volvió a fulminarme con la mirada y giró su rostro hacia la mansión, tratando de perder la conexión visual. Resoplé como un toro y la cogí del codo para conducirla al interior. Vi que su piel reaccionaba debido al frío, así que insistí en que se pusiese el abrigo de nuevo. Otro manotazo llegó por su parte cuando se lo extendí por los hombros, lo que ocasionó que la prenda cayese en el suelo, embarrándose. Me agaché para recogerlo, y esta, de nuevo, intentó darse a la fuga. Saqué la pistola y apunté su costado antes de que diera un solo paso más.

—Pues muérete de frío —solté en tono huraño—. Andando.

Le hice un gesto con la cabeza. Ella miró el arma y después a mí.

—¿De verdad piensas dispararme? ¿Así pretendes que deje de llamarte monstruo?

«Gilipollas...», me dije. Pero no tenía más alternativas. ¡Por Dios, estaba perdiendo los nervios!

—O andas o te pego un tiro aquí mismo. Decide. Y te aseguro que la paciencia no es uno de mis dones.

—Ya veo... —murmuró con desagrado.

Caminó hacia la entrada y la seguí. Al llegar sujeté su codo de nuevo, guardé el arma y entramos. Solté las llaves en el recibidor y Sinéad pasó por delante de nosotros, deteniendo sus pasos para mirar a Taragh con asombro. Se llevó las manos a la boca, a la misma vez que unas lágrimas caían de sus

pequeños ojos, sin poder evitarlo.

—Señora...

Taragh la contempló con desconcierto.

—¿Los niños? —Fui directo al grano.

—Dur... durmiendo... se... señor... La señora Valentina se ha quedado con ellos —titubeó más de lo que habría pretendido.

—Bien. ¿Marco y Ryan?

—En el salón... —musitó.

Asentí, tirando de mi mujer, la cual no se movía, hasta que llegamos a la puerta del salón donde antes de poder abrirla, Ryan lo hacía por mí. Me fijé en que ella estaba inmersa en el anillo de boda que llevaba en el dedo, igual que el suyo. Bien. Eso quería decir algo. No sabía el qué, pero algo tendría que ser para causarle esa confusión.

—¡Por todos los santos, Taragh!

Se abrazó a ella haciendo que me apartara lo suficiente. Pocas veces había visto esos gestos en Ryan, y cada vez que lo hacía más me sorprendían. Ella se quedó estática, sin menear ni un músculo. Ryan levantó sus manos hasta colocarlas en su rostro y me dio rabia que no hiciese el amago de quitarse esas manos y las mías sí.

—Ya está bien —ladré.

Ryan me observó, dándose cuenta de que miraba sus manos y las bajó hasta dejarlas a ambos lados de sus costados, momento en el que Marco aparecía también.

—Me alegro de que estés de vuelta, querida.

No tuvo intenciones de acercarse a ella, viendo la manera en la que había reprendido a Ryan. Pasamos al interior y la obligué con una simple mirada a que se pusiera uno de los abrigos que había en la entrada, mientras llamaba a Sinéad para que le trajese algo de ropa.

—¿Has visto tu teléfono? No hemos querido llamarte —pronunció Ryan, sin dejar de mirarla.

—No. ¿Ocurre algo?

Saqué el aparato del bolsillo y lo miré sin esperar la contestación. Había un mensaje, un mensaje demasiado importante para mí.

Ryan:

Tenemos a Kellan.

Elevé mis ojos, enfocándolos justo en las únicas personas en las que confiaba por aquel entonces.

—¿Dónde está?

—Byrne lo tiene en las instalaciones de la Organización. Nos dijo que en cuanto terminases con el asunto que tenías entre manos, fueses allí.

Mis dientes chocaron unos con otros, aunque lo que más me preocupó fue el escuchar una vocecilla detrás de mí. Cerré los ojos con fuerza, notando cómo se tensaban todos los músculos del cuerpo y no supe cuántas veces recé por haberme equivocado y que no fuera lo que me había parecido oír. William estaba justo detrás de nosotros.

—¿Ma... mami...?

Tragué saliva y la miré. Ella lo hizo horrorizada y pude notar un cierto halo de terror en sus ojos. Me giré despacio, aguantando el temple, y observé a mi hijo.

—¡Eh, campeón! —Cambié el tono de voz—. ¿Qué haces despierto? Es muy tarde, venga, márchate a la cama.

Pero el niño no tenía ojos para nadie, solo para la persona que se encontraba de espaldas a él, sin moverse. Ryan y Marco salieron a gran velocidad del salón, cerrando casi del todo la puerta.

—¿Mami? —volvió a preguntar.

Escuché un pequeño lamento de la garganta de Taragh, que seguía sin girarse. El niño se acercó a ella y tocó su mano por encima, gesto que la asustó y al momento la retiró para llevársela a la boca, aguantando un grave quejido que salió de su alma. William me miró. Yo no supe qué hacer.

—¿Estás bien, mami? —volvió a preguntarle, tirando de su chaqueta.

Nunca lo había hecho. Nunca le había hablado de malas maneras delante de los niños. Jamás. Por muy fuerte que fuese la discusión siempre aguantaba y esperaba nuestra soledad para soltar todo lo que llevaba dentro, sin embargo, en esa ocasión no fue así.

—Contesta. ¿Acaso no escuchas que te está llamando?

La contemplé viendo que tenía los ojos anegados en lágrimas mientras que

negaba con la cabeza energéticamente. No podía hablar, supuse, y la rabia me cegó.

—William, vete a la cama —le dije con rudeza.

El niño no rechazó. Se tiró al cuerpo de su madre, abrazándolo con amor y desesperación para, instantes después, salir del salón con una sonrisa en los labios, sin ser consciente del gran problema que teníamos entre manos. Cuando se marchó, perdí los papeles.

Cogí su cuello con una dureza desmedida, empujándola hacia la pared más cercana donde la aplasté sin compasión.

—¿Qué coño haces?! ¡¿Qué coño haces?! —le grité, desencajado. No dijo nada. Se llevó las manos al cuello en un claro intento de quitarse las mías de encima, ya que la estaba asfixiando. Aprecié que su rostro palidecía. Yo seguí apretando, fuera de mí. Di un empujón más ocasionando que su cabeza golpeará con la pared—. ¡¡¡Recuerda maldita sea!!! ¡¿Cuándo vas a recordar?! ¡Es tu hijo!!

Sus lágrimas cayeron como una cascada sin freno. Ryan, Marco y hasta Sinéad entraron al escuchar las voces y a duras penas consiguieron separarme de ella. Me miraba desorientada, sin dejar de llorar. Sinéad trató de consolarla mientras se escurría por la pared hasta llegar al suelo donde se abrazó a la ama de llaves. Ryan y Marco trataban de calmarme, pero yo no escuchaba lo que me decían.

Mi cuerpo temblaba de rabia, de pena y de mil sentimientos juntos.

Volví a notar la presión en el pecho. El dolor incesante de la ansiedad. No podía actuar así, pero ¡era mi hijo! ¡Joder! Las palabras de Maureen vinieron a mi cabeza como un huracán, haciendo que el pecho se me oprimiera más, que la respiración no siguiera su cauce y que notará que estaba a punto de darme un infarto.

«No puedes entrar ahí dentro y hacer como si nada hubiese pasado, ¿qué van a decir tus hijos? ¿Cómo va a reaccionar ella? No se acuerda de nada...». ¡Y llevaba razón, maldita fuera, la llevaba!

Coloqué mis manos sobre la mesa del salón, escuchando de fondo las palabras de Sinéad. La situación se me estaba yendo de las manos y todo lo acontecido me estaba sobrepasando.

—Me llevaré a la señora para que se dé un baño. Enseguida estaremos de

vuelta cuando coma algo y esté más tranquila.

—De acuerdo. Marchaos —contestó Ryan.

No me giré, aunque sabía que ella me contemplaba y sus ojos se clavaban en mí. Las lágrimas se agolparon en mis ojos con ganas de salir libremente, pero no iba a permitir que eso ocurriera, ni mucho menos. El silencio se hizo eco en el salón, creo que ni escuchaba la respiración de las dos personas que estaban conmigo.

—No recuerda nada, Cathal. No puedes tratarla así —me reprendió Marco.

Ryan no rechistó. Qué sabían ellos lo que nos había costado recuperar a William. Qué sabían ellos lo que nos había costado estabilizar nuestra familia, nuestra casa, ¡nuestra vida! ¡Qué cojones sabían! No iba a permitir que nadie me riñese como si tuviera dos años, porque yo era el primero que era consciente de que las cosas no se hacían siempre a mi manera, o por lo menos no deberían.

—Marchaos a descansar. —Cogí la botella de *whiskey* y le di un largo sorbo—. Cuando me marche quiero que la tengáis vigilada hasta que vuelva. Me iré en cuanto termine de hablar con ella.

—Cathal... —Marco insistió.

Me giré hecho un basilisco y supe que lo que acababa de ver en mis ojos no permitía réplica, pues levantó sus manos en señal de paz y salió del salón. Ryan cabeceó varias veces, sin decir nada, e imitó sus pasos hasta que cerraron la puerta del comedor.

Me senté en el amplio sofá, solo, observando las incesantes llamas del fuego, perdido en mis pensamientos, que no dejaban de buscar la manera más concisa de hacerle recuperar la memoria, hasta que escuché que las puertas volvían a abrirse y ella aparecía en mi campo de visión. No me giré para verla a mi derecha, pues sabía que su belleza, unido a las llamas de la chimenea que se reflejarían en ese cuerpo esculpido en mármol, me dejarían atónito y haría algo peor por no poder controlar mis instintos más primitivos. Mis ganas de ella.

—Siéntate —le ordené. Seguía sin mirarla. Obedeció y lo hizo en uno de los sillones individuales que había en el mismo sitio en el que había estado de pie—. A estas alturas comprenderás que no puedes huir de mí.

No era una pregunta, era una afirmación que ella reafirmó cuando movió su delicado rostro, asintiendo. Durante unos segundos, o quizá fueron minutos, nos mantuvimos en silencio. Imaginé que ella con sus pensamientos y yo estaba claro que con los míos. No despegué la vista del fuego cuando mis labios volvieron a decir:

—Cuéntame todo lo que pasó. De principio a fin.

Tenía prisa por despellejar un cuerpo, pero antes de eso, dedicaría el tiempo que hiciese falta para saber todos los acontecimientos que me había perdido.

Capítulo 25

Maureen

No me lo esperaba. Debo reconocer que después de verlo correr camino hacia Faulmore, dudé en volverlo a ver en días, aunque mi abuela dijese lo contrario. O quizá, como él mismo dio a entender, nunca. Es más, confiaba que la casa rural Ocean Breeze estuviera libre y que le pudieran dar cobijo aquella misma noche.

Parecía confundido, pero no derrotado. Su cara reflejaba cansancio, aunque había una chispa en sus ojos que no escondía el rencor que me procesaba.

—¿Puedo pasar? —preguntó señalando la estancia con la mirada.

—Sí, claro. —Me aparté y lo dejé—. Siéntate en el sofá. ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, gracias —aceptó, sentándose.

—Maureen... —mi abuela me llamó desde el borde de la escalera, en la planta de arriba.

—Todo está bien, abuela. No te preocupes, es Aidan —la tranquilicé desde abajo—. Vuelve a la cama. Yo me encargo.

—¿Tu abuela lo sabe? —preguntó sin sorpresa alguna. No entendí el motivo.

—Sí... —murmuré, sin querer entrar en detalles. En cuanto puse la tetera en el fuego giré mi cabeza y lo vi contemplando la chimenea con la mirada perdida. Volví a la realidad, al ser consciente de que no llevaba nada de ropa, solo mi abrigo—. Subiré al dormitorio y buscaré ropa que pueda irte bien. Creo que mi padre o mi tío Brannagh tienen algo aquí.

No hizo falta que me dijera nada para agradecerme el gesto. Suspiré al

abrir las puertas del armario del dormitorio donde aquella misma noche había estado durmiendo Taragh.

Taragh... Cómo debía estar odiándome en aquel momento. Me sentía responsable de su partida. En cuanto viera a Cathal debía aclarar aquel «secuestro». No tenía que haber actuado de esa forma, solo le pedí un día más, aunque, a decir verdad, no sé qué habría hecho con dos personas totalmente desorientadas en la misma casa.

Bajé las escaleras con un juego de toallas y ropa deportiva de mi tío.

—He pensado que quizá te gustaría ducharte antes de ponerte la ropa.

Mi actitud era cauta. No era momento de ponernos a discutir. Si él había llegado a la puerta de la casa, era por algo, o porque en realidad sí le importaba y sabía que algo había ocurrido. Que sí había muerto. No rechistó. Tampoco me soltó ningún tipo de mirada, ni recriminadora, ni acusadora, ni compasiva y, mucho menos, de derrota. Cogió las toallas y subió al baño. Yo me encargué de avivar el fuego.

—Quiero recuperar mi vida —fue lo primero que dijo en cuanto bajó las escaleras, recién duchado y con la ropa que le había prestado.

—Estás en tu derecho —contesté acercándole la taza de té.

No sabía cómo conducir aquella conversación. No tenía ganas de marear la perdiz y tampoco de convertirlo en una conversación de besugos.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó.

—¿Por qué hice qué?

—Mentirme. No decirme la verdad en cuanto te marchabas de viaje. No confesarme a qué te dedicabas en realidad. Engañarme en los exámenes del NMCI.

—Ahí te equivocas. —Alcé la mano para frenar la acusación—. Todos mis estudios en el NMCI son reales. Para los exámenes estudié como la que más y pasé todas las pruebas por méritos propios en Cork y en Dublín.

—Da igual, creo que eso fue lo único en lo que fuiste sincera.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría. Me daba coraje que pensara que toda nuestra historia había sido una farsa. Yo lo había amado como a nada y a nadie en el mundo. ¡Y seguía amándolo! Me dolía en lo más hondo de mi corazón que dudara de mí en aquel sentido.

—¿Has dudado de mi amor por ti? —le escupí incrédula. Aquel momento

se hizo eterno. Giró la mirada y se dirigió a la chimenea con la intención de avivar el fuego. No sentía el tiempo pasar. ¿Realmente se había quedado en silencio sin contestar a mi pregunta?—. Aidan —le rogué—, contéstame. Le llamé la atención, pero fue inútil. Se estaba entreteniendo, cogiendo las pequeñas ramas de la cesta que había junto a la chimenea. —¡Aidan! ¡Deja el dichoso fuego en paz! ¡Haz el favor de escucharme y contestar a mi pregunta! ¿Has dudado alguna vez de mi amor por ti?

Me miró a la cara y otro largo silencio se produjo en la estancia. Su mirada estaba perdida y un temblor me hizo tener miedo de que confesara algo que no deseaba escuchar.

—No... —me susurró—. Pero debes comprender que después de todas las mentiras, tengo mi derecho a mal pensar de algunas cosas.

—Y no te lo niego. No culpo tu desconfianza, pero hay aspectos que no han cambiado. Yo he cambiado. Con el tiempo he tenido que hacerme más fuerte. He perdido y ganado muchas cosas. Yo también he sufrido, más de lo que jamás hubieras creído, he tenido gente a mi alrededor que me ha querido y otros que, por mucho que lo intentaran, lo único que hacían era estorbar. Dejé de hablar con los miembros de la Organización y me refugié aquí en esta casa durante semanas...

Cortó mi explicación.

—¿No estaba tu diosa contigo? —ironizó.

Aquello me estaba poniendo más furiosa de lo que habría pretendido. Estaba convencida de que no creía ni una palabra de mi relación con Áine. Y no solo eso, sino que seguro que tampoco creía nada que estuviera relacionado con la Organización. Entonces una idea me vino a la cabeza. Iba a ser la primera vez que lo haría, pero estaba segura de que me comprendería. Además, así también terminaría de entender por qué había resucitado.

—Dame las manos —le pedí tendiendo las mías y sentándome de lado para encararme con él.

Me miró con desconfianza, sin embargo, al insistir agitándolas, obedeció.

—*Bhean* (Señora) —la llamé.

—Vamos, Maureen. No hace falta toda esta pantomima. Asímelo, se te ha ido la pinza y ya está. —Trató de quitármelo de la cabeza.

—Espera —le dije y luego volví a cerrar los ojos para repetir la llamada

—. *An féidir leat cuairt a thabhairt orainn?* (¿Puede visitarnos?).

—Déjalo —insistió.

—¡Espera! —me enfadé.

—¡No! ¿Quieres dejar toda esta mierda? —se enfureció, apartando sus manos de las mías—. Me despierto en un árbol, solo, después me doy cuenta de que estás detrás, ¡de que estaba muerto! ¿Sabes lo que es eso? —Me miró con recelo, con pánico. Con confusión—. No entiendo nada, Maureen, nada... —terminó, bajando su tono de voz.

Tragué saliva, intentando entender por lo que estaría pasando, pero el enfado hizo que la corriente de aire hiciera acto de presencia. Su cara reaccionó abriendo los ojos en demasía, sus manos volvieron a unirse a las mías y me las apretó con fuerza.

—¿Eso qué es? —preguntó sorprendido.

En cierto modo, me arrepentí de mi impulso. ¿Y si todo era demasiado para él? ¿Y si no lo soportaba y volvía a perderlo?

—Bienvenido a mi mundo. —Le sonreí satisfecha, tratando que no se espantara.

Las luces del salón se apagaron de golpe, la llama del hogar comenzó a levantarse con fuerza y un destello de luz bajó por la chimenea. Era ella que acudía a mi llamada.

—*Grá* (amor) —dijo al vernos, regalándonos una sonrisa.

—¿Qué coño...? —fue lo único que pronunció Aidan, en dirección a la diosa.

—¿Puedes verla? —le pregunté.

—Yo no sé qué se supone que debo ver, pero esto no me agrada y, si es una broma, es de muy mal gusto.

—*Aidan, ná bíodh eagla ort* (Aidan, no tengas miedo). *Beidh Maureen agus mé tú a chosaint.* (Maureen y yo te protegeremos) —quiso calmarlo.

Mi marido no salía de su asombro y sé que veía algo porque no quitaba ojo del lugar donde se encontraba la diosa.

—Ella es la diosa Áine y te está diciendo que nada malo te pasará. Que nosotras te protegeremos.

—Maureen. —Mi abuela bajó la escalera y vio el espectáculo en el salón —. *Bhean.* (Señora) —dijo mirándola.

—Abuela, Aidan puede verla —le informé al saber que era algo excepcional.

—Te estás saltando las reglas —me advirtió.

—Lo sé, pero ahora mismo me da igual. Quiero recuperar a mi marido, y si con ello tengo que mostrarle mi secreto, lo haré.

—Aidan... —Mi abuela se acercó, queriendo explicárselo.

—Si esto es una broma, no tiene gracia —se defendió.

—Pídele lo que quieras. —Me aventuré a que se atreviera a hablar con ella.

—¿Qué coño se supone que debo pedirle a una mujer que está suspendida en el salón y que brilla por todas partes?

Pareció horrorizado. En parte lo entendí, pero tenía que hacer lo que fuese necesario para que confiara en mí.

—Dices que no crees nada de esto, que estás convencido de que es una pantomima. Pídele alguna cosa y ella te lo mostrará —añadió mi abuela.

Aidan me miró sin saber qué hacer.

—Yo no voy a decir nada. Todavía eres capaz de acusarme de que lo tengo preparado. Quiero enseñarte la verdad, que me creas... —me defendí.

—*Do dheirfiúr?* —preguntó Áine, mirándolo.

Mi marido me miró sin entenderla.

—Te está preguntando si quieres saber algo de tu hermana.

—Sí, claro. —Asintió repetidas veces con la cabeza.

Con un movimiento de mano señaló la pantalla de la televisión y en ella pudo verse a Saoirse trabajando detrás del mostrador de la cafetería. A Aidan se le dibujó una sonrisa en la cara.

—Seguimos en contacto —lo tranquilicé, tocándole el brazo—. Tu muerte no hizo que nos separáramos. Eso jamás. —Otra imagen se plasmó. Saoirse estaba junto a Connor sentados en el sofá de su casa de Dublín, tocándose su abultado vientre. Los ojos de sorpresa de Aidan me miraron y comenzaron a brillar—. Es un niño. —Reí emocionada, acariciándole su antebrazo—. Y se llamará Cian.

—Cian... —repitió y cayó en la cuenta de algo importante—. Es mi segundo nombre.

—Ese es el motivo de tal elección —susurré.

—*Blessing?* —nos preguntó la diosa.

—Eso no hace falta que me lo traduzcas —me advirtió Aidan—. Sé que ha dicho si queremos bendición. Dile que quiero que bendiga a mi hermana y a su familia.

La miré y ella fijó sus ojos en los míos.

—Aidan —pensé en cómo decirle lo que la diosa preguntaba, temerosa por escuchar su respuesta—. No solo quiere bendecir a tu familia. Nos está preguntando si quieres que también nos bendiga a nosotros. —Él me miró a los ojos, después los pasó a la diosa y a mi abuela—. Ya conoces mi secreto. Si dices que sí, sabrás que todo lo que te digo es real y puedes seguirme donde quiera que yo vaya —me expliqué.

Su silencio volvió a incomodarme. Fijó su mirada en la pantalla del televisor y volvió a sonreír al ver a su hermana. Aparté mi mirada de él. No soportaba aquella incertidumbre. Observé a la diosa, me guiñó un ojo y me sonrió. Era como si me dijera «Tranquila, todo va a ir bien». ¡Dios! Tenía tantas ganas de que así fuera... Hasta que oí un sonido que me hizo quitarme todos los miedos y esa vez fui yo quien dibujó una sonrisa.

—¿Qué es eso? —preguntó Aidan al escuchar el mismo tintineo que yo.

—Tenemos visita. —Sonreí.

De las paredes de la chimenea comenzaron a escucharse unos pequeños golpecitos y las risas hicieron acto de presencia deleitándonos con su sonido. La diosa se apartó de la boca de la chimenea y de ella comenzaron a salir grupos de hadas en tropel. Sus risas eran ensordecedoras y sus vuelos no hacían más que dibujar círculos en el aire alrededor de nuestras cabezas. Todo el mundo conocía el instinto juguetón de las hadas, pero para Aidan era nuevo. Él no hacía más que mirar a su alrededor y espantó a una que se le posó en la punta de la nariz a modo de burla.

—*Stad.* (Parad). —Las espanté con la mano sin dejar de reír por sus travesuras que sabía que eran inocentes pero molestas.

—¿Qué dicen? —Aidan no lograba entender lo que hablaban las pequeñas.

—Ni yo sé lo que dicen. Tienen fama de tener una voz estridente e incomprensible. —Seguía espantándolas con la mano alrededor de su cabeza.

Hasta que otra pequeña vestida de color azul, larga melena rubia y diminutas conchas en los mechones del pelo, volvió a posarse en la punta de la

nariz de Aidan.

—*Blessing*? —le preguntó la pequeña hada en un tono lo más entendible posible.

Aidan la miró confundido y luego pasó sus ojos a los míos, donde pude apreciar que la rabia se disipaba y la compresión se hacía con ellos. Me creía. Estaba segura de ello, además, ya no tenía más opciones para que entendiese mi vida. Se lo estaba mostrando absolutamente todo. O casi todo. Respiró hondo, me cogió la mano con firmeza y entonces repitió:

—*Blessing*. —Asintió a modo de consentimiento.

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz de recibir el contacto humano de alguien. Aidan había dado un paso enorme en nuestra relación. Aquello era un gesto de confianza por su parte que yo valoré enormemente.

—*Le do thoil* (Por favor) —me apresuré a decir antes de que se echara atrás.

Me urgía que aquel gesto se hiciera efectivo antes de que amaneciera. No faltaba demasiado y sabía que la noche daría más fuerza al hechizo que estábamos a punto de recibir. Contemplé a mi abuela y ella comprendió que aquel no era momento para que estuviera con nosotros. Me lanzó un beso con la mano y dio media vuelta para comenzar a subir los escalones.

Las llamas de la chimenea comenzaron a avivarse con más énfasis. Las hadas danzaban por toda la estancia, la diosa alzó sus manos y miró al techo. Un susurro de risas y el sonido de las campanillas de las hadas hizo que el ambiente se dulcificara. Áine no dejaba de decir pequeñas plegarias y nos miraba con cara de gran satisfacción.

Aidan me cogió la mano que tenía libre y juntamos las cuatro para hacer una especie de bola que mantuviera la energía. Me miraba a los ojos y apenas pestañeaba. Habría pagado por saber qué estaba pensando en aquel momento. Las hadas comenzaron a abandonarnos marchándose por donde habían venido y el hueco de la chimenea volvió a ser la puerta de acceso para ellas.

Áine nos miró fijamente, alzó la barbilla y con las manos dibujó una esfera que nos lanzó a modo de polvo de estrellas. Un remolino nos envolvió a los dos y el aire tuvo tanta fuerza que tuvimos que cerrar los ojos y acercarnos para abrazarnos. Aquello duró apenas unos segundos, pero al cesar el aire abrimos los ojos, nos separamos y vimos que estábamos solos en el salón.

Miramos a un lado y a otro, cerciorándonos de que la diosa había desaparecido.

Aidan me miró a los ojos, me acarició la cara, se acercó a mí y me dio un intenso beso en los labios. Pensé que, ya que había asimilado mis cosas, era hora de que le contase el motivo por el cual estaba en el mundo, otra vez. Lo que pasó con Taragh y el porqué de que mi abuela invocase aquel ritual con la diosa. Lo único que comencé a temer era a las represalias de haberme saltado las normas, pero no me importó. En aquel instante no importaba nada.

—Y ahora, es hora de que te cuente por qué has vuelto a la vida.

Capítulo 26

Cathal

Cual depredador busca a su presa, a la mañana siguiente entraba en las instalaciones de la Organización con unas ganas de sangre asustadizas. No eran las mismas que habitualmente poseía. A grandes zancadas me encaminé hasta la puerta del despacho de Byrne, donde ya tenía constancia de que aguardaba mi llegada. Elevé mi mano para llamar, pero ese acto no llegué a realizarlo, se abrió antes de tiempo con el gesto tenso y serio de él. Me di cuenta de que Cara también estaba dentro.

—Vaya, no sé si son buenos días o malos días. Tendré que meditarlo — ironicé.

—Siéntate, O’Kennedy —me pidió, extendiendo su mano en la dirección de la silla.

Lo hice de forma despreocupada, sintiendo los ojos de Cara sobre mí. Ella se colocó justo al lado de Byrne, pero yo no reparé en su presencia y seguí mirando al hombre que me debía una información muy importante.

—Antes de que me acribilles a preguntas, déjame que te haga unas cuantas yo. —Resoplé—. ¿Tu mujer?

—Donde tiene que estar —le contesté escueto.

—¿La lanza?

—Donde tiene que estar —repetí.

—Hasta que yo diga lo contrario.

—Exacto. Ahora, dime dónde está ese cabrón.

—No tan rápido. Kellan fue encontrado por tus hombres en Londres, me imagino que lo sabrás. —Asentí con un breve movimiento de cabeza—. Bien, pretendía esconderse en un pueblo alejado de la ciudad. Es un hombre muy

listo, aunque ya se ha quedado sin aliados. ¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

—Creo que mejor no te lo diré —chuleé.

—Lo prefiero. Sin embargo, te recuerdo que tenemos un trato.

De reojo pude apreciar la mueca de disgusto que Cara ponía. ¿Por qué lo hacía? ¿De verdad pensaba que alguna vez podría perdonar su abandono? «Nuestro abandono», me corregí mentalmente, sin poder evitar que mis pensamientos se fuesen al único pilar que tuve en mi infancia. Arrugué el gesto y seguí con la conversación:

—Y lo cumpliré. Pero debes de tener en cuenta que solo dejaré que me juzguen cuando mi familia se quede en condiciones.

—No sabes cuánto tiempo puede llevarte que Taragh recupere la memoria, Cathal.

Me sorprendían los cambios tan radicales que hacía a la hora de llamarme por mi nombre o por mi apellido. Suspiré, comenzando a notar cierta desesperación por ver a Kellan. Las manos me picaban, pero la sangre a cada segundo que pasaba más se me calentaba.

—No pretendo lo que dices. No voy a estar dándote vueltas hasta que ella recupere la memoria —dije muy a mi pesar—. Pero sí lo estaré hasta que encuentre al hombre de todas las desgracias.

—Kellan está aquí. Ya lo tienes.

—No me refiero solo a ese, y lo sabes.

—Ese era nuestro trato, Cathal.

Alcé una ceja, dándole a entender que no me haría entrar en razón.

—Pues el trato ha cambiado.

—¿Por qué? —Arrugó su entrecejo.

—Porque yo lo digo —sentencié.

Tragó saliva, sonrió y miró a Cara.

—Sin duda tiene talento para los negocios —le dijo, y después me miró a mí—. Bien, esperaré hasta que Andrew esté donde quiera que lo tengas pensado y después tendrás que someterte al juicio. E irás a la cárcel. —Me observó. Yo no moví un músculo—. Hay mucha gente que te quiere entre rejas, Cathal, y no puedo retenerlo durante más tiempo, así que te aconsejaría que aligerases en tu búsqueda, como lo has hecho con Kellan, porque como

máximo puedo darte un mes.

—Haré lo que esté en mi mano. Pero te aseguro que si no he terminado y tu plan es que vengan a detenerme, ya puedes esmerarte en mandar hombres porque te estaré esperando —lo amenacé.

—No es necesario ocasionar una matanza. No lo pretendo. Por otro lado, y dejando este tema apartado, quiero que sepas que seguimos investigando el tema de la lanza y no hemos encontrado nada. ¿Has buscado por tu parte?

Asentí.

—Solo son leyendas, Byrne. No es cierto.

—Entonces, ¿cómo explicas lo de la empuñadura? ¿Las quemaduras que produce también son normales para ti? —esa vez fue Cara la que se pronunció.

La ignoré.

—Byrne, si no hay nada, es porque nada existe. Si no lo encuentras tú que tienes el poder de hacerlo, ¿qué piensas que puedo hacer yo?

Lo que pasó en mi casa con Marco me vino a la cabeza. Claro estaba que no pensaba contárselo. Cara miró a su hermano con desesperación, soltó un resoplido que se escuchó en toda la sala y estaba seguro de que en el pasillo también. Me daba igual lo que pensase, ella había fallado. Yo no.

—No lo sé, aunque de momento si está segura prefiero que sigas manteniéndola tú. Tendrás que contarle a alguien donde la guardas por si llega el momento de traerla de vuelta y tú no estás...

—Lo entiendo, Byrne. Ya hay alguien que sabe dónde está. No hay que preocuparse por eso. Y ahora, ¿me dices dónde tengo mi regalo?

Lo contemplé con una sonrisa deslumbrante, con unos ojos dementes y con unas ganas de venganza que eran palpables.

—En el sótano dos. Puerta treinta y cuatro —soltó sin más.

Alcé una ceja con diversión y me levanté de la silla para conducir mis pasos a mi tan ansiado destino. Antes de que pudiera cerrar la puerta del despacho, Cara sujetó mi brazo con cautela y me miró. Bajé mis ojos hasta su agarre, dándole a entender con una simple mirada que o apartaba su delicada mano de ahí o tendríamos problemas y muy grandes. No pensaba echarme atrás en mi decisión y esperaba que lo entendiese, que no tuviese que explicárselo de nuevo.

—Cathal, escúchame... —me pidió suplicante.

—No tenemos nada que hablar, Cara —afirmé tajante.

—Sé que no he sido la mejor madre que...

—No. No has sido nada, ni serás nada. Grábatelo en la mente.

Mi tono era firme, duro, y sus ojos me lo mostraron cuando se plagaron de un brillo inusual. Desde luego que la parte bondadosa se la había llevado ella. Una parte que pocas veces sacaba a relucir. Me solté de su agarre y continué mi paso unos pocos metros, hasta que me detuve al escuchar sus palabras:

—Quise a tu padre por encima de todo. Pero también te he querido siempre a ti. Aunque no lo creas, fue una decisión muy dura. ¡No tenía alternativa!

Giré mi rostro lo suficiente, sin llegar a mirarla.

—Siempre hay alternativa.

—¡No la tuve, Cathal! Solo quiero que me perdones, no pretendo que me llames mamá, no pretendo que seamos una familia feliz. Solo quiero que tengamos una relación cordial, que puedas mirarme a la cara sin sentir odio... Nada más... —terminó susurrando.

—No puedo perdonar algo que jamás conocí. ¿Quieres una relación cordial? La tendrás. Pero este tema no volverá a sacarse nunca, porque se zanja aquí y ahora. Si me disculpas, tengo asuntos muy importantes que atender.

Sin esperar una respuesta caminé por el largo pasillo hasta que llegué a los ascensores donde pulsé con ímpetu el sótano dos. Menuda sorpresa se llevaría uno que yo me sabía. Sin querer evitarlo una sonrisa malvada se instaló en mi boca mientras descendía.

Observé la puerta, vieja y desgastada, antes de colocar la mano sobre el pomo. Abrí, ocasionando un leve rugido al empujarla y a lo lejos atisbé la sombra de un hombre. Me acerqué con pasos lentos, comprobando que estaba maniatado a una silla igual de antigua, con una bolsa de tela en la cabeza.

—Vaya, vaya, vaya. —Le quité la bolsa de un tirón—. ¿Recuerdas esta bolsa? Es muy parecida a la que le pusiste a mi mujer en la cabeza cuando la secuestraste.

—Tú —escupió de mala gana.

—Últimamente me dicen mucho eso. Tú —repetí, acordándome de ella—. Reconozco que estás hecho un puto desastre. Veamos, ¿no te dan de comer?

¿No te cuidan bien? Son unos personajes, pero no dejan de ser los buenos — comenté sarcástico, refiriéndome a la Organización.

Me paré detenidamente a observar su aspecto desmejorado. Estaba hecho un asco. Tenía barba de varios días, la ropa la llevaba llena de rasguños, en algunos sitios rota por completo y me imaginé a Ryan y a Marco usando la fuerza bruta, algo que él mismo verificó.

—Digamos que tus secuaces no han sido muy atentos —chuleó.

—¡Oh, perdona! Tengo que enseñarles modales. Siempre se me olvida — ironicé—. Pero no estamos aquí para hablar de eso. Espero que hayas comido lo suficiente.

—¿Qué quieres, O’Kennedy?

Lo contemplé, alzando mis cejas de manera exagerada, sacando de uno de mis bolsillos una navaja. Este dirigió sus ojos hacia el arma blanca, tratando de echar su cuerpo hacia atrás, algo prácticamente imposible.

—Matarte. Obvio.

Di la vuelta quedándome detrás de él y Kellan se tensó al pensar que lo degollaría. Lo supe cuando volvió a decir:

—¿Y vas a matarme como a un miserable?, ¿atado a una silla? Ahí está el valiente y gran O’Kennedy —murmuró ente dientes.

No le contesté. Bajé mis manos hasta las ataduras de sus pies, las corté, y después repetí el mismo proceso con sus manos. Dejé que moviera sus muñecas para destensarlas, seguidamente, se incorporó de su asiento y me miró fijamente.

—Creo que lo justo es que estemos en las mismas condiciones, ¿no crees?

Sonrió con cara de desquiciado, dando un paso hacia mí.

—¿Sabes lo que has hecho? —preguntó señalándome—. Estas perdiendo facultades. —Rio.

Otro paso más, solo que ese fue con el puño alzado, en dirección a mi cara. Lo esquivé con rapidez dejando que Kellan chocase con la mesa que tenía tras de mí. Soltó un alarido de dolor al clavarse una de las púas que había en la madera. Se volvió con cara de loco, calculando las posibilidades que tenía de salir vivo de aquel cuarto. Yo me adelanté:

—He pensado en hacerte cachitos —hice el gesto con mi mano— y sacarte de aquí en una de esas bolsas de basura. ¿Qué opinas?

—Que te vas a quedar con las ganas, hijo de puta. No te tengo miedo... —
siseó.

Se abalanzó de nuevo hacia mí, consiguiendo estampar su puño en mi costado. Me giré y antes de perderlo de mi campo de visión conseguí golpearlo de la misma forma en el rostro. Retrocedió dos pasos y sentí que la rabia empezaba a hacer acto de presencia en mis sentidos.

—¿Tu mujer? —Arrugué el entrecejo—. ¿Qué pensabas conseguir?, ¿que te quisiera?

Solté una tremenda carcajada, enfocando mis ojos en su dirección. Su pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo. Sabía que me estaba burlando de él.

—Que te matase con sus propias manos. Imagínate que lo hubiese conseguido.

—Parece ser que no te quedó claro cuando la secuestraste por primera vez. La lealtad es algo que se tarda mucho tiempo en conseguir, O’Flannagain.

No dudó en volver a atacarme. Durante un buen rato estuvimos repartiéndonos todo tipo de golpes el uno al otro mientras soltábamos gruñidos como animales. Me di cuenta en ese instante de la falta que tenía de descargar mi ira contra alguien, y lo mejor de todo, contra alguien que se lo merecía con creces. Se agachó de repente, en busca de la navaja que había dejado a los pies de la silla. Fui consciente de ello, aunque lo dejé. El juego duró hasta que escuché de su boca cómo decía envalentonado por la situación que creía tener controlada:

—No hace falta que te diga que follármela cuando quisiera sumaba muchos puntos.

Como una avalancha mi mano voló hacia la parte trasera de mi pantalón, de donde saqué un puñal mucho más grande que la simple navaja con la que corté sus cuerdas, y comencé a dar puñaladas en el aire sin miramientos. No supe con certeza cuántos cortes pudo haberse llevado su cuerpo, ni el mío debido a sus constantes embistes. No supe hasta qué momento fui consciente de que se desangraría en mis narices, ni supe cuándo parar. Quizá ese era el problema que tenía, que estaba tan loco y desatado que en cualquier momento mi vida acabaría con un punto final, sin darme cuenta. No veía el peligro, no le temía a nada. No era invencible, por mucho que quisiera imponerlo. Nadie lo

era. Todos, tarde o temprano, adoptábamos una forma de protegernos. La mía, sin duda, había sido la de un sanguinario sin miramientos. La de un ladrón sin escrúpulos. La de un hombre que era capaz de matar si nombrabas a la persona que más quería en el mundo.

Su cuerpo se dobló un rato después sobre mi antebrazo, apenas sin aliento, mientras yo seguía propinando cortes en su piel, sin llegar a ser puñaladas. Me fijé, sin ver, que su cara ya no era la del Kellan que una vez conocí, sino que se había transformado en una persona que pedía clemencia, que mostraba el dolor que estaba sufriendo.

—Por favor..., O’Kennedy... —musitó en un susurro.

—Es solo una visita de cortesía... —imité su tono en uno de nuestros encuentros.

Y seguí.

Esa vez para terminar con lo que había empezado. Porque, ¿cuál era el motivo de haber llegado hasta allí? La venganza. Y eso no me lo quitaría nada ni nadie.

Apreté con fuerza la empuñadura que se encontraba ensangrentada por completo y esa vez mis puñaladas fueron certeras y atravesaron su pecho. Una tras otra, una tras otra. Mi mano se llenó de un color rojizo, mientras escuchaba la suplicante voz de un hombre que un día creyó ser Dios. Creyó jugar en el bando adecuado y que ganaría una guerra, pero sobre todo a un tirano.

Como decía la leyenda que surgió en aquel instante en mi mente, había una vez un hombre malvado que andaba por el mundo sin miedo o arrepentimiento. Un hombre que un día se enamoró perdidamente de una joven que estaba sola en el mundo. La amoldó a su forma de ser, le hizo ver la vida de otra manera y supo que, en el momento que alguien le pusiera una mano encima, pasase el tiempo que pasase, lo pagaría de la manera más cruel que jamás hubiesen visto los tiempos.

Y todavía le quedaba una persona para cumplir ese cuento de hombres malvados que luchaban por lo que querían.

Solo una.

Capítulo 27

Maureen

Había dado el paso y ya no había marcha atrás. Mi confesión a Aidan había llegado demasiado lejos y tenía que seguir con ello. No podía esconderle nada más. La presencia de la diosa Áine abría el súmmum de mi secreto y no podía pasar por alto ningún detalle.

Pasé largas horas explicándole toda la historia desde que llegué a Irlanda con doce años y cuando hice mi examen en el NMCI, en Dublín. Mis viajes con la Organización, mis encuentros con la diosa en lugares menos insospechables, mis largos kilómetros con el coche recorriéndome la isla entera desde Cork a Dublín y a veces a Blacksod y Moher.

Su silencio me incomodaba, pero al ver que me miraba y parpadeaba inclinando de vez en cuando la cabeza, me daba a entender que estaba escuchándome. Al ver que alzaba la mirada hacia el lado derecho, me di cuenta de que lo que hacía era recordar. Le nombré lugares que le había dicho que debía ir, tareas del puerto de Dublín y de Cork y luego le expliqué dónde estaba verdaderamente.

Mi viaje a Nueva York no había sido más que otra misión de la Organización que yo debía llevar a cabo.

Le confesé que mi don no era una bendición para mí, sino al contrario. Más de una vez habría querido llevar el estilo de vida que él creía que llevaba. Soñaba con ser una simple trabajadora que controlaba el tráfico marítimo, que se relacionaba con los marineros, que inspeccionaba los ferris y trataba con los diferentes puertos de los países exportadores.

Contesté a todas sus preguntas. No quise saltarme ni una. Es más, me explayaba a la hora de contarle los detalles. Incluso le expliqué la misión que

llevábamos a cabo la noche que le dispararon en Ashford.

Sabía que mi relación con Cathal O’Kennedy no iba a hacerle mucha gracia, pero era algo que tenía que hacer por obligación de la Organización. Cathal se había convertido en un gran aliado en las misiones y sus planes no fallaban jamás a la hora de llevarlos a cabo.

Todo el tema de las misiones y mis visitas a Dublín lo hicieron comprender que no me pusiera en contacto con su hermana al llegar a la ciudad. Casi siempre nos comunicábamos cuando estaba en Cork y así evitaba tener que mentirle referente a mis estancias en la capital irlandesa.

En cuanto llegamos a Dublín, le advertí de que faltaba otro detalle. Debíamos hablar de Taragh. Aquel nombre lo puso más tenso que el haberle contado anteriormente lo de Cathal. Sabía que Taragh había sido un punto débil en su vida y no le gustaba mencionarla.

Aparqué el coche en el muelle, justo delante de la nave de la Organización. Aquella misma mañana había hablado con Byrne, convocándolo en cuanto llegara a la sede general. No quise hablarle de la presencia de Aidan, preferí sorprenderlo en cuanto nos viera.

Me identifiqué con mis huellas dactilares en los sensores y andamos por los largos pasillos subterráneos. Aidan no dejaba de mirar las grises paredes en las que no había ni un solo cuadro colgado.

—Me da la sensación de que va a aparecer en cualquier momento Superman o alguno de los X-Men —se burló.

Me pareció un comentario tan absurdo que lo único que hice fue girarme y poner los ojos en blanco. Al llegar a la puerta del despacho me detuve en seco, miré a Aidan, respiré hondo y llamé con los nudillos.

—Soy Maureen —me anuncié.

—¡Adelante! —se oyó su voz grave de dentro de la estancia.

—¿Preparado? —le pregunté a Aidan.

—Sí.

Abrí la puerta y vi al jefe enfrascado con unos papeles encima de la mesa. Todo aquello era un verdadero lío. Los ojos le iban de la pantalla del ordenador al meollo de los documentos.

—Este caso me trae como loco —se excusó—. Estoy deseando que se acabe esta dichosa misión.

—Byrne —me atreví a nombrarlo con un leve sonido de mi voz.

—¿Sí? ¿Cómo ha ido por Blacksod? —No tenía intención de levantar la vista de su desastre.

—Jefe... —No sabía cómo darle la sorpresa.

—¿Cómo está Taragh?

—Con Cathal. Hablé con ella y logró recordar muchas cosas. Anoche vino su marido a buscarla y se la llevó. —Me giré de golpe y vi que Aidan abría los ojos en demasía. Byrne también conocía a Taragh y eso no le gustó—. Peter. —Mi tono fue más firme para llamarle la atención.

—¿Sí? ¿Dime? —Alzó la mirada, me contempló, sus ojos recorrieron la estancia hasta la puerta y llegaron a los ojos de mi marido—. ¿Qué demonios...?

—Tenemos al segundo resucitado —lo informé quitándole el máximo hierro posible al asunto.

Se quitó las gafas y le hizo una señal con la mano para que entrara y cerrara la puerta.

—¿Es tu marido?

—Jamás pensé que podría decirle esto, pero... sí, es Aidan. —Sonreí satisfecha.

—¿Cómo ha sucedido?

Entonces cayó en la cuenta de un importante detalle. Corrió a su caja fuerte que estaba escondida detrás de un cuadro y buscó algo.

—Si lo que busca es el anillo, le diré que no está ahí. —Metí la mano en mi bolso y lo saqué envuelto en un pañuelo—. Mi abuela lo cogió.

—¿Cómo que lo cogió?

—Byrne, aunque cueste creerlo, en el tema de Aidan no tengo nada que ver. Fue todo cosa de mi abuela, Maureen. Por lo visto trazó un plan con la diosa Áine y ella la aconsejó. Cuando estuvimos en Asturias, en la última misión de las piedras, ella llevaba un saco con cosas que la diosa le dijo que debía llevar para bendecir. Por lo visto sacrificó el don de mi sobrina Briana para devolverle la vida a Aidan.

—¿Tu sobrina también tenía un don? De eso no tenía constancia —se consternó.

—Lo sé. Solo lo sabíamos mi abuela y yo. —Omití el detalle de que

Hayes también era conocedor de aquello—. Aunque no comprendemos el porqué. No sabemos el linaje de la familia de la madre de mi hermano John, ni tampoco el de su esposa. Además, solo puede haber una persona de cada generación. Ella era la siguiente, pero creo que el don de Briana tenía un motivo, y quizá fuera este. Dejando a mi sobrina aparte, ayer tarde cuando llegué a casa con Taragh después de un paseo, mi abuela estaba haciendo de las suyas en su casa, con las hierbas que había traído de España, unas velas y el anillo que no me dijo cómo había conseguido. Pero conociéndola, sabe que tiene el poder de hacer que la gente olvide las cosas. Así que no se extrañe de que engañara a alguien para que le dijera la combinación de la caja y luego substrajera la joya.

Byrne me escuchaba con atención, pero no dejaba de mirar de reojo a Aidan.

—¿Y tú como estás, hijo? —le preguntó haciéndolo sentarse.

—Preferiría que esto no fuera real. Temo que si alguien me pregunta pueda acabar de patitas en un manicomio. No hay Cristo que se crea que morí y resucité.

—No me quedó más remedio que contárselo todo —me expliqué—. No vale la pena esconderle cosas que son inevitables.

—¿A qué te refieres con todo? —Aquella confesión lo cogió por sorpresa.

—Pues que para que me creyera, esta noche en cuanto llegó a casa, después de explicarle parte de la historia, no me quedó más remedio que invocar a Áine y ella fue quien se presentó delante de nosotros y le demostró que yo no mentía.

—Bueno, supongo que, si Áine se apareció, quiere decir que no le pareció mal contárselo. Todo tiene un porqué. —Se dirigió a Aidan y pensó antes de formularle una pregunta—: ¿Tú no hablaste con Jack la noche de la fiesta en Ashford?

—¿La noche que morí? —preguntó con ironía—. Sí, claro. Fue él quien me explicó de qué iba todo este rollo de la Organización, por eso me presenté allí por sorpresa, invitado por él. Pero debo reconocer que, hasta que no he visto todo el teatro de las hadas y la diosa, no he terminado de creerme la historia. Aunque, siendo sincero, esto se pasa de surrealista.

—Nada es lo que parece, hijo —trató de excusarse—. Estoy convencido

de que Maureen te ha contado toda la verdad y que a partir de ahora comprenderás las misiones que ha llevado a cabo. La Organización...

—Byrne —lo corté, algo me decía que iba a pegarle un discurso y eso ya lo había hecho yo durante nuestro viaje a Dublín—, no hace falta que le expliques nada más. Hemos venido con otro objetivo.

—¿Qué queréis?

—Quiero que nos dejes el piso franco de aquí hasta que termine la misión. Después queremos que nos des una identificación falsa y nos des cobijo en otro país.

—No comprendo. —Parecía sincero en sus palabras—. Lo del piso franco sabes que tienes las llaves y puedes acceder a él siempre que quieras, pero... ¿otro país?

—¿Cómo explicamos a la gente de nuestro alrededor que Aidan ha resucitado?, ¿no crees que será un *shock* y que todo el mundo preguntará? ¿qué quieres que les digamos?, ¿que la diosa Áine lo ha resucitado?

—Tienes razón. —Asintió, bajando la cabeza y pensando en las consecuencias—. Pero ¿adónde queréis ir?

—Eso es lo de menos. Debe de ser un lugar lejano: Australia, Canadá, Sudáfrica..., donde sea, menos en Irlanda, Escocia y España.

—Veremos lo que puedo hacer. —Me contempló con fijeza y notó que mi mirada era desafiante—. Cuenta con ello. Moveré los hilos que pueda para que consigas trabajo en el tema marino, si quieres.

—Pues eso no estaría mal, puesto que me rompí los codos estudiando para ello. —Le lancé una mirada de ironía y levanté la barbilla a modo de soberbia.

Sabía que se estaba mordiendo la lengua para no suplicarme que me quedase con él, al igual que era consciente de que perdían un gran apoyo en la Organización.

—¿Cómo dices que dejaste a Taragh? —Dio la vuelta a la mesa, se sentó de medio lado alzando solo una pierna y apoyando la otra en el suelo.

—La verdad es que me sorprendió que me dijera que yo era la única persona de la que se fiaba. Por lo visto tenía frases del pasado y decía que tenía buena sintonía conmigo. Los peores recuerdos se los llevaba con Cathal. Aunque tengo que reconocer que su abuelo Andrew le comió el coco a base de

bien. Mira que decirle que Kellan era su marido... ¡Por Dios! —Me di un golpe en la frente a modo de incredulidad—. Cathal estaba que echaba fuego por la boca. Por mucho que pareciera lo contrario, no se enfadó en cuanto le dije que me llevaba a Taragh a Blacksod, pero quedé con él que la llevaría hoy o mañana a Moher, y no pudo resistirse. Al menos Taragh sabe por mí que él la ama y, quieras o no, seguro que eso la tranquilizará. Supongo que en cuanto tenga contacto con sus hijos, se le pasará. Aunque no sé la reacción que tuvo al llevársela, yo en ese momento estaba con Aidan.

—Está bien —murmuró, bajando la mirada para analizar mi explicación—. Hablaré con Cathal para que me cuente más detalles.

—Sabes que ahora que ella está a su lado él resurgirá de sus cenizas. Todo lo hecho polvo que estaba por haberla perdido, ahora lo hará más fuerte. Confía en él. Al menos sé que con él, ella está en buenas manos.

—¿Estás procesando todo este tema, hijo? —se dirigió a Aidan con un tono paternal.

—Hombre, si le dijera que estoy bien, le mentiría. Todo esto me ha sobrepasado, la verdad. Pero al menos comprendo sus ausencias.

—Créeme que estás casado con una gran mujer —añadió, mirándome orgulloso—. Puedo asegurarte que su peso vale oro y que es de lo mejor que jamás ha pasado por la Organización, por muchos años que lleva en pie.

—La culpa la tiene mi abuela, que me enseñó bien. —Me enorgullecí, quitándole hierro al asunto.

—Tienes razón, pero solo en parte. Has descifrado documentos que no han podido esclarecerse en siglos y tienes un dominio del irlandés antiguo que ni tu abuela tenía. Quiero que se te meta en esa cabecita —imitó que me golpeaba en ella—, que tienes un don y debes aprovecharlo.

—Sí, vale, está bien. —Le resté importancia—. ¿Cuándo podremos tener nuestra nueva documentación?

Byrne cogió su teléfono de encima de la mesa y comenzó a trastearlo.

—Déjame que lo consulte primero y te llamaré en cuanto los tenga listos. Ahora os aconsejaría que os fuerais a casa y descansaseis. Ten el teléfono cerca, por si surge algún imprevisto.

—Está bien. —Me acerqué a la puerta e invité a Aidan a salir conmigo—. Estamos en contacto.

En cuanto abandonamos la nave y salimos a la calle, pude respirar tranquila. Lloviznaba, como era típico en Irlanda, abrí mis brazos en cruz, miré al cielo y respiré hondo para luego chillar:

—¡Sí!

Aidan se acercó a mí, quedándose quieto a mis espaldas. Me giré y lo vi con las manos en los bolsillos. Me acerqué a él con urgencia y lo abracé con fuerza.

—Por fin podremos comenzar a miles de kilómetros de aquí.

—Sí. —Asintió, acariciándome la espalda.

—¿No estás contento? —Me separé de golpe extrañada por aquella afirmación.

—Para serte sincero, sí y no. Me alegra que nos den una nueva identidad y podamos irnos lejos, pero, por otra parte, pienso en mi hermana y en el hijo que va a tener. Me voy a perder esa etapa en la vida de mi familia. Ella es la única que me queda. No voy a poder compartir su alegría.

—Te comprendo —me sinceré—. Lo único que puedo hacer por ti es seguir manteniendo el contacto con ella y mostrarte de qué manera es su día a día como madre.

—No es lo mismo, pero supongo que tendré que conformarme.

En cuanto llegamos al piso franco, pedimos una *pizza* y nos acoplamos en el sofá.

—Ahora más que nunca deseo que termine toda esta mierda de misión y hacer las maletas. ¿Dónde te gustaría ir? —le pregunté mientras le acariciaba la palma de la mano con mis dedos.

—Si te lo digo, ¿no vas a reírte?

—Te lo prometo. —Me incorporé en el sofá para escucharlo confesar.

—Me gustaría ir a un pueblo en el centro de Estados Unidos.

—¿Trabajando como granjero? —me burlé.

—¿Por qué no? —Reía—. Sería muy excitante verte ordeñar vacas todas las mañanas.

—¡No seas tonto! —Lo golpeé en el hombro—. Byrne me dijo que buscaría contactos para poder trabajar en el mar.

—Entonces, ¡Alaska! —se entusiasmó—. Podría embarcarme en uno de esos barcos que pescan cangrejos. A ti también te gustan esos documentales de la televisión.

—¿Yo en la torre de mando y tú pescando cangrejos? —me sorprendió y no supe si reír o no.

—¡Vamos, Maureen! ¡Fantasea un poco!

—Llevo demasiado tiempo fantaseando y jamás pensé que mis fantasías podrían hacerse realidad —confesé. Él no supo comprender mi comentario—. Te he echado tanto de menos... —Me abracé con fuerza a él—. Soñaba contigo cada maldita noche. Después de tu muerte, el peor día fue cuando asistí el parto de Taragh y murió delante de mí. Parecía que la muerte me perseguía.

—¿Asististe tú al parto?

—Oh, sí, cariño. —Traté de que me creyera—. Tuve que pedir ayuda a Áine y a Fand para que me ayudaran. Escuché hasta a una Banshee chillar detrás de un árbol. —Recordé aquel escalofriante momento—. Al llegar al barco, Cathal cargaba a Taragh y yo a la niña con una pequeña cuerda atada a su cordón umbilical. Con la madre de Cathal tuve que improvisar un biberón y hacerme cargo de la bebé porque su padre no podía ni mirarla a la cara. En esos momentos, tenía la sangre fría y me impulsaba a tirar adelante, pero en cuanto me metía en la cama... lo único que deseaba era tenerte cerca, abrazarte y caer dormida entre tus brazos —relaté con la mirada al vacío y con una lágrima resbalando por mi mejilla.

Aidan me escuchaba con atención, pero no decía nada.

—Ven aquí. —Me abrazó con fuerza—. Eso ya pasó. Ahora estoy a tu lado. Digamos que he resurgido de los muertos para hacerte olvidar aquellos malos momentos.

—No vuelvas a dejarme... —le susurré en su pecho.

—No permitas que lo haga. —Me tranquilizó acariciando mi cabello.

Alcé la cabeza y lo miré durante un rato a los ojos. ¡Dios! Cómo los había echado de menos. Me entretuve en observar con paciencia sus pestañas, sus pómulos, su nariz perfecta, sus labios, su barba de tres días... No hizo nada, simplemente me regaló una sonrisa y me besó la frente. Era curioso cómo, desde la noche anterior que lo había descubierto en las piedras, en Blacksod,

no habíamos tenido sexo. Lo único que queríamos era abrazarnos y besarnos con fuerza.

—Te quiero —le dije devolviéndole la sonrisa.

Me abrazó con más fuerza y se acomodó de tal modo que los dos cupiéramos bien en aquel sofá y pudiéramos quedarnos dormidos.

La llamada de Byrne tardó tres días en llegar. Debíamos presentarnos en la nave aquella misma tarde. Sonreí cuando corté la comunicación. Ya teníamos el primer paso hacia nuestra libertad. Lo único que debíamos hacer era terminar la misión y volar lejos de allí.

Mi abuela también dio su beneplácito respecto a nuestros planes. Ella misma se encargaría de poner al día a mi abuelo y prepararía a mi padre para hablarle de mi próxima mudanza. Evidentemente, no podía decirle que tendría una identificación falsa, pero sí podría contarle mi destino. Era Aidan quien debía estar en la sombra, no yo. Al entrar en la sala de juntas, me llevé un gran chasco al ver allí a un compañero que no esperaba.

—Hayes... —lo nombré bajito como si tuviera miedo de decir su nombre.

—¿Qué tal? —Me regaló una sonrisa al erguirse, pero su semblante cambió en cuanto vio a Aidan entrar a la sala—. ¿Así que es verdad? ¿La diosa te devolvió a tu marido? —preguntó algo cortado.

—Sí —afirmé enhebrando mi brazo en el de Aidan.

El silencio se hizo incómodo y Aidan se dio cuenta. Nos miró a los dos y fue él quien dio el primer paso.

—¿Qué tal? —Se acercó y le tendió la mano—. Soy Aidan.

—Sí, lo sé. Me alegra que hayas vuelto para estar entre los vivos —bromeó de la peor forma posible. Lo intentó, pero la gracia no le salió por ninguna parte.

—Keegan y yo hemos hecho alguna misión juntos —le expliqué—. Su padre también formaba parte de la Organización.

Aidan escuchaba mi explicación, pero había algo que no le cuadraba. Mi semblante era sereno, pero por algún motivo, Hayes estaba nervioso.

—¿Estás bien? —le pregunté a mi compañero.

—Sí, claro. He venido a traer vuestros pasaportes nuevos —dijo

restándole importancia a mi pregunta y sacando de una carpeta los dos cuadernillos con nuestras nuevas identidades.

—¿Aoife McGrath? —pregunté al ver el nuevo nombre que habían elegido para mí.

—Yo soy Rowan. —Rio Aidan al darse cuenta de que su nombre nada tenía que ver con su color de cabello.

—Poco pelirrojo te veo yo a ti. —Reí al comprender el chiste y le acaricié la mejilla.

Aquel gesto no pasó desapercibido. Hayes miró fijamente ese detalle y se quedó absorto.

—¿Somos de Donegal? —preguntó Aidan mientras analizaba su pasaporte.

—Sí, era el lugar más seguro para poder dar la falsa identidad. Pese a que hay pocos habitantes en ese condado, es mejor para la Organización. Debéis recordar que sois del norte y tendréis que trabajar el acento del lugar.

—Eso no será difícil. Aunque a que toda mi familia es de Cork, seguro que logro aprenderme los lugares y las costumbres de la zona. Incluso podríamos informarnos acerca de la gastronomía.

—Sí, claro —Hayes lo animó sin demasiado entusiasmo. Mi compañero parecía muy nervioso. No había que ser muy listo para adivinar que la presencia de Aidan lo incomodaba. Comenzó a trastear papeles sin ton ni son y al ver que lo estábamos mirando se vio intimidado—. Es mejor que avise a Byrne. Estaba en la sala de juntas, pero seguro que querrá explicaros alguna cosa de vuestra identidad —nos comunicó a medida que se dirigía a la puerta.

Cuando salió, Aidan y yo nos miramos extrañados.

—¿Qué pasa aquí? —fue lo primero que me preguntó.

—No tengo ni idea. Desde que lo conozco es la primera vez que lo he visto actuar así.

—Pues a tu admirador parece que no le ha alegrado demasiado verme.

—No digas tonterías —le resté importancia—. Hayes es un buen tipo. Tímido, pero muy eficiente en su trabajo.

—¿Y cuál es su función aquí?

—Es experto en metales y piedras preciosas. Mira mi anillo de casada, mi abuela le pidió que lo diseñara él. —Aidan tenía un sexto sentido y a mí me estaba sacando de quicio—. Aidan, ¿estás celoso? —le pregunté sorprendida,

con una sonrisa burlona en mi cara.

—No sé, ¿debería?

—En absoluto. —Traté de ser lo más convincente posible, pero me conocía bien.

—Maureen... —Me miró achicando los ojos y tratando que confesara.

—¡Está bien! —Me di por vencida, intentando que no lo viera como algo que me importara. Además, si empezábamos de cero y me había propuesto contarle todos mis secretos, algún día tendría que salir lo que estaba a punto de decirle—. ¿Recuerdas el viaje que tuve que realizar a Nueva York? La noche anterior discutimos. —Él intentó hacer memoria y asintió—. La misión era que debía hacerme pasar por prostituta en un local de ocio nocturno, para poder sacar información de un narcotraficante...

—¿Te hiciste pasar por puta?! —Fue su reacción de exasperación.

—Hayes estaba en la sala y tuvimos que escondernos en uno de los dormitorios de las chicas. Por lo visto descubrieron que algo no iba bien y decidimos no salir del cuarto. Pero entonces vimos que había una cámara en el techo y nos estaban grabando... —le expliqué de manera atropellada.

Me cortó.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! No me digas que os acostasteis. —Las aletas de su nariz comenzaron a moverse. Conocía aquella reacción a la perfección.

—Aidan... Si no lo hacíamos nos hubieran cogido, torturado y quizá matado.

Cruzó los brazos a la altura del pecho en señal de cerrarse en banda. Mi explicación no lo convenció y no quería razonar. Tampoco podía decirle que lo hice porque quise, porque estaba enfadada, porque se lo merecía, o tal vez no, pero en aquel momento lo deseé y sabía que no había estado bien, que no tendría que haberme acostado con Hayes. Que no tenía que haberle sido infiel a Aidan. Y me odiaba por ello constantemente, pero de nada servía buscar excusas tontas en mi mente. Lo cierto era que, con quien tenía que quitar hierro al asunto, era solo con mi marido.

—¿Sabes? Estar contigo es una sorpresa constante. La Organización, tu abuela, mi resurrección, la diosa, y lo peor de todo es que, mientras se suponía que estábamos bien, tú me escondías que me habías sido infiel.

—¡Fue solo sexo! —Fue la única excusa que me vino a la mente. Estúpida,

lo sé.

—¡Usted perdone! —fingió excusarse también—. ¡Sexo que mantuviste con otra persona y luego yo acaricié cada poro de tu piel que él había sobado también!

—¡Hayes es solo un compañero! ¡No siento nada por él!

—¡Pues menos mal que no sientes nada por él! ¿Se lo has dicho? ¡Porque me parece que él sí siente algo por ti! —Se levantó para darle más énfasis a su malestar—. ¡Por Dios, Maureen! ¡Me engañaste con otro! No me sirve la excusa de la misión ¡ni nada! ¡Me engañaste! —repitió, deletreando letra a letra la última frase.

—No lo comprendes... Yo... —Lo miré. ¿Qué más le decía?—. Aidan..., yo...

—¡Sí lo comprendo! ¡Eres tú quien no terminas de ser del todo sincera conmigo! —Se acercó a la puerta, la abrió y desapareció.

—¡Aidan! —Salí tras él y lo vi caminando a paso ligero pasillo abajo, hacia la salida.

—¡Déjame! —Se giró de golpe y me advirtió levantando un dedo amenazador—. ¡No me sigas!

Capítulo 28

Taragh

—¿Sabes por qué has vuelto?

—Por el anillo —le contesté sin más.

La miré de manera altiva, sin miedo, aunque su figura y sus ojos oscuros como la noche, tan negros que apenas se apreciaba un ápice del iris, me contemplasen con ese halo de misterio endemoniado. Rio de manera estruendosa sin quitarme los ojos de encima.

—No, querida. Yo intervine en tu vuelta a la vida. Con una sola condición.

—Una condición que yo no elegí.

—No. Pero lo ansiabas. No puedes negarlo, aunque todavía no lo recuerdes. Querías vivir.

—¿Y cuál es esa condición?

—Que me entregues a Andrew O'Leanny con vida.

La duda surgió en mi cabeza. ¿Cómo encontraba a mi abuelo? Ni siquiera sabía dónde había ido desde la última vez que lo vi. Sin embargo, no tardé mucho en salir de esos pensamientos, pues Morrigan me dio la ubicación exacta de donde se encontraba y el motivo por el cual lo quería.

Desperté a mitad de la noche, empapada en un sudor frío que me heló todos los huesos del cuerpo. Demasiadas emociones para haber pasado apenas dos semanas de mi resurrección. Qué raro se me hacía pensarlo de esa forma. Había muerto y sin pedirlo había vuelto a la vida por unos dioses que, supuestamente, lo habían decidido de aquella forma.

Llevaba ese tiempo sin parar de recordar cosas, algunas no tenían sentido aparente, pero otras sí, como los niños. Al día siguiente del altercado con Cathal, comencé a tener sueños de ellos, de los tres, pero seguía sin ver nada bondadoso por la parte de Cathal. Solo obtenía retazos de dolor y eso no era un aliciente para que confiase en él. Ese mismo día, de madrugada, lo escuché llegar a la casa, con sumo cuidado para no despertar a los que se suponía que eran nuestros hijos, y lo que contemplé me espantó. Llevaba la ropa hecha jirones, empapada de sangre, al igual que sus manos. En su rostro pude apreciar el cansancio, pero también la satisfacción de haber hecho algo que ansiaba. Me asomé por el hueco de la escalera, mirando en su dirección. Este elevó sus ojos hasta posarlos en mí de manera seria y autoritaria. Sin poder evitarlo, murmuré muy bajo:

—¿Estás bien?

A lo que obtuve una respuesta que para nada esperaba:

—Seguro que hubieses preferido que no llegase y que en su lugar lo hiciese Kellan —dijo su nombre en un tono que denotaba celos—. Pero eso no ocurrirá —movió su dedo a ambos lados cuando alzó la mano— porque está criando malvas. —Y sonrió. Sonrió de una forma escalofriante.

Con esas palabras desapareció por la puerta que daba al salón donde estuve esa misma noche, dejándome de pie, contemplándolo. No sabía el motivo, pero había algo en mi interior que me pedía que creyese en él, que me dejase guiar, aunque después de todo lo acontecido era difícil.

Después de ese día su carácter empeoró. El único momento en el que estaba de buen humor o cambiaba a toda velocidad su ceño fruncido, era cuando aparecía alguno de los niños. Apenas me dirigía la palabra, y cuando lo hacía, eran todo broncas, gritos, discusiones que acababan haciendo que nos dijésemos de todo y en las que la mayoría de las veces Ryan o Marco tenían que intervenir para ponerles fin. No lo entendía, ¿cómo esperaba que lo recordase o, en su defecto, que comenzase a quererlo cerca de mí, si me hacía tantos desprecios? Supuse que era una barrera. Imaginé que de verdad todo aquello le estaba doliendo más de lo que pensaba y también tenía claro que mis formas y mi carácter no se lo estaban poniendo fácil, sin embargo, notaba que cada día me cerraba más en banda y más ganas tenía de perderlo de vista, aunque otro pensamiento contradictorio pululase en mi cabeza.

Tan grande terminó siendo la tensión entre nosotros que, Valentina, la mujer de Marco, pocos días después de mi llegada, mientras estábamos desayunando en la terraza de la mansión, me dijo:

—He pensado que estos días serían muy buenos para llevarnos a los niños a Roma. Hay unas exposiciones infantiles que les van a encantar y, de esa forma, si queréis, podréis estar solos.

—No me apetece quedarme a solas con él.

—Taragh, te comprendo —tocó mi mano con suavidad—, créeme que lo hago, y no me imagino lo duro que tiene que ser para ti estar pasando por toda esta situación. Pero los más pequeños se dan cuenta. William es más grande, Nial también, y al final solo conseguiréis hacerles daño.

Asentí ligeramente, sabiendo que tenía razón. No tuve que objetar nada más, puesto que no tenía ni voz ni voto en aquella casa, y un día después, tanto Valentina como Marco y los niños salían de allí entre besos y abrazos para volver unas semanas después. Cathal se despidió de ellos con un gesto amargo, dando la sensación de que no volvería a verlos. No se me ocurrió preguntarle el motivo ni por asomo. Y a partir de ahí todo empeoró.

—¿Y quién eres tú para decidir que se marchen? ¿Acaso te estorban? —me preguntó, vociferando, un día antes de que se marchasen.

—¿Yo? ¿Su madre? —cuestioné en el mismo tono huraño que había usado él conmigo.

—¡¡Ah!! ¡Ahora eres su madre! —ironizó—. Se te olvidan cosas por momentos y otras las recuerdas a la perfección.

Me dolió más de lo que pensaba aquel comentario, pues yo no pretendía estar de aquella manera, ni mucho menos. No lo evitaba, sino que me ponía a su misma altura o peor.

—¡Escúchame bien, gilipollas! —Lo señalé con el dedo.

Dio dos zancadas hasta colocarse justo frente a mí. Quizá se pensó que me intimidaba, quizá creía que la persona que había vuelto no albergaba el mismo carácter que la que se fue, no lo supe, pero tuve claro que no me amilanaría.

—Estoy hasta los cojones de tus insultos. Hasta los cojones de tus dedos —me dio un manotazo que me picó—, y hasta los cojones de que pienses que puedes llevar una vida normal cuando no es así. Los niños se irán si yo lo decido, ¿está claro?

—Estás comportándote como un tirano. Deben marcharse, ¡estamos todo el día discutiendo!

—¡¡¡Discutimos por tu culpa!!! —me gritó desencajado.

—Que te den, O’Kennedy. Te piensas que eres Dios y no eres nada. No vales nada —escupí con rabia.

Me giré dispuesta a marcharme, pero su gran manaza lo impidió, plantándose en la puerta, cerrándola por completo. Aproximó su boca hasta llegar a mi oído y susurró:

—Ten cuidado con lo que dices, Taragh, o puede ser que el día menos pensado no te deje atada a un árbol en mitad de un bosque, sino que te siente en una silla, te folle como un monstruo, como tú me llamas, y después te ate para que Kirt, tu amada mascota, se dé un banquete contigo.

Tragué saliva fijando mis ojos en la madera, sintiendo los suyos y viéndolos de reojo clavarse en mí rostro. Suspiré y se apartó de la puerta sin decir media palabra, aunque lo peor fue que al marcharme una sensación de euforia, tan gratificante, que me dejó sin respiración, hizo que unas cosquillas invadieran todo mi cuerpo.

Esa mañana después de mi sueño salía de mi habitación en su busca, dispuesta a dejar las cosas claras. Quizá si le entregaba a Morgana la vida de mi abuelo todo se acabase y recuperaría la memoria. Era una posibilidad entre un millón, pero tenía que intentarlo de la manera que fuese y solo se me ocurrió abandonarlo. Dejarlo para siempre y que siguiese su camino por lo menos hasta que aquello se calmase y yo volviese a ser la de antes.

Fui directa a su dormitorio, donde no lo encontré. Bajé las escaleras a la carrera y me atreví a entrar en el despacho sin tocar. Tampoco estaba. Y también había aprendido que en su despacho no entraba nadie, excepto él. No sabía si antes era de la misma forma o no, aunque no le pregunté. Pasé por el resto de las estancias de la mansión sin dar con él, hasta que encontré a la ama de llaves.

—Disculpa, Sinéad, ¿sabes dónde está...?

—En la piscina, señora.

Me sonrió de una forma enternecedora. Se la veía una mujer bondadosa que sin duda no congeniaba para nada con aquella casa y sus habitantes, por lo menos los adultos. Incluso yo había tenido pensamientos extraños cuando

llegaban algunos retazos de mis recuerdos. ¿Tan mala sería en realidad? No lo tenía claro, aunque, siendo sincera, los instintos seguían ahí y me daba cuenta en las discusiones con el «señor de la casa». El día que llegué a la mansión comprendí un gran engaño y es que O’Kennedy llevaba el mismo anillo en la mano que yo, por lo tanto, Kellan no podía ser mi marido, así que estaba más que claro quién había mentido y quién no.

Conduje mis pasos hasta la zona que me indicó y al abrir la puerta él salía del agua completamente desnudo, manteniendo en sus manos una diminuta toalla que con seguridad lo taparía muy muy poco. No pude evitar darme la vuelta como una imbécil, quedándome de cara a la puerta. Incluso cuando lo hice, algo en mi interior me preguntó qué estaba haciendo.

Escuché un fuerte suspiro en mi espalda.

—¿Desde cuándo eres tan recatada?

Tragué saliva.

—No lo sé. No sé cómo era antes.

—Si quieres te lo recuerdo.

Eso último lo escuché directamente en mi oído. Me giró con un simple movimiento de mi mano, quedando de cara a él. Nos separaban escasos milímetros y me percaté, por el bulto que se clavaba incesante en mi vientre, que no se había puesto la toalla. Subió sus dos brazos colocándolos a ambos lados de mi cabeza y creí morir allí mismo cuando fui consciente de los músculos que poseía. Sus venas se marcaban al hacer presión contra el muro, sus hombros se tensaron definiéndolos perfectos, pero lo que más me preocupó fueron sus ojos anhelantes y chispeantes a la misma vez.

—Necesito hablar contigo... —murmuré, titubeante.

Me perdí mirando aquella boca, sus labios, su mentón, todo en él era llamativo de una forma u otra. No me quitaba los ojos de encima, lo que ocasionaba más tensión entre ambos, si es que eso era posible. Movié lo suficiente su cadera para rozarse con mi cuerpo, el mismo que sin explicación alguna ardía por una simple caricia de aquel maldito demonio.

—Podemos hablar después... —remarcó mucho la última ese, sonando demasiado ronco.

Su boca subió por mi cuello acariciando cada parte, cada resquicio que se encontraba a su paso, delineando con sus labios mi piel. Un hormigueo extraño

y confuso me recorrió centímetro a centímetro y noté cómo mi piel se erizaba. Mis manos se colocaron en su pecho en un intento en vano por detener aquella locura.

—Cathal... —susurré suplicante, pero no lo suficiente como para que se detuviera.

El tono poco convincente con el que pronuncié su nombre dio el pistoletazo de salida para que sus labios se estamparan con los míos de manera ruda. Y no me negué. No me negué a ese ardiente beso, a las caricias que sus manos comenzaban a darme desde mis costados hasta envolverlas en mi cabello, intentando absorberme, fusionarme con él. Seguidamente bajaron hasta colocarse en mis caderas, sin detener nuestros cuerpos que parecían anhelarse más de lo que nunca hubiese pensado. Y eso tampoco lo comprendí. Como todo lo que me ocurría con él.

Sus besos fueron urgentes, desesperados, y descendieron por mi mentón pasando por mis pómulos, volviendo al lóbulo de mi oreja donde dio un pequeño mordisco que inevitablemente me hizo jadear. Noté una breve sonrisa en sus labios, pegada a mi cuello, en el momento en el que sus manos me elevaban como una pluma y mis piernas se enlazaban a su cintura. Sentí su miembro palpitante en la entrada de mi sexo, lo restregué con fuerza haciendo que gruñese sobre mi boca y Cathal juntó su cuerpo más al mío de manera que un breve empujón me apretó mucho más contra la pared.

Me solté de sus labios para tomar una bocanada de aire mientras él bajaba y bajaba con su lengua hasta llegar a mis pechos donde hundió su cabeza para, segundos después, chupar y mordisquear uno a uno mis pezones. La electricidad recorría mi cuerpo, mi sexo vibraba lleno de lujuria y sus acometidas, cada vez más salvajes, me estaban haciendo perder la poca cordura que creí poseer. Deseé con todas mis fuerzas no tener aquel estúpido pantalón que, rápidamente, se afanó por hacer desaparecer, soltando una de mis piernas para desabrochar y tirar de una pernera hacia abajo.

Durante unos breves instantes nos contemplamos, sin dejar de mirarnos, absorbiendo todo lo que ambos pensábamos sin pronunciar las palabras adecuadas, dejando que el deseo se hiciera cargo de la situación. Sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en nada. Y esa vez la que rompió la conexión que teníamos fui yo. Ataqué su boca, juntando mis manos tras su cuello,

tirando de él en mi dirección, queriendo fundirlo como había intentado él minutos antes. Noté su mano traspasar la fina tela de mis braguitas, a la misma vez que uno de sus dedos se deslizaba por mi hendidura de forma delirante. Eché la cabeza hacia atrás, dejando ir un gemido más sonoro que el anterior, volviendo a bajar mis ojos cristalinos para contemplarlo.

Tan fiero, tan apuesto, tan desmesurado, tan salvaje.

No sabía qué más podría decir. Era el hombre ideal. Era mi hombre ideal, aunque no quisiera reconocerlo, pero después tenía esa parte iracunda que asustaba a todas las cualidades maravillosas con las que se lo podía calificar, y ya no sabía si lo único que sentía por él era pasión o en realidad alguna vez fue amor. ¿Cómo saberlo cuando has perdido media vida? Cuando no tienes recuerdos, cuando no sabes a qué aferrarte. Cuando no han dejado de mentirte desde que volviste del mundo de los muertos.

Uno, dos, tres. Dentro, fuera, dentro, fuera. Mis pensamientos se fueron al traste con el vaivén de sus dedos en mi interior. Lo escuchaba jadear, lo veía perder los papeles, deshacerse por estar dentro de mí, y yo también lo ansiaba ¡joder! ¡Claro que lo ansiaba!

Sentí el vacío que su mano dejó entre mis piernas cuando sus labios volvieron a devorarme con frenesí. Sus manos se encajaron en mi cintura, elevándome lo suficiente como para que su miembro se hiciese paso en mi interior. Lo sentí. Lo noté en mi entrada, palpitando por penetrarme de una vez por todas y, cuando creí que no podría sentir más placer, cuando pensé que me correría con la simple visión de tenerlo desnudo ante mí, de saber que estaba a punto de hacerme suya aun en las circunstancias que estábamos y con todo lo que habíamos pasado los días anteriores, la puerta de entrada a la piscina se abrió.

—Cathal, tenemos un proble... ma.

Cathal se apresuró en alcanzar la toalla que tenía a sus pies, mientras a toda velocidad me bajaba de su agarre y se daba la vuelta, todo en un segundo, con la toalla liada en su cintura, evitando que se le viese ninguna parte a él y mucho menos a mí que estaba semidesnuda. Noté un rubor subirme por las mejillas y di gracias porque su cuerpo me tapara por completo. Ryan nos miró un instante, para, al momento, desviar sus ojos hacia el agua de la piscina.

—¿Tan urgente es que no puedes llamar antes de entrar? —Cathal le ladró.

—Creo que tenemos el paradero de Andrew. Y necesito que verifiques la clave de la red o lo perderemos. No tenemos tiempo. Lo siento...

La disculpa me sonó a tono de fastidio también por su parte. Sabía que todos ansiaban que volviese a ser la misma de antes, pero parecía que el mundo se estaba poniendo en mi contra para conseguirlo. Cathal me miró de soslayo, no supe descifrar su rostro. Quizá lo estaba volviendo más loco, lo que sí tenía claro era que no se encontraba bien.

Cuando me recompuse, salí de la piscina evitando pasar por la puerta del despacho de Cathal, pero mi sorpresa fue que al traspasar uno de los pasillos y llegar al vestíbulo me lo encontré con al menos veinte hombres dando órdenes a diestro y siniestro. Si Andrew tenía alguna posibilidad de salir de esa, iba a ser complicado. Los ojos de Cathal se posaron en mí dejando de hablar cuando me quedé paralizada viéndolo dirigir de aquella forma tan... imponente.

Todos esperaron que su jefe siguiera dando instrucciones, sin embargo, él no hablaba, solo me observaba con devoción, con tristeza, con rabia, a fin de cuentas, con todo lo que sabía que no había conseguido desde que estaba en la casa. Tragué saliva y dirigí mis pasos hacia su posición cuando Ryan habló, tratando de romper el tenso ambiente que se había creado:

—¿Va todo bien, Taragh?

Los ojos de Ryan iban de su jefe a mí de forma intermitente. Yo lo observaba con cierto recelo por lo que acababa de ocurrir, él estaba claro que no era por eso. Me acerqué al mapa que tenían extendido en una larga mesa improvisada en mitad de aquel gigantesco vestíbulo y señalé con un dedo el punto exacto en el que se encontraba mi abuelo.

—Id aquí. No fallaréis. Habitación cuatrocientos quince.

Cathal entrecerró sus ojos en mi dirección y cuando me dispuse a salir de la casa este intentó seguirme, pero Ryan lo detuvo. Escuché lo que le decía:

—Instruye a tus hombres. Yo iré a hablar con ella.

Anduve por el recinto hasta llegar al hogar de Kirt. Me senté en las enormes gradas y admiré los miles y miles de metros que tenía como casa. No sabía cuántos exactamente, no lo recordaba, aunque a simple vista eran muchos. Alzó su enorme cabeza llena de un espeso pelaje brillante y gruñó, gruñó tan fuerte como tenía ganas de hacerlo yo porque, a fin de cuentas,

estábamos en la misma situación. Encerrados en un sitio sin poder salir. Sin escapatoria.

Sentí que alguien se sentaba a mi lado.

—¿Cómo has sabido la ubicación exacta de Andrew? Llevamos semanas buscándola, Taragh, si la sabías antes por qué no...

Lo corté.

—Esta mañana lo he soñado. Morrigan me lo ha mostrado.

Su mutismo me dio qué pensar. No estaba loca, a la altura de las circunstancias, y por lo que unos y otros me habían estado contando, ya podíamos esperar de todo.

—Morrigan...

—La misma. Hizo un pacto con él que no cumplió y se supone que mi cometido es traerlo de vuelta para que se vengue.

—¿Y después qué pasará?

Y a eso llevaba dándole vueltas a la cabeza desde que tuve el sueño. ¿Y si cuando obtuviese su venganza yo desaparecía como el humo? ¿Y si me convertía en cenizas?

—No lo sé, Ryan. Lo que sí sé es que tengo que alejarme de aquí mientras pasa o no. Tengo que ir a buscarlo, traerlo, y hacerlo sola.

—Cathal no lo permitirá.

—Lo sé. —Lo miré fijamente y él negó con la cabeza.

—No. Ni lo sueñes. No pienso ayudarte. ¿Sabes lo que me haría si se enterase de que lo he traicionado? —Señaló a Kirt.

—¿Y qué ocurrirá si me convierto en cenizas cuando lo tenga, Ryan? —le pregunté con una calma que no sentía. Tragó saliva, pero no contestó—. Sé que no está bien, que está sufriendo. Sé que se comporta de esa forma conmigo porque no puede barajar la situación, porque ya no sabe qué más hacer. Y, aunque te parezca mentira, no quiero que continúe sufriendo... —terminé en un susurro apenas audible.

Había pensado que podría pedirle ayuda a Maureen. Que pidiese a su Organización que nos llevasen hasta allí, no sabía cómo, pero era una posibilidad y después de eso ya veríamos qué sucedía. Mis pensamientos se disiparon cuando habló:

—Tienes que hacerle daño. —Me observó—. Más daño —recalcó—. De

lo contrario no podrás salir de esta casa jamás. —Asentí, entendiendo lo que quería decirme—. Te prepararé un coche en la salida de la mansión. Si el plan no sale bien, porque no lo hará, lo retendré cuando pierda los papeles, pero debes de correr todo lo que puedas y más para que no te alcance o no tendrás otra oportunidad.

Era consciente de que llevaba mucha razón. Si no funcionaba, si lo hería hasta decir basta y me cogía, me encerraría en una habitación hasta que consiguiese recuperar la memoria o, en su caso, hasta que mi destino hiciese acto de presencia.

Sin darle más vueltas al asunto esperé a que anocheciera. Cuando supe que todos sus hombres se habían marchado y que la seguridad de la mansión no estaba, salí de la cocina y me encaminé hasta el despacho donde trabajaba sin parar, contemplando unos mapas. Tenía una pilonera de libros antiguos sobre el escritorio, algunas veces los ojeaba, los volvía a cerrar con fuerza y resoplaba pasándose las manos por el pelo. Antes de entrar toqué a la puerta, aunque estaba abierta.

—¿Estás buscando algo?

Elevó sus ojos, contemplándome durante unos instantes que se me hicieron eternos.

—Sí. La leyenda del Camino del Rey. Imagino que no sabrás nada. —Arrugó el entrecejo, escudriñándome—. ¿Vamos a alguna parte? —Se incluyó. Como siempre hacía.

Negué con la cabeza, caminando hasta llegar a la altura de las sillas que tenía tras el escritorio. Tomé una gran bocanada de aire antes de comenzar.

—Pues... —bajé la mirada—. Sí. Voy —rectifiqué.

Colocó las manos en su pecho, cruzándolas entre sí. No me quitó los ojos de encima ni por asomo.

—¿Vas?

Asentí con lentitud, tratando de aguantarle la mirada. Era complicado. Muy complicado.

—Tengo que marcharme de aquí, Cathal. Necesito estar sola. Reencontrarme.

Suspiró, volviendo a lo que estaba haciendo.

—Tonterías.

Aprecié el dolor en sus ojos más que nunca y lo peor aún no había llegado.

—No quiero seguir encerrada en esta torre de cristal. Necesito aire, buscar mi sitio...

—Tu sitio está aquí —me cortó tajante, volviendo sus ojos al ordenador.

—Mi sitio estaba antes aquí —recalqué—. Ya no, Cathal. Ya no soy quien era.

Detuvo sus manos, giró su rostro y me fulminó con aquellos ojos tan azules como el mar, tan impactantes que te dejaban sin habla o te helaban el alma, dependiendo como te contemplasen. Como en ese momento.

—Sube a tu habitación. Mañana saldremos para que puedas despejarte —sentenció, dando por terminada la conversación.

—No puedo seguir aquí contigo. No quiero... estar a tu lado.

Me dolió incluso a mí. Levantó su imponente cuerpo del asiento, encaminando sus pasos con firmeza hasta que llegó a mí. Retrocedí, pero no lo suficiente. Me observó con detenimiento, sin pestañear, tratando de colarse en mis pensamientos. Mantuve la mirada fija imitando sus gestos, aunque de nada sirvió.

—No vas a salir de aquí. Nunca.

Su tono fue calmado, sin embargo, yo sabía que en su interior ardía como las llamas de la chimenea aquella noche. Cogí aire con fuerza y sin más, lo solté:

—No me siento en mi casa. No siento que te quiera, no siento que pueda mirar a esos niños que se supone que son mis hijos...

—No se supone nada —su tono cambió—. ¡Son tus hijos! —se enfureció.

Aprecié la sombra de Ryan pasar de un lado a otro, fuera del despacho. No hice ningún movimiento que delatara mi nerviosismo y continué:

—Eso lo dices tú porque lo sabes, pero yo no sé si me estás mintiendo como ha hecho todo el mundo. No quiero seguir así. No deseo seguir aquí —sentenció con rudeza. Se llevó una mano a la cara, desesperado. Plantó su mano en la mesa y apretó la madera con tanta fuerza que vi sus nudillos blanquecinos—. Me marchó, Cathal, me marchó para siempre. Y si algún día consigo ser quien fui, prometo que volveré. Sé que es injusto, que no lo entiendes, pero es mi deseo y no puedes retenerme aquí durante más tiempo.

Tal y como había precedido perdió los papeles. Dio un fuerte manotazo a

todos los documentos que estaban sobre su mesa y los tiró al suelo creando un gran estruendo.

—¿De qué demonios estás hablando?! ¡¡¿Y qué ha pasado antes, Taragh?!! ¡¡¡¿Qué?!!! —me gritó, dejándose la garganta.

—Ha sido un simple calentón.

Su pecho subía y bajaba, las aletas de su nariz cada vez se abrían más y más, y la respiración me pareció que no le llegaba a los pulmones, pues su rostro a cada segundo iba cogiendo un color más rojizo que me asustó.

—¿Un calentón? —me preguntó con cinismo—. Un calentón... —repitió, sin poder creerse mis palabras.

—Se acabó el juego, Cathal. No pienso obedecer más.

Me giré dispuesta a marcharme, pero su mano agarró mi muñeca con fuerza, cerrando la puerta del despacho con un sonoro golpe. Apretó la mandíbula, colocando sus manos a ambos lados de mi cara, y lo que escuché me partió el corazón:

—¿Por qué no puedes amarme...?

Sus ojos brillaron más de la cuenta, sus dientes cada vez se apretaban más y lo vi. Al O’Kennedy derrotado. Perdido. Al que se estaba quedando sin rumbo, el mismo que se estaba marchitando segundo a segundo, consumiéndose en su propia miseria.

—Porque no te amo... —murmuré al borde del llanto. Sus ojos reflejaron el gran dolor que aquellas palabras le hicieron sentir—. Porque nunca más te amaré —terminé con voz firme.

Me separé de él, dejándolo petrificado, hundido. Las lágrimas me nublaron la visión y antes de llegar a la puerta de salida, atisé a Ryan, quien me apremiaba desde un lateral para que corriese, pues todos conocían a Cathal y sabían que eso no sería suficiente para detenerlo.

Efectivamente, cuando bajaba los pocos escalones de la puerta de entrada, escuché el rugido de una bestia llamándome. Escuché que tiraba muebles y todo lo que se interponía en su camino mientras seguía llamándome como un desquiciado. Mis piernas no daban más y les supliqué que corriesen, que corriesen todo lo que pudieran o me cogería antes de poder llegar al coche. Abrí con el mando a distancia escuchando sus pasos tras de mí, giré mi rostro y lo que vi me dejó helada.

Cathal se dirigía en mi dirección con unas zancadas tan enormes que ni Ryan ni Sinéad fueron capaces de detenerlo. Continué con mi carrera, me metí en el vehículo y cuando casi me alcanzaba, cerré los pestillos para que no pudiese entrar. Golpeó el cristal del coche con impotencia, ocasionando una pequeña grieta, gritando barbaridades y sin dejar de aporrearlo. Arranqué apreciando que la sangre ya corría por sus manos debido a los golpes, a la misma vez que voceaba a pleno pulmón:

—¡¡Taragh!! ¡No se te ocurra marcharte! ¡Baja del puto coche! ¡¡Ahora mismo!!

Mi labio tembló, mi alma también. Aun sin motivo, lo hizo. Lo miré por última vez dejando que las lágrimas cayesen como cascadas por mis ojos y, antes de pisar el acelerador a fondo, susurré:

—Lo siento...

Capítulo 29

Maureen

Habían pasado dos largas semanas desde lo que ocurrió en la Organización con Hayes y Aidan. No sabía por qué estaba peor, si por haberle ocultado aquella mentira o por no tenerlo a mi lado en ese momento.

Me envolví en una manta con la tarrina de helado sobre mis piernas mientras pasaba y pasaba los canales cuando escuché que aporreaban a la puerta de casa de forma incesante. Me levanté a toda prisa pensando que podría ser él y mi corazón galopó a una velocidad de vértigo al creer esa posibilidad. Lo que aprecié por la mirilla me dejó sin habla, así que abrí con premura.

—¿Taragh?

No me dio tiempo a decir nada más, pues se abalanzó sobre mí sin dejar de llorar. Jamás la había visto de aquella forma.

—No sé lo que he hecho... —musitó, hipando.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre? Vamos, pasa, tranquilízate y cuéntamelo.

Tiré de ella hasta el interior, nos sentamos en el sofá y tras unos minutos en los que consiguió calmarse me explicó con detalle todo lo que había ocurrido. Le ofrecí una taza de té. Como siempre pensaba, los peores momentos se podían solucionar con eso, y a decir verdad pareció funcionar.

—¿Has dejado el coche en la puerta?

—No. He aparcado detrás. Si Cathal viene aquí me descubrirá. Tenemos que irnos cuanto antes.

—Podemos conducir unas horas. Te llevaré a un sitio para que te despees y si quieres mañana podemos ir a hablar con Byrne para organizar el viaje a Escocia. ¿Dices que les has dado una dirección falsa? —le pregunté tras su

relato.

—¡Claro! ¿Cómo sé lo que sucederá cuando Andrew esté conmigo?

—Quizá podamos hacer algo —medité—. No sé si Morrigan te lo diría si le preguntases. ¿Se te aparece constantemente?

—No. Solo cuando quiere algo de mí.

—Mmmm... —dudé—. Entonces, creo que tengo la solución. Iremos a un par de sitios. Están un poco lejos el uno del otro, aunque estoy segura de que sabremos de sobra sacar las respuestas que necesitamos. Termínate el té, que nos vamos.

Y por un momento aquella aventura me hizo olvidarme de mi desgracia con Aidan, la cual compartí con ella en cuanto nos subimos al coche y vio que mi semblante cambiaba al descubrir una camiseta de él en el asiento del copiloto.

—¿Que Aidan está vivo? —me preguntó como si tal cosa—. ¿Quién es Aidan?

Tuve que sonreír dadas las circunstancias, pero, claro, ella no recordaba la mayor parte de su vida, así que el camino se nos hizo más ameno aun cuando le conté de principio a fin de quién se trataba.

Aparcamos el coche en la entrada de la colina de Tara. Una de mis posibilidades era que, al pisar terreno sagrado, Morrigan hiciese su aparición y resolviese nuestras dudas, no sin antes invocar a Áine por si la cosa se ponía fea. No sabía con qué tipo de diosa íbamos a tratar, pero lo que sí tenía claro era que no era de las buenas. O por lo menos no del todo.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó, contemplándolo todo.

Observé los primeros rayos del sol saliendo por el horizonte. Sonreí viendo la hermosa vista que generaba la colina y agarré su brazo para continuar caminando.

—Esta es la colina de Tara. Quizá no la recuerdes. Es un lugar muy bonito y digamos que quizá aquí podemos tener alguna conexión con Morrigan. De ser así intentaremos preguntarle y... ver qué pasa —dudé. Taragh torció el gesto. Tampoco le entusiasmaba la idea, aunque no opuso resistencia. Se tocó en un determinado momento la sien y vi que cerraba los ojos con fuerza—. ¿Te encuentras bien?

—No lo sé... Ah...

Después de aquel alarido de dolor cayó de rodillas al suelo sujetándose la

cabeza con ambas manos. La movió apretando los ojos con fuerza, así que me agaché a su lado en un intento de ayudarla a levantarse.

—Dime que has visto algo —mi tono sonó suplicante.

—Otra vez me están llegando frases. Llevaba días sin tenerlos —se quejó.

—¡Eso es bueno! —me alegré—. Quizá venir aquí te haga bien. Ahí está la piedra sagrada, puede que... —Una idea más que tonta cruzó mi cabeza, pero visto lo visto, la llevé a cabo—. Ven, tócala.

—¡Vamos, Maureen! —se fastidió, alzando una ceja. Seguramente pensado que había perdido la cabeza.

—Hazme caso, tócala.

—No he conseguido recuperar la memoria en todo este tiempo, ¿crees que una piedra va a devolvérmela? —ironizó, pero viendo que no cejaba en mi empeño, al instarle con mis ojos de nuevo, colocó las manos en la roca y me miró—. ¿Ves? No ocurre nada. Anda, vámonos, que estamos perdiendo el tiempo. La opción más viable es la que me has dicho del otro sitio.

Durante un momento me sentí decepcionada por no poder ayudarla. Era muy fácil, lo sabía, pero no podía permitir que se marchase por lo menos sin intentarlo. Unos minutos después, en vista de que tampoco teníamos contacto de Morrigan, volvimos al coche en pleno silencio. Nos montamos y conduje en dirección al último sitio que quedaba como recurso antes de tener que recurrir a la Organización o incluso a mi abuela.

El tute que llevaba el vehículo desde que estaba en la Organización era increíble. Cientos y cientos de kilómetros eran recorridos casi todos los días. Debería pedirle uno nuevo a Byrne, como herramienta de trabajo y como plus de mis honorarios.

Si Taragh hubiera venido a mi casa de Blacksod habría sido peor, pero después de la espantada de Aidan en Dublín, decidí volver a mi casa en Cork. No tenía noticias de él y confiaba que no fuera tan tonto como para pedir ayuda a su hermana. No quería ni imaginarme la que se podría armar. Pensé que quizá le pidiera ayuda a Byrne —recé por ello—. Después de dos horas y media de viaje, nos plantamos en el puerto de Rosslare, en el condado de Wexford. El día anterior había oído en el NMCI que el Fomoré estaba allí.

—Vaya, a esto lo llamo yo tener recursos —opinó Taragh al detener el coche.

—Si te sirve de consuelo también es la primera vez que estoy aquí. La verdad es que no sé qué función tiene aquí el barco, pero estoy casi segura de que no está en ninguna misión. —Antes de bajar del coche, abrí la guantera y saqué mi revólver. Los ojos de Taragh se abrieron con exageración y me miró —. ¡Venga, Taragh! No es la primera pistola que ves desde que despertaste. ¿O quieres que te recuerde el día que te rescatamos de casa de tu abuelo?

—Tienes razón, pero eres la persona que menos imaginé que podría usar una.

—Creo que en esto tú tienes algo que ver.

—Otro día tendrás que refrescarme la memoria. Por mucho que me digan, siempre tengo la sensación de que la gente no me explica la verdad —se exasperó.

Dejé la conversación pendiente, caminando en dirección al interior, buscando el Fomoré por la costa, y lo vimos anclado a una distancia considerable de los demás barcos. Me extrañaba que estuviera en aquel puerto, que yo supiera, la Organización no tenía ningún hilo conductor en Wexford. Aunque después de los meses que estuve alejada de las misiones, podría haber cambiado algo.

Nos acercamos al barco y no vimos a nadie por allí. Intentamos subir acercándonos a la rampa que comunicaba con la cubierta, sin embargo, a la hora de poner un pie encima de la plataforma oímos un ruido y retrocedimos al momento.

—Hay alguien dentro —avisé a mi acompañante.

—Lo he oído. —Me dio la razón—. ¿Tienes algún plan? Aunque en realidad sigo sin saber qué hacemos aquí.

Alzó sus hombros a modo de resignación, a lo que no contesté y moví mi mano restándole importancia. No teníamos tiempo de hablar, necesitaba coger el barco de la forma que fuese.

—Lo haremos a tu manera. —Le sonreí—. La vieja Taragh actuaría del modo que vamos a proceder. A ver, sube y distrae al marinero que hay dentro. Yo entraré más tarde en acción.

—¿Solo tengo que flirtear? —se sorprendió—. Chica, podrías darme algo más arriesgado —ironizó.

—Ya me ayudarás en su momento.

No se lo pensó dos veces y subió. Como esperábamos, un joven salió con un uniforme de mantenimiento y con las manos llenas de grasa.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó.

—Oh, sí. Soy turista en la zona y me he quedado prendada del barco. ¿Es suyo? —hablaba toqueteándose el pelo y haciendo tirabuzones con sus largos dedos.

—¡Qué más quisiera yo! —Rio—. Pertenece a una empresa privada. Yo simplemente estoy revisando las calderas y el sistema eléctrico.

—¡Guau...! —Taragh lo estaba haciendo de maravilla—. Eso suena a tener mucha responsabilidad. ¿Lo terminaste todo?

Sujeté mi arma con fuerza, aproveché que le enhebró el brazo, le dio la vuelta para que no pudiera verme y conseguí subir a la parte de arriba sin hacer ruido. Una vez estuve detrás de ellos esperé el momento oportuno.

—Casi he terminado por hoy. Solo quedan unir algunos cables y ya estará todo listo. No tenía ningún problema. La verdad es que nadie conoce este barco como yo. Ya es el cuarto año que trabajo en él y no hay tornillo que se me escape. ¿Dónde dices que estás de vacaciones? —Le sonrió, coqueteando.

—Del barco quizá no, pero de la cabeza seguro que sí. Y que yo recuerde no te ha dicho dónde está de vacaciones —contesté con sarcasmo, haciendo que se giraran los dos y apunté al chico con la pistola—. Recoge tus cosas y vete.

—Pero..., no pueden hacer esto. Yo no soy el dueño del barco y podría caérseme el pelo.

—No te preocupes —lo tranquilicé con ironía—. Ya me encargaré de llamar al capitán Moore y decirle que lo he cogido prestado.

—¿Moore? —El trabajador no lo conocía.

—¿O prefieres que hable con Byrne, directamente? —le propuse haciéndolo saber que conocía al «mandamás».

—Lo siento, pero no puedo. Perderé mi trabajo. Tengo mujer y dos hijos. ¡Necesito este trabajo!

—¡A otro perro con ese hueso! —respondí de mala manera, y más viendo que había estado coqueteando con Taragh.

Ella se asomó a estribor y se aseguró que no había gente cerca.

—He visto abajo a tres marineros más. Creo que todavía no es momento

de que se marche o sospecharán.

—Pues esperaremos —dije a modo de falsa resignación—. Busca cuerdas en la tercera puerta del pasillo de la derecha y tráelas. Allí hay un cuarto con material de todo tipo. Y también unas bridas.

—No, por favor... —suplicó el joven.

—¿Cómo te llamas, cariño? —Taragh le pasó un dedo por la mejilla hasta terminar en la barbilla.

—Conan.

—Conan... —repitió mi amiga con dulzura y comenzó a hablar de modo infantil fingiendo hacer pucheros—. No te preocupes, que a este viaje no estás invitado. Pronto estarás con tu mujer y tus hijitos. Eso sí, tienes que portarte bien.

—Sí, claro. No diré ni una palabra. —Asintió con nerviosismo.

—Baja a por las bridas —ordené a Taragh, con desespero—. Si ves alguna cosa que nos sea útil, tráela también.

La espera no fue larga. Al pobre Conan le caían las gotas de sudor por la frente y parecía que estuviera a punto de llorar. Estaba aterrado y no lo culpé, yo también lo estaría en su situación. Pero no tenía intención de matarlo, simplemente queríamos llevarnos el Fomoré y listo. Taragh subió con el material que había encontrado y lo dejó caer en el suelo junto a él.

—Átale las manos a la espalda con las bridas. Iré a preparar el puente de mando para poder poner este trasto en marcha. En cuanto se vayan los marineros, lo bajaremos a puerto y nosotras nos iremos.

—¿Sabrás llevarlo? —cuestionó Taragh a medida que ataba las manos al rehén.

—Fui la mejor de mi promoción en la escuela naval y no es la primera vez que subo a este barco. Por supuesto que podré llevarlo. Esta es mi pasión. Te dejo la pistola encima de la barandilla. —Le guiñé un ojo y desaparecí cruzando el umbral de la puerta.

En cuanto llegué al puente de mando sentí un agradable cosquilleo en mi estómago. Sí, como le había dicho a Taragh, aquello era mi pasión. Navegar lo llevaba en la sangre y había nacido para ello. Tardé menos de lo que pensaba en poner en marcha el bicho y me regalé una gran sonrisa. Salí a cubierta, atisbando que seguía con el prisionero.

—¿Todavía hay gente? —le pregunté, refiriéndome a los marineros que un momento antes todavía rondaban por el puerto.

—Hace rato que no se oyen ruidos.

—Vamos a ver. —Me acerqué a Conan y le susurré en el oído—: Ahora mismo vamos a bajarte a tierra. Como mi amiga y yo somos tan buenas chicas, no vamos a atarte a esa farola de ahí —la señalé—, porque vamos a tener piedad de ti. El móvil vamos a quedárnoslo, no queremos que llames a la policía, porque entonces, si vemos que haces algo raro..., puedo asegurarte que mi amiga tiene una puntería envidiable y si te disparamos en las rodillas, ya sabes lo que te tocaría. Dudo que quieras que tus hijos empujen la silla de ruedas de su papá, ¿me equivoco?

El joven negó con la cabeza repetidas veces. Estaba más que nervioso.

—Pobre chico —escuché a Taragh murmurar.

Lancé una mirada asesina a mi amiga y lo comprendió. En aquel momento no estaba siendo la verdadera Taragh y me estaba sacando de quicio. Tenía que hacer que recuperara la memoria como fuese. Quería que maldijera y fuera ella quien hablara con el chico.

—Ayúdame —le pedí mientras intentaba hacer que Conan caminara.

Liberamos al rehén al borde de un muro y las dos volvimos a subir al barco, recogiendo la rampa. Dejé a Taragh apuntándolo con la pistola mientras entraba en el puente de mando y ponía aquel trasto en movimiento. Cuando estábamos a una distancia prudencial de la costa, Taragh entró.

—Lo he perdido de vista, creo que ya no podemos hacer nada más.

—Ahora viene lo peor. Vamos a llamar a Byrne. Prepárate porque los gritos no van a ser pocos.

En cuanto se lo comuniqué, marqué su número de teléfono, puse el manos libres y lo dejé encima de uno de los asientos.

—Maureen, ¿pasa algo? —fue lo primero que me preguntó el jefe.

—Vamos a ver... Sí y no. —Traté de mantener la calma, porque sabía la que se avecinaba.

—Explícate. Por cierto, te oigo muy mal.

—De eso quería hablarle. Tengo el manos libres puesto. A ver, no es momento que se moleste conmigo. Sabe que si hago las cosas es por algún motivo.

—No sé por qué, pero me da la sensación de que no me va a gustar lo que estás haciendo.

—Yo también creo que no le va a gustar, pero es el último recurso que se me ha ocurrido.

—Maureen, suéltalo ya —se desesperó.

—Estoy saliendo de Rosslare.

Miré a Taragh, que no entendía nada, esperando a que el jefe reaccionara por mi ubicación.

—¿Y bien? ¿Qué hay en Wexford?

—Más bien, qué es lo que ya no hay allí... —susurré.

—Espera, espera. No te muevas. —Se mantuvo en silencio unos segundos —. ¡El Fomoré!

—He tenido que cogerlo prestado —me excusé atropelladamente.

—¡Por todos los dioses, Maureen! ¡Has secuestrado el Fomoré! —Escuché aquella voz estridente, alcé los hombros y cerré los ojos por la bronca que me estaba dando.

—Bueno, más bien estamos Taragh y yo en él. El chico de mantenimiento que se encontraba trabajando lo hemos dejado en tierra. Por cierto, no sufra, lo hemos asustado un poco, pero está en perfecto estado.

—¿Qué le habéis hecho?

Pareció horrorizarse e intenté quitarle hierro al asunto.

—Ya le he dicho que nada. Únicamente tuvimos que hacerlo bajar a la fuerza cuando no hubo nadie en el puerto que nos delatara.

—¿¡Dónde os dirigís con el barco?! —exclamó, obviando la explicación que acababa de darle.

—Vamos al único lugar donde se me ocurre que Taragh puede recuperar la memoria.

—¿¡Habéis secuestrado el barco para beneficio de Taragh?!

No entendí el motivo por el que se escandalizaba, pues él era el primero que estaba haciendo tratos con su marido.

—Yo también me alegro por usted —saltó la aludida, acercándose al teléfono.

—Pero ¿¡os habéis vuelto locas?!

—Quizá sí, aunque es el último cartucho que me queda. No se preocupe

por nosotras. Sé llevar el barco después de haber aprendido tanto del capitán Moore. Lo devolveremos donde usted me diga.

—¡De eso ni hablar! Voy a enviar una patrulla en helicóptero para que vaya a por vosotras. No quiero...

La comunicación se cortó, sin darle tiempo a terminar su bronca, y un frío comenzó a sentirse en la estancia helándome la piel.

—No estamos solas... —susurré sabiendo que ella no entendía el comentario.

—Tengo frío. —Se frotó los brazos—. Voy a ver si encuentro un par de chaquetas de la tripulación.

—Espera —me sorprendió su comentario—. ¿Dices que tienes frío?

—Sí, lo he sentido de golpe. Ha comenzado a subirme por los pies.

—¡Taragh! ¡Estás sintiendo a la diosa! —me alarmé gratamente.

—¿Qué diosa? —Arrugó el entrecejo.

—Áine. La diosa se me aparece siempre que tengo frío. Es su señal de presentación. Creo que nos está haciendo saber que está con nosotras. Es más, me atrevería a vaticinar que ha sido ella quien ha cortado la comunicación con Byrne. Espero que también haga algo al respecto para que no nos sigan.

—¿En verdad te crees todo lo que estás diciendo? —No acababa de convencerse.

—¿A qué te refieres?

—A lo del frío, la diosa, la comunicación... No sé, me suena algo surrealista.

—¿No decías que Morrigan se te apareció?

Se calló de golpe, dándose cuenta de su error. No tenía ni pies ni cabeza lo que había dicho después de todo lo acontecido.

—Sí, pero a veces lucho contra mí misma y quiero creer que es todo un sueño.

—No lo es, querida —me fastidié por ello—. Más de una vez he deseado que lo fuera, pero no tengo esa suerte.

De repente el barco comenzó a ir más rápido de la cuenta y me sorprendí. Taragh me contempló, entrecerrando sus ojos.

—¿Qué sucede, Maureen?

—No lo sé. Esto se ha embalado de tal manera que no puedo controlarlo.

—Me asusté y me agarré al control de mandos.

—Oonagh... —escuché que me llamaba la diosa.

—¡Joder! ¡Qué susto! —grité.

—¿Qué pasa? ¡No me asustes! —dijo Taragh en mi mismo tono.

—Ahora es cuando menos asustada debes estar. El barco está siendo tripulado por la diosa. Supongo que sabrá adónde nos dirigimos.

—¿Y adónde nos dirigimos, si se puede saber? ¡Todavía no me has dicho nada!

Suspiré antes de comenzar.

—Hace tiempo, en mi primera misión, nos desplazamos a una vieja isla que ya no existe. ¿Has oído hablar del Hy Brasil?

—Sí, claro. La isla de la mitología celta.

—Pues bien, allí encontramos un barco que estaba hundido, el Ádh mór. Se supone que la mayor fuente de magia se encuentra allí. Antiguamente se decía que los dioses se reunían en la isla y, tal vez, Morrigan o Áine, o quizá otro dios, pueda decirnos qué te deparará el futuro cuando encuentres a Andrew. Necesitamos saberlo.

La miré suplicante como si ella fuera a darme la respuesta. Después de todo lo ocurrido, que se marchitara sin más...

—Espera. —Me frenó con la mano y con la otra se tocó la sien—. Recuerdo algo de eso, pero como si fuera un sueño...

—No me extraña. —Reí irónicamente—. Teníamos una espía que tú enviaste y le hiciste robar uno de los libros de Bitácoras.

—¿Yo hice eso? Te juro que cada vez me sorprende más de mi vida anterior.

—El día que recuperes la memoria dejarás de ser la ilusa que eres ahora mismo. —Reí.

—Muchas gracias por el cumplido.

Me lanzó un bolígrafo al brazo como si estuviese ofendida.

—De nada. —Volví a reír.

Nos aproximamos a la zona de la isla mucho más pronto de lo habitual. Sospeché incluso que habría hecho desaparecer el barco, para luego hacerlo visible en el lugar adecuado. Pero mi sorpresa fue que en la zona en cuestión había un fuerte oleaje, como cuando descubrimos el Ádh mór. Supuse que

deberíamos esperar a que aquello se calmara pero, muy lejos de mi sospecha, el barco se adentró en la tormenta. Abrí los ojos en demasía viendo lo que se avecinaba.

—¡Taragh! ¡Sujétate bien! —le advertí.

—¡¿Qué coño está pasando?! —chilló—. ¡Aléjate de la tormenta!

Señaló el puesto de mando con urgencia instándome a que me acercase a él.

—¡No puedo hacerlo! ¡Yo no tengo el control del barco!

El Fomoré comenzó a moverse con bravura, el balanceo era exagerado y el agua entró como un río por la puerta que daba a cubierta.

—Oonagh... —volvió a susurrarme la diosa.

—*Cabhraigh linn, le do thoil* (Por favor, ayúdenos) —le rogué.

El barco se movió con más fuerza e hizo que rodáramos de un lado a otro, mientras intentábamos lidiar con el agua que entraba a raudales en el puente de mando.

—¡¡Menuda idea has tenido!! ¡Vamos a ahogarnos! —gritó Taragh, sujetándose a la madera de la puerta.

—*An fhírinne* (La verdad) —me susurró.

—¡No estoy para acertijos! —chillé enfadada, ignorando a Taragh que se quejaba sin cesar—. ¡La verdad de qué!

No recibí respuesta, pero al momento entró una tromba tan grande que inundó la sala de golpe. El barco se estaba hundiendo y yo buscaba a Taragh con desespero cuando la perdí de vista. La vi en un rincón, cerca de la mesa donde siempre acostumbraba a trabajar, la cogí del brazo e intenté arrastrarla hacia la salida como pude.

Recibí un golpe de agua en el pecho tan fuerte que me causó el efecto contrario al que pensaba. Era como si me hubieran inyectado una gran burbuja de oxígeno en el cuerpo. Aquellos momentos se estaban haciendo eternos. Taragh parecía que había perdido el conocimiento, pero de golpe abrió los ojos, me miró y fijó la vista al frente. Lo hice en su dirección y, de repente, una gran proyección se abrió ante nuestros ojos, donde pudimos ver un prado verde, al abuelo de Taragh y la diosa Morrigan a su lado. Se veía cómo hablaban, aunque no escuchamos nada. En las manos de la diosa se apreciaba el reflejo de algo redondo, una joya, algo que no conseguí distinguir y que

tampoco era material. No supe definirlo y miré a Taragh que seguía ensimismada en la imagen. Antes de que se esfumara escuchamos la voz de Morrigan decir:

—*Beidh sé mar an t-athrú ar do shaol.* (El cambio por tu vida será él).

El oxígeno se nos estaba acabando, el aire no conseguía entrar en mis pulmones y comenzaba a marearme. Taragh estaba en la misma situación y apenas mantenía su rostro en alto para evitar el torbellino de agua que nos arrollaba. Aquella burbuja había sido solo para que pudiéramos saber la verdad a nuestra pregunta. Un segundo después, elevé mi rostro y atisbé en una de las puertas del barco a alguien acercándose hacia nosotras. Eran tres figuras que no pude identificar. Una me cogió de la mano y en cuanto fui a apartarla me di cuenta de que era una especie de sirena... ¡Una merrow! Su otra compañera se encargó de Taragh, y la tercera nos guio en el camino. Escuché un leve sonido de la boca de la merrow que rescataba a Taragh.

—*Tá grá i mbaol. Tá grá damáiste. Tá grá ag fáil bháis.* (El amor está en peligro. El amor está dañado. El amor muere...).

Arrugué el entrecejo sin entender lo que quería decir, hasta que a la mente me vino Cathal. ¿Cathal estaba en peligro? Taragh abrió los ojos, no supe si porque sabía que se refería a él o porque al igual que yo al principio, no lo entendía.

Su tacto era igual que una adrenalina que nos empujaba a salir a la superficie lo antes posible. En cuanto asomamos la cabeza y pudimos respirar aire puro, fue como si nuestros pulmones intentaran explotar. Las merrows se pusieron debajo de nosotras cargando nuestro peso, nadando durante millas. Sorteamos algunas olas y pasamos más de una isla, sin embargo, supuse que querían dejarnos en algún lugar seguro. No llegaron del todo a la costa, distanciándose a escasos metros de ella.

—*Go raibh maith agat go mór* (Muchas gracias) —les agradecí.

—*Ba mhór an pléisiúr* (Ha sido un placer) —contestó una de ellas.

—*Ádh mór!* (¡Buena suerte!) —dijeron las tres a la vez y se zambulleron en el agua dejando ver su cola como sobresalía y luego se hundía.

Miré a Taragh, que se mantenía en el agua a mi lado, y recordé las palabras de las diosas el día de mi boda: «Ellas también estarán a tu lado». Por fin había cobrado sentido aquella frase.

—¿Podrás llegar a la orilla? —le pregunté, jadeante.

—Claro que sí. ¿Por quién me has tomado? —contestó con orgullo, en un tono fuera de lo común.

Nadamos hasta la playa con un cansancio agotador. En cuanto mis pies pisaron la arena se arrastraron unos metros hasta que me dejé caer por completo bocarriba. Taragh me imitó, aunque bocabajo, respirando exageradamente.

—Lo hemos conseguido... —murmuró sin dejar de jaderar.

—Somos unas campeonas —me enorgullecí.

—Sí —me dio la razón, con los ojos cerrados.

Alargó la mano y me la tocó. ¡Estábamos vivas! Habíamos sobrevivido a un naufragio, estábamos exhaustas y necesitábamos descansar. De repente, la mano de Taragh me apretó de golpe y al mirarla vi que sus ojos estaban abiertos como platos con ese color rojizo con el que despertó. Me incorporé a toda prisa sin saber qué le ocurría, pero no me dio tiempo a preguntarle.

—Maureen. —Alzó la cabeza y se sorprendió cuando dijo—: Lo recuerdo todo.

Capítulo 30

Que Taragh recobrarla la memoria fue el logro que estábamos buscando. Como era costumbre, Áine tenía que ver en aquel «milagro». No era la primera vez que me sumergía en las aguas. Todavía me rondaba el recuerdo del descubrimiento del Ádh mór, el hallazgo del anillo y del libro que había en su interior. Quedaba demostrado también que la isla de Hy Brasil era mágica, en todos los sentidos. Fuera por la mitología irlandesa, como los sucesos que allí tuvieron lugar en la batalla de Kinsale, que pude constatar en los archivos de Cudillero. Me alegré tanto por ella que lo único que pude mostrar fue una gran sonrisa.

—¡Lo recuerdo! —Se levantó eufórica—. ¡Lo recuerdo todo! —Comenzó a dar vueltas con la mirada al cielo y los brazos extendidos, tocándose la cabeza de vez en cuando.

—¿También recuerdas lo que hemos estado haciendo durante las últimas semanas?

—Recuerdo hasta la *pizza* congelada que cenamos el otro día en tu casa de Blacksod. —Se acercó a mí y me golpeó la frente con la palma de su mano, a modo jugueteón.

—Cómo me alegro, de verdad. —Sonreí con sinceridad—. Ahora podrás volver a tu vida normal.

—Sí, las dos podremos.

—Bueno, de lo mío..., ya sabes. Yo no lo tengo tan fácil.

—No seas negativa. Estoy segura de que volverá —aseguró, sentándose a mi lado.

—No tengo ni una sola llamada de él, Taragh... —musité, contemplando las olas.

—¡Vamos, Maureen! Acaba de resucitar de los muertos y recuerda que lo has engañado y encima se entera de que le has puesto los cuernos. ¿Qué quieres que haga, que te cante? —ironizó.

—Muchas gracias... —renegué—. No tendría que haberlo hecho.

Se hizo un silencio necesario entre las dos que ella tardó poco en romper, mientras contemplaba la misma vista que yo.

—Todos alguna vez en la vida hacemos algo de lo que nos arrepentimos, pelirroja. —Me miró—. Y aunque eso no se puede cambiar, sí que podemos intentar rectificarlo. —Arrugó el entrecejo, como si acabase de recordar algo.

—Bueno... —Miré alrededor y busqué algún refugio o incluso una casa—, deberíamos salir de aquí, ¿no crees? Las llaves del coche se han perdido en el mar... —murmuré con desgana al darme cuenta de que no podía llevarme el coche de ninguna de las maneras. Me detuve al ver su gesto—. ¿Te encuentras bien?

—No... lo sé... —Elevó su rostro hasta clavarlo en el mío y murmuró—: Cathal...

A toda prisa nos acercamos a la casa más cercana a la playa, mientras Taragh volvía a contarme lo que la merrow le había dicho y lo que creía que podría significar.

—¿De verdad crees que el gran O’Kennedy alguna vez en la vida pensaría en el suicidio?

Detuvo su paso y me observó con detenimiento, con seriedad.

—Siempre supe que yo sería la única que lo podría destruir —calló—. Y lo he destrozado... Dios mío, ¿qué he hecho...?

Llamamos a la puerta de una casa que encontramos a medio camino y una mujer mayor nos abrió. No podíamos explicarle gran cosa, solo que nuestra «pequeña» barca se había hundido y el mar nos había arrastrado a la orilla. La anciana no dudó en dejarnos pasar, ofrecernos un plato de sopa caliente que nos reconfortó y poner nuestra ropa a secar en la lumbre que mantenía encendida. Una vez más la hospitalidad irlandesa se hizo presente.

—¿Podríamos usar su teléfono, por favor? —le preguntó Taragh con cierto tono de nerviosismo—. Debemos informar a nuestras familias —mintió.

—Claro que sí. Lo tienes encima de esa mesita de ahí. —La señaló—. Pero ahora podéis quedaros aquí. La noche se acerca y no creo que os dé tiempo a llegar a vuestras casas. Mañana será otro día. Tengo una habitación de sobra. Mi hija hace años que se marchó y está tal como la dejó. Así que podréis dormir caliente. Por cierto, me llamo Maille.

Taragh marcó el teléfono de Cathal repetidas veces, con una desesperación palpable.

—¡Maldito sea! —se enfureció—. Cathal..., contéstame... —suplicó en un murmullo.

—Déjame a mí. Llamaré a Byrne y que él le dé la noticia —le pedí.

—¡No! —respondió con rotundidad—. Será mejor que me presente en casa, me temo que está en peligro. Por favor, dile a Byrne que mande lo que sea más rápido para sacarnos de aquí.

Marqué el teléfono de mi jefe y me lo cogió al tercer tono.

—Byrne —contestó firme.

—Soy Maureen.

—Maureen, ¡por todos los dioses! ¿Dónde estás? La comunicación se cortó mientras estaba hablando contigo. El ordenador no podía rastrear el barco.

—Lo sé, digamos que la señora... —Miré a Maille de reojo— tuvo algo que ver con eso.

—¿Qué ha sucedido?

Volví a mirar a la anciana, que se preocupaba por colocar nuestra ropa en sillas para que se secase lo antes posible. Mientras, nos había prestado un par de batas.

—La barca nos dirigió a la famosa isla y allí fuimos sorprendidas por una tormenta. Digamos que salimos de milagro y fuimos a parar a una playa.

—¿Dónde estáis exactamente?

—Buena pregunta, porque no sé la ubicación exacta —me dirigí a Maille—. Perdona, ¿dónde estamos?

—Estamos en Coumeenoole, en el condado de Kerry —respondió con rapidez.

—¿Llevas la pulsera de la Organización puesta? —preguntó Byrne.

No había caído en la pulsera con localizador. Miré mi muñeca derecha y

sonreí al verla.

—Sí, la tengo.

—Está bien, voy a llamar para que vayan a por vosotras.

—Sí, y..., Byrne, que se den prisa —le dije mirando a Taragh, que no paraba de andar de un lado a otro.

—Perfecto, voy a planearlo todo. Ya estoy en el ordenador viendo el lugar exacto donde os encontráis.

—Byrne. —Me daba miedo darle la noticia de lo sucedido—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—El Fomoré se ha hundido.

Al escuchar el nombre del barco, la mujer se giró hacia mí y se santiguó.

—¿Cómo que se ha hundido? —pareció alterado.

—Bueno, más bien la tormenta tuvo la culpa. Ya lo hablaremos cuando nos veamos.

—Está bien. Voy a buscaros.

En cuanto colgué el teléfono me senté junto a Taragh, enfrente de la chimenea. La anciana me miró con extrañeza y no pude resistirme a preguntarle:

—¿Qué le ocurre, Maille?

—Nada, ¿por qué lo preguntas?

—No me ha pasado desapercibido verla santiguarse cuando ha escuchado el nombre de nuestra barca.

—Es mejor no nombrar según qué seres.

—¿Es supersticiosa? —le preguntó Taragh.

—Digámoslo así. Este es un pueblo pequeño y muy creyente. No queremos problemas y mucho menos invocar a nadie.

Taragh y yo nos miramos un poco escépticas. ¿Había dicho «invocar»?

—Si le consuela, la barca no era nuestra —le confesé—. Así que nosotras no le pusimos el nombre.

—Decís que se ha hundido, ¿no? Pues con ese nombre ya está bien en el fondo del mar —contestó quitándole importancia.

Imaginé que se refería a los dioses de la antigua mitología irlandesa. Dioses de la Muerte, lo Oculto y de la Noche que se hacían llamar de esa forma.

—Muchas gracias por su hospitalidad, Maille, pero tenemos que marcharnos.

Taragh se levantó tras aquellas palabras, cogió su ropa y se la colocó delante de la mujer que sonrojada desvió sus ojos hasta otro punto de la casa.

—Sí. Yo también lo haré. Ha sido muy amable por su parte. —Le sonreí.

—Pero ¿estáis seguras? De verdad que no me importa.

—No se preocupe, estaremos bien —dijo Taragh, terminando de colocarse su camiseta.

En cuanto Taragh cerró la puerta de la calle se acercó a la entrada de la valla que separaba el camino de la vivienda y no tardó en decir:

—Creo que mientras tu jefe aparece y no, puedes explicarme qué pasó con Hayes y los detalles más sucios que te guardes. —Sonrió como una demente.

Tuvimos tiempo suficiente para hablar. Le expliqué la historia con pelos y señales, el viaje a Nueva York y mi encuentro con Hayes en el puticlub. Finalmente terminé hablando de Aidan y nuestras nuevas identidades.

—¿Y dónde pensabais ir? —se interesó.

—Hablamos de Alaska, pero todo depende de Byrne.

—No sé cómo no te dan ganas de pegarle dos hostias en toda la cara a Aidan —se enfureció—. Aunque tenga sus motivos, es un gilipollas.

—Bueno, lo que tengo claro es que yo ya hice suficiente. Lo mataron por mi culpa...

—¡Espera! ¡Para! —me frenó, alzando las palmas de sus manos hacia mí—. ¿Por tu culpa? Que yo sepa fue Jack quien lo llevó al castillo.

—No me lo recuerdes... —resoplé.

Aquella imagen de nuestra discusión me vino a la cabeza. Él bajando las escaleras y aplaudiendo pausadamente como si estuviese en un circo.

—Ese hijo de puta se merecía aquella muerte en el medio del mar. —Se enorgulleció y rio.

Su comentario y las experiencias vividas con ella me empujaron a confesarle la verdad.

—Taragh, la muerte de Jack fue más cruel de lo que imaginas. Yo no soy así.

—Pues sí, una muerte lenta, en medio del mar, esperando a que los pájaros te coman a picotazos... Interesante. No sé dónde está el problema, si por mí

hubiese sido...

—Te equivocas. Yo tuve que ver con esa muerte más de lo que imaginas.

La miré y comencé a relatarle todo lo que sucedió sin dejarme ningún detalle.

—Vaya..., pelirroja, veo que no eres la misma, que sí has cambiado. ¿Dónde está la mosquita muerta que conocí? —Alzó una ceja, intentando animarme.

—La rabia pudo conmigo y fue un buen momento para aprovecharme de mí en motivo de mi venganza. La verdad es que Áine se asustó, pero... Jack ya es historia.

—Te felicito por ello.

Me sonrió mostrándome su blanca dentadura. Se la veía orgullosa de mí y yo, casualmente, no me sentía culpable de haber actuado de esa forma. Quizá la venganza era algo que todos llevábamos en nuestro interior, a fin de cuentas. Durmiendo. Esperando el momento oportuno para salir, y aquella, sin duda, fue la vez que ese instinto resurgió en mí.

—Eso sí, no te perdono el mal rato que me hiciste pasar en el bosque cuando te pusiste de parto —cambié de tema, entre risas.

—Oh, perdóname. —Levantó la mano a modo de excusa exagerada y puso tono de retintín—. No era algo que tuviera planeado.

Soltó un suspiro, dejando que sus ojos se perdieran en mitad del campo. Supe en quién estaba pensando y quise que no le diese vueltas. Ojalá me equivocara, y ojalá Cathal se encontrase bien. Sin embargo, si la merrow le había dado aquella advertencia... Lo mejor era darse prisa.

—¿Sabes que allí también recibí ayuda? —retomé la conversación.

—¿Cómo dices?

La pregunta me sonó más a sorpresa que a ignorancia.

—Áine y Fand estaban conmigo y me guiaron. Áine me decía lo que debía hacer y Fand puso sus manos sobre tu vientre para proteger a tu hija.

—Pues ya podría haberme ayudado a mí también y nos hubiéramos ahorrado todo este follón. —Rio, sin darle muchas vueltas al tema.

—Yo sabía que ibas a morir allí. Cuando Cathal estaba a tu lado escuché el grito de una Banshee detrás de un árbol.

—Yo la escuché llorar durante muchos días en la ventana de mi habitación.

Y Cathal también, aunque nunca me lo dijo y siempre buscó explicaciones sin sentido. —Me miró—. Y también vi a Fand y me marché con ella. —Se hizo un silencio entre las dos, hasta que terminó diciendo—: Y lo recuerdo como si hubiese sido ayer.

Un sonido inusual nos hizo erguirnos con urgencia. Aprecié el nerviosismo de Taragh al moverse de un lado a otro hasta que llegaron y, por una vez, recé para que todo fuese bien. Maille se asustó y corrió hacia la ventana para ver de dónde procedía aquel ruido que cada vez se hacía más cercano y más fuerte.

—No se preocupe, Maille. —Le resté importancia cuando se asomó a la puerta de la casa—. Vienen a buscarnos.

—¿Es un helicóptero? —se sorprendió.

—Sí, hay gente que no sabe ser discreta —dijo Taragh, poniendo los ojos en blanco.

—Voy a buscarlos —comenté.

Del helicóptero bajaron Byrne y Harry. Padre e hijo se dirigieron hasta mí.

—¿Estáis bien? —fue lo primero que preguntó Byrne.

—Sí, estamos sanas y salvas —lo tranquilicé.

—¿Y Taragh? —Harry la buscó con la mirada—. ¿Se ha marchado?

—No, está en la entrada.

La señalé y este asintió al darse cuenta de la sombra que había cerca de uno de los árboles.

—Tienes razón, no la había visto.

En cuanto se dejó ver, su semblante cambió por completo. Todo lo amigable y confidente que había sido conmigo se esfumó al instante para dar paso a la Taragh altiva y orgullosa que siempre había sido. En cuanto el helicóptero se elevó, se centró en mirar los paisajes. Sabía que por su parte la conversación iba a ser escasa, tirando a nula.

—¿Adónde vamos? ¿A Cork? —pregunté.

—No, a Dublín —informó Byrne.

—A mí dejadme en Moher, así me ahorro el viaje desde Dublín.

—Eso hoy no podrá ser, Taragh —anunció mi jefe—. Debemos hablar de lo que ha ocurrido. Por cierto, el Fomoré vuelve a estar atracado en Rosslare.

—¿Cómo?! —Aquella exclamación vino por parte de las dos al unísono.

—¿Cómo sabéis que es el mismo barco? —pregunté esa vez yo, con sorpresa.

—Acaba de aparecer atracado en el mismo lugar de donde lo... robasteis. —Nos miró por encima de sus gafas a modo acusador—. Eso sí, tuve que mediar con Conan para que no os denunciase.

—Yo necesito volver a Moher —impuso Taragh con enfado.

—Solo tardaremos un rato. A lo sumo mañana estarás de vuelta —añadió Byrne.

—He dicho que no.

—Y yo he dicho que sí. Fin de la discusión.

—Necesito hablar con Cathal, Byrne. No haga que se lo pida por las malas.

—Cuando aclaremos lo que ha ocurrido, yo mismo te dejaré en Moher si es necesario. Ya buscaremos la forma de llevar tu coche hasta allí. Además, seguro que está bien. No temas. Es un hombre de recursos.

Soltó un fuerte resoplido, resignándose. Miró por la ventanilla y pude apreciar cómo la preocupación crecía con más fuerza en su interior.

—Solo me conformaré si lo llama —añadió, sin derecho a réplica.

Mi jefe asintió.

Aterrizamos en el puerto de Dublín y nos dirigimos directamente hacia la nave. En el momento en el que se abrió la puerta principal del vestíbulo, Chloé salió a recibirnos con nerviosismo y me abrazó.

—¿Estáis bien?

—A mí no hace falta que me abras —le dijo Taragh poniendo distancia con cara avinagrada.

—Está bien. —Chloé se abochornó y se quitó el mechón de la cara.

—Tienes a alguien esperándote en el despacho —me informó.

—¿Ha venido mi abuela?

—No, digamos que es alguien a quien no esperas.

Miré a Taragh y ella alzó los hombros a modo de no saber quién podría ser. Seguía preocupada por Cathal, ya que me lo había dicho en cuánto bajamos del helicóptero, según ella tenía un palpito. Avanzamos por el pasillo

y mi curiosidad aumentó. Recé para mis adentros para que no fuese Hayes. En aquel momento era la última persona a quien me apetecía ver. Y no era que él tuviera la culpa de mis problemas con Aidan, pero sus gestos lo habían delatado, o por lo menos eso analicé después.

En cuanto entramos en la sala de juntas vi a alguien sentado de espaldas a la puerta. Y aquella nuca era imposible de olvidar. Se levantó y cuando se giró sus ojos se clavaron en los míos.

Tenía miedo.

Volvía a tener miedo de que me reprochara mis actos. Que no comprendiera mis trabajos en la Organización y que me echara en cara mis ausencias. Y lo que era peor... el tema de Hayes.

—Estás viva. —Se acercó a mí con paso decidido.

—Espera un momento —Taragh se interpuso entre nosotros dos—. Cuando acabe esta reunión quiero hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —siseó él.

—Creo que sí. No dejas que la mierda y el odio se marchen. Estás empecinado en echarle la culpa a alguien de lo que te ocurrió y te estás equivocando de persona.

—Taragh... —intervine—, ahora no es el momento.

—Como he dicho, cuando acabe esta reunión —aclaró sin dejar de mirar fijamente a Aidan—. No te la mereces —añadió al pasar por su lado.

—Aidan, puedes quedarte aquí con nosotros. Supongo que no vale la pena que te escondamos nada —le informó Byrne, haciendo como que no había escuchado nada de la conversación anterior.

—¿Quieres saber qué hemos estado haciendo tu mujercita y yo? —se burló Taragh—. Tranquilo, que no he intentado que se convierta en un monstruo. —Le guiñó un ojo con chulería.

—¡Taragh! —salté.

—Déjalo que sufra un poco... —murmuró con una sonrisa diabólica.

Informamos a Byrne de todo. Desde el susto a Conan en Wexford, nuestro viaje al Hy Brasil, la tormenta, el golpe de oxígeno y la imagen de Andrew con Morgana junto con el objeto redondo que le mostraba, para luego ser salvadas por las merrows. Miré a Aidan de reojo, viendo que prestaba más atención de lo normal al relato.

—No estoy convencida del objeto que le mostró Morrigan —añadió Taragh cuando Byrne le preguntó.

—¿Tienes alguna sospecha de cuál podría ser el trato? —le preguntó él.

—Ni idea —dijo como si nada.

Yo sabía que mentía, comenzaba a conocerla e intuía que escondía algo. Pero eso era un asunto personal de ella y no quería meterme a menos que deseara contármelo.

La reunión duró más de lo esperado, hasta que no pudimos expresar más los recuerdos que teníamos de los hechos. Aquel tema quedó zanjado y no esperábamos noticias que nos incluyeran directamente en el caso del Hy Brasil. En cuanto nos levantamos, no sabía qué reacción tener con Aidan, así que fue Taragh quien cogió el toro por los cuernos.

—Enseguida salimos —le anunció ella a Byrne—. Tenemos un asunto pendiente que resolver.

Nadie puso impedimento. Total, aquello era personal y no tenía nada que ver con ninguna misión de la Organización. No tenían necesidad de escuchar lo que se iba a tratar.

—Aidan. —Taragh se acercó a él, quedándose a escasos centímetros de su cara—. ¿Crees que la actitud que estás teniendo con Maureen es la más normal después de volver? ¡Estabas muerto!

Sabía que no debía entrometerse en nuestra relación, pero que en el fondo me apreciaba y, de una manera u otra, ella se había dado cuenta del daño que se podía ocasionar en casos como los que ellos dos habían sufrido.

—Nadie te ha dado vela en este entierro —le reprochó él.

—Creo que te equivocas. Tanto tú como yo estamos en las mismas condiciones. Los dos hemos vuelto de un mundo que no conocíamos y estás haciendo el tonto al dejar que unos celos absurdos te carcoman. ¡Es el pasado! ¿No te das cuenta de que si sigues así la perderás? —Me miró, señalándome—. Ella es diferente, Aidan, ella es buena... —terminó en un susurro—. No dejes que eso se pierda y ¡deja de ser un gilipollas!

—¿Le has contado lo de Nueva York? —se enfureció dirigiéndose a mí, enterándose únicamente de lo que le interesaba en aquella conversación.

—¿Y qué más da? —le reproché—. Te fuiste y me dejaste con la palabra en la boca. ¿Por qué no iba a contárselo?

—Sal de la sala, Taragh —le ordenó Aidan.

Taragh arrugó el entrecejo al escuchar su tono. Se encaminó con paso firme en su dirección y, como la misma mujer que un día conocí, le dijo:

—No hagas tonterías, no ahora o seré yo quien me encargue de ti personalmente —le susurró al oído—. Sabes que cumplo mi palabra y no me ando con tonterías. Y si no, piensa un poco en tu vida anterior.

Sabía que ese comentario se lo había hecho a traición, para hacerle daño, y me di cuenta de que así era cuando él le lanzó una mirada recriminatoria.

—Taragh, ya has hecho bastante —dije mirando a Aidan fijamente—. Déjanos solos, por favor.

Asintió con un breve movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Estaré ahí fuera unos minutos, si me necesitas... —añadió, pasando por mi lado, y antes de salir se dirigió a Aidan—: MacEoghain, quedas avisado.

Cuando salió de la sala se hizo un gran silencio. De refilón vi que Cara se dirigía a grandes pasos hacia Taragh y escuché lo que le decía:

—Byrne ha vuelto a hablar con Cathal. Aparte de la llamada que le ha hecho cuando has llegado, acaba de hablar con él.

—¿Y se lo ha cogido?

—Sí. —Le tocó el brazo—. Tranquila, está bien. Verás la alegría que va a darle cuando sepa que has vuelto a recordarlo todo. —Sonrió.

Era de madrugada y como siguiésemos así nos quedaríamos toda la noche en vela. Byrne había llamado a O’Kennedy para dejar tranquila a Taragh, pues se empeñó en que algo le ocurría, y él, me imaginé que con tal de que se quedase, lo hizo. A ella no le cogía el teléfono y también prefirió encontrárselo a la cara para comunicarle la noticia de sus recuerdos, algo que todos respetamos. Dejé de escucharlas cuando enfilaron pasillo adelante en dirección a los ascensores, y ninguno de los dos se atrevió a dar el primer paso para hablar.

—¿Estás bien?

Fue él quien rompió el hielo.

—Sí, gracias por preguntar.

Me senté en una de las sillas, intuía que aquella conversación iba a ser larga.

—Byrne me contó todo lo que os ha pasado.

—¿A qué te refieres con todo? —me extrañé.

—Ayer vine buscando a Hayes para pedirle explicaciones y en ese momento acababas de hablar con Byrne. Él me contó el problema que habíais tenido en el barco. ¡Dios, Maureen! —Se puso las manos en la cabeza a modo de desesperación—. Debes comprender que esto no es fácil para mí...

—¿Y te crees que siempre lo fue para mí? Llegué a este país con doce años y desde entonces he estado sintiendo las conexiones de Áine sin saberlo. De repente me presento a un examen y después me dicen que soy miembro de una Organización porque mi abuela también está dentro y, encima lo hice para que la banda dejara de perseguirte. —Me miró con dolor. No quería echárselo en cara, no lo pretendía, pero no me dejó más remedio que decirlo de aquella forma—. Además, por lo visto todos insisten que tengo un don, ¡y maldito el momento en el que lo contraje! Te mentí, lo sé y asumo mi culpa, ya te lo dije. Pero no me quedaba más remedio. Debes comprender que es una organización secreta y que nadie que no esté dentro puede saber de ella. Aparte del primer ministro, claro, aunque no conoce nuestras verdaderas conexiones con los dioses.

—Sabes que eso ya se solucionó, pero comprende que me enfadase por lo de Hayes. No me contaste nada de eso cuando se suponía que empezábamos desde cero. Sin mentiras, Maureen. Sin mentiras —recalcó.

—¿Y qué querías que te dijera? ¡Lo siento, Aidan! Me arrepiento cada maldito día de lo que pasó, pero no puedo cambiarlo, ¡no puedo! —Me acerqué a él, cogiendo sus manos, gesto que no rechazó—. Te amo, Aidan. Te amo y nada podrá cambiarlo. Lo que pasó pasado está y, te juro que jamás volverá a ocurrir porque yo no tengo ojos para nadie. Para nadie que no seas tú.

Me contempló serio, sin pestañear.

—Pero me sigue doliendo, Maureen. Me sigue doliendo que me engañases con otro.

—¿Y qué más quieres que haga?! —Me levanté de golpe, sollozando. No sabía cómo arreglarlo. Y estaba claro que todo era por mi culpa—. ¿Qué esperabas solucionar viniendo a buscar a Hayes?

—No lo sé. —Pareció avergonzado—. Quizá la rabia me pudo.

—Pues el pobre está tan arrepentido como yo, pero asumió de la misma

manera que era hacerlo o haber sido descubiertos, aunque después se nos fuese de las manos —murmuró.

Volvió a callarse, esa vez para mirar a otro punto de la sala, evitando mis ojos.

—¿Estás arrepentida de verdad? —preguntó en un susurro.

—Sí, lo estoy, Aidan. Y lo siento como no puedas llegar a imaginarte.

Respiró hondo, se acercó a mí, me cogió por la cintura y me plantó un beso con todas sus fuerzas. Me quedé en estado de *shock*, aunque lo que más quería era dejarme llevar y eso hice.

—No lo entiendo. No entiendo que te llevó a buscar a otro que no fuese yo, pero después de lo sucedido estas últimas semanas, lo olvidaré. Necesito olvidarlo y empezar como si nada hubiese ocurrido entre nosotros, como si esa brecha nunca hubiese existido —susurró, juntando nuestras frentes—. Respeto tu trabajo y el ambiente que te rodea, porque no me queda más remedio. Pero, por favor, no vuelvas a mentirme. Al menos si sabes que va a hacerme daño. Estos últimos días han sido un verdadero infierno.

Asentí, intentando retener las lágrimas que querían brotar de mis ojos.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—En el piso franco. Byrne se encargó de todo.

—Maldito embustero —siseé y agradecí el gesto con una sonrisa—. No habrás ido a ver a tu hermana, ¿verdad? —me preocupé.

—Lo siento, pero solo lo hice de lejos. Me acerqué a una de las cafeterías y la vi. Está muy guapa. —Me sonrió—. Estoy convencido de que su hijo va a tener mejor infancia que la que tuvimos su madre y yo.

—Aidan, vayámonos a casa —le rogué—. No aguanto más estar aquí dentro. —Lo besé con fuerza—. Necesito sentirte más cerca.

—Sí, yo también. Te he echado mucho de menos.

—¡Taragh! ¡Ya puedes marcharte! ¡Todo está bien! —avisé a mi «amiga», que acababa de escucharla volver con Cara.

—¿Estás segura? —oí su voz al otro lado de la puerta.

—Más que nunca —contesté sonriéndole y volviéndolo a besar.

Capítulo 31

Cathal

Admiré con infinita pasión el paisaje que los acantilados de Moher me regalaban. Había empezado a llover de forma tenue, aunque sabía que inmediatamente comenzaría a caer una tromba de agua gigantesca como siempre sucedía. Sin embargo, aquel día fue diferente, pues los constantes truenos y relámpagos no hacían más que asomar en el cielo. Era como si estuviesen molestos, como si no comprendieran el motivo por el cual iba a tirarme al vacío de aquellas hermosas piedras.

De nada servía hacer un repaso por la mierda de vida que había llevado. Mierda en el sentido de que no había sido un hombre ejemplar que trabajaba como comercial y llegaba a su casa para cuidar de sus hijos y querer a su mujer. Un hombre, a fin de cuentas, que llevaba una vida monótona: se levantaba, trabajaba, comía y se acostaba. Fin del asunto.

Yo había sido la antítesis de todo eso.

Yo mataba. Yo robaba. Yo asesinaba.

Y lo único que tenía en acuerdo con la otra descripción del hombre ideal era que cuidaba a mis hijos y a mi mujer por encima de todo, aunque a esta última la hubiese perdido hacía tiempo. Así que lo mejor era no valorar nada y descubrir por uno mismo si cuando mueres es cierto que ves tu vida pasar, porque la mía iba a ser bien entretenida.

Dejé mis piernas colgar, moviéndolas en un vaivén constante, recordando únicamente los mejores momentos de mi vida, y en ellos solo aparecía Taragh. «¿Por qué me la habéis quitado?». Era lo único que podía repetirme una y otra vez, como cuando murió, aunque viéndolo de ese modo no sabía qué era peor, o por lo menos en qué momento lo sufrí más; si cuando murió en aquel claro o

cuando despertó sin saber tan siquiera quién era.

Cerré los ojos con fuerza notando que las lágrimas se agolpaban incesantes en ellos, sintiendo cada recoveco de mi cuerpo romperse en mil pedazos, y recordé aquella maldita frase tan cierta como lo que estaría a punto de ocurrir: «La única que puede destruirte es ella, y ella será tu fin», me dije. Sí. Era una verdad tan grande como las rocas en las que estaba sentado.

Arrastré mi cuerpo, acercándolo más al inminente vacío que tenía delante. Sentí la brisa, las gotas de lluvia golpear contra mi rostro con fiereza, con rabia, pero también sentí el dolor profundo de saber que has fallado, que no has sido capaz de conseguir por una vez en tu vida algo que deseas con toda tu alma. Después evalué las posibilidades de que el famoso Karma hubiese hecho acto de presencia, quizá era una forma de pagar todos mis pecados. Quizá. Recordé las últimas palabras escritas antes de llegar a los acantilados, la nota que guardé en el primer cajón de la mesa de mi despacho sabiendo que algún día alguien la encontraría.

Le había dado esa misma mañana libre a Ryan para que se marchase a ver a su familia en Dublín. Le comenté que no era necesario que viniese hasta el día siguiente y a Sinéad la dejé al cargo de diez hombres más que vigilaban la casa y a ella. Mis hijos llegarían en una semana y para ese momento yo ya no estaría. Era egoísta pensar de esa forma, lo sabía, pero nunca nadie podría entender el dolor que me quemaba día a día, con el que no conseguía luchar por mucho que me esforzase. La última vez que la vi, fue mi detonante, mi fin. Descubrí que jamás volvería a ser la de antes, que no la recuperaría, que la Taragh de la que me enamoré no volvería, ¿y qué haría yo sin ella, ahora que la conocía de verdad? No. No tenía sentido seguir viviendo, egoístamente, no lo tenía.

A los únicos regalos que me ha dado la vida, incluyendo a vuestra madre.

Seré breve y conciso porque cuándo leáis esto, espero que dentro de muchos años, cuando podáis comprender lo que sentí para tomar esta decisión, no me odiéis por abandonaros. Porque sí, os he abandonado. He sido un egoísta que se ha portado mal, que se ha dejado llevar por los sentimientos heridos y el dolor de la palabra «amor». Ni por un instante penséis que nunca os quise, porque sería idiota por mi parte no hacerlo. Os he amado más de lo que nunca pensé, al igual que a vuestra madre, pero, entendedme, ¿qué camino me esperará sin ella? Ni siquiera sé si podré soportarlo y estos días atrás me han servido para comprobar por mí mismo que no

será posible, que me consumiría antes de que pasasen siquiera dos años.

He sido un monstruo toda mi vida. Un tirano que no se merecía el amor de nadie y que, sin embargo, vosotros, William, Nial y Sheeva, me lo habéis dado sin pedir nada cambio. Vosotros me habéis enseñado el valor de la vida. El valor de un padre, como el que yo tuve y, ahora, irónicamente, me estoy comportando como la madre que me abandonó. Perdonadme, os lo pido por favor, perdonadme.

A vosotros, William y Nial, que siempre os esperé, que siempre os amé en mi corazón, que siempre os pensé. Cuidaros como hermanos, porque estoy seguro de que tarde o temprano seguiréis mis pasos. Porque papá os enseñó a ser fuertes. Y a mi princesa, a la luz de mis ojos, a ti te debo más de una disculpa, y más de dos. Eres la paz que encontré al cogerte la primera vez entre mis brazos. Perdóname, amor, por comportarme como un imbécil cuando menos lo merecías. Crecerás siendo toda una guerrera, al igual que tus hermanos, al igual que tu madre.

Y recordad que esté donde esté siempre os estaré vigilando, dándoos mi mano para que vayáis en la dirección correcta, y si alguien osa haceros daño, os juro que volveré del mismísimo infierno para sacarle la piel a tiras.

Os quiere, papá.

Noté que el teléfono vibraba en el interior del bolsillo de mis pantalones. No me molesté en mirarlo, ni siquiera en sacarlo, porque él también caería conmigo. Me había encargado de destruir todas las cosas importantes que nadie debería de saber jamás, de ocultar los más sucios secretos y de dejar las indicaciones necesarias para Taragh, para que hiciese con la lanza lo que debería de haber hecho yo: buscar a su portador. Había encontrado algunas de las pistas, no las suficientes, pero creí que ya las tendría, si no todas, casi todas.

Abrí los ojos un momento. El cielo se llenó de espesas nubes negras dejándome la visión casi nula. Volví a arrastrarme y mi cuerpo quedó prácticamente inclinado. Ya estaba. No había nada más que pensar. Como si estuviese en trance, me quedé mirando fijamente las olas del mar rompiendo con las rocas. Impresionantes, fuertes, demoledoras, como siempre había sido yo. Tomé una gran bocanada de aire, momento en el que me disponía a dejar mi cuerpo caer al vacío, hasta que noté algo de lo que ni siquiera me había percatado.

Una mano.

Pensé que estaba cayendo, que el resumen de mi vida era aquel, una alucinación, la más bella que podían regalarme los dioses pese a la vida tirana

que había llevado. Apreté los ojos con más fuerza sin querer destapar aquellas sensaciones que me transmitía ese cuerpo que con rapidez se sentaba a horcajadas sobre mí, colocando ambas manos en mis mejillas. Sentí su frente apoyarse en la mía y tragué saliva.

—Lo recuerdo... —Silencio—. Lo recuerdo todo —musitó. Hice más presión en mis ojos cuando mis lágrimas se juntaron con las gotas de lluvia que me estaban empapando el cuerpo entero—. ¿Qué vas a hacer, mi dios del inframundo?

La pregunta fue hecha como un quejido, con un dolor agonizante y casi apenas con un hilo de voz. No me permití abrir los ojos, pues sabía que era una mala pasada, una jugarreta de la mente como casi todas las que nos hacía constantemente. ¿Habría caído ya? ¿Estaría cayendo?

—¿Este es mi castigo? —pregunté al viento en un murmullo, con la voz firme.

Si mi castigo era saber que ella, tal vez, había recuperado la memoria y yo ya no estaba para verlo, lo admitiría, no me quedaría otra alternativa. Tampoco tenía idea de lo que era estar en el infierno y el castigo de tener que verla a todas horas de repente se me hizo más insufrible que el propio suicidio.

El silencio volvió a reinar mientras notaba que aquel cuerpo se fundía con el mío, se pegaba hasta intentar traspasar mi piel. Sujetó mis hombros abrazándome con tanta fuerza que creí que dejaría de respirar. ¿O ya lo habría hecho? No entendía por qué no me permitía abrir los ojos, quizá estaba volviéndome loco o tal vez ya lo estaba y eso lo confirmaba del todo. Sentí un cabello tremendamente familiar bajo mi cuello y unos labios que descendían repartiendo pequeños besos a lo largo hasta llegar a mi oreja.

—Ni aunque estuviera en el infierno dejaría de amarte, gran O'Kennedy.

El labio me tembló al escuchar esas palabras.

Mis lágrimas cayeron como no lo habían hecho nunca.

Apreté los labios, los dientes y un pequeño quejido roto, destrozado, salió de mi garganta.

—¿Estoy muerto...?

Su boca se colocó sobre la mía, rozándola.

—Ni en tus mejores sueños, Cathal. Ni en tus mejores sueños.

Por fin abrí los ojos y la vi.

El aire nos azotaba con rabia, los truenos seguían rugiendo con fuerza en el cielo y los relámpagos seguidos de la inmensa lluvia parecían no querer dar una tregua al infernal tiempo. Posé mis manos en su cintura con miedo de que fuese una imaginación, pero lo que noté me dejó sin palabras.

La sentí.

Era ella.

Y estaba allí. Conmigo.

Estampó su boca contra la mía sin dejarme respirar. Lloraba, al igual que lo hacía yo. Estaba allí, joder, estaba de verdad. La abracé con tanta fuerza que creí que la rompería en dos, aun así, ella no opuso resistencia ni se quejó. Dejamos que nuestros besos fueran desesperados, salvajes, anhelantes como nunca lo habían sido. Y supe que si alguna vez en la vida me podrían haber hecho un regalo, sin duda, ese era el mejor de todos, porque tenerla a ella no admitía más valor.

—Llévame a casa... —susurró.

Arrastré mi cuerpo, esa vez en dirección contraria a la que tenía pensada y con ella entre mis brazos, sin dejar de besarla, sin dejar de amarla, anduve con paso ligero, firme y sin miedo hasta lo que siempre había buscado.

Hacia nuestro hogar.

Hacia nuestra vida juntos. Siempre juntos.

Desperté poco tiempo después de haber cerrado los ojos. En realidad, no había podido dormir en toda la noche. No había podido dejar de amarla sin descanso, como si mi cuerpo no se cansase de ella cada vez que la tocaba, que la sentía o que me sumergía en su interior.

Toqué con delicadeza su costado que se encontraba al descubierto, únicamente la sábana cubría su cintura y poco más. Estaba de lado, pegada a mi pecho, mientras yo me mantenía incorporado en la cama, admirándola. No habíamos tenido tiempo de hablar, mejor dicho, no habíamos querido hacerlo, porque deseábamos consumirnos el uno al otro.

Deslicé mi mano elevándola hasta tocar su rostro y esta abrió los ojos y me contempló bajo la escasa luz de la lamparita. Mojó sus labios en un gesto

sensual y gateó hasta llegar a mi boca donde los fusionó con los míos. Sus manos volaron hasta colocarse sobre mis hombros y seguidamente se posicionó a horcajadas sobre mí. Sonreí pegado a su boca, igual que ella y, sin esperarlo, noté cómo mi miembro se deslizaba sin reparo en el interior de su sexo. Apreté los dientes en un intento de no volverme loco como cuando habíamos traspasado las puertas de la habitación, horas antes.

Sujetó mi cara con ambas manos, traspasándome con esos ojos que me hacían perder la cabeza, mientras notaba que resbalaba sobre mí. Juntó su frente con la mía, gimiendo en mi boca, alentando a la bestia que me poseía cuando estaba con ella y, como sabía que ocurriría, escuché que decía:

—Vamos, O’Kennedy, demuéstreme lo que sabes hacer... —musitó, jadeante.

Como si hubiese activado un chip que tenía dormido, sujeté su cadera con una sola mano y la giré haciendo que quedase bajo mi cuerpo. Elevé una de sus piernas e inmerso en ella comencé a besar desde su tobillo hasta llegar a su pelvis donde se removiό como una salvaje para que no cesara en mis caricias. Tiró de mi pelo con fuerza, obligándome a ascender por su vientre hasta llegar a su boca, que buscaba con desespero mis labios. Lo hice dejándome arrastrar por una batalla de saliva y lenguas que no se daban tregua, que querían devorarse como si nunca lo hubiesen hecho.

Bajé mi mano, devorando su cuello sin descanso con besos bruscos hasta que llegué a su sexo, donde paseé mis dedos de arriba abajo notando su humedad empapar mi mano. Introduje uno de mis dedos, después dos, y así continué hasta volverla loca. La escuché jadear, llamarme, suplicarme que dejara de hacerla sufrir de aquella forma, pero mi boca y mis manos solo buscaban darle el placer que tanto anhelaba.

Moviό su cadera incitándome para que me ensartara en ella, aunque no lo hice. Ronroneé por su abertura lo suficiente como para hacer que perdiera la cabeza y ella no se lo pensó. Empujó mi cuerpo con rabia ocasionando que me quedara de rodillas en la gran cama. Su cabello se movió hacia un lado con una elegancia que me dejó sin respiración, a la misma vez que sujetaba mis hombros con ambas manos y se ensartaba sobre mi miembro como una diablesa. Echó la cabeza hacia atrás soltando un fuerte gemido que resonó en toda la habitación y me dejé llevar ansiando tanto o más que ella aquel

apreciado éxtasis.

Apreté sus nalgas ayudándola a subir y bajar sin detenerse. Se balanceaba sobre mí con descaro, con ansias, con ganas de más. Penetré con fuerza en cada embestida que daba escuchando cómo nuestros sexos chocaban con frenesí, siendo los únicos en aquella noche que alternaríamos el sueño de toda la casa. Sin importarnos, sin pensar en nada ni en nadie, dejando que la lujuria se apoderara de nosotros sin control. Impulsé su figura hacia la cama quedándome sobre ella, apretando mi cuerpo más de lo que ya lo estaba, y arremetí como un loco en su interior viendo que se retorció de placer, que tiraba de mi pelo, apretaba sus labios mordiéndolos con saña y, sobre todo, conectando esos ojos con los míos a la hora de acabar lo que habíamos empezado. Dejándome ver, como siempre, el gran placer que juntos podíamos conseguir.

Me detuve sin aliento notando que mi corazón quería salir de mi boca con urgencia sin dejarme un segundo para respirar. Ella pasó su mano por mi alborotado cabello y sonreí. Sonreí porque me iba a reventar el corazón de lo que sentía. Sonreía porque era feliz de verdad y, aunque todavía me quedaban algunos obstáculos que saltar, esperaba poder resolverlos pronto.

No sabía cómo, pero lo haría.

Capítulo 32

Taragh

—¿Dices que no era esa la ubicación correcta?

Arrugó en entrecejo tanto que creí que sus cejas desaparecerían en ese rostro tan hermoso.

—Pues... —titubeé.

—Pues... ¿qué? —me preguntó, sin quitarme los ojos de encima.

Estaba cabreado. Ryan no se atrevía a abrir la boca ni para dar su opinión y Marco se mantenía al margen de todo aquello. Era un día especial, habían pasado dos días desde que evité que Cathal se quitase la vida en el lugar que más me gustaba de Irlanda y los niños volvían de Roma con Valentina. Marco había adelantado el viaje, pues la búsqueda de Andrew, como ya sabía, no había surtido efecto dada mi falsa ubicación.

—No podía dártela.

Mi tono salió más rudo de lo que pretendía. Soltó un resoplido, cual toro de miura, se giró pasándose esa gran mano por el rostro y terminó apretándolo en un puño que mordió. Sin darle tregua a nadie, bufó:

—Todos fuera. —Y todos fuera era todos fuera. Así que me di media vuelta y me encaminé hasta la salida. Obviamente no llegué a dar dos pasos cuando escuché su gruñido—: Tú no.

Era un gruñón y eso no lo cambiaría nada ni nadie. Tomé una bocanada antes de volverme en su dirección, aunque no hizo falta porque se aproximó a grandes pasos hasta donde estaba, dejándome atrapada entre la puerta y su cuerpo. Apoyó una mano en la madera de forma arrebatadora y susurró:

—Debería darte una azotaina que no se te olvidara en la vida, lo sabes, ¿verdad?

Solté una carcajada sin poder evitarlo.

—No te atreverías.

Me giré de golpe, viendo que alzaba una ceja y sonreía juguetón. Sentí una de sus manos colarse por mi vestido, traspasar la tela de mi ropa interior y delinear con su dedo la abertura de mi sexo, mojándolo. Lo sacó, se lo llevó a la boca, lo chupó y siguió contemplándome fijamente.

—No me pongas a prueba.

Dio media vuelta, dejándome con la respiración entrecortada, y se plantó de cara a la mesa del despacho donde estaba el mapa. Repasó con la mirada todas las chinchetas que tenía colocadas estratégicamente y elevó su mano para que me acercase a él. No lo dudé. La cogí de buen gusto y me posicioné a su lado, pero él tenía otros planes y me dejó, esa vez, entre el escritorio y él pegado a mi espalda.

—Mmmm... —Ronroneé, restregando mi trasero con su miembro a punto de estallar.

—No me provoques —rugió—. Vamos, dime. —Me señaló el papel.

—¿Recuerdas lo que te conté de Morrigan? —Asintió—. Ese era el motivo por el cual no sabía si podía decírtelo o no.

—¿Y ahora sí?

Sonreí al recordar el día con Maureen en el barco.

—Sí, ahora sí.

Me entretuve contándole lo acontecido con la pelirroja y él escuchó con suma atención todas y cada una de mis palabras. A veces entrecerraba un poco sus ojos, como si no me creyese, pero luego parecía recordar todo lo que lo había rodeado a lo largo de los años y se daba cuenta de que no era una fantasía lo que le estaba explicando, sino la pura realidad. Señalé con el dedo en el mapa la capital de Edimburgo, después, en un papel, apunté la habitación correcta del mismo motel que le había dicho anteriormente.

—No has tenido mucha inventiva —se burló de mí al comprobar que la habitación era la trescientos, en el mismo lugar.

—Ninguna. Lo hice sin pensar y, si hubiesen revisado bien, lo habrían encontrado. Quién sabe. Andrew es muy sagaz, a la mínima de cambio vería a tus hombres y saldría despavorido.

—¿Sabemos a ciencia cierta que sigue allí? Es decir, ¿puedes...

verificarlo? —dudó.

Negué con la cabeza. No sabía si Morrigan me lo diría o si no, pero no me apetecía comprobarlo. Aquellas cosas, cuanto más lejos de mí, mejor.

Y qué equivocada estaba... Aunque para eso todavía me quedaba mucho que descubrir.

Dobló el mapa, lo guardó y cogió sus cuatro pertenencias antes de salir del despacho, conmigo de la mano. A la mañana siguiente nos marcharíamos a primera hora.

Un rato después escuché coches en las afueras de la mansión. Había llegado el momento. Iba a ver a mis hijos de verdad. Porque mientras estuve sin memoria la relación había sido demasiado tensa, meforcé en hacer un papel que apenas sabía y aunque sentía aquel amor maternal, no era lo mismo. Miré a Cathal, que se encontraba a mi lado, observándome como de costumbre, y le dije en un susurro angustioso:

—¿Lo haré bien?

—Lo harás genial. Como siempre. Y ellos no notarán nada. Recuerda todo lo que les dijimos cuando volviste. No tienen que notar que ha cambiado nada.

—Me sonrió con cariño.

Adoraba esa sonrisa. Esos labios. Esa boca que me llevaba al delirio. Me observó sabiendo lo que estaba pensado y antes de llegar a la entrada de la mansión, desde donde ya se oían las voces, dio un severo golpe en mi cachete que me hizo soltar una risita tonta.

Esa tarde la pasamos íntegra con los niños, como una gran familia. Adorando los pequeños detalles de lo que juntos habíamos creado. Olvidándonos de los problemas, de nuestros enemigos y del mundo en general. Me sentí bien. Me sentí feliz de poder mantener algo tan bonito como aquello, algo que nunca pensé que llegaría a poseer.

A la mañana siguiente cogimos un avión en dirección a Edimburgo y poco después llegamos al sitio donde Andrew se encontraba. El plan era sencillo y, si nada salía mal, lo tendríamos en menos de lo esperado. La intención era que

él pensase que aún no había recuperado la memoria y durante todo el camino me preparé para que ningún gesto me delatara. Cathal estaba de los nervios.

—Si algo sale mal solo tienes que pulsar este botón y...

—Y entrarás como un vendaval y lo matarás con tus propias manos. Lo sé —terminé por él, cortándolo.

—Eso es. —Asintió sin estar convencido.

Me bajé del vehículo unas calles más atrás para no ser vista y conduje mis pasos en dirección a la habitación. Subí las viejas escaleras y me paré en la puerta. Toqué dos veces. No tardó mucho en abrir. Se asomó con desconfianza y cuando verificó que era yo la que lo esperaba, con los ojos perdidos y sin dejar de mirar a todas partes, murmuré para sonar más convincente:

—¿Abuelo...?

—¿Qué haces aquí?

—Necesito ayuda —soné desesperada—. Cathal me está buscando y no sé dónde esconderme, por favor, déjame pasar. Temo que esté por aquí —comenté atropelladamente, haciéndome la indefensa.

Dudó.

Y eso me hizo dudar a mí también, pero me reafirmé en mi posición cuando vi que no confiaría en mí. Y susurré:

—He conseguido robarle el broche de Tara... Lo que me pediste.

Y es que el viejo Andrew no sabía que tenía más de un as bajo la manga. Era conocedora de que aquello era lo que necesitaba para entregarle a Morrigan a cambio de su alma, ya que en la primera conversación que tuve con él cuando llegué a su casa, engañada, este me contó que Cathal lo poseía y se lo había robado a nuestra familia. Cobarde mentiroso. Me sorprendía cómo había conseguido engañar a todo el mundo durante toda su vida. Tragué saliva, tratando de apaciguar los instintos asesinos que surgían en mí a grandes escalas.

Abrió con rapidez, deshaciéndose del cerrojo y la cadenita que bloqueaba la puerta. Alzó la mano y vi la habitación hecha un desastre, llena de comida y cosas esparcidas por todos sitios. Las ventanas estaban bloqueadas con grandes tablones de madera y comprendí que lo que le ocurría era que estaba perdiendo la cabeza.

—Menos mal... —lloriqueó—. Me estaba volviendo loco. La veo a todas

horas, en todas partes... —musitó como un demente.

Sí. Efectivamente, estaba perdiendo el juicio.

—¿De qué hablas? —le pregunté a sabiendas de lo que me decía.

Me di cuenta de que en su mano derecha llevaba sujeta una pistola. Se llevó las manos a la cabeza, apretándosela contra la sien. Tenía la camisa desabrochada, casi hasta la mitad, el cinturón lo llevaba abierto de cualquier manera, iba descalzo, y la habitación desprendía un olor repugnante que me revolvió el estómago.

—Morrigan... viene a por mí. Lo sé. —Me miró como un loco—. ¡Lo presiento!

Allí se confirmaba lo que todos decían. Y es que, a cada cual le llegaba su momento cuando menos se lo esperaba. El poderoso Andrew, el controlador nato, el hombre que tanto mintió por conseguir el broche de Tara, hundido y derrotado por un pacto que no pudo cumplir. Porque no era poder lo que Andrew quería con aquel broche como pensábamos; debía entregárselo a la diosa de la guerra a cambio de su alma.

—¿Por qué iba a venir a por ti? —le pregunté, inocente.

Me observó con desconfianza. Se aproximó con lentitud y señalándome con el arma, me dijo:

—¿No habrás sido enviada por ella?

Arrugué mi entrecejo para hacerme la débil, pero no me dio tiempo a preguntarle porque la puerta de la calle se abrió como una tromba y por ella apareció el imponente hombre que me hacía delirar. Le apuntó con su pistola, seguido de una sonrisa malévol, mientras que diez hombres, entre ellos Ryan, lo rodeaban sin darle opción de escapar.

Todo sucedió a una velocidad que no supe saborear. Saborear porque deseaba hacerle muchas cosas malas a ese hombre. Cuando entramos en las Islas Achill, al oeste de Irlanda, en el condado de Mayo, lo hacíamos solamente tres personas: Cathal, Andrew y yo. Mi abuelo iba en el maletero del coche, amordazado y maniatado para evitar posibles fugas que no podíamos permitirnos, de hecho, de ello dependía mi vida. Detalle que no le había contado a Cathal.

Subimos a la parte más alta de la montaña desde donde podíamos ver todas las islas a nuestro alrededor. Traspasamos un camino lleno de tierra, apreciando los acantilados gigantescos que imponían con solo mirarlos de reojo. No había vallas ni separaciones para evitar el peligro, al revés, si acercabas más de la cuenta el coche, podrías incluso caer.

Cathal se detuvo al otro extremo de la carretera, bajó del coche y lo imité. Me encaminé hasta el maletero e hice lo mismo con Andrew, que me observaba con el terror implantado en sus ojos. Le quité la cinta que tapaba su boca, empujándolo para que caminase hacia la dirección donde Morrigan me dijo que tendría que entregárselo.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Tirarme por el acantilado? —me preguntó con ironía. Cathal no abrió la boca, pero podía ver su semblante serio, y precisamente paciencia no tenía—. Te he criado como a una hija, te he dado todo lo que tenía...

Lo corté, deteniendo mi paso para mirarlo frente a frente.

—¿Que me has dado qué? —Mi puño se elevó, estampándose en su mejilla. Retrocedió unos pasos—. Mataste a mis padres... —siseé con rabia —, me mentiste para tu beneficio ¡con el jodido broche! —grité, perdiendo los papeles, golpeándolo de nuevo—. ¡¡Me robaste a mi hijo!! —Me dejé la garganta, volviendo a pegarle sin descanso. Andrew retrocedió hasta que tropezó con una roca y cayó de espaldas—. ¡¡Me engañaste, me pusiste en contra de mi marido y te aprovechaste de que no tuviera memoria!!

Seguí pateando su cuerpo tirado en el suelo, mientras él intentaba cubrirse con sus manos atadas. Sus ojos me observaban con miedo, como nunca lo habían hecho, y yo seguía golpeándolo con fuerza. Quería hacerle daño, quería que muriera allí mismo y me cabreaba saber que no sería yo la que le sacaría los ojos.

—No pienso dejar que me tires por ese acantilado. Alguien como yo no muere así —escupió, llenando mis zapatos de sangre de su boca.

Admiré su arrogancia, dado que tenía las de perder con nosotros como secuestradores.

—¿De verdad crees que tienes alguna posibilidad de decidir? —le preguntó Cathal, en tono rudo.

Me aparté, dejando que esa vez fuera él quien descargara su rabia contra

la persona que más daño nos había hecho. No le dio un solo golpe, pues éramos conscientes de que lo que le depararía sería mucho peor que lo que le haríamos nosotros. Lo cogió de la destrozada camisa, elevándolo como una pluma bajo sus atentos ojos, mientras Andrew chillaba y chillaba.

—¡¡Suéltame, maldito cabrón!! ¡Te arrepentirás cuando Kellan se entere!
¡Te arrepentirás!

Cathal sonrió con descaro, con arrogancia y, sobre todo, con satisfacción. Lo acercó al borde del acantilado, estando él unos pasos atrás mientras extendía su mano y mi abuelo quedaba suspendido en el aire. Miró hacia abajo, cerró los ojos y pude apreciar que estos comenzaban a llenarse de lágrimas. Sujetaba la mano de Cathal con fuerza, intentando que no lo soltase bajo ningún concepto, hasta que la estridente voz de mi tirano particular se oyó:

—Asusta, ¿verdad? Imagínate una caída desde aquí. —Pareció meditarlo
—. Tiene que doler.

—Cathal..., por favor..., te lo suplico...

Lo cortó.

—No, no. —Hizo el gesto con la mano que tenía libre—. Nadie —recalcó
— nadie en su puta vida se ha atrevido a meterse conmigo, y el que lo ha hecho —mantuvo una pausa—, lo ha pagado. Como tu amigo Kellan. —Sonrió
—. Y tú, viejo asqueroso, has intentado quitarme dos cosas que son fundamentales en mi vida.

Lo movió lo suficiente como para que Andrew soltara un grito aterrador al pensar que caería, pero lo que más miedo le ocasionó no fue eso, sino la pregunta que le hice a continuación:

—¿Por qué hacer un pacto para tener poder? ¿Por qué no conseguir ese poder por ti mismo?

Abrió los ojos de forma desmesurada, pataleando en el aire, mientras Cathal lo sujetaba con fuerza para que no resbalase antes de tiempo.

—¡Suéltame! ¡Déjame morir! —le gritó.

Cathal extendió su mano todo lo que pudo, para que cupiese por el hueco del acantilado a la perfección. Sin lugar a duda se mataría desde la posición que tenía. Me vi en la obligación de detenerlo, ya que si caía...

—¡¡No!!

Mi marido se giró para mirarme.

—¡Qué más da, Taragh! Qué más da si lo matamos nosotros. —Sacó su pistola, apretando los dientes—. Nos ha quitado la infancia de William, ha intentado separarnos para siempre, dime, ¿por qué tener piedad si no sabemos lo que le deparará con ella?

La risa de Andrew resonó en toda la zona donde nos encontrábamos. Cathal lo miró interrogante y yo le supliqué cuando volvió la vista en mi dirección para que no lo soltase.

—Si yo muero en tus manos, después tendrás otro cadáver para recoger —le dijo, sin dejar de reírse.

Cathal me contempló confundido. Asentí para que entendiese que era verdad, pero no me dio tiempo a darle explicación alguna, ya que cuando menos nos lo esperábamos una bandada de cuervos apareció de la nada y se llevó a Andrew, hasta estamparlo con la roca del acantilado, quedando suspendido, como si estuviese clavado allí. Cathal hizo el amago de sujetarlo y eso lo único que provocó fue que cayera de bruces, acantilado abajo.

Corrí, tirándome al suelo para alcanzar su mano y lo miré suplicante.

—Por favor, por favor, Cathal, ¡¡no sueltes mi mano!! —le grité, al borde del llanto.

Un rugido salió de su garganta cuando notó que su mano resbalaba. No podía con su peso, se me escapaba inevitablemente. Me miró, mostrando el extremo esfuerzo que estaba haciendo por no caer al vacío y negué con la cabeza sin parar.

—¡¡No, no, no!! ¡Cathal, por favor, no me sueltes! —chillé desesperada.

—Taragh...

—No, no, no —me negaba a escucharlo. No podía caer. No ahora que lo teníamos casi todo.

—No puedo...

El corazón se me encogió, la vista se me nubló y mis sentidos dejaron de ser conscientes de todo lo que sucedía. No podía dejar que se marchase de esa forma. ¡No podía dejarlo morir, maldita fuera! Apreté mis manos con más fuerza, viendo que cada vez se resbalaba más. No podía soltar mi mano o caería sin ningún remedio. Levanto la otra con un sobresfuerzo inhumano, sujetándose a una de las rocas, lo que provocó que esta se rompiese y

resbalase, tambaleándose.

—¡¡Cathal!!

Ya ni siquiera escuchaba los gritos aterradores de mi abuelo, ni las olas ni nada de lo que nos rodeaba. Mis ojos estaban fijos en él, en saber que se escapaba de mi lado. ¡Put a vida de mierda! Siempre injusta. Cuando tenía algo me lo quitaba, cuanto más ansiaba una cosa, hacía que desapareciese, como el hombre por el que tanto había luchado, como el hombre que tanto había luchado por mí.

Sentí mis lágrimas deslizarse como ríos por mis mejillas mientras mantenía la fuerza necesaria para que no cayese, aunque era consciente de que no podría levantarlo y, sin más, en una última mirada, diciéndome todo, me mostró cuánto me amaba y una despedida que me paralizó el pecho.

Su mano se soltó, ocasionando que viese su cuerpo caer hacia atrás y el aire dejó de entrar en mis pulmones mientras gritaba:

—¡¡¡¡Nooooooooooooo!!!!

Creí que me moriría allí mismo. Me tiré de cabeza hacia él sin pensar que yo también moriría de manera absurda, era imposible que consiguiese ayudarlo mientras caía. Hasta que de la nada, dos manos asomaron por delante de las mías y de mi cuerpo, llegando a la cazadora de Cathal, antes de que descendiese en picado, y sujetándome a mí antes de que cayese también.

—¡Aguanta! ¡¡Marco!! La cuerda ¡ya!

Ryan tiraba de la cazadora de Cathal, haciendo un sobreesfuerzo tremendo, a la misma vez que con la otra mano sujetaba mi cuerpo y conseguía tirarme sobre la tierra. Marco se aproximó con rapidez, lanzó la cuerda que Cathal cogió al vuelo y con la ayuda de los dos consiguieron que este trepara por las rocas hasta llegar a mi lado.

Reí.

Reí como una demente, con los ojos llenos de lágrimas, las mejillas mojadas de aquella agua salada y mis brazos rodeando al hombre que más amaba. Mi respiración era igual de agitada que la suya, aun así, ambos nos miramos sin necesidad de palabras.

Mis ojos se desviaron a Andrew y la figura de Morrigan apareció como un destello. Me miró, sonrió y desapareció como si nunca fuese existido. Por otro lado, los cuervos se afanaban en devorar centímetro a centímetro la piel del

que un día fue mi abuelo.

El mismo hombre que yacía sin vida, suspendido en aquella imponente roca.

Capítulo 33

Maureen

La misión de la lanza llevaba parada desde hacía dos semanas y aquello ya comenzaba a sacarnos un poco de quicio. La diosa Áine no había vuelto a ponerse en contacto conmigo desde el viaje con Taragh en el Fomoré. Byrne estaba enfrascado en sus papeles y cada vez que me llamaba era para traducciones relacionadas con el dichoso tesoro.

—Yo creo que todavía no es el momento de que la lanza sea útil —confesé a Chloé en la sala de juntas mientras las dos tomábamos un café.

—Quizá tengas razón. Pero si tenemos todo el material, ¿qué hay que esperar?

—No me tomes por loca, pero quizá la época del año tenga que ver, la alineación de las estrellas o que las mareas sean más fuertes —opiné sin saber.

—En eso no había caído.

—Maureen, estás aquí. —Byrne entró decidido a la sala—. Te estaba buscando.

—Pues aquí me hallo —informé exagerando cómicamente.

—Tengo vuestro destino confirmado.

—¿Lo dice en serio? —Me levanté de golpe por la impresión—. ¿Alaska?

—Alaska —me confirmó muy a su pesar—. Concretamente en la ciudad de Anchorage.

—¿¡Qué?! ¡Me está tomando el pelo! —Me tapé la boca con ambas manos por la emoción.

—Me temo que no. No he encontrado mejor lugar en la zona donde me pedías.

—¡Gracias! —Me abalancé hacia él y lo abracé con fuerza—. ¡Gracias!
¡Gracias!

—Bien hecho, papá —lo felicitó Chloé.

—Eso sí —me advirtió en cuanto me aparté de él—, debes prometerme que seguirás trabajando para la Organización, si esta te demanda en un caso excepcional. Y puedo asegurarte que más de una vez solicitaré ayuda para las traducciones como has estado haciendo hasta ahora.

Ya sabía yo... que si anteriormente no me lo dijo, era por algún motivo.

—Sí, claro. ¿Y cuál será mi cometido allí?

Se pasó la mano por la barbilla, rascándosela con lentitud, y me miró pausadamente.

—Tráfico y control marítimo.

—¡Aah! —Volví a emocionarme y salté de alegría—. ¿Y Aidan? También le ha buscado trabajo a él, ¿no?

—No pude hacer gran cosa, pero creo que estará bien en logística. Me imagino que deberá hacer algún curso para llevar la grúa, pero por eso no habrá problema.

—Le encantará.

Estaba muy emocionada por comenzar una nueva vida.

—Maureen, siento decirte que ahora mismo nos hemos quedado atascados en la misión que estábamos llevando a cabo juntos. Muy a mi pesar tengo que anunciarte que si quieres puedes irte cuando lo desees.

—Pero ¿así? ¿Tan rápido?

—Yo de ti iría a buscar tus cosas a Cork y te esperamos la semana que viene aquí para el traslado. Hoy mismo hablaré con Duff en el NMCI y le diré que haga los informes correspondientes para que puedas incorporarte con buenas referencias. La casa también la tenéis asignada, pero si no os gusta siempre podréis cambiarla. Al menos tendréis un lugar donde vivir cuando lleguéis. En cuanto os dé la documentación veréis que lleváis el nombre del contacto que tenemos allí. En ningún momento estaréis solos.

—No sé qué decir...

Aquello era demasiado para mí.

—No digas nada y vete a ver a Aidan para darle la noticia. Te esperamos aquí el viernes de la próxima semana.

Al entrar en casa se lo conté. Su alegría fue tan palpable como la mía cuando le comuniqué que él también tendría trabajo allí.

—Mañana me marcharé a Cork —dije mientras cenábamos en el sofá—. Cogeré ropa, empaquetaré lo más importante y haré que lo destinen a Anchorage. Debo pedirle a Byrne la dirección exacta.

—Podrías coger alguna cosa mía también.

—Te recuerdo que moriste. —Lo miré de reojo al darme cuenta de que él no había caído—. Tiré tus cosas y algunas las doné a la iglesia. Además, vida nueva, ropa nueva. Haremos una buena compra en Penneys.

—¿Lo tiraste todo?

—Casi. —Hice memoria—. Hubo una ropa que fui incapaz de deshacerme de ella porque me recordaba demasiado a ti. —Me puse melancólica—. Tenía intención de poner a la venta tus aparatos de fotografía, pero ya me las apañaré para empaquetarlos y enviarlos a Anchorage. Siempre puedo decir que encontré a alguien por Internet que las quería.

—Otra vez engañando.

—Es una mentirijilla piadosa. —Ronroneé en su pecho—. Quiero que vuelvas a salir y dedicarte a la fotografía.

—Eres única.

Me removió el pelo como a un chiquillo.

—Seguro que mi abuela me echará una mano.

—Me gustaría verla y darle las gracias en persona. Todavía no he hablado con ella decentemente después de mi resurrección. Los días que estuvimos juntos en Blacksod fueron muy confusos.

—Quizá venga la próxima semana conmigo. Puede dar la excusa que viene a despedirse de mí.

Dicho y hecho. Aidan comenzó a preparar algunas cosas para la mudanza, compró poca ropa y yo cogí el coche a la mañana siguiente en dirección a Cork.

La noticia fue algo agrisado para mi familia. El único que parecía que se mostraba más orgulloso fue mi abuelo. Su nieta había conseguido trabajo en un

importante puerto en Alaska. Él sabía que allí había mucho trabajo y que era una muy buena oportunidad para mí.

Mi padre me felicitó, pero lo dijo con la boca chica. También se sentía orgulloso, aunque estaba demasiado acostumbrado a que pasara alguna tarde con él en el *pub*, tomando una pinta. Era un hombre de pocas palabras, sin embargo, sus abrazos y sus gestos valían un mundo para mí.

Mi hermano John fue quien también se alegró por mi destino. No por perderme de vista, que en eso lo sentía de verdad. Pero él sabía que era lo mejor para mí. La «pérdida» de Aidan demandaba un cambio de aires y sabía que si continuaba en Cork me sería imposible seguir adelante. Pobre John, si él supiera...

Mi abuela se resignó y le afectó más de la cuenta. Yo era su bastón donde apoyarse y quien más la comprendía, las dos llevábamos una vida secreta que nadie más conocía. Nuestras confidencias no las podíamos compartir con nadie y ella no podría volver a repetirlo. Prometí viajar a Irlanda siempre que mi trabajo lo permitiera y con eso tuvo que conformarse.

Comencé a empaquetar las cosas de Aidan en el estudio. No había tocado nada de allí desde que él falleció y, la verdad, muchas cosas estaban llenas de polvo, por mucho que Cindy le hubiera puesto sábanas por encima. Como había planeado, les dije que había encontrado un comprador de aquel material y sería enviado a Alaska con el resto de mis cosas.

Una mañana caí en la cuenta de que no me había despedido de mi tía Matilde en España y quise ponerle solución. Llamé a Byrne y me permitió coger una avioneta para marcharme a Asturias al día siguiente. A ella tampoco le gustó la idea, pero tuvo que conformarse. Era la única familia a la que de verdad echaría de menos en España. Pasé muy rápido a despedirme de mis tíos y primos, pero quise dedicar el resto de la tarde sola con mi tía en la casa de mis abuelos.

Fue la despedida más amarga que había tenido. Mi tía era muy mayor y sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Tenía sus achaques y tenía suerte que alguna de mis primas se preocupaba de ella, pero me habría encantado pasar más tiempo a su lado. Mi viaje de vuelta a Cork se vio empañado de lágrimas. Sin embargo, me juré a mí misma que mientras estuviera viva iría a visitarla cada vez que tuviera que viajar a Europa.

Como era de esperar a los Hagarty siempre nos gustaba celebrar cualquier cosa. No había motivo para festejar lo que fuese. Así que una tarde nos juntamos en el *pub* e hicimos una fiesta de despedida para mí. Mis hermanos, mis padres, mis tíos, primos, abuelos, clientes a los que había visto cada día de mi vida desde que vivía allí, incluso amigos a los que hacía siglos que no veía. Dylan fue el más dramático a la hora de la despedida.

—¿Se puede saber a quién narices voy a llamar cada vez que tenga un problema? —me espetó.

—Vamos, tonto. Existe Skype y el teléfono, si no te das cuenta. ¿Cómo lo haces cuando estoy en Dublín?

—No es lo mismo. Cuando estás en Dublín hablo contigo por teléfono y sé que a los pocos días vas a estar por aquí y te voy a dar la brasa en persona. Pero ahora te vas al culo del mundo y vete tú a saber cuándo volveré a verte.

—Intentaré venir como mínimo una vez al año.

—¿Qué?! ¡Eso es una eternidad!

—Venga, no dramatices. Además, me quedo más tranquila al ver que tu chico parece una persona con los pies en la tierra. Creo que es la persona que más te ha hecho sentar la cabeza.

—¿Verdad que sí? Yo también me lo noto.

—Vais a ser muy felices, ya lo verás.

—No te vayas —me pidió simulando pucheros.

—Tengo que irme. Debo comenzar de cero en otro lugar. Aquí tengo demasiados recuerdos y no me veo capaz de avanzar. Siento decirte que es una decisión muy egoísta. Pero si no lo hago, voy a enclaustrarme en alguien que no soy.

Mi abuela se acercó en cuanto Dylan volvió con su pareja.

—¿Cómo estás? —me preguntó acariciándome la espalda.

—Me va a costar, lo sé. Pero soy feliz de comenzar una nueva vida con Aidan —le confesé.

—Vais a estar muy bien allí.

—Él quiere hablar contigo para darte las gracias.

—Te acompañaré a Dublín y me encargaré de que nadie más venga con nosotras.

—No sé cómo se lo tomará papá si le digo que no venga él también.

—Déjame a mí. —Me guiñó un ojo.

—¡Atención! —la voz de mi abuelo se oyó de detrás de la barra—. Quiero proponer un brindis. Por mi nieta Maureen. Porque ha luchado hasta conseguir lo que quería, aunque eso signifique que se vaya a miles de kilómetros de aquí —aclaró—. Cariño, te queremos con locura y comprendemos que es tu decisión, pero no dudes en volver a casa siempre que lo desees. ¡Aquí te estaremos esperando con los brazos abiertos! *Sláinte!* (¡Salud!).

—*Sláinte!* —gritaron todos al unísono y alzaron su vaso antes de beber.

—Te vamos a echar mucho de menos. —Alison me abrazó.

—Yo también a vosotros —me emocioné y abracé a mi hermana pequeña, que también se unió a nuestro abrazo.

Vi a Briana en un rincón bebiendo una naranjada y me acerqué a ella.

—Eh, pequeñaja, estás muy sola aquí. No me has dicho nada desde que llegaste.

—Hay mucha gente y no me gusta. Quiero ir arriba.

—Ahora hablaré con Nana, le diré que te lleve al salón y te ponga el televisor. ¿Me das un abrazo? Me voy de viaje y tardaré un tiempo en verte.

—¿Una semana? —preguntó dudosa.

—Algo más de una semana. —La niña se acercó a mí y me dio un achuchón que me llegó al alma—. Gracias —le susurré al oído.

Tenía tanto que agradecerle a aquella cría. Aidan había vuelto a la vida por el sacrificio de su don. Si Áine lo concedió, sería porque no tendría demasiada importancia para ella, tal vez porque ese era su cometido, a fin de cuentas, o quizá porque no quería que sufriera como lo habíamos hecho nosotras, poniendo nuestras vidas en peligro. No lo supe, y lo único que sí había confirmado con Áine fue que no tendría represalias al haberla presentado a Aidan, pues así lo decidió ella.

La vuelta a Dublín fue dura, debo reconocerlo. Mi abuela, como era de suponer, se las apañó para acompañarme en el viaje. Dijo que me acompañaba y luego volvería a llevar el coche a Cork, pese a la oposición principal de mi padre y mi tío, aunque no pudieron con ella. La energía de aquella mujer era

brutal, a su edad no le importaba hacerse cientos de kilómetros sola. Envidiaba su salud por encima de todo.

Se hospedó con Aidan y conmigo. Allí los dos pudieron hablar tranquilamente. No quise meterme en sus asuntos y me dediqué a preparar la cena. Los dos estaban felices y Aidan no tuvo más remedio que aguantar el discurso de mi abuela, referente a que tuviéramos cuidado y que nos respetáramos los dos. Estaríamos solos demasiado lejos de los nuestros y debíamos comenzar a construir los cimientos de un hogar por nuestra cuenta.

La Organización planeó una pequeña fiesta de despedida. Byrne no escatimó en gastos y nos llevó a un gran restaurante que estaba en el centro de la ciudad. Ni en sueños podría haberme imaginado una cena en aquel maravilloso lugar. El Fire Restaurant and Lounge tenía fama de ser muy exquisito y solo la gente con posibles podía permitirse el lujo de comer allí, pero a Byrne no le fue difícil reservar uno de los principales salones.

Me sorprendió ver a caras conocidas en las mesas. Pero quien más me sorprendió fue ver a la señora Boyle, la ama de llaves de los Byrne. Chloé me dijo que su madre también estaba invitada solo a la cena, aunque que le había sido imposible asistir a causa de una gran jaqueca. El capitán Moore ocupaba el asiento junto a Harry y me dedicó una sonrisa en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Quien agradecí que no estuviera allí fue Hayes. Por lo visto estaba de misión en Georgia, según me dijo Chloé. Un problema menos que tendría con Aidan, y lo agradecí enormemente. En cuanto parecía que todo el mundo había tomado asiento, llegó la pareja que echaba de menos. Cathal iba con un esmoquin que le sentaba a la perfección, y Taragh, como siempre, estaba divina con su vestido largo de tirantes y lentejuelas. Un gran moño hacía resaltar sus facciones y unos largos pendientes le bastaron para no adornar más su cara.

—Vaya..., parece que la parejita vuelve a ser feliz —se burló susurrándome al oído para que Aidan lo oyera.

—Me alegro mucho de verte, Taragh —le dije.

—Yo también, aunque no te perdono que te vayas a la otra punta del mundo. ¿Quién se sienta aquí?

Señaló el asiento que había a mi lado.

—Chloé, la hija de Byrne.

—Pues que se busque otro sitio, ahora estoy yo.

Se sentó y no le importó ni lo más mínimo que a mi compañera le molestara.

—A su lado se sentaba su hermano Harry —le avisó Aidan.

—Ya no. —Puso su bolso encima del plato y lo reservó para su marido.

Me chocó que me sorprendiera, pero sabía que Taragh era así. Ella decidía todo lo que había a su alrededor y no le importaba lo más mínimo lo que los demás pensarán.

—Jamás pensé que dentro de una secta como esta hubiera tanta gente metida.

—Te recuerdo que tu madre también fue miembro de esta secta, aunque te cueste creerlo.

—Lo sé —afirmó muy a su pesar—. No conozco a casi nadie. —Dio una vuelta a la sala—. Bueno, a tu abuela, que está junto al viejo Byrne, y a alguien más. Pero, vamos, creo que esto va a ser un aburrimiento y no me va a quedar más remedio que emborracharme para que se me haga más amena la velada.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco conozco a demasiados compañeros.

Un rato después, durante la cena, que más bien se podía denominar un banquete en todo su esplendor, me atreví a preguntarle por sus cosas.

—¿Cómo fue con los niños?

—De maravilla. —Se le iluminaron los ojos—. Cada vez que estoy con ellos pienso que no he sentido tanto amor junto en mi vida. Y asusta un poco —me contestó, orgullosa de sí misma, con cierto temor.

—Ahí te doy toda la razón. En mí caso, Sheeva es alguien especial para mí, y con motivos, ¿no crees?

—Perdona, pero no te lo había dicho. —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. Queremos que seas la madrina de nuestra hija —me soltó, mientras cortaba un trozo de carne de su plato.

—¿Cómo? ¿Yo? —me sorprendí gratamente.

Era un honor amadrinar a un bebé.

—Hombre, creo que es lo mínimo que puedo hacer por la persona que hizo

de matrona en mi parto, ¿no crees?

—¿Y Cathal está de acuerdo? —Más me sorprendió ese detalle.

Al oír su nombre el aludido me miró.

—Lo que diga Taragh, se hará. —Le restó importancia, mostrando una sonrisa.

—Tú tan efusivo como siempre —ironicé a modo de burla.

—Eso sí —Taragh apuntó a Aidan con un cuchillo a modo amenazador—, ya puedes estar preparando un dormitorio de más en tu hermosa casita, porque te aseguro que iré a visitaros más de una vez.

—Me encantaría, de verdad —confesé.

—¿Estás segura? —me preguntó Aidan.

—¡No seas tonto!

—¡Eh! ¡MacEoghain! —Cathal llamó su atención—. Mi mujer no intentará matarte —le gastó una broma, cogiéndola por la cintura.

—Eso espero —lo siguió Aidan.

Taragh le contestó a su marido con una sonrisa que denotaba amor y pasión a larga distancia. No me había percatado de la persona que había sentada junto a Moore y, la verdad, me sorprendió porque hacía varios días que no la veía por la Organización.

—¿Cómo va la relación de Cathal con Cara? —le pregunté a Taragh.

—Tienen un trato cordial. Se llevan. Con los niños actúa como abuela que es, aunque delante de él evita hacer cualquier comentario. Sé que tarde o temprano se arreglará, solo necesitan tiempo.

—¡Un momento, por favor! ¿Podéis prestar atención? —Byrne se había levantado y estaba dispuesto a dar un discurso de los suyos—. El motivo de la cena de esta noche era para felicitar a todo el equipo que formamos esta Organización. Las últimas misiones han salido tal y como esperábamos, incluso algunas mejor, y otras todavía están en proceso. Pero, sobre todo, esta es una cena de despedida para uno de los miembros más jóvenes de la Organización, aunque la que más útil ha sido jamás en cada una de las misiones que ha realizado.

—Anda..., el jefe te está poniendo por las nubes —me susurró Taragh al oído, a modo de burla, y me hizo reír.

—Maureen, has sido de gran ayuda con tu don. Y no solo me refiero a la

diosa, sino también a tu sabiduría respecto a la cultura irlandesa, el idioma y los acertijos que tantos años nos han costado descifrar. Tu abuela —se dirigió a ella que estaba sentada a su lado— siempre me puso demasiado hincapié en que te prestara atención. Todavía recuerdo el día que te conocí en aquella biblioteca situada en frente del Ha' Penny. Las horas que pasé contigo estudiando en mi casa y en los viajes que realizamos juntos para enseñarte todo lo necesario para pasar tus exámenes del NMCI.

»Pero yo no hice nada. Fuiste tú quien me enseñó más con tu manera de ser y con el coraje que heredaste de los Walsh de Blacksod. Me alegra que decidas comenzar una nueva vida, pero también me apena que nos dejes y que hayas elegido tu destino tan lejos de aquí. Ya te dije en una ocasión que esta era tu casa, sigo pensando igual. Por lo mismo que te ruego que no ceses tu contacto con nosotros. Por muy lejos que estés, aquí siempre te necesitaremos. Por todo esto, alzo mi copa y te dedico este brindis para desearte la mejor suerte del mundo junto a tu esposo. *Sláinte!*

La gente se levantó, imitó al jefe y repitieron el brindis. Yo lo habría hecho si no hubiera tenido los ojos anegados en lágrimas. Agarré la mano de Aidan y la apreté con fuerza. ¡Mierda! Estaba enfadada conmigo misma porque iba a echar de menos a todos los que allí estaban reunidos y habían alzado sus copas para brindar por mí.

Cuando la cena terminó, algunas mesas se apartaron y pasaron a poner un poco de música. Los que lo desearan podían bailar, en cambio otros nos dedicamos a hacer corrillos y a charlar.

—¿Cómo llevas la borrachera? —le pregunté a Taragh.

—Bah... —Le restó importancia con la mano—. Ha sido más llevadero de lo que pensaba. Las cenas de los amigos de Cathal son más aburridas que esta. He bebido menos de lo que esperaba.

—Sí, supongo que las relaciones de tu marido son diferentes. —Reí.

—No puedes imaginarte qué diferente es tu mundo del mío, pelirroja. No puedes ni imaginártelo... —murmuró, sin quitarle los ojos de encima a su marido.

De repente la puerta del salón se abrió y se hizo tal silencio que detuvieron hasta la música. Un hombre vestido de traje y corbata, de negro riguroso, entró acompañado por cuatro policías. Preguntó a Robert, un

compañero informático, y le señaló nuestra mesa. Se acercó, escoltado en todo momento por sus hombres, se paró junto a Cathal y le enseñó su placa de policía.

—Cathal O’Kennedy, queda usted detenido.

Capítulo 34

—¿Cómo? —pregunté, sin poder creérmelo.

Miré a Taragh que se levantaba para quedar frente a Cathal, casi rozando su cuerpo. Él hizo lo mismo sin quitarle los ojos de encima hasta que ambos asintieron, mirándose, bajo la expectación de todo el público que tenían alrededor.

—Señor O’Kennedy, haga el favor de acompañarnos. —El hombre de negro me ignoró.

Por muy sorprendente que pareciera, a Cathal no le crisparon los nervios. Era como si ya lo supiera. Debo reconocer que no estaba preparada para lo que estaba viendo. Se estaban llevando a alguien a quien creía que estaba limpio de cualquier delito. ¡Se lo merecía! Por todo lo que nos había ayudado, por haber devuelto los tesoros, ¡joder, por todo en general!

Cual ilusa era.

No me pasó desapercibida la mirada que le lanzó a Byrne y este asintió con una tranquilidad pasmosa. Quien no tuvo el mismo semblante fue Cara, que corrió a agarrarse al brazo de su hermano y le susurró algo a modo desesperado. Él no pudo más que contestarle con monosílabos sin apartar los ojos de Cathal mientras era conducido esposado hacia la salida. Taragh lo seguía con paso firme, cosa que me dio a entender que ella también era conocedora de que aquello sucedería. Al parecer, yo era la única que no sabía de qué iba el tema.

Miré a Byrne y este negó con su cabeza, dándome a entender que no había nada qué hacer. Pero me resistí a creerlo. Seguí a Taragh. Esta le lanzó una

señal a Ryan, que esperaba fuera, se subió a su coche y persiguió al de la policía. No me lo pensé dos veces, sujeté mi abrigo, llamé a Aidan y salí de la fiesta, por mucho que fuera en mi honor. Algo me decía que Taragh necesitaría apoyo, aunque sabía que ella podría manejar la situación.

En cuanto llegué a comisaría, ella esperaba y un policía estaba intentando explicarle que no podía estar con el detenido. Ni corta ni perezosa llamó a su abogado y lo hizo levantarse de la cama para asistir raudo y veloz a la comisaría donde nos encontrábamos.

—Todo va a ir bien —traté de tranquilizarla.

—Lo sé. Aunque esto no sé cómo vamos a solucionarlo.

—Debes de confiar... Quizá la Organización pueda ayudarlo, no sé, por todo lo que hizo...

La veía tranquila, a la misma vez agobiada, no entendí muy bien su forma de comportarse.

—¿Acaso lo sabías?

Me miró con seriedad.

—Yo siempre lo sé todo, Maureen. —Volvió los ojos hacia el hombre que se llevaban esposado a una de las salas—. Otra cosa es que seas capaz de asimilarlo cuando llega.

Byrne llegó a los pocos minutos y trató de tranquilizar a Taragh, que ya comenzaba a ponerse endemoniada al saber, por boca de su abogado, que lo estaban acusando de cargos que, según mi jefe, no le pertenecían. Pero a ella no le sirvieron sus explicaciones.

—Byrne, teníamos un trato. No haga que lo incumpla —lo amenazó, antes de encaminarse a la sala donde estaba Cathal.

Esa noche fue una pérdida de tiempo, pues ni el abogado de Cathal ni el de la Organización que Byrne mandó llamar consiguieron hacer nada por él. Todo quedaba en manos de la justicia, algo que por parte de ellos se esperaba, aunque no de la manera ni con los cargos que le habían dicho esa noche. El jarro de agua fría me cayó al decirme que aquel juicio podría durar meses. Aunque luego Byrne moviera los hilos y aquellos meses pasaran a ser semanas.

—¿No podemos hacer nada? —le pregunté a Byrne en la sala de juntas.

—De momento... —miró a Taragh, que se mostraba impasible—, no.

—Taragh, yo... —me dirigí a ella con temor de decirle aquello—, no sé qué puedo hacer por ti. Mañana debo irme a Alaska y me sabe muy mal dejarte de esta manera.

—Aquí no podrías hacer nada. Vete, no te preocupes por mí. Estaré bien.

—Pero siento que te estoy fallando...

—Tú no puedes fallarme en algo que no entiendes y que tampoco puedes resolver. Así que mueve el culo y haz el favor de coger el avión mañana por la mañana.

—Pero... —intenté explicarme cuando me lanzó una mirada tan gélida que me heló hasta el alma—. Está bien —me resigné.

—Ahora, vete. No me gustan las despedidas —me ordenó.

—Dame un abrazo al menos, ¿no? —le reproché. Puso los ojos en blanco y se levantó para obedecer mi deseo. Sin embargo, a la hora de unir nuestros cuerpos para fundirnos en un abrazo se hizo presente una corriente de aire que nos envolvió y pudimos sentir las dos. No pude más que reír y ella se extrañó—. Alguien bendice nuestra despedida —me enorgullecí—. Hasta siempre, Taragh. Haz el favor de cuidarte. —Las lágrimas resbalaban por mis mejillas—. Espero tu visita, y sabes que puedes llamarme siempre que lo desees. Por favor, no dejes que el tiempo nos separe.

—Vete ya. ¡Maldita pelirroja! —escupió, con los ojos húmedos. Me giré y, antes de que saliésemos por la puerta, escuché cómo me llamaba—: Maureen. —La miré—. Dos rivales y un solo destino.

Sin más, ambas sonreímos en un hasta siempre. Me negaba a decirle adiós, porque sabía que nunca llegaría a serlo.

En cuanto Aidan y yo llegamos al aeropuerto de Dublín, no dejaba de contemplar lo que me rodeaba. No sabía a quién buscaba, pero esperaba encontrarme con alguien. Había obligado a mi abuela que se marchara a Cork y que no nos acompañara. Presentía que por mucho que ella me animara, se iría abatida al abandonar el aeropuerto, y no quería eso.

—Ten cuidado con el transportín —me advirtió Aidan, esperando en la

cola de facturación—. Creo que le tendrías que haber puesto un colchón más pequeño a Charlie.

—Quiero que esté cómodo. Va a pasarse muchas horas encerrado y me preocupa que se encuentre mal —me defendí.

—Tendríamos que haber facturado más equipaje y así iríamos más ligeros a la hora de embarcar, ¿no crees?

—No digas tonterías.

Traté de hacer malabares al notar que se me caía una libreta y el estuche donde guardábamos los billetes y los pasaportes. Pero me fue inútil. Se me cayó al suelo y me maldije por ello.

—Creo que se le ha caído esto —dijo una voz demasiado familiar. Al girarme lo vi y mi impulso fue abalanzarme sobre él.

—¡Byrne!

Él, como todo un caballero y protector que había sido siempre conmigo, pese a nuestras diferencias, recibió mi abrazo con un calor excepcional.

—Haced el favor de cuidaros. Estaremos en contacto en todo momento. Al mínimo problema que tengáis, no dudéis en llamarme. La persona que tenéis allí es de mi plena confianza y no os extrañe que alguna vez aparezca Moore.

—No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros —le dijo Aidan—. Se ha portado como más que un padre.

—Me conformo con que sepáis aprovechar esta oportunidad que tenéis. Es un buen sitio, una gran ciudad y una gran oportunidad laboral.

—Lo haremos.

—Siguiente, por favor —llamó la azafata que esperaba en el mostrador de facturación.

Lo miré durante unos segundos con lágrimas en los ojos, pero a la vez con un gran sentimiento de agradecimiento y cariño.

—Debemos irnos —informé.

—Yo también me voy. Tened buen viaje y... *Ádh mór.*

—Gracias.

Me despedí de él, limpiando las lágrimas de mis ojos.

Nuestra llegada a Anchorage fue algo peculiar y recordé cuando pisé Irlanda

con tan solo doce años. No era la primera vez que debía habituarme a un lugar nuevo, una cultura diferente e incluso un idioma distinto. Fuimos recibidos por un tal McCallum, persona que, según Byrne nos dijo, era el contacto de la Organización allí. De hecho, él vivía en Seattle, pero por motivos laborales debía viajar muy a menudo a Anchorage. Al entrar en nuestro barrio, una de las cosas que más me sorprendió fue ver un alce en mitad de la calle.

—Aquí es muy normal encontrárselos paseando a sus anchas. Tranquilos, son inofensivos. Acabaréis acostumbrándoos a ellos.

Aidan y yo nos miramos y reímos al mismo tiempo. Aquello iba a ser toda una aventura.

El trabajo fue mejor de lo que esperaba. No podía incorporarme de inmediato en mi puesto, pues debía conocer la política de la empresa y recibir algunos cursillos informativos sobre las leyes en la zona. Algunas cosas eran nuevas para mí, pero el resto fue fácil cogerlo con la práctica.

A Aidan en cambio todo le fue más fácil. Por suerte le gustó su puesto de trabajo y lo único que tuvo que hacer fue unos cursillos para llevar carretillas. Cada día volvía contento a casa y se fascinaba por la clase de material que descargaba y manejaba.

Todo nos iba bien: el trabajo, el vecindario era excelente, la casa estaba bastante adecuada a nuestras necesidades y nos encontrábamos en un barrio muy tranquilo. Recibimos nuestros paquetes de Irlanda, pero... Cada día tenía un come-come en la cabeza que no me dejaba tranquila. Por mucho que llamara a Taragh y me informara de cómo iba el caso de Cathal, no se la veía demasiado contenta, aunque a su vez su voz era firme.

Y algo me decía que me ocultaba cosas. Taragh siempre tenía un plan B.

No conforme con lo que me contaba, aunque sabía que no me mentía, decidí hablar con mi abuela. Ella seguro que me pondría al día de lo que sucedía. La había obligado a que le sonsacara a Byrne la información pertinente sobre los abogados.

—Lo tiene bastante mal —me confesó.

—Abuela, no me creo que no haya ni una pizca de esperanza para Cathal. Él es el gran Cathal O’Kennedy.

—Pero eso no le va a servir de nada. Byrne está moviendo hilos y por lo visto tampoco están sirviendo demasiado. Según parece, el fiscal que lleva el

caso le tenía muchas ganas. Hacía años que iba tras él y esta ha sido su oportunidad para ir a cuchillo.

—¿Has visto a Taragh?

—No. Yo estoy en Cork y quienes me pasan toda la información son Byrne y Cara.

—¿Cómo está ella?

—Destrozada. No hay que olvidar que es su hijo. Aunque se haya perdido su vida entera, ahora ha vuelto a encontrarse con él. No deja de ser su madre.

—Un poquito tarde, ¿no crees? —opiné en voz alta.

—Ese es un tema que no nos concierne. Sus motivos tendría.

—Avísame en cuánto tengas noticias, por favor.

Al cortar la videoconferencia con mi abuela, no me quedé tranquila. Era curioso, pero si aquella situación hubiese sucedido años atrás, me habría alegrado por el final de Cathal y regodeado del sufrimiento de Taragh. Sin embargo, después de todo lo vivido con los dos, me sentía impotente al no poder hacer nada.

—*An féidir leat rud ar bith a dhéanamh?* (¿Tú no puedes hacer nada?) — le pregunté a la diosa, pero no recibí respuesta. De hecho, desde que estaba en Alaska no había sentido su presencia ni una sola vez. La última que recibí fue al abrazar a Taragh en la Organización.

En cambio, el escalofrío en mis pies me dibujó una sonrisa. Estaba conmigo.

—*Caithfidh tú muinín aici.* (Debes confiar en ella). *Tá sí cróga* (Ella es valiente).

—Eso ya lo sé —le di la razón—. Pero no quiero que esté sola. Quiero que sea feliz.

—*Beidh sí.* (Lo será).

Confíe en que aquello significaría que todo iba a salir bien y que el juicio sería a su favor. Crucé los dedos por ello.

Unos días después mi abuela me llamó y me dijo que ya había fecha para el juicio. Iba a tener lugar en una semana. Yo llevaba casi dos meses en Alaska y algo en mi interior me decía que tenía que actuar. Llamé a McCallum y le expliqué la situación. Él también había oído hablar del juicio y sabía que la Organización había tenido algo que ver en ello. Le pedí como favor personal

que me echara una mano y dijo que haría todo lo posible por ayudarme.

Era verano y en Irlanda hacía un día gris, como era costumbre. Mi viaje había sido totalmente secreto. No quería que nadie se percatara de mi presencia. En este caso fue McCallum mi confidente referente a la información que necesitaba. En el puerto puso la excusa que el NMCI me reclamaba por unos asuntos de estado de la Marina y que debía ir en calidad de testigo por unas acusaciones secretas. Por supuesto, a eso no pudieron negarse. Tenían mi historial del centro irlandés y no sospecharon para nada que pudiera ser una excusa barata.

Había cogido el primer vuelo desde Londres. Me subí a un taxi en el aeropuerto y me planté directamente en Parkgate Street, cerca del Parque Phoenix. Allí estaba el Tribunal Penal de Justicia, donde tendría lugar el juicio de Cathal. Caminé por los pasillos buscando la sala exacta y me alivié al ver una cara conocida en frente de una de las puertas.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí? —me preguntó Byrne al verme.

—Si te digo la verdad, a punto he estado de ir al Four Courts. —Reí un poco sofocada por las prisas—. No había caído en la cuenta de que el juzgado estaba aquí.

—Pero ¿cómo has sabido que hoy era el juicio?

—Una, que tiene sus contactos. ¿Ya ha comenzado el veredicto?

—No, todavía no. Están hablando los jueces y empezará en unos quince minutos. El jurado está deliberando y se han llevado a Cathal. Supongo que no tardarán en entrar todos juntos.

—Perfecto, voy a entrar.

Me sorprendió que en aquella sala estuviera atestada de más periodistas que de gente que realmente era del entorno de Cathal y de Taragh. Cámaras de televisión, fotógrafos, periodistas con sus libretas en mano cogiendo notas... Busqué por encima de la multitud a Taragh y la vi en primera fila acompañada de Ryan y de una pareja que no conocía. Intenté hacerme hueco entre la gente, hasta ponerme detrás de ella y susurrarle al oído:

—Casi no llego.

Su reacción fue dar un respingo y girarse de golpe.

—¿Qué cojones...? —se sorprendió al verme.

—No pensarás que iba a dejarte sola, ¿no?

—Ryan, déjala pasar —le pidió a su hombre confianza—. Ven aquí y siéntate a mi lado.

Obedecí y, al sentarme a su lado, me cogió de la mano y entrelazó nuestros dedos.

—Somos fuertes —aseguró con tono firme y orgullosa—. Saldremos de está sí o sí.

—Algo me dice que no vas a quedarte conforme con el veredicto del jurado —le susurré al oído.

—Cómo me conoces. —Sonrió de medio lado—. No ha nacido bastardo que pueda superarme en mis intenciones.

A los pocos minutos la puerta de uno de los laterales se abrió y entró un grupo de personas que supuse serían del jurado. Seguidamente dos policías lo hicieron escoltando a Cathal. Pobre, me impactó verlo vestido con la ropa de presidiario y las manos esposadas. Dirigió su mirada a Taragh, con una sonrisa, y ella le correspondió de la misma forma, con una determinación terrible. Creí deducir que no se rendirían y que lucharían hasta el final.

El juez comenzó a hablar, pero tampoco le prestábamos demasiada atención porque lo que leía era más bien el relleno de lo que en realidad importaba. Hasta que llegó el momento.

—Póngase en pie el acusado. Señor Cathal O’Kennedy, es usted acusado de traición, de revelación de secretos de estado, robo, tráfico de drogas, extorsión, secuestro, asesinato y del asalto a la base militar de Suffolk en Reino Unido. Por todo ello, el jurado tendrá el veredicto. ¿Cómo considera el jurado al acusado?

Un hombre de una mediana edad, con rasgos duros y un porte algo intimidatorio, miró a Cathal fijamente y sin temblarle la voz sentenció:

—El jurado considera al acusado... culpable.

Los murmullos en la sala se hicieron bastante más sonoros de lo que se esperaba. Taragh no pestañeó.

—¡Orden! ¡Orden en la sala! —El mazo del juez no cesaba de golpear la mesa.

Me sujeté con fuerza al brazo de Taragh y le susurré:

—Lo siento.

—No tienes por qué.

Me tranquilizó con su mirada fija en Cathal y su barbilla alzada con orgullo.

—El acusado queda condenado a cadena perpetua en la cárcel de Portlaoise —sentenció el juez volviendo a golpear con su mazo—. ¡Se levanta la sesión!

Antes de que los guardias se llevaran a Cathal, Taragh se levantó, encaminando sus pasos con rapidez hasta que llegó a él, no sin antes discutir con los policías que lo custodiaban. Únicamente apreció cómo ella sujetaba con fuerza su traje presidiario, sin quitarle los ojos de encima. Cathal acercó sus labios al oído de ella y le murmuró algo, mientras los policías tiraban de él a toda costa, y Taragh sonrió, dándole un fugaz beso antes de que se lo llevaran. Segundos después, con toda la parsimonia del mundo, cogió su chaqueta, su bolso y me miró.

—Vamos a comer algo, me ha entrado hambre.

—Pero, Taragh...

—Si me lamento, mi cabeza no puede pensar. Necesito distraerme, aunque sea tomando un café.

Al salir de la sala me topé con Byrne.

—El juicio ha sido una pantomima, ¿no? —le pregunté.

—Había que juzgarlo, aunque ya sabía el veredicto de antemano. Pero, bueno, no podemos hacer nada. No nos permitirán recurrir. ¿Cómo va por Alaska?

—Muy bien. —Le sonreí, lamentándome por lo que acababa de decirme. Eso significaba que estaría mucho tiempo entre rejas. Mucho—. Tenemos el estilo de vida que tanto deseábamos. Aunque quien mejor se ha adaptado ha sido Charlie —bromeé—. Ya se ha cruzado en dos ocasiones con alces.

—Maureen —me llamó Taragh—, venga, quiero irme de aquí lo antes posible.

—Estamos en contacto —informé a Byrne antes de marcharme con ella.

A la mañana siguiente volví a coger un vuelo a Londres y de allí debía

marcharme a Estados Unidos. Tuve tiempo de pensar en mi viaje exprés durante muchas horas. Repasé mi entrada en el juzgado, el veredicto de Cathal y el aplomo de Taragh, aquello me hizo ver que esa mujer estaba hecha de otra pasta. En esos momentos era cuando más la envidiaba. Había aprendido mucho de ella y era consciente de que parte del carácter rebelde que había resurgido en mí había sido por su culpa. Sin embargo, no lograba comprender cómo podía tener la sangre tan fría en aquellos instantes tan críticos. Estaba convencida de que tenía un plan y no se rendiría.

Taragh O’Kennedy nunca se rendía.

Y, seguramente, en algún momento me enteraría.

En el instante en el que mis pies tocaron el suelo de la entrada de nuestra casa, me paré a pensar. Abrí la puerta, viendo cómo Aidan se desenvolvía en la cocina, cómo cantaba sin importarle todo lo que habíamos vivido, la manera en la que habíamos llegado hasta donde estábamos, y comprendí que ese muchacho que una vez entró en la casa de mi padre, con una herida en su costado, hizo que mi mundo se tambalease, que mi corazón latiese con fuerza y que, por primera vez, supiera lo que era amar de verdad.

Con una sonrisa en los labios, cerré la puerta y, simplemente, grité llena de alegría:

—¡Cariño, ya estoy en casa!

Comenzaba una nueva vida.

Nuestra nueva vida.

Epílogo

Taragh

Tres meses.

Ya habían pasado tres putos meses.

«No te preocupes, lo resolveré».

Esas palabras se repetían constantemente en mi cabeza un día, y otro, y otro, y otro..., después de que se llevaran a Cathal, detenido y como el delincuente que era, el día del juicio. Lo cierto era que tenía privilegios, no muchos, pero los había. Byrne se había encargado de que pudiésemos visitarlo cuando quisiéramos en la prisión de máxima seguridad de Portlaoise, en el condado de Laois. Intenté no llevar a los niños, no quería que viesan a su padre allí. Él no estaba derrotado, ni mucho menos, era el trato que tenía con el jefe de la Organización y así se llevó a cabo, pero con lo que Byrne no contaba era con que no estaba solo.

Durante las últimas semanas me había mudado a un piso que teníamos en Dublín para estar más cerca. Tenía dos cosas en mente, dos cosas demasiado importantes como para encontrarme tan lejos de él. Aún no le había dicho nada, pero pronto descubriría algo que cambiaría el rumbo de nuestras vidas, si no me equivocaba.

—¿Todavía sigues con eso? —me preguntó Ryan, que no se había separado de mí en todo ese tiempo.

Señaló los objetos que tenía sobre la mesa y sin levantar la vista de mis documentos, asentí.

—Ya me falta muy poco.

—¿Y ese trapo quemado?

Miré el paño en cuestión, notando que la respiración se me aceleraba.

—No he tenido cojones de coger la lanza. Me he quemado incluso con los paños.

Ryan se acercó a la lanza, que estaba sobre la mesa que trabajaba, y pasó uno de sus dedos por la empuñadura. Cada vez quemaba más. Cada vez sucedían cosas más extrañas, sin explicación, como el día que me la encontré en la puerta de salida de la mansión, en Moher. Nadie la había tocado, nadie había abierto la llave de la vitrina que la guardaba ni nadie había hecho una mierda para que aquella cosa se moviese. Comenzaba a desesperarme, a volverme loca, y con razón.

Me hice con todos los papeles que Cathal guardó. Las investigaciones, las leyendas, los libros antiguos, todo, a fin de cuentas, buscando una explicación coherente para aquel suceso. Y no la encontré, hasta hacía unos días. En medio de esa búsqueda también di con la carta que nos dejó antes de pensar suicidarse en los acantilados. Nunca podría describir lo que llegué a sentir, pero lo que sí hice fue quemarla, pues no quise que jamás la encontrase nadie que no fuese yo. Mucho menos los niños.

—¿Están las cosas listas? —le pregunté, volviendo la vista a mis escritos.

—Sí. —Soltó una bolsa sobre la mesa, repleta de máscaras con la bandera irlandesa—. Tenemos las máscaras, los monos enteros negros, tal y como pediste y... —miró a su alrededor, comprobando que tanto el salón como la cocina estaban llenos de armas de punta a punta—, las armas veo que están controladas.

—Bien. —Seguí a lo mío—. ¿A qué hora llegaran tus hombres?

—En veinte minutos.

—Listo. Nos vamos.

Recogí mi vestimenta, que también se encontraba en la bolsa, mi máscara, y salí disparada al dormitorio para cambiarme. Una vez lista, me observé en el espejo y tuve que reírme al ver mi apariencia, con aquella máscara, tan patriota, yendo a recuperar algo que era mío. Inevitablemente pensé en Maureen, en cómo estaría, en qué le estaría deparando la vida. Seguro que no sería tan demente como la mía, aunque también tendría lo suyo teniendo que vivir con una identidad que no le correspondía, por amor. Pero ¿acaso no estaba yo en la misma situación? ¿Llevando a cabo un plan suicida para recuperarlo a él? Sonreí, viendo mi reflejo. Levanté mi máscara y salí.

Abrí una gran bolsa oscura metiendo en su interior la lanza y la cerré, no sin antes resoplar como un búfalo al sentir la quemazón de nuevo en mis manos. Daba igual la protección que te pusieses.

—¿Piensas sacarlo de la cárcel y que vaya a buscar al portador de ese trasto?

Alcé una ceja.

—Ryan, este trasto tiene más años y más valor que media Irlanda. Hazme el favor. Tenemos que hacerlo, como sigamos así no quiero ni imaginarme qué pasará. Sobre todo si cae en las manos que no debe.

—Ya no puede caer en las manos de nadie, Taragh. No queda nadie.

—Siempre habrá malvados más retorcidos que nosotros. No lo olvides.

Esperé paciente a que los hombres de Ryan entrasen en el piso, hasta conseguir un número de cuarenta personas allí. Ryan, junto a Marco, que también se había sumado, apareció minutos después con el director general de la prisión. El hombre no tenía miedo, estaba a punto de morir, que no era lo mismo. Me encaminé hacia él con paso firme, y al llegar a su altura me agaché. Él estaba de rodillas, con la mano de Marco sujeta en su hombro para que no pudiese hacer ninguna tontería.

Le mostré una pantalla de teléfono donde podía verse perfectamente a su mujer y sus tres hijas. Lo miré con profundidad y este elevó su cabeza, cerrando los ojos para después abrirlos y fijarlos en los míos.

—Bien, señor Burke, solo tenemos una opción y usted estoy segura de que nos va a ayudar, ¿verdad que sí?

Asintió, empapando su camisa de lágrimas. Le hice un gesto a Marco para que le quitase la mordaza de la boca. El resto de los hombres de Ryan estaban con las máscaras puestas, incluidos Ryan y Marco, la única que se encontraba al descubierto era yo.

—Por favor... —lloriqueó—. No les haga daño..., por favor...

—Claro que no. No lo pretendo —intenté sonar convincente, pero sabía que no me creía—. Haremos una cosa. Usted nos ayudará —me levanté, girándome de espaldas a él—, a sacar a Cathal O’Kennedy de su celda. No pondrá impedimentos y entonces, solo entonces, podrá volver con su familia.

—Ha... haré... lo que me pida... —titubeó.

«Menudos blandos tenéis por jefes en la prisión de máxima seguridad»,

pensé, aunque, si fuese mi familia la que estuviese apuntada por cuatro hombres, maniatada y con cara de horror detrás de la pantalla de un teléfono, otro gallo cantaría.

—Está bien. —Miré a los hombres—. Señores, ha llegado el momento de recuperar a nuestro jefe y vamos a hacerlo cueste lo que cueste —recalqué esas últimas palabras—. El gran O’Kennedy saldrá hoy de su encarcelamiento para volver a casa, así que, como teníamos previsto, entramos a matar.

La exclamación del señor Burke no tardó en llegar.

—Pero..., morirán inocentes...

—Tómeselo como daños colaterales, ¿o prefiere que sus jefes sepan que nos ha ayudado? Vamos, Burke, tengo comprada a mucha gente que dirá que usted ha sido el responsable. Le tienen muchas ganas y demasiados quieren su puesto. ¿Cree que podremos sacarlo de prisión por las buenas? ¿Pidiéndolo por favor? —ironicé—. El ejército irlandés está allí. No soy tan insensata como cree ¿o es que no ve que hay cuarenta hombres armados hasta los dientes?

—No lo conseguirán...

Reí como una tirana.

—¿Y eso por qué?

—No saben a lo que se enfrentan... —musitó, sin elevar la voz, sin mirarme siquiera.

—No se preocupe, Burke. —Contemplé el horizonte, a través de la ventana del salón comedor—. Aprendí del mejor.

Y con una sonrisa, después de eso, veinte furgones partieron rumbo a la prisión de Portlaoise.

Empezaba la fiesta.

Y él se vendría conmigo por las buenas o por las malas.

Trasasábamos las puertas de la entrada a la prisión, con el señor Burke a mi lado, callado, sin atreverse a decir una palabra. Solo entraron cinco furgones de los veinte que íbamos mientras los demás se quedaban en las afueras, a la espera de indicaciones. Escuché las armas cargarse desde la parte trasera del vehículo y bajé mi máscara.

—Comienza la cuenta atrás. Tenemos veinte minutos para salir de aquí, antes de que el ejército irlandés se nos eche encima. ¿Entendido?

Por los auriculares que llevábamos los hombres al mando de cada grupo, lo confirmó.

«Veinte minutos y será tuyo», pensé.

Me preparé bajando del coche en la entrada de aquella enorme prisión. Las alarmas comenzaron a sonar cuando vieron las personas que se bajaba de los furgones y todo el mundo dio el alto al fuego al percatarse de quién llevaba bajo mi mano. Con mi ametralladora apunté a Burke a la cabeza, mientras este pasaba su tarjeta por el lector de la entrada, al igual que lo hizo colocando su mano para que detectara la huella en un panel que había al lado del lector de tarjetas, al mismo tiempo que escuchaba un «Puertas abiertas» de la boca de Marco.

La prisión se convirtió en un caos. Las balas volaban de un lado a otro, yo corría con Burke a mi lado, sin soltarlo, hasta que estuvimos dentro, donde únicamente entraría yo con él. Las celdas de los presos, desde los que habían cometido los delitos más pequeños, hasta los más grandes, se abrieron dejándolos a todos libres. Lo que provocó que los funcionarios y el ejército no dieran abasto. Pero no teníamos tiempo y para cuando llegasen los refuerzos nosotros ya nos habríamos ido. Atravesamos un largo pasillo, contemplando cómo salían de sus celdas con ganas de venganza, con ganas de libertad. Burke no daba crédito a lo que estaba ocurriendo, y en un par de ocasiones me vi obligada a proteger su vida o lo habrían matado antes de llegar a Cathal.

—Ya estoy aquí, amor... —murmuré, cuando solo me quedaban dos pasillos para alcanzarlo.

Aligeré mis pasos, sintiendo los golpes de cada uno de los presos y funcionarios que pasaban a mi lado como potros desbocados. Todos querían huir, y en el caso de los que trabajaban allí, todos querían volver a encerrarlos, pero eso era una misión imposible. Habíamos conseguido *hackear* el sistema de seguridad de la prisión con un simple cortocircuito para el que no estaba preparado, y durante veinte minutos todas las puertas estarían abiertas para que saliese u entrase quien le diese la gana, siempre y cuando consiguiésemos que la tarjeta de Burke y su huella dactilar se colocara en la entrada.

Corrí como alma que lleva el diablo pasillo a través, tratando de llegar lo antes posible a la celda de Cathal. Tiraba de Burk para detenernos en la única

zona que no habíamos podido desbloquear, en la que él se encontraba, y a la que solo el jefe de la prisión tenía acceso. Lo había controlado mucho. Mucho. Y sabía cada movimiento, las horas de sus comidas, lo que le hacía y lo que no. Todo. Había grabado en mi memoria cada pasillo, cada puerta, cada numeración, sin dejarme nada al azar, porque no podía fallarle y no pensaba hacerlo.

Cogí la camisa de Burke y tiré de ella con todas mis fuerzas. Las explosiones, los disparos y las voces junto con los golpes al chocar no dejaban de oírse en la zona desértica en la que nos encontrábamos. Allí no había nadie, únicamente una persona. Me di de bruces con la alargada puerta de barrotes blancos y al elevar mis ojos, una sonrisa floreció de mis labios. Me quité la máscara, dejando que todas las cámaras captaran mi imagen, pero no me importó. El corazón se me encogió al saber que ya no solo tendría la oportunidad de verlo unos pocos minutos a la semana, sino que estaría conmigo para siempre y que nada ni nadie nos detendría.

Sus ojos se clavaron en los míos con tanta intensidad que noté cómo se humedecían por segundos. Estampé con euforia a Burke en la maldita puerta para que la desactivara, y este con manos temblorosas hizo la misma operación que cuando entramos. La puerta crujió al abrirse, y sin soltar al hombre que acababa de darme el acceso, anduve con paso ligero, al mismo tiempo que Cathal lo hacía con una enorme sonrisa en mi dirección. Me lancé a sus brazos enroscando mis piernas en su cintura y lo besé con ansias mientras Burke caía redondo al suelo por mi impulso.

—Hola, mi dios del inframundo.

—Hola, mi reina vengadora. —Sonrió en mi boca.

—Es hora de volver a casa.

Volví a besarlo con urgencia, bajé de su esplendoroso cuerpo y salimos disparados, dejando a Burke solo en medio de aquel caos que tenía a escasos metros de donde estábamos.

Corrimos escaleras arriba hasta llegar a la azotea, donde un helicóptero aterrizaba para recogernos. A lo lejos vi la sonrisa que Cara me mostró cuando nos vio y pude apreciar el ceño fruncido de Cathal y sus inquisidores ojos posicionarse en mi dirección, pero eso no fue lo que más lo sorprendió, cuando nos subimos no pudo reprimir la sorpresa.

—¡¡¿Byrne?!!

Me miró cuando despegábamos y yo sonreí. Sonreí porque nuestra lucha había terminado, porque solo nos quedaba una cosa por zanjar y...

Ya se vería qué ocurría.

Durante unos minutos sobrevolamos Irlanda, hasta detenernos en el punto clave al que debíamos acudir. Había investigado a fondo el Camino del Rey hasta que finalmente di con él. Teníamos la lanza, las Piedras Azules y el último elemento que nos faltaba y que nadie encontraba era el sitio sagrado: Teamhair na Rí, la colina de Tara.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Cathal.

Nos bajamos del helicóptero y un hombre de Byrne se encargó de hacer desaparecer nuestro medio de transporte. Anduvimos por la colina hasta llegar al sitio sagrado al que tantas veces había visitado y del que nunca nadie sospechó. Cathal me miró interrogante, mientras Cara, Byrne, Ryan, Marco y yo lo contemplábamos expectante. Rio sin poder creerse que de verdad estuviésemos pensando aquella estupidez y lo animé.

—Vamos, si crees que es una tontería, tócala —le dije cuando detuvimos nuestros pasos frente a ella.

—Taragh...

Me miró durante unos instantes, indeciso, pero supe en aquel momento que él también lo había sospechado, al igual que en silencio lo habíamos hecho todos. A él no le quemaba la empuñadura, pudo sacarla, y las piedras fueron a parar al elemento que buscaban. Lo insté con la mirada y él, con las manos elevadas, a un palmo de tocar aquella piedra, dudó. ¿Qué pasaría si la leyenda era cierta?, ¿qué ocurriría si la tierra temblaba de verdad?, ¿cuál sería nuestro futuro?

En mitad de aquella tensión, de esos pensamientos, la bolsa que Cara llevaba comenzó a moverse a los pies de Cathal. Bajó sus manos y, al abrirla, la lanza brilló en un fogonazo de luz que nadie esperó. Las piedras, que antes estaban desparejas por la empuñadura de la lanza, se alinearon creando una perfecta línea recta, haciendo brillar el filo de la hoja con un inmenso azul. Cathal la cogió con suma delicadeza, observándome. Sonreí, dándole la fuerza

necesaria para continuar, y así lo hizo. Posicionó la espada al lado de la piedra del destino, dejando que reposara sobre ella. Alzó sus manos, una a cada lado de la roca, y la tocó.

Contaba la leyenda que, en el momento que el rey de Irlanda pusiese las manos en la piedra del destino, la tierra temblaría y la roca rugiría.

El Slí an Rí tomó sentido, pues habíamos encontrado el Camino del Rey.

Las piedras llegaron a la lanza...

La lanza llegó a su dueño...

Las manos del Rey tocaron la piedra del destino...

Y la tierra tembló.

Fin

Glosario

En cada libro intentamos que aprendáis un poco más de la cultura irlandesa por parte de las costumbres, la comida, los lugares, el idioma... Pero, sobre todo, por la mitología.

En los libros anteriores mencionamos a la diosa Áine, a Fand, Lug, Morrigan, Goibniu, a las Banshee, a Dullahan, los Pooka y a las merrows, pero en este encontramos más seres mitológicos que os harán comprender alguna que otra escena.

Fuath

Un fuath, que literalmente significa «odio» en gaélico escocés y gaélico irlandés, designa a una clase de malévolos espíritus acuáticos mitológicos que habitan el mar, ríos, agua dulce o lagos marinos.

Su apariencia varía desde una piel peluda y amarilla hasta simplemente tener una melena en la espalda, dedos de los pies palmeados, colas con púas y carencia de nariz. Son propensos a vestirse de verde, el color de las hadas ya sea con un vestido, una túnica o un pañuelo.

Algunas veces se casan con seres humanos —típicamente las hembras—, cuya descendencia compartirá una melena, cola y/o dedos palmeados. Sus prohibiciones incluyen la luz del sol y el acero frío, que los matarán instantáneamente.



Afang

Monstruo acuático y misterioso de la mitología celta —galesa—. Sus características son similares a las de un dragón o una serpiente y se considera como un antecedente del Monstruo del Lago Ness. Suele vivir en aguas dulces y a veces también en aguas saladas.



Each Uisge

Literalmente «caballo de agua». Es un espíritu acuático en el folclore escocés. Por lo general, toma la forma de un caballo, pero es mucho más cruel. Ha sido descrito como, quizá, el más violento y peligroso de todos los caballos de agua.

Si cuando está en forma de caballo un hombre lo monta, este solo está seguro mientras que el Uisge se encuentra en el interior de la tierra. Sin embargo, el simple vistazo u olor a agua significa el final del jinete, ya que la piel de cada Uisge se vuelve adhesiva y la criatura va inmediatamente a la parte más profunda del lago con su víctima. Una vez que la víctima se ha ahogado, cada oreja lo desgarran y devora todo el cuerpo, excepto el hígado, que flota en la superficie.





BELÉN CUADROS y ANGY SKAY un día cualquiera como hoy, decidieron unir sus caminos de la manera más inesperada, como escritoras de novela romántica para crear algo más que una historia de amor. Decidieron involucrar

todo su romanticismo tras las páginas de la saga; *Anam Celtic*, creando una historia entre dos personajes en común, pero a su misma vez, completamente distinta.

Al comenzar la aventura en el primer viaje juntas a Irlanda en el año 2.015, se dieron cuenta que ambas tenían una conexión especial, pero tras largas noches en vela y conversaciones en la distancia, ya que Belén Cuadros reside actualmente en Girona y Angy Skay en Almería, comprendieron que algo más a parte la amistad, las unía, y eso concretamente querido lector, era la imaginación y la pasión por la cultura celta.

Tras un largo camino, se lanzan de cabeza al mercado con la primera entrega de la saga, titulada: *Ádh mór Maureen*, publicada con la Editorial LxL, y recomendada por las autoras, para aquellos lectores que ansíen el momento de sumergirse en una historia llena de misterios, romanticismo y aventuras, en la cual, la búsqueda de tesoros olvidados será su primer cometido. Después llegó la segunda entrega, *Bannión Avenging, Taragh*, presentando a uno de los protagonistas de esta Saga, y después lanzaron el tercer volumen con el título: *Neart an aontas Onnagh*. Ahora, por fin cierran esta aventura con *Slí an Rí, Banshee*, la última entrega.

Notas

[1] Personaje de ficción de la Serie Diamante Rojo de Angy Skay. <<